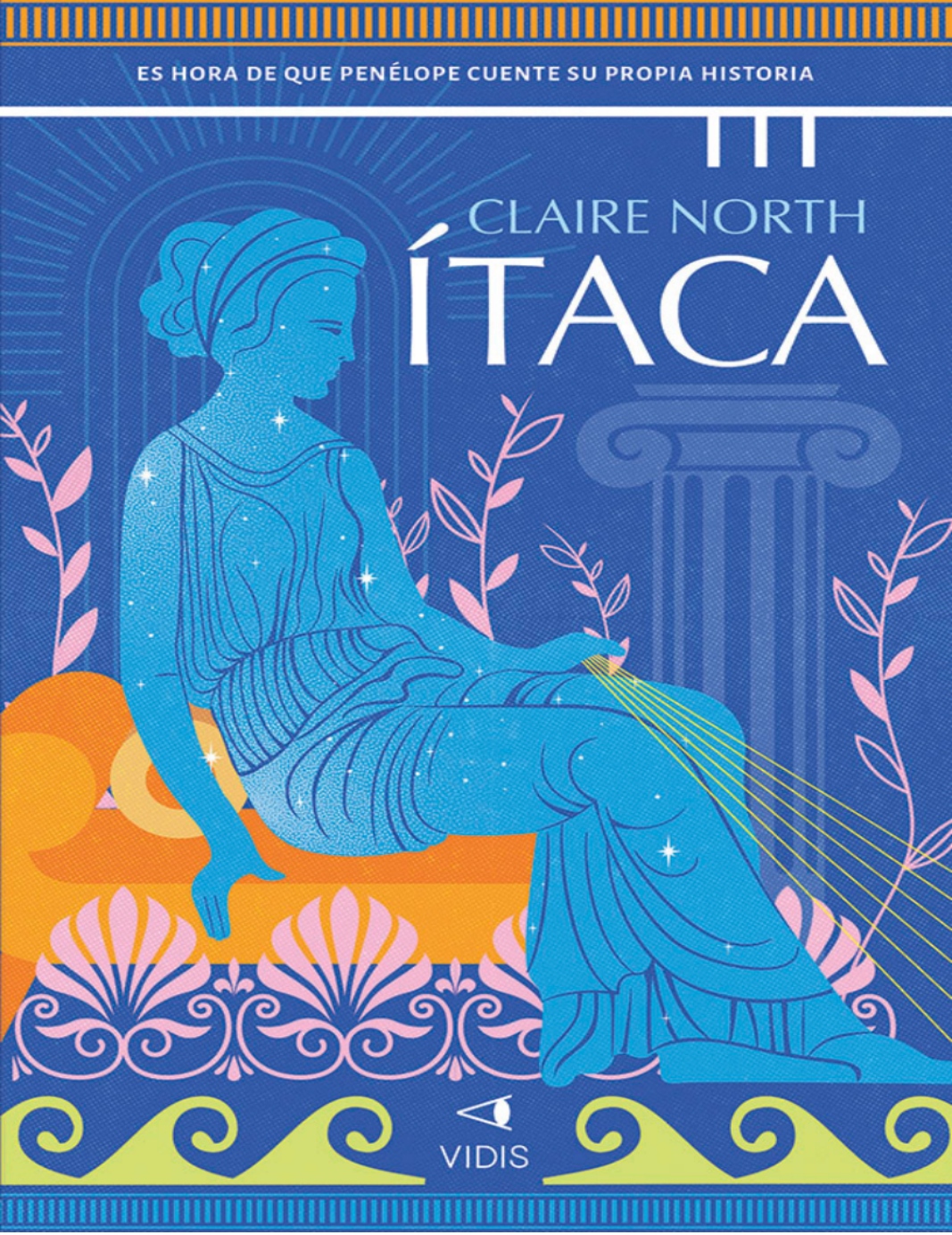
ES HORA DE QUE PENÉLOPE CUENTE SU PROPIA HISTORIA

CLAIRE NORTH

ÍTACA



VIDIS

ÍTACA

Claire North

Traducción: Constanza Fantin Bellocq

VIDIS
HISTÓRICA

Título original: *Ithaca*
Edición original: Little, Brown Book Group Limited.

© 2022 Claire North

© 2022 Little, Brown Book Group Limited

© 2023 Trini Vergara Ediciones
www.trinivergaraediciones.com

© 2023 Vidis Histórica
www.vidishistorica.com

España · México · Argentina
ISBN: 978-84-18711-95-4

PERSONAJES

La familia de Odiseo
Penélope: esposa de Odiseo, reina de Ítaca
Odiseo: marido de Penélope, rey de Ítaca
Telémaco: hijo de Odiseo y Penélope
Laertes: padre de Odiseo
Anticlea: madre de Odiseo

Consejeros de Odiseo
Medón: anciano y bondadoso consejero
Egiptius: anciano consejero, menos bondadoso
Peisenor: antiguo guerrero de Odiseo

Pretendientes de Penélope y sus parientes
Antínoo: hijo de Eupites
Eupites: encargado de los muelles, padre de Antínoo
Eurímaco: hijo de Pólibus
Pólibus: encargado de los graneros
Anfínomo: guerrero de Grecia
Andremón: veterano de Troya
Minta: camarada y amigo de Andremón
Kenamón: un egipcio
Nisas: pretendiente de poco renombre

Criadas y plebeyos
Eos: doncella de Penélope, peinadora
Autónoe: criada de Penélope, encargada de la cocina
Melanto: criada de Penélope, leñadora
Melita: criada de Penélope, lavandera de túnicas
Fiobe: criada de Penélope, amistosa con todos
Leaneira: criada de Penélope, troyana
Euracleia: antigua nodriza de Odiseo
Dares: muchacho joven de Ítaca

Mujeres de Ítaca
Priene: guerrera del este
Teodora: huérfana de Ítaca
Anaitis: sacerdotisa de Artemisa
Ourania: espía de Penélope
Sémele: anciana viuda, madre de Mirene
Mirene: hija de Sémele

Micénicos
Electra: hija de Agamenón y Clitemnestra
Orestes: hijo de Agamenón y Clitemnestra
Clitemnestra: esposa de Agamenón, prima de Penélope
Agamenón: conquistador de Troya
Ifigenia: hija de Agamenón y Clitemnestra, sacrificada a la diosa Artemisa
Pílades: amigo, cuasi hermano de Orestes
Iasón: un soldado de Micenas
Egisto: amante de Clitemnestra

Espartanos
Icario: padre de Penélope
Policasta: esposa de Icario, madre adoptiva de Penélope
Tindáreo: padre de Clitemnestra y de Helena, hermana de Icario

Dioses y divinidades varias
Hera: diosa de madres y esposas
Atenea: diosa de la sabiduría y la guerra
Artemisa: diosa de la caza
Calipso: una ninfa

CAPÍTULO 1

Teodora no es la primera en avistar a los invasores, pero sí es la primera en correr.

Vienen del norte bajo la luna llena. No encienden lámparas en las cubiertas, pero se deslizan sobre el océano como lágrimas sobre un espejo. Son tres naves, que llevan unos treinta hombres cada una y rollos de cuerda en la proa para amarrar a los esclavos; los remos casi no tocan el mar, ya que el viento los empuja hacia la costa. No emiten gritos de guerra, no tocan tambores ni soplan trompetas de bronce o de hueso. Sus velas son sencillas y llevan remiendos, y si yo tuviera poderes sobre las estrellas les habría ordenado que brillaran más, pues esas naves sombrías que obstruyen el horizonte amenazan con eclipsar el cielo. Pero las estrellas no son de mi dominio, ni tampoco presto yo mucha atención a los menesteres de la gente común que vive en pueblos soñolientos junto al mar, salvo cuando existe algún tema importante que se ve amenazado por alguna mano artera… o cuando mi esposo se aleja demasiado de casa.

Es entonces cuando, sin intervención celestial alguna, Teodora acerca sus labios para besar a quien podría llegar a ser su amante y vislumbra algo extraño sobre el mar. Conoce bien a las pocas mujeres que pescan por las noches, pero sus proas no se asemejan en nada a las formas que ve por el rabillo del ojo.

Luego Dares, un joven tonto, más tonto que ella, la toma del mentón y la abraza con fuerza y su mano atrevida busca los pechos de Teodora, pero ella tiene otros asuntos en la cabeza.

Por encima de la aldea, una antorcha parpadea sobre los acantilados; la han levantado brevemente como guía nocturna para que los invasores sepan adónde ir. Ya ha cumplido su propósito y la figura que la enarboló se repliega por el camino de piedras, tierra adentro, hacia el sopor de la isla; no siente obligación alguna de quedarse y ser testigo de su obra. Le convendría a ese sujeto pasar inadvertido, salvo para sus aliados; es tarde y el día sofocante se ha apagado en una oscuridad fresca, somnolienta, ideal para roncar

profusamente y dormir sin soñar. ¡Cuán poco sabe ese hombre!

En una cueva en lo alto de la costa, una reina andrajosa y sucia observa la noche, con las manos todavía pegajosas de sangre. Ve acercarse a los invasores, pero no cree que vengan a buscarla. Entonces grita, pero no para avisar a la aldea que está abajo, sino para llamar a su amante muerto.

En el este, un rey se retuerce, inquieto, en los brazos de Calipso, que lo acalla y le dice: Es solo un sueño, mi amor. Todo lo que hay más allá de estas costas es solo un sueño˝.

Hacia el sur, otra flota con velas negras permanece en calma, los remeros duermen bajo el cielo paciente, mientras que una princesa acaricia la frente sudada de su hermano.

Y en la playa, Teodora comienza a sospechar que las intenciones de Dares no son del todo puras y que deberían hablar de matrimonio si ese es el camino que tomarán las cosas. Lo empuja con ambas manos para separarse de él, pero él la abraza con fuerza. En ese breve movimiento de pies sobre la arena blanca, Dares levanta la mirada y por fin ve las naves, ve que se dirigen a esa pequeña cala y con lenta inteligencia exclama:

—¿Eh?

La madre de Dares es dueña de un olivar, dos esclavos y una vaca. Para los sabios de la isla, esas cosas en realidad pertenecen al padre de Dares; pero este nunca regresó de Troya, y con el correr de los años en los que Dares pasó de chiquillo a hombre, hasta los ancianos más quisquillosos dejaron de insistir sobre ese punto. Un día, poco después de cumplir sus quince años, Dares se dirigió a su madre y reflexionó:

—Tienes suerte de que te permita vivir conmigo.

Fue en ese momento cuando la madre perdió toda esperanza, si bien ella misma había creado ese monstruo. Él sabe pescar, no muy bien, sueña con convertirse en pirata y aún no ha saboreado el hambre del invierno.

El padre de Teodora tenía dieciséis años cuando se casó con la que sería su madre y a los diecisiete partió para Troya. Dejó atrás su arco, que se consideraba un arma para cobardes, algunas vasijas y una chalina que su madre le había tejido. El invierno anterior Teodora había cazado un lince tan hambriento como ella; ensartó en la mandíbula desafiante del animal el cuchillo que normalmente utilizaba para destripar pescado. Tiene pocos reparos cuando hay que tomar decisiones rápidas ante una amenaza de muerte.

—¡Invasores! —le grita primero a Dares, que todavía no la ha soltado, y luego, cuando él finalmente la libera, va a la aldea de más arriba y a la noche soñolienta; corre hacia las chozas bajas de barro y hacia su hogar, como tratando de atrapar el eco de su propia voz—. ¡Invasores! ¡Nos atacan!

Es bien sabido que cuando una esposa afligida mira hacia el mar en busca de la nave de su marido y atisba una vela con hilos dorados, el tiempo frena su carroza a paso de tortuga y cada minuto de espera se convierte en una hora de agonía. Sin embargo, cuando los piratas llegan a la costa, pareciera que a sus naves les crecen las alas de Hermes y vuelan, vuelan a través del agua, rodeando los macizos pilares de piedra donde los cangrejos se escabullen de costado, con sus ojos negros y sus caparazones anaranjados, impulsadas por remos implacables, hasta que encallan la proa en la arena suave. Ya los hombres saltan desde las cubiertas, esgrimen hachas y escudos de bronce y pieles de animales, las caras pintadas con pigmentos y cenizas. Ya arremeten desde la orilla, no como soldados sino como lobos; rodean y amenazan a sus presas, aúllan y muestran los dientes bajo la luz suave de la luna.

Teodora ha llegado a la aldea antes que ellos. Fenera es un sitio de casitas cuadradas emplazadas por encima de un arroyo que se abre paso entre dos acantilados de roca oscura y se derrama vertiginosamente en una ensenada. Cuando llueve mucho en invierno, las paredes de deshacen y se desploman y hay que reparar los techos constantemente. Allí secan pescado, recolectan mejillones, se ocupan de sus cabras y cotillean sobre sus vecinos. Veneran a Poseidón, que les da protección cuando empujan sus endebles barcos hacia la bahía, y a quien —si algo sé sobre ese viejo cabrón— le importan un bledo las magras ofrendas de grano y vino que derraman sobre su altar.

Esa es, al menos, la imagen que Fenera quiere mostrar, pero si miráis más de cerca, descubriréis objetos que brillan debajo de los rústicos suelos de madera y muchas manos diestras que saben hacer más que remendar una red para atrapar peces.

—¡Invasores! ¡Invasores! —grita Teodora.

Y poco a poco se descorren los trapos desteñidos de unas pocas puertas desvencijadas; algunos ojos parpadean en la tenue oscuridad y comienzan a sonar gritos de alarma. Luego, suenan otras voces más ancianas y respetables cuando otros ojos vislumbran cómo los hombres se lanzan sobre sus orillas; las manos se extienden para recoger los objetos más valiosos y, como hormigas que salen de un hormiguero caliente, la gente huye.

Demasiado tarde.

Demasiado tarde para muchos…, demasiado tarde.

Lo único bueno es que los hombres que muestran los dientes y esgrimen escudos no quieren matar a los más jóvenes ni a los más fuertes. Les basta con atemorizarlos y acobardarlos hasta el sometimiento, golpearlos y atarlos con cuerdas para llevarlos a algún sitio y venderlos. Los dos esclavos de la casa de Dares miran a sus nuevos captores con ojos cansados, porque ya han pasado por todo eso

antes, cuando los capturaron los valientes hombres de Ítaca. La triste desesperanza que muestran al verse rodeados por espadas y escudos decepciona a sus atacantes, que esperaban al menos que se arrastraran ante ellos, humillados, pero la situación mejora cuando los invasores oyen los llantos y lamentos de los amos y las damas de Fenera. Estos quedan ahora reducidos al nivel de los criados a quienes antes dominaban, y sus antiguos esclavos chasquean la lengua con desaprobación y les dicen: "Haced lo que hacemos nosotros, decid lo que decimos nosotros; aprenderéis, ya aprenderéis".

Teodora se detiene para buscar su único objeto de valor, el arco que usa para matar conejos. Nada más. No tiene nada tan precioso como su propia vida, así que corre, corre, corre hacia las montañas, corre como Atalanta resucitada, se aferra a la rama de un árbol moribundo que sobresale de un promontorio y trepa por las rocas, por debajo del follaje hacia la ruidosa oscuridad mientras abajo su casa comienza a arder. Oye pasos a sus espaldas, sonoros, pesados, sobre el sendero; mira por encima del hombro y ve una antorcha y una sombra; tropieza con una raíz traicionera y la sujetan antes de que caiga. Unas manos la sostienen, la miran unos ojos seniles que parpadean. Un dedo se mueve hacia los labios. Alguien saca a Teodora del sendero y con rapidez la arrastra a un lugar oscuro, a un matorral sombrío, donde se esconde una mujer con pelo como nubes de otoño, piel como arena de verano; tiene un hacha en la mano y un cuchillo de caza en el cinturón. Quizás, con esas herramientas, podría dar batalla, tal vez podría clavarle la hoja en el cuello al hombre que las persigue, pero ¿de qué serviría? De nada, esa noche. De nada en absoluto. Entonces se ocultan, se envuelven mutuamente en sus miradas que gritan: “¡Silencio, silencio, silencio!”, hasta que desaparecen los pasos del enemigo.

La anciana que mantiene a Teodora a salvo se llama Sémele y es devota de Artemisa, que no es merecedora de sus rezos. Abajo, en la aldea, Dares es menos prudente. Criado con historias de los guerreros de Odiseo, como todos los muchachos, ha aprendido algo de lanzas y espadas. En cuanto el techo de paja comienza a arder, busca la espada bajo el catre en la casa de su madre, avanza cuatro pasos desde la puerta humeante, empuñando el mango con ambas manos, ve a un atacante ilirio vestido con llamas y sangre, se planta en posición y logra esquivar el primer golpe. Eso sorprende a todos, incluso a Dares; y ante el siguiente ataque, gira el cuerpo y golpea la espada con tanta fuerza contra el extremo de la lanza que la madera se raja y se astilla. Sin embargo, su júbilo ante esa acción no dura, pues su asesino saca un cuchillo del cinturón, gira hacia el siguiente ataque de Dares, se mete debajo de su guardia y le abre el vientre de lado a lado.

Diré esto a favor del pirata: tuvo la cortesía de clavar su hoja en el

corazón de Dares en lugar de dejarlo desangrarse hasta morir. El chico no merecía una muerte tan limpia, pero tampoco, supongo, había vivido lo suficiente como para merecer que la muerte se lo llevara.

CAPÍTULO 2

El amanecer, con sus dedos rosados, se abre camino lentamente por la espalda de Ítaca como un amante torpe que busca a tientas debajo de unas faldas largas. La luz del día debería haber sido carmesí, como la sangre que teñía el mar a los pies de Fenera, y haber rodeado toda la isla, como los tiburones. En el horizonte, hasta a los ojos de los dioses les resulta difícil ver cómo las tres velas desaparecen por el este con su botín de animales, granos y esclavos. Estarán lejos, muy lejos, antes de que las naves de Ítaca icen sus velas.

Hablemos brevemente de Ítaca.

Es completamente retrógrada, un lugar miserable. Que apoye mis pies dorados sobre ese pobre suelo o acaricie con mi voz los oídos de sus madres marchitas por la sal son atenciones divinas que Ítaca no merece. Pero, claro, su árida desgracia hace que los demás dioses casi no le presten atención; por lo tanto, la triste verdad es que yo, Hera, madre de Olimpo, que enloqueció a Hércules y convirtió en piedra a la realeza vanidosa, puedo, al menos algunas veces, trabajar aquí sin la censura de mis parientes.

Olvidad los cantos de Apolo o las presumidas declaraciones de la arrogante Atenea. En sus poemas solo se glorifican a ellos mismos. Escuchad mi voz: yo, que he sido despojada del honor, del poder y del fuego que deberían ser míos; yo, que no tengo nada para perder que no me hayan quitado ya los poetas solo yo os contaré la verdad. Yo, que puedo correr el velo del tiempo, os contaré las historias que solo las mujeres pueden contar. Acompañadme, entonces, hasta las islas del oeste, al palacio de Odiseo, y escuchad.

La isla de Ítaca protege la boca acuosa de Grecia como un diente partido; es poco más que un rasguño en el mar. Un par de piernas humanas fuertes podrían caminarla en un día, si soportaran avanzar con dificultad por el acechante bosque de árboles que parecen crecer solo lo necesario para su sombría supervivencia, o si pudieran caminar sobre las rocas afiladas que emergen de la tierra como dedos de cadáveres. Ciertamente, la isla se destaca solo porque algún idiota

pensó que sería un lugar ideal para construir lo que sus burdos habitantes consideran una "ciudad" (siempre que se considere digna de ese nombre a una desganada colina con casas torcidas al borde del mar) y por encima de esa ciudad construir un supuesto "palacio".

Desde esta colonia de termitas, los reyes de Ítaca extienden sus dominios a lo largo de las islas del oeste, que son mucho más agradables que esta roca miserable. Pero aunque los habitantes de Hiria, Paxoí, Léucade, Cefalonia, Citera y Zacinto viven bajo el dominio de Ítaca y pueden cultivar olivos y vides en sus costas, comer cebada en abundancia y hasta criar alguna vaca de vez en cuando, todos los pueblos de este pequeño dominio son, en última instancia, uno más inculto que el otro; solo se diferencian por sus absurdas pretensiones. Ni los grandes príncipes de Micenas y Esparta, Atenas o Corinto, ni los poetas que viajan de puerta en puerta han tenido muchos motivos para hablar sobre Ítaca y sus islas, salvo utilizarlas como blanco de alguna broma sobre cabras… Hasta este momento. Hasta Odiseo.

Dirijámonos entonces a Ítaca, en aquel final de verano cuando las hojas comienzan a secarse y las nubes del océano se ciernen, poderosas, sobre la isla, sin molestarse por el pequeño pueblo que habita debajo de ellas. Es la mañana siguiente a la luna llena, y en la ciudad a los pies del palacio de Odiseo, a algunas horas de marcha con los pies descalzos sobre el terreno duro, se cantan las primeras plegarias en el templo de Atenea. Es una construcción torcida de madera; achaparrada, parece temer que la derribe una tormenta, pero contiene algunas notables piezas saqueadas de oro y plata que solo los lugareños encuentran magníficas. Yo no paso ni cerca de un sitio tan aburrido; no sea que mi hijastra muestre su cara de engreída y vanidosa o peor aún, que le susurre a mi esposo que me vio caminando por el mundo de los hombres. Atenea es una mojigata; alejémonos de su templo deprisa.

El mercado se extiende desde los muelles hasta las puertas del palacio. Aquí se puede comerciar con leña, piedras, cueros, cabras, ovejas, cerdos, patos —hasta en ocasiones con caballos o vacas—, cuentas, bronce, ámbar, plata, hojalata, cuerdas, arcilla, lino, tinturas y pigmentos, pieles de animales tanto comunes como raros, frutas, hortalizas y, por supuesto, pescado. Muchísimo pescado. Las islas del oeste, todas, apestan a pescado. Cuando regrese al Olimpo tendré que bañarme en ambrosía para quitarme el hedor antes de que alguna ninfa chismosa detecte el tufillo a mi paso.

En Ítaca abundan las casas, desde los hogares humildes de los artesanos que casi no pueden mantener un esclavo hasta las grandiosas residencias con patios de los hombres importantes que preferirían estar al otro lado del mar, en Cefalonia, donde la caza es

mejor y, si te metes tierra adentro, por unos minutos pierdes el olor a pescado y lo cambias por olor a estiércol, lo que constituye una especie de alivio. Hay dos herreros que, tras años de rivalidad, comprendieron por fin que era mejor acordar los precios en lugar de competir. Hay una curtiduría y un sitio que alguna vez fue un burdel, pero se vio forzado a dedicarse al tejido y teñido de telas cuando gran parte de su clientela izó velas hacia la guerra, y como las naves que volvían de Troya no traían itacenses victoriosos, han tejido y teñido hasta el día de hoy. Han pasado casi dieciocho años desde que los hombres de Ítaca partieron a Troya, y a pesar de que desde la caída de esa ciudad muchos barcos han pasado por el puerto, no han sido suficientes para que un burdel volviera a ser más rentable que aprender a teñir con maestría.

Por encima de todo ello, el palacio de Odiseo. Durante un tiempo fue el palacio de Laertes, y no tengo dudas de que el anciano quería que fuera conocido por ese glorioso nombre y que tuviera su legado esculpido en la piedra: un argonauta, nada menos, un hombre que alguna vez navegó, bajo mi bandera, a buscar el vellocino de oro, antes de que ese pedazo de mierda de Jasón me traicionara. Pero Laertes envejeció antes de que todos los hombres de Grecia partieran a Troya. En consecuencia, el hijo eclipsó a su padre, aparecieron nuevas pinturas rojas y negras en los pasillos, figuras con ojos grandes y en tonos de ocre. Odiseo con su arco. Odiseo en la batalla. Odiseo con la armadura del derrotado Aquiles. Odiseo con las patas de un buey y los hombros de Atlas. En los dieciocho años que pasaron desde que el rey de Ítaca fue visto por última vez en la isla, su físico pequeño, mediocre y demasiado peludo fue creciendo en estatura y en higiene personal, aunque no sea más que a ojos del poeta.

Los poetas os contarán muchas cosas sobre los héroes de Troya. En algunos detalles son precisos; en otros, como siempre, mienten. Mienten para agradar a sus amos. Mienten sin saber lo que hacen, porque el arte del poeta está en hacer que quien escucha esas viejas canciones sienta que las cantan solo para él; lo viejo se vuelve nuevo. Mientras que yo solo canto para mi propio placer y puedo afirmar que lo que vosotros pensáis que sabéis sobre los últimos héroes de Grecia es no saber absolutamente nada.

Seguidme por los salones del palacio de Odiseo, seguidme para escuchar las historias que los poetas de los reyes ambiciosos no os cuentan.

Aun a la luz del amanecer reflejada suavemente y con la blancura perfecta que rebota desde el mar, el gran salón es un pozo sombrío de iniquidad. El tufo a hombre, a escupitajos de vino, a huesos masticados, a flatulencias y bilis mezclados con sudor… debo detenerme en la puerta para cubrirme la nariz. Las criadas ya están en

acción, haciendo lo posible para lavar la pestilencia del banquete de la noche anterior, llevar los platos a la cocina, quemar hierbas dulces para aclarar el aire fétido. Su trabajo se ve interrumpido por unos cuantos hombres que roncan como cerdos bajo la mesa, con las manos extendidas hacia las cenizas del fuego, como si hubieran soñado con hielo.

Estos homínidos que roncan, estos lúmpenes, no son más que una horda de pretendientes, que entran y salen por las puertas de Odiseo como las mareas, comen en sus banquetes y manosean las faldas de las criadas. Dos años atrás eran unos veinte, cincuenta en la última vuelta del sol y hoy son cerca de cien los hombres que llegan a Ítaca con un solo propósito: ganarse la mano de la solitaria y afligida reina de Odiseo.

Los ojos pintados de Odiseo pueden vigilar desde las paredes, pero está muerto, ¡está muerto!, exclaman los pretendientes. Han pasado dieciocho años desde que partió de Ítaca en su nave, ocho desde la caída de Troya, siete desde que fue visto en la isla de Eolo… ¡Se ha ahogado, seguro que se ahogó! Nadie puede ser tan mal navegante. Ven, llorosa reina, ven: es momento de que elijas un nuevo hombre. Es momento de elegir un nuevo rey.

Los conozco a todos, esos aspirantes a príncipes, acurrucados hombro con hombro como perros. Antínoo, hijo de Eupites, con su cabello oscuro encerado y aceitado en un jopo peinado hacia atrás, tan rígido que no lo mueven ni la lluvia ni el sudor. Lleva la opulencia de su padre en la túnica con bordes carmesí que fue comprada a un hombre desdentado de Creta, y en la profusión de cuentas y oro que se cuelga despreocupadamente del cuello como diciendo: "¿Qué? ¿Estas baratijas viejas? Las encontré detrás de una ánfora de vino, como suele suceder, como suele suceder". Antínoo tenía cinco años cuando Odiseo partió a la guerra, y ese día permaneció en el muelle, chillando y pataleando pues no entendía por qué no podía ser soldado. Ahora Aquiles ha muerto, Ajax y Héctor se pudren en el polvo y Antínoo no hace más preguntas.

Quien resopla y dormita a su lado es Eurímaco, cuyo padre, Pólibus, para evitar ir a la guerra, navegó hasta las islas del oeste por "asuntos urgentes" que le tomaron diez urgentes años, y cuya niñera lo ha malcriado en exceso y le ha hecho creer que es descendiente de Hércules. Cualquier imbécil desciende de Hércules hoy en día, es casi un requisito para entrar en sociedad. Quizás son los reflejos del sol en el pelo de Eurímaco lo que hace que parezca una sórdida divinidad, pero aunque es un hombre joven, ya tiene entradas en la frente y su melena rubia es cada vez más débil. Solo su estatura exagerada y su delgadez distraen de este hecho; mira el mundo desde arriba con sorpresa perenne, como si le asombrara ver que sigue girando bajo sus

pies enormes.

¿Quién más se destaca aquí? Anfínomo, hijo de un rey, a quien le enseñaron que el honor lo es todo y quien sospecha, tal vez, que no es honorable, pero no sabe bien qué hacer al respecto. Su padre fue prolífico en hijos, todos muchachos con cara de calabaza, que casi nunca peleaban entre ellos y tocaban música que sonaba como gemidos del Can Cerbero. Ahora están todos muertos, tres de ellos a manos de troyanos, salvo Anfínomo, que hará lo que debe hacer.

Andremón, que no duerme, pero observa a las criadas con un ojo abierto desde donde yace sobre sus brazos cruzados. ¿Ha sido la sal o la arena lo que ha secado su piel de tal manera que al pasar las uñas por su espalda suenan como hueso sobre cuero? ¿Ha sido el riguroso sol de Troya el que destiñó y bruñó su pelo? ¿Acostumbrará a lanzar el disco por las mañanas y por las noches para mantener el contorno del pecho, del mentón, de los hombros, de los brazos? ¿O acaso fue bendecido por Ares y Afrodita para que los hombres se estremecieran y las mujeres se desvanecieran a su paso?

Os contaré un secreto: no está bendecido y esos brazos no están así por casualidad.

Esos son los hombres importantes. Contemplémoslos como si fueran un sarpullido —con la esperanza de que no se propague— y luego sigamos adelante.

Alrededor de esos aspirantes somnolientos está la otra parte de la historia: la parte de la que los poetas no hablan, salvo para mentir. Las criadas del palacio son numerosas, pues el palacio es en sí mismo una pequeña industria. No hay monarca de Ítaca que se atreva a depender de los vientos favorables o de la riqueza de la tierra para obtener ingresos regulares gracias a los cultivos; por eso las mujeres, en cambio, crían patos, gansos, cerdos y cabras, pescan en una pequeña cala donde solo concurren mujeres, desprenden los mejillones que se encuentran bajo las rocas negras y se ocupan de los olivares y de los campos de cebada, rudimentarios y resistentes como las bocas que se los comerán; y de noche, cuando por fin se duermen los últimos pretendientes, ellas se acuestan y sueñan sueños que solo les pertenecen a ellas. Escuchad…, escuchad. Espiemos detrás de esos rostros frescos recién lavados, adentrémonos en el alma de una criada que pasa.

“… hilar lana, un trabajo sencillo, mis pies darían cualquier cosa por un trabajo sencillo…”.

“Antínoo me miró anoche, me pregunto si piensa que…”.

“¡Tengo que contárselo a Melanto!, tengo que contárselo, gritará y llorará de risa, será divertidísimo, ¿dónde está Melanto? ¡Tengo que contárselo ahora mismo!”.

Pero aquí, escuchad aquí. Una voz susurra, desafinada.

“Muerte a los griegos”, palpita en el corazón de una de ellas, cuya cabellera le cae como sangre coagulada sobre el cuello; mira al suelo. “Muerte a todos los griegos”.

Sobre estas mujeres de Ítaca —estas mujeres y niñas esclavizadas y vendidas, estas hijas oprimidas— tengo mucho más para contar. Soy la diosa de las reinas, de las esposas y las mujeres; mis tareas son ingratas, aunque las hago de todas maneras. Pero, desgraciadamente, los sucesos que requieren nuestra atención ya están ocurriendo, así que debemos mirar hacia el norte.

Por el camino áspero y sinuoso que baja por el valle hasta lo que a regañadientes llamaremos ciudad, se acerca Teodora. Ha dejado de correr, ahora pone un pie delante de otro y cuenta los pasos; avanza sin destino alguno, con la cabeza hacia delante, torciéndose los tobillos, y la gente se apresura a abrirle camino. Lleva un arco sin flechas y una anciana camina a su lado. La llegada de ambas solo hará las cosas más difíciles, pero yo nunca fui de esquivar los problemas.

Cerca de la puerta del palacio, un hombre llamado Medón se prepara para sus rondas por el mercado. Es oficialmente la voz de Ítaca, un enviado del palacio para pregonar las resoluciones del rey. El rey de Ítaca falta de su hogar desde hace dieciocho años y ciertamente el hombre no puede anunciar los decretos de una reina, por lo que últimamente pregona muy poco y solo espera que todos capten la idea y se percaten de lo que es bueno para ellos. En los últimos tiempos su optimismo sobre este punto se está debilitando. Con su barriga redonda y blanda debajo de una cara redonda y lánguida, es uno de los pocos hombres de la isla que tiene más de veinticinco años. Quizás sea esta curiosidad lo que hace que Teodora frene su paso al acercársele, tambaleándose un poco debido al calor y al peso de la noche de horror, y se detenga por completo delante de él. Lo mira directamente a los ojos como buscando un indicio de que todo eso no es más que un sueño que anida en su pupila y simplemente anuncia:

—Han venido los piratas.

CAPÍTULO 3

En una habitación construida para recibir la luz de la mañana, inclinada y suspendida de un lado del palacio como si fuera una vieja verruga colgante, tres ancianos, un muchacho a punto de ser hombre y tres mujeres se hallan congregados solo para descubrir el horrible día que le espera a Ítaca; los tres hombres y el muchacho se sienten los más importantes del grupo. De pie alrededor de una mesa de madera de tejo con incrustaciones de carey, discuten.

A uno ya lo conocemos, Medón, que ha estado despierto desde antes del amanecer y ya está cansado de ese día. Los otros tres se llaman Peisenor, Egiptius y Telémaco.

He aquí algunas de las cosas que dicen:

—¡Malditos piratas, malditos piratas! Hubo un tiempo, sabes, hubo un tiempo en que… ¡Malditos piratas!

—Gracias por tan buena valoración estratégica, Peisenor.

—Atacaron Léucade hace un mes. Luna llena, ilirios… ¡bárbaros del norte! Si son del mismo clan, entonces…

—Si aún tuviéramos nuestra flota…

—No la tenemos.

—Podríamos traer naves de Zacinto…

—¿Y dejar desprotegidos a los campesinos justo antes de la cosecha?

—¿Puedo preguntar algo?

—¡Ahora no, Telémaco!

En Ítaca hay solamente dos clases de hombres: los que eran demasiado viejos o demasiado jóvenes para pelear cuando Odiseo se marchó a la guerra. (Técnicamente, existe una tercera categoría: la de los cobardes, los esclavos y aquellos que no pudieron pagar por una espada, pero ¿a quién le importan? Ni a los poetas, ni a los dioses). Entre estos dos grupos etarios queda el hueco donde deberían estar los mejores hombres de Ítaca. Los padres y los futuros padres de una nueva generación no regresaron, por lo que es algo extraordinario encontrar un nativo mayor de treinta y menor de sesenta y cinco. No

hay maridos para las esposas y en las islas del oeste son más numerosas las viudas que los templos.

Consideremos entonces a estos hombres, que eran muy viejos para ir a la guerra, y a un muchachito que cuando era poco más que un bebé se salvó por un pelo de morir bajo un arado por culpa de una de las ocurrencias más idiotas de su padre.

Egiptius podría haber servido a Odiseo en Troya, pero era un grano tan molesto en el trasero de aquel rey, un bobalicón tan carente de humor, que el astuto general le adjudicó otras tareas en casa, lo que dejó intacta la dignidad de todos y mucho más motivada a la tripulación apretada en la estrecha cubierta de la nave. Es alto y encorvado como un sauce y su cabeza calva está coronada por una constelación de lunares, con marcas finas que fluyen como ríos donde se unen los huesos debajo de la piel curtida por el sol.

—Quizás sea el momento de pensar en mercenarios.

—No puedes fiarte de un mercenario. Están de tu lado hasta que se aburren y luego te saquean el tesoro.

Peisenor, peludo como un jabalí, chato como las colinas bajas donde se crio. Perdió la mano izquierda saqueando para Laertes y no puede sostener un escudo; en privado se lamenta amargamente de ser un hombre incompleto, y en los últimos años ha hecho todo lo posible para recordarle al mundo que, en efecto, es un guerrero y un héroe sin lugar a dudas.

—¿Qué tesoro? —Medón siente que su proceso de envejecimiento se acelera cada vez que pasa tiempo en esa habitación.

—Disculpad…

—Un momento, Telémaco. Mirad, uno de cada dos reyes de Grecia ha vuelto de Troya con riquezas de saqueos. Dicen que cuando regresó Agamenón, tardaron cinco días en descargar su tesoro personal; ¡cinco días! Cuentan que Menelao se baña en una tina de oro.

—Menelao no se ha dado un baño en su vida.

—No se dio prisa para volver de la guerra, ¿verdad? He oído que él y su hermano izaron velas hacia el sur y que tienen oro de Egipto en su botín. He oído que los cretenses están furiosos.

—Mientras que a nosotros nos alcanzan las riquezas para que nos saqueen, pero no para defendernos.

—¡Disculpad!

Telémaco. Dieciocho años, tiene derecho a estar allí por ser el hijo de Odiseo, aunque eso representa una bendición a medias. Su pelo no es majestuosamente dorado como el de su padre (que en realidad es de un castaño grisáceo, pero, ay, los poetas, ¡los poetas!), y quizás tiene algo de su abuela náyade en su palidez, y una frescura en sus rasgos pecosos que ni con horas de práctica de espada y escudo puede endurecerse. Sí, claro, algún día sus hombros se ensancharán y sus

muslos serán como garrotes de gigante, pero por el momento es todavía un muchacho que se esfuerza por tener un poco de barba, que tata de hablar con voz más grave de lo que la tiene, y que cada vez que se nota encorvado, se recuerda que debe ponerse derecho. Atenea dice que tiene gran potencial y Hermes, cuya sangre fluye por los vástagos de esta casa, informa que solo quiere bajar a la Tierra para darle a Telémaco un abrazo grande y tierno. Pero mi hermano Hades, que tiene más sensatez para estas cosas, mira hacia la bruma y murmura: "Algunas familias nunca logran encontrar el norte".

Odiseo es un pésimo marino. No veo ninguna señal de que su hijo haya nacido con un mejor sentido de la orientación.

—Seguro que podemos entrenar a nuestros hombres, quiero decir, tenemos algunos hombres, tenemos…

—Eso no funcionará, Telémaco.

—Pero yo…

Telémaco casi nunca termina sus enunciados. Cuando lo presentan a alguien, es como "el hijo de Odiseo, Telémaco". El nombre de su padre va siempre por delante y parece como si esta peculiaridad lingüística hubiera infectado la manera de hablar de Telémaco, pues le resulta difícil terminar cualquier frase significativa que incluya información sobre él mismo. La fama de su padre crea tantos problemas como soluciones, porque al ser hijo de un héroe, Telémaco necesita por naturaleza hacerse al mar y convertirse también él en un héroe para que Odiseo no lo eclipse, como lo hizo este con su propio progenitor. No obstante, para zarpar, lo más prudente es tener el apoyo de un ejército. Es mucho más fácil ser un héroe cuando se tiene gente que remiende las velas y se encargue de la cocina, y dado que los guerreros de Ítaca no han regresado y —a decir verdad— todos han muerto menos uno, nos encontramos ante un desafío logístico.

—Existe una respuesta obvia… —susurra Egiptius.

—Ya empezamos —suspira Medón.

—Eurímaco o Antínoo…

—Un matrimonio local provocará la ira en el continente. ¿Qué opináis de los pretendientes de Corinto, o quizá de Tebas? O… ¿cómo se llama el de Colchis? Ese parece agradable.

—Hay un egipcio esperando fuera, ¿os lo podéis creer? —Peisenor no ha visto a un egipcio en su vida, pero seguro que no lo aprueba—. De todas formas, huele bien.

—¡Mi padre no ha muerto! —Telémaco ha dicho esto tantas veces que para quien lo escucha pasa tan inadvertido como el ruido de las cigarras en los campos, de manera que no le prestan atención.

—¡No, no, no! Un matrimonio con un extranjero provocaría una guerra civil, las islas no lo tolerarán; tendríamos que pedir ayuda en Micenas, o peor aún, a Menelao. ¿Os lo imagináis, soldados espartanos

en suelo itacense? Sería tan…

—Cásate con el hombre equivocado y Menelao aparecerá de todos modos.

—¡Mi padre no ha muerto!

Telémaco ha gritado. Telémaco nunca grita. Odiseo nunca gritaba, excepto la vez en que les gritó a sus hombres que lo llevaran con las sirenas, pero esas fueron circunstancias excepcionales. Nadie reprende al hijo por incumplir con el protocolo o por su falta de decoro, pero por un momento, hasta las mujeres levantan la vista, mudas, con ojos sorprendidos, atentas. Ah, ¿acaso habíais olvidado que había mujeres allí, en esa erudita asamblea? También lo harán los poetas cuando canten esta canción.

—Mi padre no está muerto —repite Telémaco, más sereno, en voz más baja; se aferra al borde de la mesa y agacha la cabeza—. Que mi madre vuelva a casarse es imposible. Es sacrílego.

Los ancianos miran para otro lado.

Tras un instante, las mujeres hacen lo mismo; aunque tampoco es que sus miradas fueran demasiado importantes. Son una decoración en la escena. Si los poetas llegan a mencionarlas, será con el mismo aliento con que hablarán de un jarrón hermoso o un bonito escudo; son un detalle que añade cierta atmósfera al suceso. Tal vez porque lo perciben, las tres mujeres se han dispuesto como una imagen de recato. Autónoe, de pelo castaño y el rostro rígido como una estrella de mar seca, frágil y hermosa, no se presta a la mirada de los hombres. Está ocupada en afinar una lira. Ha estado intentando afinarla durante media hora y no parece lograrlo. A su lado, Eos, más baja y regordeta de caderas, la cara pequeña como una uva y pecas en la piel, peina unas hebras finas de lana cruda con la misma dedicación con la que peina el cabello de su ama. Puede hacer todo esto con los ojos cerrados, pero con los oídos abiertos, siempre los oídos abiertos.

La última mujer debería, tal vez, estar tejiendo en el telar cuadrado con el que a menudo se la ve en público, pero no. Ese es un lugar privado, para asuntos serios, por lo tanto, está sentada con las manos sobre el regazo, el mentón erguido, un poquito alejada de la mesa de los hombres; escucha con tanta energía que podría asustar a Ajax (que siempre les tuvo más miedo a las mujeres que a la muerte), pero aparta la mirada para no desconcertar demasiado al consejo con la intensidad de su atención.

Ella es Penélope, esposa de Odiseo, la señora de la casa, la reina de Ítaca y un manantial de congoja y conflicto, según afirman muchos hombres. A su entender, esa es una acusación injusta, pero aclararlo requeriría mucho más aire del que pueden ofrecer los pulmones de un mortal.

Su piel es más oscura de lo que se considera adecuado para una

reina griega y tiene el pelo negro como el mar de medianoche; pero se la retratará como rubia, porque es más conveniente, y los poetas no mencionarán las ojeras que rodean sus ojos cansados. A pesar de ser reina, Penélope no se sienta a la mesa, no sería correcto. Ella es la esposa obediente de un rey desaparecido, y aunque casi todos saben que el pesado trabajo del consejo es algo demasiado complicado para su linda cabecita, es agradable ver a una mujer que se toma su trabajo en serio.

Penélope escucha con las manos en el regazo mientras su consejo discute.

—Telémaco, sabemos que amas a tu padre…

—¡No hay cadáver!, ¡no han encontrado su cadáver! Odiseo vive hasta que aparezca un cadáver…

—Y sería maravilloso que estuviera con vida, es verdad, pero el hecho es que el resto de Grecia está convencido de que no lo está, ¡y el resto de Grecia está perdiendo la paciencia! Las islas occidentales necesitan un rey…

Si siente interés por lo que esos hombres opinan de su marido, o de su falta de marido o de proyectos para conseguir otro marido o de lo que sea políticamente pertinente ese día, Penélope no lo demuestra. Parece estar fascinada por las espirales negras de los frescos pintados en lo alto de la pared, como si acabara de darse cuenta de que una ola pintada podría ser también una nube y de cómo las imperfecciones del ojo del artista pueden darle carácter al objeto pintado.

A sus pies, Autónoe toca una cuerda; plong… Está desafinada.

Eos convierte la lana en hilos las puntas de sus dedos casi no se mueven en esa danza de araña trabajadora.

Finalmente, Egiptius dice:

—Quizás si tuviéramos algo del oro de Odiseo…

—¿Qué oro?

Egiptius mira fugazmente a Penélope. Es natural que los hombres sabios de Ítaca manejen las finanzas del palacio y tomen las grandes decisiones, como deben hacer los hombres. No obstante, ni los astutos matemáticos de Hitita ni la peculiar manera de rayar arcilla o papiros con estilete que los forasteros llaman “escritura” han llegado todavía a las costas de Grecia. Por esa razón, perdura la sospecha —no fundamentada, no probada— de que hay algo más en el manejo fiscal de Ítaca de lo que estos académicos pueden percibir. Penélope protesta por su pobreza, sin embargo, sigue alimentando a los pretendientes con un banquete cada noche, como corresponde a una anfitriona; ¿cómo es posible?

¿Cómo es posible, realmente? Egiptius se lo pregunta, como muchos otros que golpean a la puerta de Penélope. ¿Cómo es posible?

—¿Por qué no entrenamos a nuestros hombres? —Telémaco se

esfuerza por no hacer pucheros, y por un instante, los hombres mayores se mueven, incómodos, tratando de decidir si perder tiempo dando lugar a su pregunta—. Tenemos milicias en Léucade, en Cefalonia. ¿Por qué no en Ítaca?

—No creas que a los soldados de Léucade les fue bien —murmura Medón, con cara sombría—. Cuando los piratas los atacaron en luna llena, la mitad de la milicia estaba borracha y la otra mitad, en el rincón más alejado de la isla.

—Eran incompetentes. Nosotros no seremos incompetentes. —Telémaco parece muy seguro de eso, lo que es más bien optimista, si se toman en cuenta los últimos dieciocho años.

Es Penélope la que le responde. Es aceptable porque no habla como reina, cosa que sería burda, sino como madre.

—Aun si hubiera suficientes hombres en Ítaca, ¿quién los comandaría? ¿Tú, Telémaco? Si consigues reunir cien espadas en Ítaca, leales a tu nombre, cualquiera podría pensar que serías capaz de utilizar esas espadas en contra de los pretendientes y reclamar el trono de tu padre. Antínoo y Eurímaco son hijos de hombres poderosos. Anfínomo y los pretendientes de otros lugares pueden traer mercenarios desde Pilos o Calidón. En cuanto te perciban como amenaza, al mando de un grupo de hombres, harán a un lado sus diferencias y se aliarán en tu contra, y así unidos podrían vencerte con facilidad. Sería mejor matarte por precaución antes de llegar a eso. Nos evitaría las complicaciones.

—Pero esto no tiene nada que ver con ellos. Se trata de defender nuestro hogar.

—Todo tiene que ver con ellos —suspira ella—. Y aunque no sea así, lo que importa es que ellos creen que lo tiene.

Telémaco, como todos los seres mortales y también los inmortales, detesta que le digan que está equivocado. No lo soporta y por un breve instante frunce la cara como si fuera a tragarse sus propias facciones para escupirlas después con sangre y bilis; pero no es tan estúpido, por lo que se recompone, resiste el impulso de devorarse a sí mismo, hace una pausa, reflexiona y dice:

—Perfecto. Juntaremos a todos los soldados. Anfínomo comprende cómo son las cosas y Eurímaco no es obstinado. Si tanto quieren adueñarse de Ítaca, tendrán que defenderla.

—Eso presupone que ninguno de ellos está detrás de los ataques.

—Son demonios del norte, ilirios.

—Es un viaje demasiado largo desde el sur para que nos ataquen los ilirios. Es muy audaz. Y Medón tiene razón. ¿Cómo pudieron arreglárselas para atacar Léucade, navegar de vuelta a su casa, abastecerse y volver a Ítaca con luna llena? ¿Y por qué atacaron Fenera, un caserío sin importancia, habiendo llegado tan lejos?

Debemos considerar las repercusiones.

Es cierto que las habrá, pero Telémaco no es un muchacho de repercusiones.

—Madre, yo puedo defender Ítaca. Yo soy capaz de hacerlo.

—Por supuesto que lo eres —miente ella—. Pero hasta que puedas conseguir cien hombres en secreto, buscarlos por todas las islas y traerlos hasta aquí o encontrar la manera de evitar que nuestros huéspedes se agrupen para hacerte frente, creo que necesitaremos un enfoque más sutil.

El suspiro de Telémaco es audible y pasa sin comentarios. Ha aprendido a suspirar imitando a Euracleia, amada nodriza de Odiseo, que resopla y jadea y nunca está conforme con nada. De todas las cosas que Penélope lamenta, haber permitido que su hijo haya adoptado ese hábito es una de las que está al principio de la lista.

Sumidos en el silencio, nadie cruza su mirada con nadie más. La criada Autónoe parece estar a punto de reír y se las arregla para que parezca un inminente eructo que trata de tragar. Finalmente, Medón dice:

—¿Alguno de los pretendientes te ha dicho algo pertinente?

—¿Pertinente?

Las pestañas de Penélope no son como las de su prima Helena. No tiene habilidad para batirlas, pero ha visto a otras hacerlo; pone todo su empeño, y el resultado es un notorio fracaso.

—¿Te ofrecen apoyo, quizá…, o hablan de defensa?

—Todos dicen lo mismo. Que son hombres fuertes, que son valientes, que traerán paz a este reino, que serán el rey que Ítaca merece, etcétera. Los detalles… son flojos en los detalles. Los detalles no son algo que deba hablarse con una reina.

—El muchacho tiene razón.

Las miradas de asombro se dirigen hacia Peisenor, que desde el extremo de la mesa asiente con aire sombrío como si ya estuviese cubierto de sangre.

—Si no podemos pagar mercenarios… —¡Qué peso tiene la palabra "si"! ¡Con qué énfasis la pronuncia! Él tampoco sabe del todo cuál es la fuente de la riqueza de Penélope, pero a diferencia de los demás, ni siquiera ha oído hablar del concepto de contabilidad—. No tenemos otra salida. Necesitamos una milicia para defender a Ítaca, para defender el palacio y a la reina. Ha pasado mucho tiempo. Hablaré con Antínoo y Eurímaco y con sus padres. Con Anfínomo también. Si ellos están de acuerdo, los demás los seguirán. Encontraremos alguien a quien todos acepten como líder, alguien que no esté alineado con Telémaco ni con un pretendiente.

—Quiero participar —proclama Telémaco.

—De ninguna manera —replica Penélope.

—¡Madre! ¡Si amenazan nuestra tierra, la defenderé!

—Aun si milagrosamente Antínoo y Eurímaco deciden hacer a un lado su ambición por más de medio día para formar una milicia, ¿quién será parte de ella? No hay hombres en Ítaca. Hay muchachos criados sin padres y hay ancianos… Discúlpame por ser tan directa, Peisenor. Los ilirios podrán ser bárbaros, pero son guerreros. No pondré en riesgo tu vida…

—¡Mi vida! —exclama Telémaco; ha vuelto a levantar la voz. Su padre no lo habría hecho, pero, en fin, el chico ha sido criado por mujeres—. ¡Soy un hombre! ¡Soy el señor de esta casa! —Tiene suerte de que su voz no se quiebre en un chillido agudo cuando dice eso. Ha cambiado la voz más tarde de lo que esperaba, pero ahora ya está bien; tal vez hasta le crezca la barba pronto—. Soy el señor de esta casa —repite con algo menos de confianza—. ¡Y defenderé mi reino!

Los miembros del consejo se mueven, incómodos, y Penélope guarda silencio. Hay cosas de las que hablar, asuntos de mucho peso y urgencia, pero cada uno de ellos parece perdido en su propia profecía, mirando un futuro en el que nada termina bien para ninguno de ellos.

Por fin, Penélope se pone de pie como un cisne que se desenrosca tras su descanso y, por cortesía, los hombres dan un paso atrás y se inclinan ligeramente; al fin y al cabo, es la esposa de Odiseo.

—¿Hubo supervivientes en Fenera?

La pregunta los desconcierta, pero Peisenor responde:

—Pocos. Una chica vino al palacio, acompañada por una anciana.

—¿Una chica? Debería ir a verla.

—No es importante, es poco más que…

—Es una huésped en mi palacio —responde Penélope con más firmeza y aspereza de la que los hombres tal vez esperan—. Quiero que la atiendan. Eos… Autónoe.

Sus criadas recogen sus cosas y abandonan la habitación. Tras unos instantes, Telémaco asiente y con su porte más regio se marcha, supuestamente para tratar de aprender cómo afilar una lanza.

Los ancianos se quedan en el salón, mirándose las manos, hasta que por fin Medón, que siempre ha tenido buena cabeza para esas cuestiones, fulmina con la mirada a sus colegas y dice tajante:

—He tenido estornudos con más agallas que vosotros. —Y se marcha detrás de Penélope.

CAPÍTULO 4

Teodora está sentada y no come.

Frente a ella hay una anciana. Se llama Sémele, hija de Oinene, madre de Mirene. En las civilizadas tierras de Grecia no es costumbre que una mujer se presente nombrando a su madre. Pero Sémele no ha vivido nunca en otro lugar que no sea Ítaca, y no tiene tiempo para las modas de los sitios más sofisticados, donde los hombres no están muertos. No es tan anciana, pero años de sol y de sal la hacen entornar los ojos continuamente y le han secado la piel, desteñido el pelo y dejado cicatrices en los nudillos y callos en los enormes pies planos con los que avanza a zancadas por entre las rocas de ese destruido paraje. Es conocida por muchos, pues no es de voz sumisa y suave ni deja que sus superiores decidan por ella; tampoco le preocupa encontrar otro marido ahora que la muerte del primero está casi garantizada. Cuando le preguntan por esto último, se encoge de hombros y dice:

—Mi esposo partió con Odiseo y si la reina está dispuesta a esperar, entonces yo también puedo hacer lo mismo.

Quienes la escuchan sospechan que en esa excusa hay más satisfacción que lealtad a la reina. Para los hombres es una cazadora. Alguien en Ítaca tiene que serlo. Para las mujeres es algo más.

Sémele observa que Teodora ha dejado intacta sobre la mesa de avena y miel; tiene la mirada baja y la mandíbula en tensión. No ha hablado desde que llegó al palacio de Odiseo.

—¿Teodora?

Teodora ve a una mujer de ojos oscuros de pie en la puerta y no sabe que está mirando a una reina. Sémele se pone de pie, lo que constituye una señal, pero ya es algo tarde para que Teodora haga lo mismo sin parecer una idiota, de manera que, como una idiota de otra clase, permanece sentada.

—¿Eres Teodora? —repite Penélope.

Ella asiente.

—Soy Penélope. Sémele, gracias por traerla hasta aquí. Por favor,

siéntate. Sois mis invitadas. Habéis oído hablar de mi casa, de… mi hospitalidad. Por favor, podéis quedaros tanto como lo deseéis.

Teodora trata de encontrar las palabras. Las únicas que brotan son las únicas que le quedan para decir:

—Vinieron los piratas.

—¿Eran ilirios?

—Estaba oscuro.

Un mantra que se repite y que esconde muchas cosas: la escena, las pérdidas, el dolor. Pero Teodora ha sido criada para que las cosas se hagan, por lo que frunce ligeramente el entrecejo y agrega:

—Sus escudos eran redondos. —Tiene algo importante que añadir, algo que le falta decir…, pero se le escapa.

—¿Dónde desembarcaron? Hay una bahía en Fenera, si mal no recuerdo. Buena para cuando hay mal tiempo. A veces los mercaderes se refugian allí para no pagar la tarifa del puerto, ¿no es así? No me enfadaré. Solo necesito saberlo.

—Sí. En Fenera; encallaron directamente en la orilla.

—¿Viste alguna señal? ¿Alguien que los haya guiado por las aguas poco profundas?

¿Qué recordaba? ¿Vio un resplandor o una antorcha desde los acantilados? Cierra los ojos, en su memoria hay algo, no hay nada; Dares hurga en su túnica, Dares vive, todas esas imágenes se vuelven una, el tiempo fluye como arcilla mojada.

Penélope le toma la mano. Teodora está a punto de retirarla ante ese contacto fresco e inusitado.

—¿Tienes familia?

Ella niega en silencio.

—Debes quedarte aquí —murmura Penélope—. Eres mi invitada. ¿Lo entiendes?

Teodora asiente y contempla esos dedos pulcros entrelazados con los suyos. Se esfuerza para no ceder al impulso de llevárselos a la nariz para comprobar si huelen a flores.

—Estas son mis criadas, Eos y Autónoe. Ellas te atenderán. Si necesitas algo, no tienes más que pedirlo.

Vuelve a asentir con la cabeza que le pesa sobre el cuello. Luego, una pregunta que parece espontánea pero que ha estado creciendo y creciendo dentro de ella desde que la primera nave llegó a Ítaca.

—¿Los traerás de vuelta? Los ilirios… se llevaron… se llevaron gente… ¿Los traerás a casa?

—Lo intentaré.

—¿Lo intentarás?

—Será difícil. Ítaca no es rica. Los tiempos han sido… No sabemos adónde se los han llevado los ilirios. Puedo pedirles a mis contactos que los busquen en los mercados de esclavos, pero… será complicado.

¿Lo entiendes?

Teodora siente todavía el humo en la boca. Tiene los dientes manchados de tizne. Mira a la reina directamente a los ojos y en su interior gruñe un lobo.

—Entonces, ¿qué sentido tiene que seas reina?

Eos abre la boca para replicar: "Oye, niña desagradecida, no seas…".

Pero Penélope la acalla, sin soltar la mano de Teodora. La vieja Sémele observa desde el otro extremo de la mesa, curiosa, paciente. Durante unos instantes, Penélope considera la pregunta, la examina desde todos los ángulos, la macera bajo la lengua y deja que penetre en cada rincón de su mente. Luego, responde.

—Es una muy buena pregunta, para la cual no creo tener respuesta. Sémele, ¿podemos hablar, por favor?

Sémele se levanta al mismo tiempo que Penélope y la sigue hasta la puerta, sin hacer una reverencia y con la frente bien alta como para darle un golpe con la cabeza a cualquier criada que interrumpa su paso. Penélope se asoma al pasillo gris, silencioso, mira hacia la izquierda y hacia la derecha. Las paredes del palacio son delgadas.

—¿Eran ilirios? ¿Estás segura?

Sémele niega con la cabeza.

—Llevaban pieles y hachas, pero también tenían espadas cortas, armas griegas. No pude oír su idioma. Además, ¿Fenera? ¿Pasan delante de Hiria, luego de Léucade y se dirigen a Fenera?

—Es… preocupante —murmura Penélope—. Pensé que teníamos más tiempo para prepararnos. ¿Has hablado con las demás?

Un asentimiento rápido y enérgico, como todo lo que hace Sémele.

—Nos reunimos en la arboleda cerca del templo de Artemis. Cada semana acuden más, pero no hay líder…

—Estoy trabajando en eso. Corre la voz con discreción, pero también con prisa. Los hombres hablan de preparar una milicia.

Si estuviera en su granja, Sémele escupiría con fuerza. Pero por estar en un palacio, retiene la saliva en la boca antes de que se le escape.

—¿De muchachos y ancianos?

Penélope se sacude la idea de encima como si fuera una avispa que le molesta.

—Es una estupidez, una locura. Pero creo que no podré disuadirlos. Esta muchacha, Teodora, tiene un arco. ¿Sabe usarlo?

—No lo sé. La chica fue lista, huyó en lugar de pelear.

—Háblale, fíjate si puedes incorporarla.

Sémele asiente y vuelve a la habitación. Teodora tiene la mirada fija en imágenes que solo ella puede ver: de su vida, de la perdición y luego —como alguien que ha visto las nieblas del infierno y ha bebido

las aguas grises del río del olvido— vuelve a mirar la nada misma.

CAPÍTULO 5

Medón, el de las grandes orejas, espera en la sombra junto a la puerta del corral de los animales, cuando aparece Penélope. Algunas personas saben apoyarse despreocupadamente contra una pared, relajadas como un gato, y parecen decir: "Vaya, ¿es a mí a quien buscabas? ¡Qué suerte la tuya!". Medón no es una de ellas. Es tan elegante como un pedo; tal vez eso era lo que a Odiseo le gustaba de él. Tiene sesenta y ocho años, pero en el momento del reclutamiento para la guerra, Odiseo observó a ese esférico compatriota con cara de higo y declaró:

—Mi buen Medón, ¡el tiempo te ha hecho entrar en carnes!

Si bien el comentario exasperó ligeramente a Medón, sintió un gran alivio al verse liberado de viajar a Troya. Desde entonces, y con gran astucia, según quién le pregunte la edad, se añade entre cuatro y nueve años. Usa la túnica suelta y colgada sobre un hombro. Pareciera que esas ropas, al igual que su persona, se fueran hundiendo cada vez más y más, y no les queda claro a los observadores si eso se debe a la pereza o a una afectación muy estudiada para mejorar su aura de marchita sabiduría. Quizás sea por ambas cosas, o quizás con el tiempo una se ha transformado en la otra. El pelo canoso está en franca retirada de la frente y de la coronilla y libra una batalla sobre el cráneo, donde un mechón desafiante se levanta como una almena en ruinas. Le falta el meñique de la mano izquierda, que él atribuye a una herida de guerra, cuando en realidad se debe a una infección causada por una espina cuando era niño.

Medón se separa de la pared cuando Penélope —acompañada por Eos y Autónoe— se aproxima al corral de las ovejas que serán sacrificadas.

—¿La chica está bien? —pregunta.

Penélope le echa una mirada al anciano, se le acerca y asiente una sola vez, con los labios apretados. A lo largo de los años, el palacio de Odiseo ha sido construido de manera caótica a partir de la primera estructura, un robusto salón de madera y barro, donde la gente podía resguardarse de las tormentas y de la violencia de sus vecinos. Luego

pasó a tener una cocina y un pozo de agua, lo que derivó en un salón con cocina y en una planta superior, unos camastros elevados para dificultarles el acceso a ratas y cucarachas. Más tarde se agregaron sótanos para el pescado seco y el vino excavados en la colina que nace en la ciudad misma; tesoros escondidos cuya abundancia o escasez son tema de varias disputas; también habitaciones para los huéspedes, dormitorios de esclavos, letrinas resguardadas del viento, jardines, olivos, habitaciones construidas alrededor de los olivos, pilas de agua fresca para lavar, una fragua para trabajar metal, muros y huertas de verduras y hierbas tanto amargas como medicinales. Para alivio de Penélope, muchos de sus pretendientes no quieren pernoctar allí y prefieren alojarse más lejos, en la ciudad. Aducen que no quieren ser una carga; pero las criadas susurran que es porque un hombre culpable les teme más a los pasillos angostos y a los rincones oscuros que un hombre honorable.

Medón también odia los pasillos porque no se sabe quién puede estar escuchando; por ello elige espacios exteriores donde es más difícil para el público escuchar una conversación privada. Empieza a caminar junto a Penélope, como si, por supuesto, nada le gustara más que inspeccionar las hediondas bocas de las ovejas. Es una oportunidad perfecta para una charla trivial.

—Bien; primero Léucade y ahora Fenera.

Penélope levanta una ceja, algo que ha logrado hacer estupendamente después de pasar horas frente al polvoriento espejo de bronce con la intención de imitar a su prima, Clitemnestra, la esposa de Agamenón, que manejaba la arrogancia imperial de una manera que la reina de Ítaca no ha logrado dominar. Es una de las muy pocas cualidades magníficas de Clitemnestra que Penélope logra copiar.

—¿Tienes algo que decir que no pueda ser dicho en el consejo? —pregunta ella mientras recorren el lugar entre zumbidos de moscas y olor a ovejas; Autónoe y Eos permanecen a una distancia respetuosa cerca del comedero.

—Dos ataques en dos meses y ¿no han enviado un mensajero al palacio? Los piratas atacan solo cuando quieren forzarnos a pagar. Tienen una actitud negociadora audaz.

—¿Y qué tipo de trueque crees que querrían hacer estos piratas? —suspira Penélope—. ¿Qué hay para comprar en Ítaca salvo pescado y la mano de una reina viuda?

—¿Nadie se te ha acercado?

—Trato de evitar ponerme en una situación semejante. En cuanto me vea forzada a hablar con estos saqueadores, quienesquiera que sean, y a negarme a cualquiera de sus exigencias, no tendrán motivos para contenerse. No quedará rincón del reino que no sea objeto de sus

caprichos. De algún modo, es mejor que no estemos negociando si el desconocimiento genera algo de moderación en ellos.

—¿Consideras que sus recientes acciones han sido "moderadas"? ¿Atacar la mismísima Ítaca? ¿Qué pasaría si hubieran venido por el palacio?

Ella aprieta los labios, no responde, mira al cielo como si le sorprendiera no poder ver el sol enmarcado en ese cuadrado que es el patio de la carnicería. El balido de una oveja se oye más fuerte, luego se apaga abruptamente cuando el cuchillo le atraviesa la piel y el hueso.

Medón se acerca un poco más, casi tanto que podría poner una mano sobre el brazo de ella…, más cerca de lo que ningún hombre se atreve a avanzar. Tal vez sea la despreocupada ignorancia que él muestra a su condición de mujer, de criatura sexual, lo que le permite a Medón esa intimidad. Es casi como si la viera más como amiga que como mujer. A veces eso me da envidia. No es apropiado que un dios envidie a un mortal, casi siempre termina mal.

—¿Piensas que Peisenor puede defender Ítaca con su milicia?

—Claro que no.

Responde con más firmeza de lo que hubiera querido y por un momento otra pregunta se asienta en la punta de su lengua, pero jamás la expresará. ¿Su hijo cree realmente que se puede lograr? ¿Arriesgará su vida por algo que no tiene salvación? Se estremece un poco, abre bien los ojos y parece algo sorprendida al ver que Medón sigue allí.

—Existen otras… opciones que estoy investigando.

—¿Qué otras opciones? —Al ver que ella no responde, hincha los carrillos y levanta las manos—. Conspira, si así lo deseas, sé que no puedo impedírtelo. Pero hasta donde sé, ni siquiera tú eras capaz de endulzarle el oído a un pirata.

—Debo ir a saludar a un nuevo pretendiente —anuncia ella cambiando de tema y poniendo fin a esa batería de preguntas—. Es egipcio.

—Muy original.

—Sí, ¿verdad? Imagino que tiene interés en el ámbar que pasa por mis puertos.

—Eso no es una metáfora, ¿o sí?

Un atisbo de sonrisa se dibuja en los labios de Penélope, pero desaparece en cuanto nace.

—Primero, la bienvenida al egipcio —murmura—. Y luego, creo que debería dar un paseo a caballo.

CAPÍTULO 6

Érase una vez tres reinas en Grecia. Una era casta y pura; otra, una seductora ramera, y la tercera, una arpía asesina. Así es como lo cantan los poetas.

Las tres eran de Esparta y compartían algo de la misma sangre mortal. Una era hija de una náyade. Un día, esta criatura de perla y mar, al ver a Icario, príncipe de Esparta y hermano del rey, mientras se bañaba en la desembocadura del río, exclamó:

—¡Oye! ¡Mira lo que tengo para ti! —O algo parecido.

Y él, sin dudarlo, le tomó la palabra. Cuando nueve meses más tarde ella emergió del arroyo detrás del palacio y le presentó a la hija de ambos, Icario aceptó cortésmente ese paquetito llorón de manos de la náyade instantes antes de que ella desapareciera; acto seguido la llevó a un acantilado y serenamente la arrojó a la muerte. Una bandada de patos serviciales, que sabían que las náyades no son afectas a criar niños propios, pero que se ofenderían si se enteraran de que dejaban morir a alguno, transportaron a Penélope a un lugar seguro; finalmente, el mensaje de sus graznidos llegó a oídos de Icario, que llevó a la niña a su casa y se la entregó a su esposa mortal, diciendo alegremente:

—Querida, los dioses nos han bendecido con esta afortunada y misteriosa criatura. ¡Qué suerte hemos tenido!

Policasta, esposa de Icario, tuvo entonces que tomar una decisión y su respuesta fue asombrosa, pues el mismo día que su marido trató de matar a esa niñita, Policasta la tomó en sus brazos y le dijo:

—Te querremos mucho. —Y en esas palabras puso todo su corazón y también su cabeza, que era bastante sensata.

Ese acto de misericordia —esa compasión— resulta igualmente incomprensible para dioses y mortales. No me detendré en lo que esto puede revelar sobre nosotros, que somos tan venerados por todos.

Así fue cómo llegó a este mundo Penélope, la que algún día sería reina de Ítaca.

Nuestras otras dos reinas griegas eran hijas de mi marido-hermano

Zeus.

Más o menos al mismo tiempo que Icario se divertía con una náyade, Zeus, rey de reyes, el más poderoso de los dioses, se enamoró de una tonta mortal llamada Leda. Ella estaba casada con Tindáreo, rey de Esparta, pero nadie la recordará como reina, sino simplemente como un recipiente para la semilla de otro. Los sagrados votos matrimoniales están hechos para las esposas, no para los maridos, por lo que fue así como Zeus descendió al mundo terrenal con forma de cisne.

Lo hace continuamente. Se aparece como un animal herido —a veces un pájaro, otras veces un toro— y cojeando se acerca a alguna tierna criada que exclama:

—Ay, pobrecito, yo te cuidaré.

Y entonces, ¡zas! Justo cuando menos lo esperas ese delicado e inocente animal que cobijaste en tu regazo se convierte en la forma desnuda de tu hermano, con la mano entre tus muslos y sus labios en tu garganta.

—Sabía que me deseabas —susurra—, todo este tiempo he sabido que me amabas.

Y tú gritas que no, que no —¡por favor, no!—, pero de nada sirve. Tus protestas solo le demuestran a él lo ignorante que eres, lo poco que conoces tu potencial, todo lo que puedes ser una vez que seas suya. Y cuando él termina, apoya la cabeza en tus pechos y se arrulla como la dulce criatura por la que se había hecho pasar.

—Ámame, ámame, ámame —parece gemir—. ¡Ay, qué duro es que entre tantas mujeres que hay, seas tú la que no me ame! Esto que hago…, bueno, ahora sabes cuánto necesito que me ames.

Luego te ordena que le acaricies la cabeza, y tú tratas de no hacer ruido al respirar hasta que por fin se transforma en una criatura del cielo y se aleja volando otra vez. Ese es mi esposo-hermano, el más grande del Olimpo, un modelo entre los hombres, a quien conozco mejor que nadie.

Bien, como os decía, Zeus desciende con la apariencia de un cisne.

“¡Oh, mira qué hermosura!”, exclama Leda, y aunque no os lo creáis, ese cuello largo y plumoso no era una metáfora después de todo; y acto seguido, Leda ya está poniendo huevos. Huevos de verdad que salen de entre sus blancas piernas abiertas. Esos huevos finalmente se rompen y dan origen a Castor y a Pólux, ese par de bobos llorones, y también a Helena y a Clitemnestra.

Nos ocuparemos primero de Helena. Los pobres mortales (que quedarían ciegos si contemplaran el verdadero fulgor celestial) la consideran la mujer más bella del mundo. La belleza es caprichosa, cambia con tanta facilidad como las mareas. En una época, yo era la más bella hasta que tanta familiaridad conmigo engendró

aburrimiento.

También se la reconoce como hija de un rey; ni siquiera un príncipe espartano armaría un escándalo si supiera que aquel que posiblemente embarazó a su esposa puede hacer que le caiga un rayo encima por ser descuidado en la crianza. Y aunque no se la considerara encantadora a la manera de los mortales, no hay nada como ser mitad celestial y mitad princesa de Esparta para destacarse en lo político.

Así fue como la bebé se convirtió en niña; Teseo la raptó durante un tiempo en una correría tan desconcertante en sus innumerables vicisitudes que no me voy a detener en ella. Finalmente la devolvió, inmaculada, a la corte de su padre, y ella alcanzó la edad de una chica casadera. Eso representaba un desafío y también una oportunidad, porque el que debería haber sido su padre, Tindáreo, no lograba decidir a qué gran príncipe le convenía apaciguar y a cuál enfurecer al entregar la mano de Helena en matrimonio; convengamos que cuando cien hombres fuertemente armados, que no aceptan una negativa, compiten por un premio que solo uno puede ganar, una conversación incómoda en la cena es la menor de tus preocupaciones. Y entonces llegó Odiseo, un ignoto príncipe de una isla ignota en el extremo oeste del mundo civilizado.

—He oído que la prima de Helena, Penélope, es una joven preciosa —dijo—. Permíteme casarme con Penélope y te proporcionaré un ardid que aliviará tus preocupaciones.

Tindáreo apartó la mirada de las hordas de pretendientes que se hallaban en el salón y la fijó en el rincón sombrío donde estaba sentada la joven Penélope, hija de Icario.

—No sé qué decirte —murmuró—. No es como Helena, pero sigue siendo una princesa de Esparta. Por lo menos debería casarse con alguien que no huela a pescado.

Pero Odiseo no era de los que proponen una estrategia sin estar seguro de que será aceptada por todos.

—Puedo lograr la paz —dijo—, la hermandad entre todos los griegos. ¿No te parece que la hija de tu hermano es un precio justo?

Y así fue como se arregló todo; siguiendo la sugerencia de Odiseo, todos los príncipes de Grecia juraron que acudirían en ayuda de quien se casara con Helena. ¿Y quién no lo haría? Porque cada uno de ellos tenía la certeza de que él sería el elegido, de que él era el más grande de todos los hombres. Es la clase de falacia en la lógica de los héroes que hace aullar de furia hasta a la gélida Atenea. Fue así como todos juraron, así se hizo y finalmente Tindáreo eligió a Menelao, cosa que ya tenía decidida desde un principio, y todos coincidieron en que era una desgracia, una terrible desilusión, pero era tarde…, ¡demasiado tarde! Quedaron atados a sus juramentos; el mismo Odiseo juró sobre el altar de Zeus el día de su boda.

Cuando los poetas hablan de las estrategias del astuto Odiseo, tienden a restarle importancia al hecho de que aquel plan en particular resultó catastróficamente malo para un príncipe tan, pero tan inteligente. Porque he aquí que Helena huyó a Troya —o la raptaron, según a quién se le pregunte— con el granuja de Paris, y entonces Menelao y su hermano mayor, Agamenón, enviaron mensajeros a todos los reyezuelos de Grecia, de este a oeste.

—¡Ajá! —dijeron ellos—. Iremos a la guerra contra nuestros enemigos del este, contra el rey Príamo y sus miserables hijos, y por un precioso giro del destino, resulta que todos y cada uno de vosotros habéis prometido pelear a nuestro lado, en defensa del marido de Helena. Qué asunto tan interesante; ¡servirá de lección durante siglos!

Agamenón siempre había codiciado las riquezas de Príamo. Dicen que la traición de Helena le dio acceso a ellas cuando encendió la chispa de la conflagración bélica, pero fue la astucia de Odiseo la que hizo posible una guerra a esa escala. Mejor no nos detengamos en ello, dicen los poetas; concentrémonos en su historia con los cíclopes y Escila, un tema adecuadamente varonil, cuando estuvo atado a un mástil y forcejeó contra las cuerdas con todo el fervor de sus enormes tríceps ante el cantar de las sirenas. Sí —¡¿cómo no?!—, pues es mejor que recordar ese pequeño error de cálculo monumental que arrasó ciudades y sacudió a los mismísimos dioses.

¿Y dónde está Odiseo ahora? Ah, sí, está levantándole las faldas a Calipso en la isla de Ogigia, mientras no deja de protestar diciendo que quiere a su esposa, que la quiere y que anhela liberarse de ese paraíso de deleite sexual de las ninfas. A cualquier amante se le pone la piel de gallina al pensar en provocar mi ira, pero incluso Calipso, que debería conocer lo que es la furia de una diosa, se siente tan segura de su poder sobre Odiseo que se limita a establecer una pausa en la copulación para cerrar las contraventanas que golpean junto a la puerta de su habitación. Ya me las veré con ella; esperad y veréis. Ya me las veré con ella.

En ese fatídico banquete de Tindáreo, en el que Helena se comprometió con Menelao y Odiseo se quedó con Penélope como premio por su astucia, sucedió otro hecho notable. Fue allí donde la hermana de Helena, Clitemnestra, llamó la atención del codicioso Agamenón, el más poderoso de los griegos, rey de Micenas, que nunca estaba satisfecho y ansiaba tener más. Ella ya estaba casada, pero Agamenón siempre se creyó un Zeus entre los demás hombres. No era capaz de convertirse en un cisne o en un toro, pero cuando atravesó al exmarido de Clitemnestra con su espada y a ella le arrancó la ropa ensangrentada del cuerpo, el resultado fue el mismo. Y al finalizar su tarea, le soltó la garganta, salió de entre sus piernas y suspiró:

—Ahora ya sabes cuánto te quiero.

Luego apoyó la cabeza sobre su pecho y ella no respiró.

Y ella no respiró.

Y ella no respiró.

Hasta que por fin él se levantó y la dejó sola otra vez.

Así fue como llegó a haber tres reinas en Grecia; sus voces pronuncian súplicas que ningún poeta-príncipe, marido-rey ni rey celestial escucharán jamás.

CAPÍTULO 7

Su nombre es Kenamón.

En realidad es bastante más largo que Kenamón, pero él piensa que los rústicos griegos son incapaces de pronunciar bien, por lo que es más fácil para sus mentes primitivas decirles que se llama Kenamón de Menfis y dejarlo así.

Su nave ha anclado hace dos días; desde entonces la reina Penélope lo ha alimentado (ya está harto de lentejas y pescado), lo ha tratado con mucha cortesía, pero se ha negado a concederle una audiencia. Kenamón intenta convencerse de que eso no le genera frustración.

Considera que Horus es una especie de protector personal; si me importara algo, me sentaría a su lado, me reiría y le diría: Horus. ¿Horus? Ese imbécil entrometido no se atrevería a dar ni un paso más allá de la cabecera del Nilo. En cambio, Isis, esa sí es una mujer con agallas, alguien que sabe hacer las cosas. En una ocasión, ella y yo jugamos al *tavli* y apostamos por el alma de una mantícora; ¡nos hicimos tantas trampas que casi terminó siendo una partida limpia!

Kenamón se afeitó la cabeza antes de zarpar, pero meses de viaje y de mares cambiantes le han hecho crecer una melena hirsuta que no sabe cómo dominar. Su piel es como una puesta de sol en el desierto; tiene manos grandes que sugieren cierta destreza con la espada que civilizadamente ha dejado en su habitación plagada de cucarachas. Sus cejas son espesas y negras, sus grandes ojos están salpicados de reflejos ámbar y gris. Lleva una larga túnica de lino con un colorido collar de mayólicas y un brazalete de jaspes, amatistas y cornalinas enhebradas con oro. Aguarda en el jardín principal, entre las puertas del palacio y el gran salón. Se ha sentado en una franja de sombra junto a un sendero con columnas donde se corretean veloces unas lagartijas moteadas con los mismos colores pardos del entorno. En este mismo momento observa cómo los últimos pretendientes de la noche salen al aire libre. Tienen resaca, como siempre, y necesitarán las horas de luz del día para recuperar la energía y afrontar otra noche de atracones, bebida y manoseo de las criadas. Es la carga terrible de su

vida, se lamentan. Podrían ser guerreros, ¡podrían ser reyes! Son víctimas de una tragedia acaecida sobre su juventud que los obliga a malgastar sus días cortejando a una anciana, una supuesta "reina" de Ítaca, ya marchita, en lugar de estar invadiendo, saqueando y tomando esclavos como deberían hacer los verdaderos hombres.

Andremón, el de los brazos musculosos, dice:

—Ha oído lo de los piratas. Es increíble que Ítaca ni siquiera pueda defenderse.

Antínoo, el hijo de Eupites, de cabello oscuro, gruñe:

—Malditos mercenarios. Ella tiene dinero. ¿Por qué no recurre a ellos también?

Anfínomo, joven real que quisiera ser soldado, chasquea la lengua:

—Es más complicado de lo que parece, lo sabes.

Eurímaco, de piernas largas, hijo de Pólibus, opina:

—He estado pensando en esto… ¿Qué tal si…?

Antínoo exclama.

—¡A nadie le importa lo que piensas, Eurímaco! —Es cierto.

Los pretendientes no prestan atención a Kenamón cuando pasan a su lado. Muchos extranjeros llegan a Ítaca; la mayoría busca aprovisionarse antes de zarpar para Corinto o Patras. Solo el oro que rodea la muñeca de Kenamón podría atraer por unos instantes sus miradas opacas.

Él espera.

"Invócame a mí", le susurro al oído. "Rézale a Hera, por quien las mujeres les han cortado las gargantas a los leones y han quemado la carne de los hombres. Horus no te escuchará. Rézame a mí y quizás evitarás ahogarte en tu propia sangre en el salón principal cuando todo termine".

Kenamón no me oye y yo no insisto con la idea.

Se aproxima una criada y él se levanta de un salto como si fuera un cachorro a quien por fin le permiten roer un hueso. Ella lo mira con mínimo interés al ver que se trata de un extranjero; dentro de su corazón late un ritmo que él no puede oír: "Muerte a todos los griegos".

Lo guía hasta un salón a través de un laberinto de pasadizos sinuosos y por unas escaleras burdamente talladas. Es un lugar fresco, pequeño, bendecido por una brisa suave del mar, pero a reparo de la tormenta. Allí hay un trono. No llama demasiado la atención. Odiseo juzgó apropiado colocar un sillón alto de madera y diseño llamativo solo para dejar claro que él era el rey; pero se cuidó de que fuera más pequeño que cualquiera de los asientos en los que Menelao o Agamenón podrían sentarse. Odiseo es modesto… cuando la modestia es un arma.

Penélope no se sienta en el trono. Sería absurdo. A su prima

Clitemnestra le gustaba utilizar ostentosamente el trono de su marido Agamenón cuando este salía de viaje, lo que causaba tantos cotilleos y debates estériles que Penélope piensa que seguramente han debido de complicar los asuntos de gobierno. En cambio, ella se sienta a un lado del trono de su esposo, en una silla más baja. Lo bastante cerca para demostrar que es algo que ella está protegiendo, pero a la distancia justa para demostrar que no lo reclama. En las secretas horas de la noche, mientras los hombres dormían, ella y Eos han pasado horas estudiando el lugar preciso.

Las mujeres han vuelto a colocarse en sus poses tradicionales para la audiencia. Autónoe toca algunas notas en su lira cuando entra Kenamón. Penélope inspecciona la hebra que Eos ha elegido de su canasto de lana lavada. Eos peina los nudos rizados. Siempre es una buena idea dar la bienvenida a un pretendiente con una escena bien femenina; es agradable causar una buena impresión.

Kenamón, de pie frente a ellas, no está seguro de cuánto debe acercarse o alejarse. Ya ha presentado sus obsequios y son bastante mejores de lo que Penélope esperaba, aunque ella no lo demuestra. Le agrada que él esté intentando cumplir con el protocolo. Penélope siempre aprecia el esfuerzo.

—Noble reina… —Una buena reverencia, con correcta flexión a la altura de la cadera; muy pronto se olvidará de eso, todos lo hacen—, es un honor para mí ser recibido en tu salón.

—Nos gratifica tu presencia, señor —responde Penélope. Su mirada se posa en el oro que él lleva en la muñeca, en las joyas del cuello y en el color de sus ojos. No es un muchacho, como casi todos los pretendientes. Menfis todavía no es territorio de viudas—. Muchos hombres han llegado al palacio de mi esposo en busca de favores, pero tú has venido desde más lejos aún. Nos sentimos muy bendecidos.

—Solo he estado aquí unos pocos días y ya siento a Ítaca como mi hogar.

Autónoe rasguea una cuerda demasiado fuerte y algo desafinada. La sonrisa de Penélope no flaquea, pero hay algo en su mirada que podría provocar miedo en los hombres. Para sorpresa de todos, Kenamón lo advierte y, tras humedecerse los labios, lo intenta otra vez:

—Quiero decir… por la hospitalidad, la amabilidad de su palacio y de su pueblo, siento como si estuviera rodeado de mi propia familia.

Vas mejor, egipcio, vas mejor. Derrama un poco de vino en mi altar y te enseñaré cómo ganarte el corazón de una griega. Tus faraones simplemente borran las historias de aquellos a quienes desprecian, ahogan sus palabras en silencio; nuestros poetas vivientes son mucho más peligrosos, porque saben cómo convertir a un hombre en un monstruo mucho después de su muerte.

—Cualquier cosa que podamos proporcionarte, cualquier cosa que desees, si está dentro de mi humilde poder se te dará —dice Penélope con un gesto delicado de la mano, que abarca el salón, el palacio, la isla, el cielo y el mar.

—Mi señora, es muy amable de tu parte. Pero solo hay una cosa que deseo verdaderamente.

—Ah, por supuesto.

Kenamón aprieta la lengua contra el paladar. Si tuviera que ser sincero, diría que ya le ha tomado inquina a Ítaca. La gente es grosera, el clima es monótono, la comida es mala, la compañía, poco refinada y todo ese asunto, una tarea inútil. Pero lo ha enviado su hermano y él depende de la buena voluntad de su hermano, por lo que…

—Soy un extranjero aquí. No conozco vuestras costumbres. En mi tierra, cuando un hombre busca una mujer…

—En tu tierra, estoy segura de que los hombres no buscan a las mujeres de otros hombres, ¿verdad?

Las cuerdas vibran, desafinadas, bajo los dedos de Autónoe. La sonrisa de Penélope es afilada como el cuchillo que esconde en la espalda, bajo los pliegues de su ropa. Kenamón recupera el aliento, y por un instante, yo casi pierdo todo interés en él: es solo otro pretendiente, otra oda a los blancos pechos de ella, la destreza del buey, la fuerza del león y todo eso.

Entonces él dice:

—Mi señora, ¿buscas un marido?

Los dedos de Autónoe se paralizan sobre la lira. Hasta Eos detiene su labor. Ninguna de estas mujeres recuerda que ninguno de los muchos, de los cientos de hombres que han pasado por esa puerta haya formulado esa pregunta. Es tan extraña que Penélope tiene que repetirla por lo bajo y procesar su significado como si estuviera aprendiendo el idioma de él o hubiera algo en su acento que la volviese completamente incomprensible.

—¿Que si yo busco marido…? Qué idea tan curiosa. Mi marido es Odiseo. No han hallado su cuerpo. Por lo tanto, sigue vivo. Estoy casada con él y mis votos son inquebrantables. Por consiguiente, no busco marido.

—Comprendo.

Kenamón hace una pequeña reverencia se pregunta qué le dirá a su hermano cuando regrese a casa. Estos griegos, dirá, están todos locos, muy locos.

—Sin embargo —continúa ella—, personas de renombre me informan que estoy equivocada. Que después de tantos años de la caída de Troya, mi esposo debe de estar muerto. Que el hecho de *no* estar muerto comienza a tornarse complicado para él. Cuando Agamenón se marchó a la guerra, mi prima Clitemnestra gobernaba

Micenas y no parecía haber tantas preguntas sobre su… capacidad. Pero, claro, su marido vivía, lo que representaba una amenaza de represalias para cualquiera que osara meterse con él o con su esposa. A pesar de que los soldados de Micenas demoraron su regreso, no había dudas de que ellos, tanto padres como hermanos, estarían dispuestos a esgrimir sus espadas en contra de los enemigos de la ciudad. Observarás, mi señor, que en Ítaca escasean ambas cosas, padres y hermanos. Actualmente, la reputación de mi marido mantiene alejados a los peores invasores, por temor a que vuelva y no le haga feliz descubrir que, en su ausencia, sus supuestos aliados han estado saqueando sus tierras. Los ilirios, unos bárbaros del norte que no comprenden nuestras costumbres, en ocasiones nos atacan, pero los demás griegos nunca lo hacen. No todavía. Verás: el nombre de Odiseo es poderoso. Los poetas hablan de él con la misma admiración que de Aquiles y de Neoptólemo. Pero con cada mes que pasa sin que él regrese, ese poder disminuye. El miedo que su nombre inspira disminuye. Por lo tanto, debe surgir alguien nuevo a quien puedan temer nuestros enemigos y nuestros amigos menos leales. Claramente, a mí no me temerán, soy solo una mujer. Y mi hijo, Telémaco, no tiene veteranos leales y soldados entrenados para reclutar. De manera que es necesario un marido, pero es imposible que yo me case. ¿Respondo así a tu pregunta?

Muy, pero muy locos, le dirá a su hermano. Quizás sea el mar o el tamaño del horizonte que afecta de algún modo sus mentes. Pero por lo menos, él debe intentarlo, debe dar la apariencia —aunque no sea más que por algunos meses— de que ha hecho todo lo que ha podido.

—Se dice que tu marido era sabio —manifiesta—. ¿Acaso no vería la necesidad de que volvieras a casarte para proteger el reino y a su hijo?

—Sí, se dice eso, ¿verdad? Realmente, quien considerara ocupar su lugar debería ser un gran hombre.

Kenamón se toma tiempo para pensar en las palabras de ella. A Penélope no le molesta. El silencio de un hombre es una experiencia novedosa y está encantada de disfrutarla. Por fin él dice:

—Mi hermano comercia con plata y ámbar del norte. Hace negocios en tu puerto con los mercaderes que controlan los mares del norte. Es un hombre extremadamente vanidoso y estúpido, pero yo soy uno de nueve hermanos y mi tierra no me ha brindado riquezas… excesivas. Se me ha encomendado que te informe que si aceptaras casarte conmigo, las naves del sur dejarán de comerciar con tus rivales. Todos los griegos que necesiten oro, cobre, cereales del Nilo o incienso del Oriente deberán rendirte pleitesía a ti, señora. También se me ha encomendado que haga hincapié en el servicio militar que he desempeñado, aunque con ello de ninguna manera pretendo

minimizar las hazañas de tu afamado y desaparecido esposo ni competir con ellas.

Autónoe ha quedado boquiabierta. Hasta Eos se sonroja sorprendida. Penélope hace lo que acostumbra a hacer cuando teme que sus facciones adopten una expresión poco apropiada para una reina: levanta la mirada con aire pío. Ese truco lo aprendió de la madre de Odiseo, Anticlea, quien le ha dado muchísimos consejos a su nuera sobre cómo ocultar la verdadera cara detrás de una firme actitud de oración… o de una copa de vino. De cualquier modo, Kenamón se mueve, incómodo, y dice abruptamente:

—¿He hablado demasiado, mi señora? Si te he ofendido, me disculpo.

—No, en absoluto. No me has ofendido. Es… refrescante escuchar a un hombre plantear su posición con tanta claridad. Muchos de los que vienen a mi salón malgastan mi tiempo, primero con discursos sobre mi belleza y luego con discursos dedicados a ellos mismos. Evitan aclarar cuántos soldados pueden aportar para defender mis islas y a cuál de sus rivales asesinarán primero. Pero, en fin, son muchachos; no debo olvidarlo.

—¿Aquí es habitual asesinar a los rivales? —pregunta él con tono afable.

—Cielos, no. ¡El deber de una anfitriona y la conducta del invitado son sagrados! Sería imperdonable que se rompiera ese pacto y se derramara sangre. Pero algún día alguno perderá la razón y apuñalará a su hermano por la espalda. Creo que tal vez sea Antínoo, o quizás Eurímaco; alguno de los dos terminará muerto o matará a alguien. Entonces se desataría un baño de sangre incontenible, una blasfemia tanto para los dioses como para los hombres.

—Pareces optimista sobre ese aspecto.

—Es un desenlace posible. Todos hemos aprendido las lecciones de mi prima Helena: no habrá más juramentos de hermandad entre hombres nobles en caso de que yo eligiera a uno de ellos. Por el contrario, los desencantados se unirán para matar al afortunado, y cuando este haya muerto, esos aliados se transformarán en los peores enemigos y se matarán unos a otros hasta que solo quede un rey de pie sobre las ruinas de mi reino: el más sangriento o el más cobarde, quienquiera que los dioses favorezcan ese día.

—Pues no parece ser un final deseable. ¿Puedo preguntar qué ocurriría si no te casaras?

—En algún momento alguien atentará contra mi vida y la de mi hijo. Una vez que ya no estemos, lo único legítimo será la fuerza; el que logre matar con rapidez a los demás pretendientes antes de que puedan armarse, se asegurará el trono, aunque resultará en un mar de sangre. Pero lo más probable es que Menelao aproveche la ocasión

para invadir desde Esparta en pleno caos y anexionarse las islas del oeste. Siempre tuvo ojo para las oportunidades.

—Ya veo.

Kenamón está serio como un niño que acaba de descubrir que algún día el pequeño cocodrilo que ama se convertirá en una bestia voraz. Tal vez los griegos no estén todos locos o, al menos, no más que cualquier criatura que ha saboreado sangre y cenizas en una noche hambrienta.

—Debo admitir, mi señora, que no me estás dando tantas razones de peso a favor de este matrimonio como me esperaba; por supuesto, no es que esa carga te corresponda, pues tus virtudes están claramente a la vista de todos.

Ella chasquea la lengua y asiente.

—Bien, en vista de que has expuesto tu posición sobre este asunto de manera tan justa, por mi parte te diré que mi madre ha dado a luz niños hasta los treinta y seis, tengo una dentadura excelente, cabeza sólida para cuestiones domésticas y se me considera aceptablemente guapa para mi edad.

Ante su sorpresa, su asombro, Kenamón ríe.

No ha oído reír a un hombre desde hace…

… Desde hace tanto tiempo…

Ha escuchado a muchachos que quieren ser hombres engatusar a las criadas y babear por ellas. Los ha oído rugir de risa ante una broma de borrachos, echar miradas lascivas y crueles y pavonearse discutiendo asuntos que no entienden. Ha visto a Medón sonreír como diciendo: “Si fuera más joven, eso me resultaría divertido”; y le han contado que una vez Peisenor se rio tanto de una broma sobre flatulencias que pensaron que se moría allí mismo, sin aliento y jadeando en el suelo. Pero ella nunca lo ha visto reír y en ocasiones, en momentos de tristeza, trata de imaginarlo, pero no lo logra.

Ahora Kenamón se ríe y es totalmente asombroso. Con las manos en las caderas se balancea hacia delante y hacia atrás, y cuando se compone exclama:

—¡Pues esas son excelentes razones para cualquier hombre, mi señora! ¡Excelentes razones!

Autónoe sonríe, ríe, sus ojos se encienden de vida. De todas las criadas, Autónoe fue siempre la más propensa a la risa. Euracleia, la vieja niñera de Odiseo, intentó quitarle esa tendencia a fuerza de golpes, pero Autónoe comprendió que su felicidad molestaba a su torturadora, por lo que comenzó a mostrarse más alegre y llena de vida, a soltar desafiantes carcajadas de éxtasis que podrían haber hecho que terminara vendida a las prostitutas. Pero un día Penélope dijo: “Ella me gusta” y nadie se atrevió a contradecir los caprichos de la reina. Hasta la sombría Eos, a quien su padre vendió a cambio de

una oveja estéril cuando tenía cuatro años, tiene algo en la mirada que si no llega a ser deleite es, por lo menos, fascinación. Hace muchos años, Eos aprendió a no permitir que ni siquiera una chispa ilumine sus facciones, salvo en las horas más silenciosas de la noche, pero esto… ¿esto? Esto es ciertamente extraño y novedoso para ellas.

Penélope también sonríe. Es extraño lo que siente en los labios. Ella no es de llorar todas las noches hasta quedarse dormida; es una mujer práctica, con muchas cosas que hacer. Pero tampoco nadie deja de hacer sus tareas para entretenerla. Ella es como un recipiente de cerámica delicado que deben pasar con el mayor cuidado de un sombrío sirviente al otro, no sea que el susurro más leve produzca una grieta en su cenicienta mirada. Se considera una grosería reír delante de ella, pues al fin y al cabo, es una viuda sufriente. Así que, aunque recuerda haberse divertido y reído alguna vez, no ha habido algo en su vida que le haya provocado mucha alegría. Hasta ahora, claro está.

Sonríe y se pone de pie, lo que hace silenciar al egipcio; ella le extiende su mano.

Extranjero estúpido, no sabe el peligro que conlleva ese movimiento, pues él se la toma y se inclina nuevamente. No sabe si es costumbre en esa tierra que un hombre toque a una mujer, mucho menos si debe apoyar los labios sobre la punta de los dedos de ella. Es el primer hombre cuya piel ha rozado en más años de los que Penélope puede recordar. Guardará la sensación en su corazón, tan vívida que con el tiempo la destruirá, la rechazará y la erradicará por temor a anhelar cosas imposibles.

—Señor —dice ella, y retira la mano poniendo fin a un momento, un momento fugaz—. Permíteme hablar con claridad. Si demuestro una preferencia especial por ti durante la cena, te asesinarán mientras duermes. El lazo entre anfitriona y huésped está santificado por los dioses; pero tú no eres uno de nosotros y mis pretendientes comienzan a inquietarse.

—Sé cuidarme, mi señora.

—Seguro que sí. Pero si no te matan a ti, si yo demuestro alguna preferencia, me asesinarán *a mí* mientras duermo. O a mi hijo. La seguridad depende del equilibrio; cualquier cosa que yo haga, ya sea decirle que sí o que no a un hombre, pone en riesgo el equilibrio e inclina la balanza hacia una guerra sangrienta. ¿Me comprendes?

—Creo que sí.

—Bien, entonces debes saber que aunque eres bienvenido aquí, yo no te dirigiré la palabra, no compartiré la comida contigo, no conversaremos sobre las tierras de Egipto o los lugares de aquí y de allá o las lenguas que hablas o las maravillas que has conocido. En algún momento tendrás oportunidad de decirme algo y yo responderé como corresponde a una anfitriona. Puedes permanecer aquí todo el

tiempo que lo desees. Y cuando te marches, te despediré y, por supuesto, habrá tristeza por la partida de un invitado honorable. Lamento que deba ser de este modo.

Los poetas no cantarán el nombre de Kenamón de Menfis. Él estaría cómodo con las historias que podrían contar.

La audiencia finaliza. Poco después, mientras camine por la orilla del mar a medianoche, pensará en todas las cosas ocurrentes que podría haber dicho, pequeños comentarios ingeniosos, epítetos encantadores que no acudieron a su mente cuando más los necesitaba. Para su sorpresa, se dará cuenta de que los habría dicho para hacerla sonreír, y no porque le conviniera para avanzar con su causa.

Pero en ese momento, solo dice:

—Gracias, mi señora,

—Bienvenido a Ítaca —responde ella.

CAPÍTULO 8

Empujemos el carruaje de Helios a través de los cielos, hagamos que el sol gire ligeramente sobre la tierra.

Por aquí, venid conmigo, venid a ver.

En un templo bien escondido en una tupida arboleda, una mujer con las manos ensangrentadas y con ampollas en los pies se postra ante una sacerdotisa que huele a hojas rojas y a pino y dice:

—Refugio.

Por las quietas aguas del sur, los hombres tiran de los remos esperando que el viento comience a soplar; las velas negras como el ébano golpean sin fuerza contra el mástil. Bajo la mirada hacia las aguas de Poseidón, pero no me atrevo a susurrar el nombre de mi hermano, no me atrevo a mencionar esa nave negra ni la isla hacia donde se dirige.

Odiseo deja escapar un grito ante el contacto de los labios de Calipso.

Menelao sujeta a Helena de la nuca y le empuja la cara contra la pared. Cuando ha terminado, su hija Hermione encuentra a su madre en el suelo, todavía de cara a la pared, cubierta solo por la túnica rasgada. Hermione la contemplará por un instante, luego se volverá y se alejará.

Y bajo el sol de la tarde, Penélope, Eos y Autónoe marchan a Fenera.

Con ellas van tres hombres armados, todos soldados que han luchado en Troya. Ninguno de ellos es de Ítaca. Penélope los adquirió unos años atrás en Esparta y Mesene; gente de su confianza los ha recomendado diciendo que tienen sentido común. Es motivo de frustración para ella que, de todos los soldados de su guardia, solo puede confiar en unos pocos si el destino decide hacer caer los dados en su contra.

Cuando las mujeres salen fuera del palacio llevan velos. Eos y Autónoe no están obligadas a hacerlo, pero consideran que corresponde compartir la actitud decorosa de su ama. El velo de

Penélope es gris como el color los gansos jóvenes, y en ocasiones lo usa además para protegerse de las abejas en el huerto de plantas aromáticas. También lo lleva cuando se digna a participar en los banquetes nocturnos, donde se sienta lejos de los hombres que cenan junto al fuego en su palacio.

Lo lleva puesto en el trayecto a Fenera y agradece que le oculte los ojos.

Las aves carroñeras que sobrevuelan el pueblo marcan la ubicación de las cenizas más que del humo, y, sin embargo, cuando las mujeres se acercan, descubren que los cuervos tienen muy poco para comer: los que como estúpidos decidieron pelear o los que eran demasiado ancianos para servir como esclavos. A las moscas no les importa, disfrutan de un charco de sangre en cualquier escenario. Alguien le ha cerrado los ojos a Dares, pero eso no impide que los insectos hinchados escarben en la carne inflamada. Casi todo el ganado ha desaparecido. Unas pocas ovejas bien alimentadas pueden venderse en algunos mercados al mismo precio que un ser humano de baja calidad. Criar ovejas es más seguro. Todas las casas están destrozadas, han levantado los suelos y han arrojado antorchas al fondo del pozo; quienquiera que haya saqueado ese lugar buscaba tesoros escondidos por manos asustadas.

Ha llegado gente de otros pueblos, supuestamente para hacer el duelo y tal vez, con más sentido común, también para revisar las ruinas. En la bahía, un bote de pescadores, vacío y solitario, se aleja de la orilla arrastrado por la marea. Tres hombres jóvenes se preparan para nadar e intentar llevarse el premio. En Ítaca hay pocos chicos menores de diecisiete años, y de ellos, muchos han nacido de padres que solo pasaban por la isla. Ese tipo de cosas solo contribuye al bullicio.

Han venido sacerdotes también a impartir los ritos. Es un asunto incómodo. Solo unos pocos habitantes han quedado con vida y no tienen medios para pagar a las plañideras afligidas que se arrancan el pelo y se frotan las caras con los restos de cenizas. No habrá tumbas talladas en piedra, ni parcelas cavadas en la tierra y adornadas con los objetos terrenales del muerto. Penélope le susurra al oído a Autónoe que busque a algunas mujeres para lograr un buen llanto. Hay muchas plañideras con talento en Ítaca; es algo casi tan popular como el pescado.

Entre los sacerdotes que han venido a mostrar su interés, hay algunos nobles hombres del templo de Atenea, que tras descubrir que no tenían estómago para la guerra, se dedicaron a venerar a esa diosa y así se salvaron de tener que zarpar hacia Troya. Es una hipocresía que no dejo de recordarle a Atenea cada vez que tengo la oportunidad de hacerlo. También hay sacerdotisas, tarea que ha recibido cierta

afluencia de mujeres disponibles que no encontraban perspectiva de matrimonio.

Una de ellas está fuera de lugar: sacerdotisa de Artemisa, se la ve con frecuencia vertiendo aceite en la cabeza de los niños recién nacidos y no cantando canciones tristes para los difuntos. Su nombre es Anaitis. Como la mayoría de los habitantes de Ítaca, guarda un secreto. Pero a diferencia de la mayoría de los habitantes de Ítaca, no está acostumbrada a guardar un secreto y hacerlo la está llevando a enloquecer.

Penélope recorre las ruinas de Fenera con sus criadas. El suelo polvoriento está surcado de huellas de pies que han pateado la tierra, y de marcas que dejan los dedos cuando se aferran a la arena y a las piedras en el momento en que una figura invisible los arrastra del cuello hacia el mar. Aquí, alguien ha hecho un movimiento violento con la espada, ha errado el blanco y ha roto la pared dejando grietas en el barro y en el bronce. En la playa todavía se ven las marcas que dejaron los barcos piratas al encallar, surcos en la arena que se van llenando de sal y de pequeños cangrejos que se escabullen. Hacia el norte, la arena se convierte en terreno duro, rocas negras y piedras redondas y grises; un acantilado alto del que cuelgan árboles achaparrados, con ramas filosas y hojas oscuras; la naturaleza es tan obstinada como la gente de la isla. En la cueva hay huecos, casi ocultos detrás de rocas puntiagudas y capas de enredaderas. Algunos son naturales. Algunos fueron naturales al principio, pero con el tiempo la gente los fue agrandando a fuerza de picar la piedra durante siglos con fines vulgares en algunas ocasiones y profanos en otras.

Un pequeño grupo de mujeres se ha reunido en la roca debajo de los acantilados; tiran de algo que hay en el agua. Llevan canastos tejidos en las espaldas, vacíos, y algunas tienen sogas atadas a la cintura. Estas mujeres, cuyos maridos nunca regresaron, son tan obstinadas como la roca y han llegado para trepar hasta las cuevas, pues se rumorea que los contrabandistas de Fenera guardaban allí sus tesoros. Se llevarán una gran desilusión con lo que encuentren.

Cuando Penélope se acerca, ellas se apartan con la vista baja. Las saluda con un leve movimiento de cabeza y finge no advertir que tienen herramientas para cavar. En cambio, dirige la mirada hacia lo que flota en las piscinas que se forman entre las rocas negras, el objeto que ellas están tratando de arrastrar a tierra firme. La marea ha lavado casi toda la sangre, pero se ve una marca roja de agua alta contra el musgo verde y las malezas azuladas. El cadáver ha comenzado a hincharse, pero de momento la túnica que flota alrededor de su torso impide ver lo peor. El pelo flota como espuma alrededor de la cabeza. Él siempre sintió orgullo por su pelo, rizos bonitos y esponjosos con un destello cobrizo.

Las mujeres lo arrastran hasta la arena; lo suben a una piedra levantándolo por la carne resbaladiza que se desprende bajo sus dedos como la piel de una cebolla y lo giran. Los pececillos movedizos que salen y entran de entre las rocas junto con la marea han estado mordisqueándole la cara y el pecho, succionando la piel descamada y los ojos grises, un festín para esas pequeñas criaturas transparentes de la orilla.

—¿Alguien sabe quién es? —pregunta Penélope.

—Sí —responde ese alguien de manera instintiva, porque es una persona honesta, pero se arrepiente de inmediato, porque ahora la reina la mira y ¿no había ido hasta allí para saquear lo poco que quedaba de los productos ilícitos de Fenera? Sí, claro que sí. Pero ya es demasiado tarde.

—Se llama Hilas. Es mercader.

—Parece… de mi edad. —No es algo muy apropiado que una reina hable de su edad, pero como hay tan pocos hombres en la isla para comparar edades, a veces hasta una dama debe referirse a sí misma—. ¿Es de Ítaca?

—No, es de Argos. Pero navega hacia el norte y el oeste. Comercia con ámbar, hojalata con los bárbaros y bronce y vino con los micénicos.

—Me sorprende no conocerlo.

La mujer se encoge de hombros, algo incómoda. No es cortés hablar mal de los muertos.

Eos se arrodilla junto al cadáver para rezar en voz baja y lo estudia con más detenimiento. De las dos criadas, es de lejos la más pragmática con respecto a la muerte. Sangre, piel, fluidos, pus alguien tiene que lidiar con esas cosas y una buena criada sabe ser útil. Le levanta el cuello, ve una pequeña herida entre la garganta y la mandíbula, tira de la ropa para ver si hay más heridas debajo, no encuentra ninguna, frunce el ceño y levanta la mirada hacia Penélope, que espera.

A Penélope no le entusiasma la idea de arrodillarse sobre una roca húmeda al lado de un cadáver hinchado que apesta a erupciones de líquidos y de cuya carne parece que brotarían los mismísimos órganos si se la apretase, pero ellas han ido allí con una misión. Adopta una pose de regia contemplación, con las manos contra el pecho, y en voz alta para que puedan oírla, invoca brevemente a Hades orando por su misericordia y un veloz viaje a los Campos Elíseos. Autónoe aleja a las mujeres y les pide que busquen telas para envolver el cuerpo y le den espacio a la reina para sus oraciones. Si Eos es experta en mantener la calma en cualquier situación, Autónoe ha dominado el arte de la histeria selectiva, y sabe quebrarse y llorar ruidosamente en los momentos más pertinentes.

Las mujeres se retiran unos metros y Autónoe, con labios temblorosos, suspira un "¡Cuánta tristeza!" que se diluye con la brisa del mar. Hubo un tiempo en el que Eos y Autónoe se detestaban: hielo y fuego combinados. Los años les han enseñado a valorar el mérito de la otra, por lo que Eos sonríe a su compañera y luego vuelve a concentrar su atención en el cadáver.

El tal Hilas no es joven. Es lo suficientemente mayor como para tal vez haber transportado provisiones a Troya, haberse hecho rico con oro robado para comprar grano y alimentar a las tropas de Agamenón. Pero tampoco es un anciano decrépito. Todavía podría haber sido un esclavo útil. Tiene las puntas de los dedos callosas de remar y navegar, pero su barriga estaba llena; había sido de buen comer antes de morir.

—La herida bajo el mentón —susurra Eos, mientras Penélope sigue murmurando improvisadas oraciones que se mezclan con las más teatrales declamaciones pías de Autónoe.

Penélope se inclina un poco más sobre el cadáver. Apoya por un instante los dedos sobre el pecho del hombre, y aunque juraría que siente cómo brota el agua salada de los pequeños orificios que hicieron los peces al morder la carne resbaladiza, sabe que es solo su imaginación, pero de todos modos retira la mano. No hay rastro de lanza en el corazón de Hilas. No hay corte de espada en el vientre, ni tampoco aplastamiento del cráneo por un golpe de martillo. Sigue la mirada de Eos hasta la única herida que se ve en el cadáver. No mide más que su pulgar y ha atravesado tanto la tráquea como la columna vertebral. La entrada de la herida es levemente circular y roja con la forma de una empuñadura, demasiado pequeña para ser de una espada; puede ser de un cuchillo para cortar pescado, de doble filo y letal. Eos retira un trozo de tela mojada de las piernas de Hilas. La piel está marcada con cientos de pequeñas manchas rojas causadas por el roce de la sal y de la arena, pero no se ven cortes ni moratones. Desliza una mano sobre el vientre y se detiene. Hay un objeto escondido allí, atado y envuelto en cuero.

Penélope exclama:

—¡Ay de mí! ¡Ayúdame, Autónoe, me siento débil!

Autónoe de inmediato se arrodilla junto a ella y le toma la mano izquierda en la suya, y lo que se ve como una escena profundamente pía de debilidad femenina, es también una combinación de espaldas encorvadas por el dolor que oculta del resto de los presentes lo que Eos se dispone a hacer.

Saca un cuchillo de su túnica. El agua ha endurecido el cuero, pero durante mucho tiempo, antes de ser criada de la reina, Eos se desempeñó como carnicera del palacio. Logra cortar el estuche y, apretadas en un ajustado nudo de angustia y decoroso dolor, las tres mujeres desenvuelven el paquete que contiene.

Dentro hay un anillo pesado, con una única piedra de ónix en el centro, salpicada de pequeñas motas como de leopardo. Penélope se lo quita de las manos a Eos, y lo oculta contra su cuerpo lejos de los ojos de las otras mujeres. Dice, casi sin poder creer las palabras que salen de su boca:

—Conozco este anillo.

Eos mira a Autónoe. Autónoe mira a Eos. Los hombres piensan que Autónoe es la más optimista de las dos, pero se equivocan: ella solo está más dispuesta a reírse de la oscuridad. Nadie se ríe en ese momento.

Entonces aparece un sacerdote, un anciano de Atenea, un gran chismoso, chasquea la lengua y exclama:

—¡Señoras, por favor! ¿Qué es este…? ¡Oh!

Las dos se levantan al mismo tiempo; Penélope tiene el anillo apretado en el puño y Eos sonríe respetuosamente.

—Estábamos orando y pensando en todos aquellos que hemos perdido —le asegura Penélope—. Una verdadera calamidad.

Con las luces del anochecer aparecen las plañideras. Son profesionales, del poblado que está del otro lado de la colina, y visten sus ropajes más viejos: no tiene sentido estropear una túnica decente si no van a recibir una buena paga: ante el requerimiento de Autónoe forman un círculo y comienzan a tirarse el pelo, a arañarse la piel; arman, en definitiva, un gran alboroto. Los pocos hombres que hay interrumpen sus actividades en señal de respeto. Las mujeres del lugar se reúnen y elevan llantos propios para dar muestras de buena voluntad, aunque la mayoría de ellas se han quedado sin lágrimas hace muchas lunas.

A la sombra del sol poniente, Penélope y Eos se mantienen un poco más alejadas. Penélope murmura:

—¿Nos está mirando alguien?

Eos niega con la cabeza. Las plañideras son el centro de atención, que es para lo que se les paga.

—Vayamos a inspeccionar esas cuevas.

No es digno de una reina trepar las rocas escarpadas hasta una cueva de contrabandistas. Atenea chasquearía la lengua disgustada. Afrodita exclamaría: “¡Esas pobres uñas!” y fingiría un desmayo. Tal vez Artemisa, diosa de la caza, sería la única en mover la cabeza brevemente en señal de aprobación. Pero con ella es difícil saber si lo hace porque aprecia la labor de los mortales o porque le gusta escandalizar a sus hermanas más civilizadas con sus primitivas y burdas opiniones.

De todos modos, Penélope y Eos trepan hasta la entrada de la

cueva, mientras que Autónoe se queda abajo y, en cuanto los llantos disminuyen o parecen comenzar a flaquear, suelta desde el fondo de su pecho un aullido de desesperación para mantener ocupados a potenciales observadores.

—¡Ay, buen sacerdote! —chilla, arrojándose a los pies del hipócrita venerador de Atenea, en cuanto intuye que se dispone a desviar la mirada—. ¿Qué será de nosotras, las mujeres?

Hasta el día de su muerte, Autónoe lo negará delante de hombres y mujeres, jamás les dará la satisfacción de saberlo, pero hay días en los que hasta disfruta de su trabajo.

El trayecto hasta las cuevas no es tan difícil como parece al principio; muchas manos se han aferrado a la roca negra, muchos pies han desgastado el fino sendero de piedras irregulares que resulta invisible hasta que se sabe dónde mirar, y se ve inmediatamente que fue hecho por humanos. Penélope y Eos trepan en silencio; con el ruedo de la ropa enganchado a los cinturones, suben golpeándose las rodillas contra las piedras hasta llegar a la primera cueva tallada en la roca.

Las cavernas de Fenera han sido saqueadas. Todavía quedan algunos indicios de su contenido: vino derramado, polvillo de vasijas rotas, plumas de ganso y excrementos de cabras, dados de hueso olvidados por algún marinero borracho que esperaba el cambio de marea. Lo que los piratas no encontraron ni robaron ha pasado a manos de las mujeres de Ítaca. Penélope patea el polvo, que se levanta y cae suave como un atardecer.

—Qué extraño —murmura—. Se supone que yo no sé que los piratas se esconden aquí en las cuevas; mi consejo tampoco tiene idea de ello. Entonces, ¿cómo pudieron saber los ilirios dónde buscar?

Eos mueve la cabeza sin responder. Allí no hay nada y al pasar a otra cueva encuentran más de la nada misma; el mismo espacio vacío, saqueado, que debería de haber contenido secretos. Cuando se disponen a regresar, otro hueco, poco más que un saliente de roca horadada por el mar, con muy poco resguardo del sol y del agua, capta la atención de Penélope. El techo de esa bóveda de roca está manchado con hollín y hay rastros de un pequeño fuego en el suelo. Eos se arrodilla sobre las cenizas; están frías, pero ni el viento ni el mar han borrado aún la magra fogata que encendieron allí, y tampoco la zona de arena revuelta donde alguien ha dormido acurrucado para protegerse del frío viento del oeste.

—¿Otro cadáver?

Penélope da un respingo y de inmediato se siente como una tonta; se compone antes de volverse hacia quien ha hablado. Es una mujer más baja de lo habitual e incomprensiblemente fornida; lleva el pelo fino peinado hacia atrás desde la frente amplia. No exhibe muestra

alguna de su sacerdocio, pero es conocida por los isleños, en especial por las mujeres, que saben que la bendición de la cazadora viene muy bien cuando los tiempos se tornan difíciles.

—Anaitis —murmura Penélope, y la saluda con la cabeza cuando ella se acerca—. No esperaba verte aquí.

—¿Habéis encontrado otro?

—No, no, solo cenizas. ¿Qué trae por aquí a una servidora de Artemisa?

—Había mucha gente en Fenera que honraba a la cazadora —responde Anaitis. Siempre es útil hacerle un poco de publicidad a la patrona, en especial a una tan caprichosa como Artemisa—. Oí rumores sobre un ataque a Léucade y dicen que…

—Ya sé lo que dicen —responde Penélope tajante, quizás con más firmeza de lo que deseaba.

Anaitis levanta las cejas no está acostumbrada a que la interrumpan, pero tratándose de una reina, supone que puede hacer una excepción. Todo el mundo sabe que Penélope está de luto, y por lo tanto, tal vez histérica, pobrecita.

—Mis disculpas —agrega la reina con algo más de suavidad; mueve la cabeza y sonríe sin ganas—. Hoy en día, por lo visto, Ítaca no es más que una serie de historias. Pero sí, atacaron Léucade durante última luna llena. No pensé que los ilirios serían tan osados como para hacer el viaje hasta la mismísima Ítaca.

—¿Son *realmente* ilirios? —pregunta Anaitis mirando el cielo rojizo más allá de las rocas afiladas, como si Artemisa pudiera enviar un halcón como respuesta a su pregunta.

Artemisa no lo hará. Está demasiado ocupada en el bosque, bañándose desnuda en un arroyo salpicado de luces y sombras como para que esos asuntos le importen un cuerno.

En la orilla del mar, las plañideras están dándolo todo; un muy buen trabajo. Algunas tienen pulmones impresionantes, un espectáculo excelente. Autónoe se tira del pelo —con mucho cuidado de no arrancarse ni una hebra— y logra un aspecto de desesperado sufrimiento que sabe que se verá muy atractivo con la luz del atardecer a sus espaldas. Penélope estudia atentamente a Anaitis; ve una cara curtida por el sol, manos habituadas a despellejar animales y un toque de fuego sagrado.

—¿Hay razón para pensar que no lo sean?

Anaitis se encoge de hombros.

—Pensé que lo único más rentable que capturar esclavos era enviarle un mensaje a una reina diciendo que tienes intención de hacerlo. Es más fácil que te paguen por no atacar que tener que hacerlo realmente. Es menos peligroso. Menos tiempo sufriendo mareos y esas cosas.

—Lo que describes es el comportamiento de nuestros bravos guerreros griegos. Los ilirios son demasiado bárbaros para esas sutilezas varoniles.

—El oro es el oro; además, los cadáveres que vi los habían acuchillado. —Anaitis imita el movimiento de clavar un puñal; son muchas las cosas que Anaitis ha apuñalado en su vida—. Los ilirios usan sicas, armas letales, así…

Hace otro movimiento de ataque, gira un arma imaginaria. Ah, si Anaitis hubiera nacido hombre, lo habría disfrutado, habría desafiado a Héctor a pelear sin esperar todo ese sinsentido sobre amantes muertos y adolescentes malhumorados. A Atenea le agrada algo de dramatismo poético antes de un duelo, un bonito discurso sobre el respeto mutuo entre hombres, pero Artemisa es una criatura del lobo y del bosque. Le gusta ir al grano.

Anaitis se sacude como si saliera de un sueño y no mira a Penélope a los ojos; nunca se ha sentido cómoda con el contacto visual. Las sacerdotisas la obligaron a aprender a sostener la mirada como si estuviera estableciendo contacto con el interior de los ojos. Es algo que a veces desconcierta a las personas, pero, al menos, según piensa Anaitis, ella trata de cumplir con las expectativas.

—Dos ataques en dos lunas llenas. Pronto se derramará más sangre —vaticina. Luego, con la misma tranquilidad con que hablaría del precio de la cerámica, añade—: Sémele llegó al templo con una niña: Teodora. Seguramente los demás la aceptarán, pero cuando vengan los piratas…

—Estoy trabajando para encontrar una solución, Anaitis.

—Los piratas no son conejos, reina.

Vacila un instante, como si quisiera decir algo más. Aquí está, entonces, su secreto, lo que anhela gritarle a la isla entera. Si no hubiese jurado lealtad a sus hermanas, lo… lo aullaría a la luz de la luna. Pero a pesar de que no termina de entender a las personas, Anaitis lo sabe todo sobre juramentos. Por eso, rápidamente y con sencillez, como si fuera una niña que juega con otra, dice:

—¡La cazadora te bendice!

Se da la vuelta y desaparece.

CAPÍTULO 9

Cae la noche en Ítaca, bajo una luna menguante y codiciosa. Ítaca muestra su mejor semblante en la oscuridad, cuando los interiores pardos de piedra dura y madera partida se convierten por fin en un refugio, un lugar de seguridad y murmullos, una mano cerrada que guarda susurros y miradas atrevidas. Fueron el sonido de los secretos y esas miradas ocultas en la noche los que me trajeron hasta aquí en primer lugar, pero no me he quedado por eso. Últimamente, mi esposo rara vez mira hacia abajo desde el Olimpo; malgasta las horas en ninfas y en vino, pero si alguna vez se tomara el trabajo de mirar hacia el oeste, vería esta oscuridad en la que yo puedo esconder hasta mi luz celestial. Dama de los secretos, dama de la intriga, susurro en las sombras donde ningún hombre llega. La siento ahora, esa conocida emoción, siento el sabor del antiguo poder que me ha sido vedado por tanto tiempo. Fui reina de las mujeres en un tiempo, antes de que mi marido me sujetara con cadenas y me convirtiera en reina de las esposas.

A la luz de la lámpara, Peisenor y Egiptius, consejeros de Odiseo, están sentados con los ancianos fuera del gran salón; en el aire flotan sonidos de música y risas. Hubo un tiempo en que los padres de Ítaca se deleitaban con momentos así, pero hace ocho años que sus hijos han desaparecido y, en cierto modo, eso es peor que la muerte.

—Necesitamos cien lanzas —dice Peisenor—. No para Telémaco. No para mí, para Ítaca.

Los ancianos, amos de los puertos y del campo, de los montes de olivos y de la flota mercante, intercambian miradas nerviosas. Pólibus, padre de Eurímaco, es el primero en hablar:

—Tenéis hombres en otras islas. Traedlos aquí.

El pelo dorado del padre está formado por unas pocas hebras persistentes acomodadas sobre la cabeza como una red agujereada; sin embargo, la estatura del hijo es herencia de su padre, y este se niega a encorvarse.

—¿Y quién protegerá el puerto en Hiria o los montes de Cefalonia?

—se queja un sombrío Eupites, padre de Antínoo—. No nos alcanzan los hombres para proteger nuestras tierras más valiosas, menos aún para Ítaca. —Lo que dice no es para coincidir con Peisenor, desde luego. Simplemente es para contradecir a Pólibus.

Así están las cosas entre esos dos, que alguna vez fueron los mejores amigos hasta los separó lo ambiciosos que se volvieron para sus hijos.

—Hasta ahora, nadie pensaba que alguien podría invadir Ítaca —interrumpe Peisenor antes de que los dos hombres comiencen a desafiarse como dos serpientes—. Léucade fue un desastre, pero era de esperar. Fenera nos demostró que los piratas tienen voluntad de golpear hasta en este sitio, en el corazón de la tierra de Odiseo. ¿Qué pasaría si hubieran intentado raptar a la reina?

—¿Y quién estaría al frente de esta milicia? Tú no. Un hombre de Odiseo no.

—¿Y quién si no yo? —gruñe Peisenor—. No veo que ninguno de vosotros quiera hacerse cargo.

Eupites se mueve bajo su túnica larga y descolorida. Tiene un galón rojo en la bastilla, fantásticamente caro; dice que fue un obsequio del anciano Néstor antes de que el famoso rey muriera, para agradecerle a él —Eupites— todo su trabajo. Antínoo no ha aprendido demasiado de su padre, excepto esto: si logras que una cantidad suficiente de gente crea que eres importante, algún día puede que se convierta en realidad. En un tiempo, Eupites mantenía una estrecha relación con la casa de Odiseo, era amigo leal de Laertes y de su familia. Pero fue antes de que sus hijos partieran a la guerra y no volvieran, dejándolo con dos hijas y con Antínoo. Anhela sentirse orgulloso del hijo que tiene, pero a veces lo olvida y se desespera.

—Penélope tiene tesoros. Para sobornar a los piratas.

—¿Qué tesoros? —protesta Peisenor—. ¿El oro saqueado de Troya? ¿Los frutos del trabajo de su esposo? Cada animal criado en estas tierras, cada cuenco de vino o bolsa de grano tienen un único fin: alimentar a *vuestros* hijos cada noche. ¿La habéis visto adornada con oro? ¿Le habéis visto joyas en el pelo?

Eupites mastica el aire que le entra por la boca como si quisiera sentir su textura.

—Es cierto que nuestra tierra está en peligro —reflexiona—. Los extranjeros nos amenazan a todos. Es repugnante que Penélope los tolere en su corte. Podría ser útil dar una muestra de fuerza patria.

—¿Y quién nos defenderá a nosotros de tus hombres si deciden armarse? —replica Pólibus—. Si atacan los astilleros, ¿tus muchachos los defenderán o te harás el distraído y dejarás que ardan, y así aquellos que no te agradan quedan en la ruina?

—Esto es mucho más importante que los astilleros… —dice

Egiptius.

—¿Debemos suponer que Pólibus arriesgará parte de su tribu para proteger los graneros si los ilirios desembarcan? —replica Eupites—. ¿O acaso les dará la orden de no intervenir mientras el fuego destruye todo lo que poseo?

En ese momento, la asamblea se disuelve en furiosas riñas, acusaciones e insultos. Busco inmediatamente en las sombras cercanas, dentro de los lugares calientes de la tierra bajo sus pies, a Eris, dama de la discordia, para saber si se ha entrometido en esta reunión; pero no, esto es entera y absolutamente fruto de la estupidez humana sin interferencia de los dioses. Es fascinante en todos sus detalles y su mezquindad.

—Yo conduciré… —comienza Egiptius.

—¿Cómo, un hombre que se deja comprar? —ironiza Pólibus.

—¿Un hombre sin experiencia? —protesta Peisenor.

—¿Un hombre que se ha comprometido con Telémaco? —gruñe Eupites.

Y otra vez, todos a lo mismo.

—Mando compartido —afirma finalmente Peisenor—. Un consejo formado por algunos de los sabios de Ítaca.

—No dará resultado, eso sería…

—Egiptius, Pólibus y Eupites al mando, con veinte hombres cada uno.

—¿Veinte? ¡Imposible!

—Quince…

—¿Crees que me sobran quince hombres?

—Tal vez diez. Así serían treinta lanzas. Y agregaremos diez lanzas más de la casa de Odiseo, para que sean cuarenta. Telémaco quiere participar… —Otro estallido de carcajadas—. Y traerá unas cinco o seis lanzas más; seguramente coincidiréis conmigo en que no harán mella en vuestro regimiento de treinta. Hablaré también con Anfínomo. Es un hombre fuerte y su presencia tal vez haga desistir a Telémaco de… tanto ímpetu juvenil.

Se oye un ruido generalizado de sandalias. Ninguno aprecia a Anfínomo. No solo porque es el jefe de todos los pretendientes que han llegado de esa tierra legendaria e insalubre que “no es Ítaca”, sino también porque es desagradablemente simpático y sincero. Cuando se le pregunta: “¿Qué harías si fueras rey?”, su primera respuesta es: “Tratar de cicatrizar la triste división que existe entre los buenos hombres de las islas occidentales”. Y para asombro de todos, parece decirlo en serio, cosa que lo convertiría en un tonto, desde luego, casi tanto como lo es Eurímaco, si no fuera porque Anfínomo una vez mató a tres hombres que le habían robado una cabra a una mujer en el mercado, utilizando solo un cuchillo de carnicero y la pata de una

mesa rota. Esos atributos de moralidad y capacidad no son bien aceptados por los ancianos de las islas.

—Estoy de acuerdo. —Egiptius es el primero en ponerse de pie, dando el asunto por cerrado.

Eupites es el siguiente en manifestar su aprobación, con tal de hacerlo antes que Pólibus:

—Diez lanzas cada uno y mando compartido. Nadie puede discutir que si los cuatro estamos juntos, hablamos en representación de toda Ítaca, no solo del hijo de Odiseo.

En los muros de Troya, los aqueos siguieron a Agamenón, pero los mirmidones solo siguieron a Aquiles. Qué bien terminó aquello, ¿verdad?

Peisenor contiene un suspiro. Las cosas ya van mal, pero no ve otra salida, de manera que se pone de pie, mira a los ojos a los hombres cuyos hijos anhelan ser el rey y sella un acuerdo muy poco inteligente.

CAPÍTULO 10

Sale la luna. En menos de trece días, la amortajarán y su cara quedará oculta en el cielo. Trece días después, estará completa otra vez y no se necesita una diosa de gran poder y sabiduría para que os cuente, os asegure, que sí, claro que sí, los piratas vendrán otra vez. Su presencia será demasiado breve como para sacar a Ares de sus elucubraciones; el destello de una espada no logrará que Atenea deje de espiar a Odiseo, que yace dormido sobre Ogigia. Pero para Ítaca, sin duda, será un día sangriento.

Mientras tanto, en el gran salón del palacio, el banquete está en marcha, como debe ser. Los pretendientes han llegado, sin espadas en la cintura, pero con dagas en las sonrisas. Una ley proclamada hace tiempo en la casa de Penélope establece que todo aquel que se siente a su mesa deberá estar desarmado; ella lamenta que las reglas de urbanidad se hayan deteriorado tanto como para necesitar una medida así.

Alejada del sonido de la música y el griterío de los hombres, Penélope tiene en sus manos un anillo que no debería estar en esa isla, mira el mar y le parece ver unas velas en el horizonte bajo la luz rechoncha de la luna menguante.

—Peisenor tendrá su milicia —dice Eos mientras coloca una túnica limpia sobre la cama—. Está muy seguro.

—Chicos con lanzas —responde Penélope—. Guiados por hombres cuyo único interés es el de proteger sus cosechas mientras que las tierras de sus vecinos se incendian.

—¿Qué dice la buena de Sémele?

—Dice que no estamos listas. He hecho esperar a los pretendientes, deberíamos bajar.

Una media reverencia, un pequeño movimiento con la cabeza. El anillo de Penélope tiene la misma temperatura que su piel, es pesado y opaco: ella lo aprieta con fuerza entre los dedos.

Abajo, el salón del festín, atestado de cuerpos masculinos y del calor de las respiraciones, retumba con el chasquido de huesos mordidos y dientes que mastican: dos criadas colocan el telar de Penélope en un rincón, así los aspirantes pueden observarla mientras trabaja. Teje una mortaja para el funeral de su suegro, Laertes. Cuando la termine, se casará… es lo que dice.

Como estrategia política, esta presenta dos grandes inconvenientes. En primer lugar, Laertes está muy saludable en su granja de cerdos en la colina y lo que menos le agrada es que su esperado e inevitable fallecimiento sea un tema de cotilleo tan popular en la isla. En segundo lugar, si hay algo que Penélope ha demostrado en los muchos, *pero muchísimos* meses en los que ha estado intentando tejer una simple pieza de tela, es que no quedan dudas de que como tejedora es pésima.

Kenamón de Menfis está sentado un poco alejado del resto de los invitados; las criadas ofrecen vino, carne, lentejas, guisantes, judías, pescado —más pescado— y pan para tomarlo con los dedos y rebañar la grasa del cuenco rojo agrietado. Hasta ahora, no le ha dado la bienvenida ninguna de las camarillas de hombres enamorados. Los habitantes de Ítaca suelen sospechar de los extranjeros, hombres del otro lado del mar que tratarán de dominar sus sagradas tierras heredadas. Los hombres de más lejos, pretendientes de Colchis y Pilos, Esparta y Argos, están quizás más dispuestos a aceptar a un egipcio dentro de su grupo una vez que lo hayan evitado durante bastante tiempo como para que entienda que no tiene la más mínima posibilidad en esa maldita pelea por el trono y lo toleran solo porque es pintoresco e inofensivo.

Uno de los perros del palacio, un viejo animal de ojos amarillos y pelaje gris desteñido que alguna vez supo ser cazador, y que ahora solo huele las colas de las ratas veloces, se arrima lentamente a Kenamón y apoya el hocico en su tobillo. No es una criatura muy apreciada por los pretendientes, aunque Eumeo, el encargado de los cerdos, suele hacerle cosquillas en la barriga; y cuando Telémaco deja de mirarse el ombligo el tiempo suficiente como para prestar atención, el perro pasa a ser la mascota amada del hijo de Odiseo que, al ver que el animal se ha arrimado al aspirante, decide acercarse.

—Le caes bien a Argos, amigo.

Telémaco llama “amigo” a todos los que están en el salón. Llamar por su nombre a cada uno de los pretendientes de su madre le provoca arcadas de disgusto y vergüenza, por lo que ha dedicado bastante tiempo a buscar una palabra que pueda pronunciar con sarcasmo y que a ellos les suene a música celestial.

Kenamón rasca al perro detrás de las orejas largas y lánguidas.

—Me gusta.

Se hace un silencio, momento en el que deberían haber dicho sus nombres. Primero el anfitrión y luego el invitado, así deben ser las cosas.

—Telémaco —dice el hijo de mala gana.

—¡Ah, el hijo de Odiseo! —Telémaco también ha aprendido a convertir una expresión de rechazo en una sonrisa, ya que ambas expresiones tienen algo similar: es necesario entornar los ojos.

Pero luego sucede algo extraño, pues Kenamón se pone de pie, hace una pequeña reverencia y habla con voz casi respetuosa.

—Es un honor conocerte. Dicen que la fama de Odiseo ha eclipsado hasta la de su mismísimo padre. Por lo tanto, no puedo menos que maravillarme ante todo lo que eres, y todo lo que serás y lograrás; me siento honrado de poder contar a todos que he conocido a Telémaco de Ítaca.

—¿Te burlas de mí, señor?

—Juro que no. Por favor, perdóname, no estoy familiarizado con vuestras costumbres. Si te he ofendido de algún modo, necesito saberlo.

A Telémaco lo ofende absolutamente todo. Es un hábito que ha adoptado. Ese extranjero, sin embargo, es lo bastante extranjero como para que, por un instante, Telémaco deponga las armas.

—No —tartamudea por fin—. No me ofendes. Por favor…, eres bienvenido aquí. Puedes comer y beber todo lo que desees. Ningún huésped de mi padre será maltratado mientras yo ocupe mi lugar en esta casa.

Esta frase le presenta algunos problemas de traducción a Kenamón. Hay muchas insinuaciones; la cuestión del padre, de posesión, de estatus y de quién hace qué y a quién. Por el momento solo asiente, sonríe y levanta la copa en honor al hijo de Odiseo; toma un pequeño sorbo —la noche será larga—, piensa un poco y dice:

—Me honras; nos honras a todos.

Telémaco se las arregla para asentir en lugar de poner mala cara y se aleja.

Cuando Penélope entra en el salón, los hombres golpean los puños contra las mesas, una cacofonía exasperante. En un tiempo eso era signo de respeto, un saludo para el anfitrión. Ahora se ha convertido en un trueno, un asalto, una burla que Penélope ignora como si una brisa del norte le hiciera cosquillas en la nariz.

Las criadas sirven la carne.

En la residencia de Odiseo hay aproximadamente cuarenta mujeres de diferentes categorías. Algunas son de Ítaca: hijas de viudas que, como no podían alimentar a sus hijos varones, cuando llegaron los traficantes de esclavos se volvieron hacia sus hijas y, sin más, les

dijeron: “Melanto, esto es por el bien de tus hermanos”. Muchas son de otros lugares y encuentran que su vida en Ítaca es una mezcla de cosas. Es cierto que las islas del oeste son lúgubres e inhóspitas, huelen a pescado y las fiestas de palacio no tienen ni por asomo la elegancia deslumbrante de las cortes de Agamenón o Menelao. Pero, por otra parte, Penélope no ha acuchillado personalmente a un hombre para violar a su esposa, ni ha secuestrado a una niña para que sea su novia, ni ha profanado los cadáveres de sus enemigos, ni aporreado a un bebé hasta arrancarle los sesos, y tampoco proviene de un linaje de incestos o de caníbales. Todas estas omisiones hacen de ella una rareza entre los monarcas de Grecia, y, por cierto, entre los mismos dioses del Olimpo.

Ya conocemos a algunas de las criadas. La risueña Autónoe, a quien Agio de Duliquio quiso forzar en el suelo de la cocina y terminó sin un ojo. La silenciosa Eos, de aspecto poco atractivo; además, se sienta a los pies de Penélope y hasta los pretendientes más insensatos perciben que a la señora no le gustaría que alguien le hiciera daño a su criada. Pero son muchas, muchísimas más, las que van y vienen por el salón.

Euracleia, la nodriza de mirada turbia y lengua de serpiente, merodea cerca de la puerta. En realidad, no debería estar presente, pues el banquete es dominio de Autónoe. En realidad, no tiene ninguna labor asignada, tiene libertad de retirarse cuando lo desee, pero permanece allí como un olor viejo y reprende a las criadas, arrulla a Telémaco y se queja de que en el pasado todo era mejor. Si la reina Anticlea, con su último aliento, no le hubiera ordenado a su nuera hacer lo correcto con Euracleia, y si Telémaco no saltara siempre tan rápido en su defensa, Penélope habría enviado a esa desarmada bolsa de huesos a alguna casa en Hiria, para poner una buena extensión de agua entre ella y la lengua venenosa de Euracleia.

—Llevas el pelo asqueroso —le vocifera a una criada. O cuando huele los aromas agradables que salen de la cocina, exclama—: ¡Qué olor horrible! ¿Y vosotras os consideráis cocineras?

Fiobe por poco la atropella en su carrera para llevar más vino a los hombres. Euracleia, de brazos cruzados, recibe un empellón con un pequeño: “Oh, perdón, sí hola, ¡disculpas!”. Fiobe es pequeña y rápida como un zorro grácil; su madre trabajó para la casa de Odiseo antes que ella, y protegió tanto a su hija del mundo exterior que casi con quince años se tocó sus partes íntimas por primera vez, y al cumplir los diecisiete se arrojó con risitas nerviosas en brazos del hijo del herrero. El chico ya no está, pero como son muchos los muchachos jóvenes que llegan para cortejar a la reina, Fiobe tiene una selección bastante amplia cuando se trata de escoger un protector atractivo con buenos dientes.

Es necesario comprender que las criadas son también seres

sexuales.

A Melanto la vendió su madre para que prosperaran sus hermanos. Cuando llegaron los primeros pretendientes a Ítaca, pudo probar a varios, fascinada por estos hombres extraños para el mundo femenino. Desde entonces, ha aprendido que el sabor más dulce es el de la seguridad, y entonces, en lugar de conformarse con un don nadie sin esperanzas sentado lejos del fuego, se ha puesto a disposición de un noble menor, o de uno con aspiraciones de rey, o de un posible soberano de todo lo que se ve, y ahora se la descubre a menudo inclinada sobre la mesa de Eurímaco con la curva de un pecho más cerca de la nariz de él de lo que es estrictamente necesario. Eurímaco es un amante poco más que pasable. Las promesas que le hace, sin embargo, son néctar para sus oídos.

—Dulce Melanto —dice uno con voz melosa—. Tienes unos ojos maravillosos.

O bien:

—¡Fiobe! No había visto esas cuentas en tu muñeca antes, ¿te las ha regalado algún amante?

O tal vez:

—¿Te veré más tarde?

—Estás borracho.

—Casi no he tocado el vino. ¡Ponme a prueba! Y verás que las supero todas.

—La gente nos mira.

—Pero nadie ve nada. ¿Te veré más tarde?

—Puede ser, si cuidas tus modales.

Un hombre desliza la mano que acariciaba la pantorrilla de una criada por debajo de la mesa. Hay quienes dicen que Penélope debería mantener su casa tan casta y pura como ella. La vieja Euracleia escupe y masculla que es una desgracia, que todo es una absoluta desgracia. Telémaco, bendito sea, todavía no comprende cómo son las cosas, pero cuando por fin lo haga, se mostrará escandalizado y azorado y se indignará ante la irreverencia de esas mujeres. Por supuesto, las mujeres son las impías, no los hombres. Mi esposo, Zeus, ha dejado bien claro ese punto y los mortales aprenden de los dioses.

Mirad aquí también: hay una criada que trabaja con las demás, tiene el pelo de color sangre coagulada y siempre mantiene baja la mirada. Su nombre es Leaneira y en su corazón y en sus ojos late un pulso de tambor cuyo ritmo suena en su interior desde el día que la arrancaron de Troya: *muerte a todos los griegos*. Contaremos mucho más sobre ella antes de que termine nuestra historia.

Leaneira, Fiobe y Melanto; Eos y Autónoe: estas mujeres, y una docena más, son las que sirven el gran banquete. Cuando los pretendientes llegaron por primera vez a Ítaca, las criadas eran frías

como su reina, insensibles y casi mudas. Pero eso fue un año atrás y estos hombres… ¡Estos hombres! Pensaron que sería muy fácil abrirse camino hasta la cama de Penélope, y cuando descubrieron que no lo era, ¿qué otra cosa podían hacer?

¿Qué es lo que haría cualquier criatura de sangre caliente?

Apartada de todo, Penélope está sentada y teje. Eos, a su lado, la vigila como alguna vez Argos protegió a su viejo amo Odiseo.

Andremón, aquel de los brazos bellos y gesto ceñudo, cuyo padre era un lejano potentado del este; Andremón, el del lanzamiento de disco sin igual entre los pretendientes, con voz grave y oscura como el iris de sus ojos, se acerca al telar.

—¿Puedo hablar con la señora de la casa?

A sus espaldas, Antínoo y su mesa de muchachos de Ítaca —muchachos que saben que jamás llegarán a ser reyes, pero que piensan que quizás Antínoo tenga una oportunidad— se ríen y se burlan de la audacia de Andremón. Eos, guardiana del paso, observa a Andremón por un momento, luego se inclina para susurrar algo al oído de Penélope. Penélope susurra también. Eos da un paso a un lado. Él puede acercarse.

—Mi señora… —Así comienza un nuevo discurso, otra declaración de amor o de piedad y tal vez, con suerte, otra ronda de regalos. A Penélope le encantan los regalos. Ayudan a pagar el vino—. He oído que tienes problemas con los piratas.

Penélope es una pésima tejedora. Sus dedos se detienen un instante sobre el telar. A espaldas de Andremón, Antínoo trata de hacer una broma, de apuñalar con una carcajada a su rival, pero naufraga bajo un rugido proveniente de la mesa de Eurímaco. Eurímaco tal vez no alberga esperanzas de lograr la corona, pero su padre, Pólibus, tiene suficientes hombres en deuda con él, por lo que quienes lo siguen no pueden darse el lujo del discernimiento.

—Nos encargaremos de los piratas—responde por fin Penélope—. Peisenor está reclutando tropas.

—Eso he oído. Estoy seguro de que serán muy valientes.

Es probable que algunos sean realmente valientes. Ajax lo fue. Patroclo, también. Héctor fue valiente. Odiseo, aferrado a una rama de olivo en medio del enorme remolino a punto de succionar la nave entera, farfulló e imploró la misericordia de los dioses, y no le está yendo tan mal, a fin de cuentas.

—Espero que estés disfrutando del banquete, Andremón —murmura Penélope pellizcando una hebra como si fuera a sonar como una cuerda—. ¿Te hace falta algo?

—Los mares están llenos de hombres peligrosos, mi señora. Hay soldados de Troya que piensan que todavía no han recibido su parte. Conozco a algunos de ellos. Y sé lo que piensan, lo que quieren.

—Lo que piensan…, lo que quieren —repite ella—. Dime. ¿Piensas que alguna vez conseguirán lo que quieren? ¿Crees que se sentirán satisfechos mientras haya otros que posean más que ellos?

—Yo podría actuar en representación tuya, si lo deseas. Podría hablar con quienes, como yo, saben lo que significa luchar. Tengo muchos hermanos de Troya.

Con un gesto instintivo, se lleva la mano a una piedra que cuelga de una tira de cuero alrededor de su cuello. No es más grande que su dedo pulgar, un objeto lustrado por la arena y el roce, con un orificio en el medio por donde se enhebra. Es la clase de regalo que uno le daría a un niño en lugar de algo mejor; con la salvedad de que Andremón, cada vez que se le pregunta por ella —cosa que sucede a menudo— se explaya con fluidez sobre su historia: "Esta es una piedra de la ciudad de Troya. La llevé conmigo cuando salimos de allí; no tomé oro ni esclavos, porque se consideraba imprudente que alguien de mi categoría se llevara ese tipo de recompensa. Me correspondía esperar la generosidad de mi señor. Mi señor no fue generoso, pero todavía llevo esta piedra para recordar".

No explica de qué tipo de recuerdos habla. Ha descubierto que el silencio sobre ese asunto hace que quien lo escucha active su imaginación, que siempre es mucho más jugosa que la verdad.

Penélope observa cómo ahora juega con la piedra entre sus dedos y sonríe ligeramente detrás del velo, lo que le da un leve tono afectado a su voz:

—Sería de una gran amabilidad, pero no puedo pedirle eso a un huésped.

—Pero es por Ítaca.

—Tu generosidad me asombra. Pero no te preocupes. Ítaca puede defenderse por sí misma.

—Si tú lo dices, mi señora, pero temo que estos ataques no cesarán mientras no haya alguien a cargo que… esté más familiarizado con el modo de pensar de los hombres. Espero que esto no te ofenda, es solo mi manera de ver el asunto.

—No me ofendo en absoluto. Y entiendo perfectamente lo que quieres decir. Muchas gracias, Andremón, aprecio tu sinceridad.

Penélope despide a Andremón un poco pronto para su gusto; hubiera preferido plantarse frente a ella y darle una buena bofetada para que comprendiera, pero es algo impensable; así que debe sonreír, hacer una reverencia y llevarse su frustración a otro lado, donde solo los dioses pueden ver.

Penélope no lo mira cuando se retira. En vez de eso murmura:

—¿Tenemos a alguien más después de él?

Eos asiente y enrosca una hebra entre los dedos. Penélope ha tejido una hilera demasiado apretada. Bueno, una pena, tendrá que

deshacerla poco a poco, estirando y pellizcando para dejarla bien.

Es ahora cuando se aproxima el consejero Medón, pero, como es un anciano, resulta irrelevante a los ojos de los aspirantes. De pie, tranquilamente junto a la silla de Penélope, contempla el salón.

—¿Y Andremón?

—Nos ofrece su experiencia marcial.

—Qué bueno.

—Es llamativo el momento que ha elegido.

—¿Quiere negociar?

—Todavía no. Tampoco estamos en condiciones de responder en caso de que lo hiciera. Puede ser una coincidencia. —Medón arruga la frente solo de pensarlo; Penélope sonríe y dice:

—Antínoo, hijo de Eupites, me ofrece todo el grano de Elis.

—Sumamente valioso.

—Eurímaco, hijo de Pólibus, me ofrece una flota mercante capaz de controlar todo el ámbar desde los puertos del norte hasta la desembocadura del Nilo.

—Sólida inversión. ¿Y el egipcio?

—Ah, el egipcio. Tiene un pelo muy bonito.

Medón contiene una carcajada, pero, aunque sonríe, habla con tono sombrío y las palabras brotan por la comisura de su boca.

—Veo que la mortaja avanza con lentitud.

—No es fácil concentrarse cuando una está abrumada por sentimientos femeninos. Han asesinado a un hombre en Fenera: Hilas. No es uno de los nuestros. Podría ser interesante para el consejo averiguar más sobre él.

—¿Tú crees?

—Si aceptaras el consejo de una mujer.

Medón hace una reverencia, la más exagerada de todo el salón. Recuerda cuando Penélope llegó a Ítaca, casi una niña acurrucada en la popa de la nave de Odiseo. La ha visto crecer, y espera algún día poder expresarle algo importante sobre ese tema, pero las palabras se agolpan en su boca nunca le parece adecuado decirlas.

—Haré algunas averiguaciones. Creo que tu hijo requiere tu atención.

Telémaco los ha estado observando desde el otro extremo del salón, y ahora se acerca. No le gusta que lo vean a menudo cerca de su madre. Ahora es un hombre, no un niño, no se ve bien que se proteja detrás de las faldas de su madre. Pero hay temas que discutir y es bueno que el salón vea su presencia, su seguridad, la protección que ofrece a las mujeres de su casa. Medón hace otra reverencia al verlo venir y se retira.

—¿Qué quería Andremón?

Penélope recibe a su hijo con una sonrisa, delgada como la luna en

creciente.

—Quería ayudar, a su manera. He oído que Peisenor ha logrado un acuerdo para reclutar una milicia.

—Sí, tengo intenciones de unirme a ella.

—No, eso no sería aceptable.

—Madre…

—No voy a arriesgar tu vida por un… un esfuerzo glorioso.

Él se pone tenso, y así, de pie, erguido, tiene algo de su padre; inclina la barbilla igual que Odiseo, que podía mirar a los ojos al mismo Hermes y decirle: "Eh, tú, el de los zapatos raros, ¿a qué crees que estás jugando?".

—¿En qué vale la pena gastar el tiempo si no es en un esfuerzo glorioso? —replica.

Gira y se aleja antes de que Penélope responda. Ella solo habría tratado de disuadirlo mediante el sentido común.

—¡Telémaco! —se burla Antínoo—. ¡Telémaco! ¿Tu mamita te ha mandado a tu habitación otra vez?

Un rugido de furia, un destello de ira (Odiseo tiene un terrible carácter también, pero ha aprendido a cambiar el fuego en su interior por el hielo, la precisión del arquero antes que la furia del hacha). Telémaco todavía no lo ha logrado, así que rodea a Antínoo y le suelta:

—No necesito esperar a que mi padre regrese, Antínoo. ¡Por la sangre y por la fuerza soy el rey de estas islas, y es solo por respeto al nombre de tu padre y por las leyes de los dioses que te permito a *ti* cenar en *mi* mesa!

En un instante, Antínoo se pone de pie y sus muchachos lo imitan. Los músicos hacen una pausa con disimulo; ya han tocado esta canción antes. Kenamón observa desde un rincón.

—¿Has oído? —dice Antínoo apretando los dientes—. ¿Has oído a los poetas cantar tu nombre? ¿Has oído que la gente lo proclame por las calles? No. Ni yo tampoco. Vamos, ve a refugiarte detrás de una mujer, niño. Ve a rogarle a tu madre que te proteja. Cuando yo sea rey me aseguraré de que estés a salvo.

Penélope se levanta también. Los anfitriones tienen reglas. No puede lastimar a sus huéspedes, ni ellos a ella; pero ¿quién podrá contar lo que realmente sucedió, cuando quienes comparten una cena en su salón desenfunden sus cuchillos? Únicamente los poetas, y se los puede comprar.

—Antínoo —murmura Anfínomo en voz baja, sereno, con los ojos fijos en la cara de Telémaco, aunque le habla a su colega pretendiente.

Tiene tal vez una media docena de aliados a su espalda, todos de tierras lejanas como él. Antínoo saca pecho mientras mira al hijo de Odiseo. Eurímaco cuenta cuántos hombres hay en el salón. Puede que

no haya espadas, pero hay cuchillos que cortan carne, banquetas que se pueden arrojar, mesas sobre las cuales estampar algún cráneo. Cada uno de ellos mira a quien tiene a su lado, calculando quién a la derecha, quién a la izquierda puede ser su enemigo, su aliado, o un cobarde que escape.

Telémaco aprieta los puños. Antínoo es un estúpido, está borracho. Frunce los labios, los impulsa hacia fuera y con un pequeño soplo de aire le lanza a Telémaco un beso muy femenino.

Telémaco se tambalea como si hubiera recibido un puñetazo. Anfínomo cierra la mano alrededor de un cuchillo que está sobre la mesa. Yo le ordeno al aire que se congele, al tiempo que se desacelere como el mar antes de un remolino, como el respirar del océano al cambiar la marea. Venid conmigo, ved cómo se desarrollan las cosas, conoced el mundo como lo ve una diosa.

En Delfos, una profetisa grita y se rasga la piel al ver que la estatua de oro sobre su hogar llora lágrimas de sal. En Ogigia, Calipso se muerde los labios para tragarse el grito de éxtasis; a Odiseo últimamente le deprimen sus aullidos de placer. De cualquier manera, aun estando deprimido, vuelve a ella, le cubre la boca con la mano y hace lo que tiene que hacer. Y a la vera de las nebulosas orillas del río Estigia, Casandra, víctima de la maldición de saberlo todo y que nadie la crea, protesta y agita un dedo ante la niebla perenne y susurra: “Os lo dije”. Ahora que está muerta, degollada por una reina vengativa, se permite expresar un poco más esas cuestiones.

Las vidas de los mortales son un chisporroteo, pero ahora detengámonos y tomemos una y veamos cómo se consume hasta convertirse en cenizas. Ved cómo el tiempo se resuelve a partir de este momento, una futura posibilidad esperando para nacer. Las Furias acicalan sus plumas en sus salones de piedra derretida, la lechuza ciega grita en la oscuridad, por lo tanto, ni Antínoo ni Telémaco atacarán, pues saben que si lo hacen, y uno de los dos rompe los sagrados pactos de hospitalidad, ambos tienen la muerte garantizada. Mas ninguno puede echarse atrás, sería poco varonil, de cobardes y entonces… entonces… ah, sí, aquí está: a un pretendiente llamado Nisas, el estúpido Nisas, el de los dientes podridos, a Nisas le caerá en suerte la tarea de destrozar una vasija sobre la cabeza de Telémaco. Lo hará no por haber pensado en las consecuencias, pues Nisas no piensa, sino porque desea impresionar a Antínoo, desea hacerle ver cuán leal es a alguien que podría ser rey. Así que sonriendo, con una mueca de bobalicón, se levantará de su asiento, lanzará la vasija con todas las fuerzas de sus caderas, hará llover esquirlas de cerámica sobre la cabeza de Telémaco y hará correr sangre que se convertirá en un río.

El golpe no llegará a matar al hijo de Odiseo —su familia es reconocida por tener cráneos resistentes—, pero en ese mismo

instante, la paz de Penélope se hace añicos también y la única fuerza que importará será la del guerrero, la del hombre. Telémaco girará en su lugar, con los ojos encendidos de furia, y arrojará a Nisas al suelo; este pateará en el aire inútilmente y quedará sin aliento al caer de espaldas. Telémaco le colocará una mano sobre la garganta y presionará y presionará hasta que los ojos del muchacho comiencen a salirse de las órbitas y la lengua le cuelgue, y antes de que Anfínomo pueda apartar al príncipe, la luz en los ojos de Nisas se apagará, será el primer cadáver de este baño de sangre. Enseguida, uno de los hombres de Anfínomo empujará demasiado fuerte a uno de los de Antínoo que se encuentra en el grupo varonil que se ha formado alrededor de la escena, y este lo empujará también, y en la refriega general que estalla, uno de los hombres de Eurímaco sacará un pequeño cuchillo que esconde bajo su ropa, desafiando abiertamente las leyes de los huéspedes. Este individuo verá el caos, oirá las voces potentes y los gritos de "¡Traición, traición, asesino!" y aprovechará la oportunidad para clavar la hoja en las costillas de Antínoo, pensando que nadie lo ve (aunque ahora todos los dioses estarán mirando desde el Olimpo), y en cuanto el pálido pretendiente caiga, arrojará al suelo el cuchillo como si así pudiera ocultar su pecado.

Así es como Antínoo morirá junto con otros siete esa noche y otros nueve lo harán más tarde, a causa de las heridas. Penélope huirá, Telémaco será puesto a salvo, mientras grita que es un crimen infame, tal como hizo su padre frente a las sirenas. Peisenor se personará en un intento de poner orden en la escena; morirá cuando lo empujen a un lado con demasiada violencia, pues su cabeza se golpeará contra una piedra. También morirán dos criadas tras ser capturadas y violadas por unos pretendientes que, al ver que se han roto los juramentos y se ha desatado la guerra, no tendrán mejor forma de demostrar su escasa y flácida masculinidad que ejerciendo su poder a la fuerza sobre los que no pueden defenderse.

Yo entrecierro los ojos ante la profecía que se despliega, pero debéis comprender que no debemos tener miedo, vosotros y yo, de ver el futuro en su totalidad. Cuando traigan el cuerpo de Antínoo ante Eupites, el anciano llorará y proclamará el amor por su hijo, algo que nunca expresó cuando el chico vivía. El amor es venganza, por supuesto. Hasta los poetas lo entienden así. Conscientes de esto, Eurímaco y su padre Pólibus no esperarán los siete días de duelo de Eupites, sino que atacarán en la noche del cuarto día de duelo, asesinando a todos los habitantes de la casa de Eupites, cuando todavía el alma de Antínoo espera al barquero de Hades en las aguas del Estigia. Luego marcharán hasta el palacio para apoderarse del trono y también de Penélope, pero ella…, ah, ella habrá huido. Se habrá dirigido a una pequeña bahía donde tiene oculta una

embarcación veloz en la que pueden remar seis hombres fuertes —o seis mujeres enérgicas— y llevarla a toda velocidad por el agua hasta Cefalonia, donde Penélope se refugiará entre los más honorables de esa isla.

Telémaco no huirá, defenderá su palacio, arrojará la lanza desde las puertas cerradas y tanto él como Eurímaco habrán muerto por las heridas antes de que la luna se esconda; Menelao estará en camino desde Esparta, con sus velas color carmesí, y se frotará las manos diciendo: "No os preocupéis, pequeños, el tío Menelao lo arreglará todo. El tío Menelao cuidará de vosotros".

Y así caerá la casa de Odiseo. A menos que…

A menos que yo busque dentro de la parte secreta de mi ser el poder oculto que mantengo velado a los ojos de mi celoso marido. Me costará…, vaya, arriesgaré todo en caso de que me descubran, pero quizás algo pequeño, algo mínimo como para que los ojos de Olimpo lo pasen por alto, un conveniente ataque de una cobra, quizás, podría provocar algo así… No es mi truco más sutil, pero cuando la necesidad apremia…

El beso de Antínoo flota en el aire entre Telémaco y él. El hijo de Odiseo se dispone a luchar. El estúpido Nisas se prepara para ponerse de pie.

Y entonces —algo que yo nunca había visto— la profecía cambia. Porque en ese momento, cuando en el salón del banquete está por desatarse todo, sangre, furia y sacrilegio, Kenamón da un paso adelante, carraspea y dice con ese extraño acento que posee:

—Disculpad, no conozco las costumbres de aquí. ¿Nos ponemos de pie para brindar por Odiseo?

Miro al egipcio con incredulidad, y quizás todos los demás también lo hacen. Kenamón, dichoso pequeño mortal, si pudiera estrujar tu preciosa cara, si el contacto de mis dedos sobre tu piel no significara tu muerte segura, me arrojaría sobre ti, claro que lo haría.

Y luego lo oigo.

Un sonido casi al borde de mi percepción celestial, algo más allá de la comprensión de los pequeños cerebros mortales. Lo pillo justo antes de que desaparezca y allí está —allí está— el aleteo de unas alas de plumas blancas.

Miro otra vez al egipcio, y veo las pequeñas huellas del contacto de otro dios sobre él, el sutil empujón de la divinidad que se desvanece sobre su piel.

¡Joder!

¡Maldición, maldición, maldición, por la triple maldición de Titán!

No hay tiempo para eso ahora.

Telémaco queda suspendido por un instante entre su propia y abrumadora idiotez pubescente y una módica y pequeña porción de

sentido común. Kenamón sonríe y agrega:

—¿O tal vez brindamos por Agamenón? Me pareció haber oído que vuestro rey de reyes ha sido siempre un aliado de la casa de Odiseo.

El futuro cuelga del filo de un cuchillo. Aquí por lo menos hago un certero y sutil truco, pongo mi mano sobre el hombro de Telémaco y le murmuro: "No seas un imbécil cabeza de chorlito, muchacho".

—Por supuesto —dice, y cuando lo hace, la profecía cambia, la sangre se escurre de las paredes, los cadáveres viven y ríen de nuevo, por lo menos por ahora. Por ahora. Telémaco levanta la copa que apresuradamente le alcanza Autónoe.

—Por el más grande de los griegos, héroe de Troya, mi padre. Y por el gran rey Agamenón también, aliado de Ítaca, querido amigo de mi familia, por que traiga paz y justicia duraderas a nuestras tierras.

Nadie se niega a brindar por Agamenón. La sobriedad no es sabia. Incluso Antínoo da un paso atrás para levantar su copa y ese momento le concede a Telémaco una oportunidad de soltar el aire y alejarse.

En algún momento habrá un ajuste de cuentas.

Pero hoy no.

Hasta Penélope toma un trago de vino de su copa y me da la impresión de que la inclina levemente hacia el egipcio, que vuelve a ocupar su sitio.

CAPÍTULO 11

La luna cambia, y se diluye en la oscuridad.

Yo vuelo en la noche sobre alas de sombra, buscando esa otra deidad, esa otra presencia del Olimpo cuyo aliento se infiltró en el banquete de palacio. Pero ya se ha marchado; seguramente ha desaparecido dentro de sus estridentes templos del este o, como de costumbre, se ha postrado a los pies de Zeus para adularlo. ¿Me habrá visto? ¿Sabe lo que hago yo aquí? Debo ser cuidadosa, debo trabajar con la mayor sutileza sobre los corazones de los hombres.

Y entonces, la luna cambia.

En los altos de Ítaca vive Laertes, padre de Odiseo.

Cuando Penélope tenía dieciocho años y todavía cargaba con el peso de Telémaco en su vientre, Odiseo se sentó junto a su padre y le dijo:

—Mira, tú no quieres ser rey y yo sí. Eres ordinario, eres haragán y, francamente, hueles mal. Me gustaría que arregláramos esto civilizadamente ¿Cuánto me costará?

Laertes, quien por aquel entonces olía terriblemente y mucho más al soltar el aire, estimó un precio.

—Ocho esclavos, una plantación de olivos, tres… no, cuatro cerdos, dos vacas, dos caballos, un burro, la primera cosecha del mejor vino y todos los años darás una gran fiesta en mi honor en la que todos me harán reverencias, se humillarán, se arrastrarán ante mí y me llamarán "el sabio rey Laertes."

—¿En Cefalonia? —sugirió, esperanzado, su hijo—. Podrás tener una granja más grande en Cefalonia, tal vez esa tan bonita que está…

—En Ítaca —respondió su padre—. Así mi nieto no tiene excusas para no visitarme.

Odiseo logró no poner los ojos en blanco, irritado; con todo, había tenido suerte de conseguir que el viejo se retirara con tanta facilidad del negocio del reinado.

De pequeño, Telémaco visitaba a su abuelo con entusiasmo. Laertes era, después de todo, un argonauta, un héroe de Grecia, un hijo de Hermes, y deseaba impartir un tipo de sabiduría masculina que, claramente, tanto su madre como su abuela no entendían muy bien, como por ejemplo:

—Una mujer quiere que la protejan. Un hombre debe demostrar su fuerza, su agresividad de león, su poder para que ella advierta que él es el guardián que necesita.

Telémaco jamás ha visto un león, pero tiene una idea somera. Todos los años, como habían prometido, Penélope organizaba una gran fiesta en honor a su suegro, y él se untaba en aceite, se afeitaba y se lo veía muy orondo cuando la gente lo rodeaba y le manifestaba lo maravilloso que era. Hasta el viejo Eupites y Pólibus parecían olvidar su odio irreconciliable por un rato para decirle: "¡Me alegro de verte, deberías venir a cenar algún día!", mientras se inclinaban a los callosos pies de Laertes.

Cuando su abuela Anticlea murió, Telémaco lloró lágrimas de sal en la tumba y Laertes descendió desde la granja, puso una mano sobre el hombro de su nieto y le dijo:

—¡Nada de tonterías! ¡Eres un hombre, no una chiquilla tímida!

Anticlea siempre le había dicho a Telémaco que su padre era un héroe. Nunca le había hablado demasiado sobre el abuelo, su esposo, y Telémaco tampoco se molestó en averiguar por qué ella permanecía en el palacio, alejada de él. "Ay, es solo para ayudar un poco a tu madre" era lo más cercano a una respuesta de su parte. Si Penélope necesitaba ayuda, no quedaba claro.

—¿Cómo era mi padre?

Telémaco ha formulado esta pregunta a mucha gente, de muchas maneras, pero nunca ha encontrado una respuesta satisfactoria. Para Anticlea, su hijo era el más valiente, el más audaz e inteligente de toda Grecia. Para Euracleia, la vieja niñera, Odiseo era su chiquitín, sí, ¡sí que lo era!, ¿a que síííí? y Telémaco, también, es su chiquitín, mira qué carita tiene, claro que sí, bebé, sí, claro que síííí.

Para Penélope, su padre, Odiseo, fue un Buen Hombre. Y no decía nada más, lo que a Telémaco lo confundía profundamente.

Entonces le preguntó a Laertes:

—¿Cómo era mi padre?

Y ante su sorpresa, el anciano dejó de masticar la bola de semillas que asomaba por sus labios, escupió trozos de cáscaras al fuego, miró el techo manchado de humo y le dijo:

—El chico sabía que era inteligente, sabía cómo manejarse. No se mostraba tan inteligente como para que lo consideraran una amenaza ni tan tonto como para que pensaran que era un inútil. No daba lugar a ambigüedades ni se ponía nervioso pensando en qué podría suceder

o que estará sucediendo. La persona inteligente toma una decisión y la mantiene. Requiere esfuerzo. Y él se esforzaba.

Aquí hay algo, sospecha Telémaco, hay algo en la voz de su abuelo que no termina de entender, como le sucede con las explicaciones distraídas de su madre. Le llevará años saberlo, pero un día, a los diecisiete años, por fin puso el dedo en la llaga preguntando lo que lo había esquivado durante tanto tiempo.

—Abuelo —dijo sentado junto al fuego de Laertes—, ¿mi padre es bueno?

Laertes dio un respingo en la silla, como si hubiera recibido un puñetazo, y por un instante Telémaco temió que su abuelo muriera demasiado pronto, demasiado pronto, antes de que su madre terminara de tejer la mortaja funeraria y que la guerra que esperaba en el horizonte de Ítaca se desatara por fin con la muerte del padre de Odiseo. Luego oyó un graznido como de cuervo, una carraspera con flema, una espiración como si fuera el viento atravesando un esqueleto y, sorprendido, vio que su abuelo se reía. Se rio ante la pregunta hasta que la carcajada terminó en toses cargadas de flema y, aun así, puso sus ojos en blanco, divertido, y con manos temblorosas le dio unas palmaditas en la cabeza a su nieto.

—¡Bendito seas, hijo! —dijo entre carcajadas—. ¡Qué preguntas haces!

Y entonces, la luna cambia.

CAPÍTULO 12

En el palacio todo es fiesta. ¡Fiesta! ¡Fiesta! Como si nada hubiera sucedido, como si la muerte de todos estos hombres no estuviera a un paso de concretarse… *¡Más vino!* ¡Tú, chica, tráenos más vino!

—Anfínomo, ¡qué aburrido eres!

—Eurímaco, si sigues jugando así, no te quedará ni la túnica; no, no, me encanta quedarme con tu oro, claro. ¿Echamos otra partida?

—Cuéntame, egipcio. ¿Qué es esa "escritura" de la que hablas?

—¿No está Telémaco, esta noche? ¿Es cierto que ha huido?

—Telémaco fue a visitar a su abuelo, a presentarle sus respetos.

—Por supuesto, ¡a esconderse tras del anciano!

Los hombres ríen y Penélope hace otro nudo en el telar.

Una noche más, un banquete más: ya es tarde cuando Penélope se dispone a regresar a su habitación.

—Ourania y Sémele están arriba —le dice Eos en voz baja en cuanto los primeros pretendientes comienzan a roncar con la cara manchada de sangre y de carne—. Con una mujer extranjera.

—Gracias —murmura Penélope; hace crujir los dedos cansados de ir y venir por la trama y el telar. Mueve levemente la cabeza a un lado y al otro para aflojar la rigidez—. Buenas noches, distinguidos huéspedes —murmura dirigiéndose al salón hediondo de hombres que siguen de juerga.

No se mueve ninguno cuando ella se retira, excepto dos, que la observan con los ojos entrecerrados y sobrios.

En la habitación de Penélope hay solo una lámpara encendida que recorta las figuras de tres mujeres, más en sombras que a la luz.

—Hola, majestad —dice la primera.

Lleva el pelo gris trenzado en la espalda y las manos como garras descansan sobre su regazo. Los ojos son lapislázuli y el mentón parece la popa de un trirreme. Se llama Ourania, y su nombre es conocido más allá de las costas de Ítaca, aunque ningún poeta le rendirá

homenaje. En los puertos a lo largo de la costa, hay muchos que dicen: "¡Ah, sí, conozco a Ourania!" o "Madre mía, otro pariente de Ourania", pues durante años se ha dedicado a todas las ramas del comercio y puede opinar sobre la calidad de la lana así como sobre el precio de la madera. Nada de esto lo hace para sí, por supuesto. Lo hace para su marido o quizás para su padre o tal vez para su hijo. Para qué hombre trabaja exactamente es algo que cambia a menudo, pero son pocas las personas que susurran la verdad: trabaja para Penélope.

A su lado está Sémele, hija de madres, madre de hijas, una anciana granjera que se atreve a definirse por algo más que un hombre. Está vestida con el mismo atuendo con el que rescató a Teodora, siempre con el dobladillo embarrado y con un cuchillo de caza en el costado; su aspecto es el mismo en el bosque oscuro o en el dormitorio real. Está de brazos cruzados y tiene la cara tan seca como la madera que corta todos los días para la cocina. Ourania huele a mejorana dulce, con la que se ha frotado las muñecas envejecidas. Sémele huele a sudor y a humo. Estas dos, la comerciante y la granjera, son como una especie de consejo para la reina de Ítaca, como acaso fantasean Egiptius, Medón y Peisenor con serlo para Odiseo. Ellas concurren a los lugares donde una reina de luto no podría; los mensajeros de Ourania están repartidos por las islas del oeste, las hermanas y amigas de Sémele, por cada granja y pueblo a lo largo de la tierra rocosa. Por sus personalidades distintas, no deberían ser amigas, y trataron de desagradarse mutuamente durante un tiempo, pero ninguna pudo mantener el esfuerzo.

Las dos mujeres son asiduas visitantes de los sitios para mujeres que hay en el palacio. La tercera es una desconocida.

Detengámonos en esta tercera criatura, sentada en postura relajada en la silla favorita de Penélope. Se ha quitado casi todo el barro de la cara y la tierra acumulada en las uñas largas y astilladas, pero esa es la única concesión que ha hecho para presentarse en los aposentos más íntimos de la reina. Hubo una vez un mundo en el que ella lucía unos hoyuelos encantadores, una sonrisa que transformaba su cara como olas que rompen en el mar. Ese mundo se incendió ocho años atrás. Su pelo oscuro como el hollín está cortado de manera irregular, en una corona alrededor de su cabeza, cosa que en muchos lugares la señala como deshonrada, aunque la única persona que piensa que debería sentirse así es ella misma. Sus ojos, del color del polvo del verano después de la lluvia, miran el suelo. Es de baja estatura en comparación con su gente, pero logró compensar su tamaño arrancándole la oreja de un mordisco a un niño que se burló de ella cuando tenía siete años y el niño nueve. Y de nuevo, cuando le sacó los ojos a uno que trató de tocarla de manera impropia cuando tenía catorce, pecado que le valió solamente un castigo ligeramente severo,

a fin de cuentas. Su túnica es de cuero áspero y desteñido y lleva pantalones por encima de la rodilla en un estilo que sería escandaloso, siempre que alguien osara tratar de escandalosa a una persona que va armada con todo tipo de cuchillos. Sus sandalias están atadas en las pantorrillas, bien altas y tan tensas que a un ladrón le llevaría unos veinte minutos poder desatar cada una si quisiera saquear su cadáver en el campo de batalla. Tiene cerca de una docena de cicatrices que van desde unos leves golpes por entrenamiento en las manos hasta dos cortes en el brazo derecho, uno debajo del codo y el otro por encima, cuando la espada de un atacante la tomó por sorpresa. También tiene una cicatriz en la espalda que pudo haberla matado, pero aquel día Apolo recordó que era dios de la medicina, algo inusual para ese pequeño mequetrefe pretencioso.

La mujer se llama Priene. Se halla recostada cerca de la ventana abierta, y aunque no pertenece a mi pueblo, esta noche puede que me resulte útil.

Penélope, cansada y preocupada por eventos que todavía no sabe si puede controlar, se esfuerza por sonreírle con los ojos a Ourania, saluda a la tosca Sémele con la cabeza y finalmente sonríe, mucho menos convencida, a Priene.

—Ourania, Sémele. Me disculpo. Os he hecho esperar demasiado tiempo. Confío en que os hayan atendido como corresponde.

—Tus criadas han sido atentas como siempre. Ah, ¿es este el famoso telar?

Ourania se levanta cuando Autónoe y Leaneira llegan con el marco de madera, listo para otra noche lejos de la vista de los hombres.

—La mortaja de Laertes será… muy elaborada, seguro.

Ourania fue esclava del palacio en un tiempo. Cuando el hombre encargado de proteger el grano se volvió descuidado en sus tareas, ella se hizo cargo del trabajo con una eficiencia poco adecuada para una mujer. Una vez que fue libre, su eficacia aumentó, aunque ni un solo poeta se atrevería a relatar semejante suceso.

Ahora, en esta noche sin luna de Ítaca, Penélope se quita el último alfiler que sostiene su velo, mira la silla que debería ocupar ella, piensa dos veces antes de desafiar a la mujer armada para que la desocupe y se deja caer pesadamente en el borde de su cama.

—¿Qué noticias hay del extranjero? —pregunta por fin.

—Muchas, según a quién se le pregunte. Hay rumores de problemas en Micenas. Algún asunto con Agamenón y su esposa.

—Siempre hay algún asunto entre Agamenón y Clitemnestra; nunca fueron tan felices como cuando estaban separados.

—Tengo un primo —Ourania tiene muchos primos a alrededor del mar Egeo; algunos son más primos que otros— que dice que cuando Agamenón bajó de su nave lo primero que hizo fue llevar a sus

concubinas troyanas a los antiguos aposentos de su esposa.

—Me pregunto dónde puso Clitemnestra a su amante.

—Probablemente en un lugar seguro. Se divertía mucho ejerciendo el poder mientras su marido saqueaba los mares del sur. Promulgaba edictos, aprobaba leyes, condenaba a enemigos.

—Es lo que debería hacer una reina, ¿sabes?

—Ah, claro. Qué tonta que se me olvida.

Penélope aprieta los labios. Se recuesta hacia atrás y se apoya en los codos, hace sonar su cuello moviéndolo a ambos lados, con los ojos entrecerrados bajo el dosel de madera de olivo con la que se construyó la habitación y la cama misma.

—Peisenor está reclutando hombres para una milicia.

Por primera vez, la desconocida Priene emite un sonido. Es un bufido de desdén. No es un bufido sutil. No es un intento femenino de contener una risita. Es propiamente un ronquido de cerdo, un bufido nasal y sonoro de diversión a costa de otro. Penélope se incorpora ligeramente y mira a la mujer con una ceja levantada.

—Priene, ¿no? Tu nombre es… ¿Priene?

Priene se encoge de hombros. Ha perdido interés por su nombre desde hace tiempo.

—Si yo te contara que un ejército de muchachos, criados sin sus padres, se están armando en este momento con los últimos andrajos de armaduras y espadas que nos han quedado en estas islas para luchar contra los ilirios en la oscuridad del mar, ¿qué dirías?

Otro bufido, esta vez más leve que el primero solo porque Priene ya había gastado mucha bilis en su primera reacción a esa situación tan irrisoria.

—Mi hijo será uno de ellos. Anhela ser héroe.

—Solo los soldados mueren degollados por ilirios —responde Priene—. Para ser héroe tienes que morir en manos de otro héroe.

—He tratado de explicárselo, pero en estos últimos años… — Penélope deja escapar un suspiro.

Hay cosas que ella, que se jacta de tener cierta claridad, no ha mencionado en voz alta ni siquiera al reflejo polvoriento de su cara en el espejo de bronce.

—Tengo un problema, Priene. Ourania piensa que tú podrías ayudarme. A mi isla la están atacando hombres que visten como ilirios, pero matan como si fueran griegos. Atacaron Léucade hace dos meses, luego Fenera, dentro de la mismísima Ítaca. Llegan cuando la luna ilumina el agua. Llegan demasiado rápido como para ser ilirios que han retornado a su tierra y han vuelto. Llegan en el momento justo para presionarme para que me case con alguien que pueda defender mis costas. Atacaron un poblado cuya principal actividad y ocupación es el contrabando. Un habitante de Ítaca lo sabría, por

supuesto, como también alguien que haya residido por un tiempo en mi isla. ¿Pero un ilirio? ¿Conocería un ilirio los secretos ocultos de Fenera? Este es mi problema.

—Tienes muchos problemas, reina.

Penélope contiene la risa y se pone las manos en los ojos por unos instantes. Está cansada, muy pero muy cansada.

—Sí, sí, lo sé. Mi hijo quiere unirse a una milicia comandada por al menos dos hombres que quieren matarlo, uno a quien nada le importa y otro que no es capaz de sostener un escudo. Merodeará por la costa en busca de piratas y cuando ellos lleguen lo matarán. Incendiarán mis tierras, tomarán como esclavos a mis súbditos y ni siquiera el riesgo, el mínimo riesgo, de que mi esposo esté vivo logrará mantener a raya a los hombres que dicen que debo volver a casarme. O bien me caso con alguien capaz de reclutar tropas y ganar una guerra civil, o dejo que las islas occidentales se suman en el caos, que es lo que espera Menelao para hacer su entrada triunfal como heroico y eterno salvador. Ninguna de las opciones es aceptable. Por lo tanto, me veo en la necesidad de matar piratas.

Priene levanta los hombros.

—Eres reina. Ese es tu trabajo.

—No, mi trabajo es añorar a mi marido y dejarle el camino libre a mi hijo.

—En ese caso tu isla arderá.

—¿Sabes cómo ha sobrevivido Ítaca en estos últimos dieciocho años? —Priene no lo sabe. A Priene no le importa—. ¿Quién busca la leña? ¿Quién mantiene a los lobos alejados? ¿Quién caza al jabalí, coloca trampas en el bosque, levanta paredes arrasadas por la tormenta del oeste? ¿Quién quedó para hacer todo esto cuando mi esposo se llevó los hombres a Troya?

Priene no responde, pero tampoco su cara demuestra el desprecio habitual. Mira a Sémele, ajada como madera a la deriva junto a Ourania, y luego aparta la vista. Priene está lejos, muy lejos de su hogar, de aquellas tierras distantes en las que una vez Pentesilea reunió a sus guerreras desde su carro veloz. Jamás podrá regresar.

—Las cazadoras no son soldados —dice por fin—. No se despelleja a un griego como si fuera un conejo.

—No. Pero vivimos en una isla de lobos, no de conejos —reflexiona Penélope—. Una mujer, en realidad casi una niña, me preguntó qué sentido tenía que yo fuera reina. No suelo hacer declaraciones públicas, muy rara vez muestro mi cara, me mantengo decorosamente alejada de las voces de los hombres. Pero aun así soy la reina y defenderé mi reino. ¿Me entiendes, Priene?

Priene se succiona los labios, los suelta, dobla las rodillas, luego se estira, se enrosca alrededor de esa herida en la espalda, hace una

mueca de dolor y, por fin, adopta una postura bien erguida.

—Yo no trabajo para los griegos.

—Entonces, ¿por qué estás aquí?

—A veces hay griegos que me pagan para matar griegos.

—Priene, pienso que es precisamente eso lo que te estoy ofreciendo. Me han dicho que en tu tribu las mujeres luchan como hombres. Que tu reina…

—¡No la nombres!

Su voz se oye tan fuerte que las criadas desde afuera se sobresaltan, se miran y se preguntan si tendrían que entrar. ¿Deberían buscar ayuda? Las instrucciones recibidas fueron claras, aunque a Penélope le gusta que muestren iniciativa en cuestiones de vida o muerte.

Ourania es una piedra, poco más que un objeto que respira. Sémele tiene un cuchillo en el cinturón, pero no descruza los brazos. Penélope suelta un suspiro prudente.

—Perdona. Tengo entendido que ella era valiente, honorable y sabia. Pero yo necesito un ejército que luche sin honor. En el este tu pueblo es temido. En el oeste, si se corre el rumor de que a Ítaca la defienden las viudas y las hijas de los hombres que nunca volvieron de la guerra, todo mercenario desde aquí hasta la corte de Minos vendrá a nuestras costas. Mi hijo podrá usar su armadura y hacerse el héroe si es absolutamente necesario. Pero yo necesito ganar. Las mujeres ya se están reuniendo. Se juntan en el bosque que hay más arriba del templo de Artemisa, pero son, como tú dices, cazadoras, no guerreras. Necesito que sean las dos cosas. ¿Me ayudarás?

Hacia el este, en la tribu de Priene existe una diosa revestida de llamas doradas, guardiana del hogar sagrado. La vi una vez, un fuego incandescente en las aguas quietas del río, mientras que a su alrededor los hombres se vestían con atuendos de mujeres y se arrodillaban y ofrecían sacrificios sangrientos en su nombre. Detrás de ella había dioses menos importantes, Papiaos y Thagimasidas, Api y Oitosiros; todos llegaban a rendirle homenaje, pero ella…, ella se elevaba sobre todos y sostenía el amanecer del valle en su mano carmesí. Me oculté de su vista y salí rauda hacia el Olimpo antes de que me descubriera y viera en mis ojos la envidia y desesperación que sentía.

La reina de Priene ha muerto y ella ha jurado no reconocer a otra. Pero en este momento se sorprende a sí misma al considerar el problema que le acaban de presentar, aún con los labios cerrados y los dedos a los lados del cuerpo. Por fin se pone de pie, asiente una vez en dirección a Penélope, saluda con un movimiento de cabeza más notorio a Ourania y a Sémele y cree ver algo familiar en los ojos de la cazadora.

—En dos días tendrás mi respuesta.

Luego, como si le incomodaran, tal vez, el rugido de las voces más

abajo o las orejas de las criadas pegadas contra la puerta, se dirige a la ventana y salta hacia fuera, como si se tratara de la cosa más natural y civilizada del mundo.

CAPÍTULO 13

Consideremos a un chico que decididamente no es un hombre.

Telémaco.

Cada amanecer, se retira a un lugar, lejos del palacio, por un sendero mugriento que huele a mierda de cerdo. La granja, técnicamente, es suya, o por lo menos, de su padre; la diferencia no está del todo clara. Quien se ocupa de ella es Eumeo, el porquero de Odiseo, un hombre al que vendieron de niño, al que se compró como esclavo y al que nunca liberaron del todo porque ni a él mismo ni a sus amos se les ocurrió jamás detenerse a pensar en el más elemental concepto de libertad.

Algunos cerdos duermen en la casa. El último gris de la noche todavía cuelga como una telaraña sobre el nuevo día. En el lugar hay una jabalina, una espada, un escudo y una lanza. Hay un hombre hecho de paja apoyado contra la pared. A veces está también el arco de su padre, robado de la armería, con el que ha jadeado, sudado y se ha esforzado sin éxito. Últimamente lo roba con menos frecuencia, y cuando lo hace, lo ve como el emblema de la vergüenza.

Telémaco es un muchacho que anhela desesperadamente ser hombre, claro que sí. Los chicos de Ítaca, cuando cumplen doce años, se convencen de que son la reencarnación de Aquiles. Por supuesto que si no hubiera muerto en Troya, Aquiles habría sido un niño llorón y malcriado que se habría vestido de niña para salvarse del reclutamiento, pero no hay nada mejor que una buena guerra, una o dos masacres aceptables, para llamar la atención de los poetas.

Se le ha ocurrido a Telémaco, en uno de sus momentos de mayor sagacidad (y, para ser justo con el chico, en ocasiones los tiene), que para que lo recuerden eternamente tendrá que participar en una guerra verdaderamente espectacular y épica, o tal vez fabricarla. Un genocidio bien hecho, quizás realzado por un volcán o un terremoto, con por lo menos cincuenta mil muertos anónimos y también una media docena de héroes.

Tal vez algún día sea lo suficientemente buen hombre como para

comprender que esa es una forma terrible de medir el valor. Ahora mismo, no siendo él más que un mequetrefe con una lanza, la brújula de su moral fluctúa.

Se entrena con la espada y la jabalina contra el muñeco de paja. A veces lo hace en compañía de unos pocos soldados —itacenses demasiado viejos para levantar un escudo ya en tiempos de Odiseo— o la media docena de hombres de confianza lo suficientemente afectos al pescado como para haberse establecido en la isla. Es bastante competente. Tiene algunos amigos, muchachos de su misma edad. Se hicieron amigos suyos por la admiración hacia su padre, pero es bueno ver que la mayoría ha permanecido a su lado por lealtad personal hacia Telémaco, que si bien es una compañía bastante aburrida, por lo menos es fiel a sus compañeros. Telémaco piensa que si convoca a todos sus aliados en Ítaca, Cefalonia, Zacinto y la media docena de islas más pequeñas desparramadas por los dominios de su padre, puede juntar ochenta lanzas.

Ataca a un hombre de paja, que no se resiste.

Ochenta lanzas.

Serían suficientes para matar a los pretendientes. Sobre todo si los tomara por sorpresa. Tendría que echar la llave a la armería, atacarlos cuando estuviesen ebrios. Serían suficientes. Reclutar a tantos hombres en secreto sería difícil, pero si lo hace con inteligencia, como su padre, si es sensato…

Hunde la hoja en el cuello de paja, que sangra un poco de heno, pero no se queja.

Algunas veces, cuando el deber lo obliga a mirar a Antínoo a los ojos, juega a imaginar cómo asesinaría a ese pretendiente, poco mayor que él, que podría llegar a ser su padrastro. Ese ejercicio le permite mantener el contacto visual, con educación, como si no estuviera calculando el mejor ángulo para asestarle una cuchillada entre las costillas.

Retuerce la espada en las tripas de paja. Una vez le oyó decir a un viejo soldado que pelear limpio era cosa de tontos. Primero se sobrevive. Luego se inventa la historia de cómo fue.

Una voz dice:

—Hum, disculpa, creo que…, vaya.

Se da la vuelta, levanta la espada, listo para luchar, listo para matar, hay un intruso en su santuario y…

Pero el hombre que está a sus espaldas no está armado. Sonríe, con un poco de vergüenza, levanta las manos para tranquilizarlo y dice:

—Disculpa. Oí ruidos de armas y pensé…, pero no fue mi intención perturbar tu paz.

—El egipcio —resopla Telémaco, y baja el arma; avergonzado, siente que se sonroja sin poder controlarlo, como ocurre siempre—.

Quiero decir… Kenamón, ¿no? ¿Por qué estás aquí?

—Caminaba por aquí. He estado tratando de explorar cada sendero que sale del palacio para aprender algo sobre esta isla. Como te dije, oí el ruido inconfundible de una espada y pensé… Pero esto es claramente un sitio privado. Mis disculpas. Me retiro.

La puerta de la pequeña casa se entreabre y deja escapar olor a cerdo. Eumeo asoma un ojo por la abertura; no se atreve a salir ni es tan astuto como para mantenerse oculto. El porquero de Odiseo siempre fue más leal que sabio. Kenamón se dispone a marcharse; Telémaco observa que la túnica le cuelga del hombro de una manera que podría permitirle desenvainar una espada fácilmente en caso de necesidad; interesante, algo muy de hombre. Al ver que se aleja, Telémaco lo llama.

—Por favor, no me molestas. —Depone la espada sin saber por qué necesita hacerlo y se aleja del olor a cerdo—. Te debo… un agradecimiento… por lo de anoche.

El muchacho siente vergüenza, tanta vergüenza que desea echarse a llorar ante el recuerdo de ese momento, pero Telémaco está decidido a ser un hombre, y los hombres son honrados y hacen frente a sus miedos, y reconocen cuándo un hombre merece respeto.

—Soy nuevo aquí —sonríe Kenamón—. Pensé que tal vez no había entendido bien las costumbres del banquete.

Telémaco se pone a la altura del egipcio; presta atención a todo lo relacionado con su porte, con su postura. Las rodillas ligeramente flexionadas, listas para saltar, los pies bien plantados, al mismo tiempo sólidos y livianos… ¿Cómo lo logra?

—Nos avergüenza cuando un extranjero es más cortés que algunos de los griegos. ¿Pero será que necesitamos que los extranjeros nos recuerden el valor de las cosas que damos por sentadas?

—Pienso que un hombre no llega a apreciar lo que tiene hasta que se halla lejos de su hogar.

Telémaco se muerde el labio inferior y, al darse cuenta, deja de hacerlo inmediatamente y sonríe.

—Si quieres explorar los senderos de esta isla, tal vez yo pueda enseñarte los lugares más agradables. Muy pocos pretendientes acostumbran salir de los confines del pueblo, pero hay cascadas y arroyos, cerros altos con excelentes vistas donde podrías aliviar la pena de estar lejos de tu tierra.

—Te estaría muy agradecido, pero no quiero molestar.

—No es molestia. Eres mi huésped; soy tu anfitrión. Por favor, acompáñame.

Caminan un rato en silencio, trepan siguiendo el sonido de un arroyo, un estanque de piedra hueca, con árboles que alivian el calor del día. Por momentos Kenamón pregunta qué es eso o aquello o qué

sonido hace ese raro pájaro que canta en una rama plateada. Y Telémaco responde lo mejor que puede y le advierte que hay animales salvajes, y Kenamón pregunta:

—¿Y quién los caza, ahora que los hombres se han ido?

Y a Telémaco se le ocurre que solo debe haber una respuesta para esa pregunta, pero a él no se le había ocurrido hacérsela hasta ese momento.

Y a Telémaco se le ocurre que Kenamón podría tener la edad de su padre, o tal vez unos años menos. Él ha estado con hombres de esa edad antes, pero no había recorrido el bosque con ninguno.

Se abren paso por una arboleda de pinos hasta llegar a la cascada, que fluye con tanto ruido que ahoga las voces, y Kenamón ríe y grita sobre ese rugir que jamás había visto antes, ya que en Egipto el único lugar donde el agua hace ese ruido es en los grandes rápidos que están mucho más al sur, allí donde la tierra se fractura en miles de intransitables islas verdes.

Trepan un poco más arriba, pasando los árboles hasta las rocas desteñidas por el sol que coronan el cerro más alto, y miran hacia el mar más abajo, donde el sol baila y resplandece en las aguas espejadas, y Telémaco hace la pregunta que se moría por hacer:

—¿Fuiste soldado?

—Sí, lo fui.

—¿Luchaste en batallas?

—No en grandes batallas como las vuestras en Troya, si a eso te refieres. Pero peleé en sangrientas escaramuzas en el sur, de noche, en el lodo ensangrentado.

—Yo lucharé en una batalla pronto —cavila Telémaco—. Para defender lo que es mío.

—¿Contra quién? Espero que no contra los pretendientes.

Niega con la cabeza, pero sabe que sí, sí, algún día lo hará.

—Los piratas están atacando nuestras tierras. Me he unido a la milicia.

—Ah, eso es bueno. ¿Sabes luchar?

La pregunta es en broma, pero el cambio brusco en la cara de Telémaco borra la sonrisa fácil de Kenamón. El egipcio traga saliva, se acerca a él, pero antes de colocar su mano sobre el brazo del joven, se detiene, mira al cielo y luego al mar. Piensa decir algo, pero en cambio dice:

—¿Qué es aquello?

Telémaco sigue la mirada del egipcio hacia el horizonte flotante.

En el agua se ven tres velas negras que se acercan desde el este. Abandona de inmediato esa posición elevada en la cima de su reino —del reino de su padre—, de *este* reino y exclama:

—¡Debo irme!

Y corre hacia el palacio y hacia el mar.

CAPÍTULO 14

Penélope se halla contando ovejas con Leaneira cuando reciben el aviso. Ha dedicado mucho tiempo de su vida a contar ganado, de una u otra clase. Al carecer del suministro regular de esclavos y botines de guerra de los que los reyes proveen, se ha visto obligada a invertir sus energías en hazañas tan poco elegantes como son la agricultura, la manufactura y el comercio. Nadie toma en serio esas cosas, claro, y que nadie lo haga significa que nadie comprende tampoco las ganancias que puede tener al alcance de la mano una reina astuta con buen ojo para el ganado.

—¡Mi reina! —Es Fiobe, que llega jadeando desde el puerto.

Son pocas las criadas de Penélope que se refieren a ella como "mi reina", a menos que se encuentren en una situación pública incómoda y sea necesario reanimar el ambiente o cuando el tema es demasiado grave como para recordar el protocolo.

—¡Velas negras!

—¿Cuántas naves? —pregunta Penélope, y abandona enseguida el conteo—. ¡Leaneira, mi velo! —dice casi sin pausa.

Leaneira corre adentro a buscar todos los artículos necesarios para una viuda recatada. Fiobe, sin aliento, responde:

—Son tres, vienen desde el este y reman rápido.

—Busca a Eos, dile a Autónoe que junte a mi consejo y a los hombres que tengamos. ¿Dónde está mi hijo?

—Eh…, esto… —Fiobe no lo sabe y tampoco tiene aliento para inventar una excusa.

Penélope descarta su pregunta con un movimiento de la mano.

—Busca a Sémele y avísala, luego a Ourania, dile que prepare mi embarcación. ¡Vamos!

Fiobe se aleja a la carrera y Leaneira regresa, velo en mano.

—¿Velas negras? —murmura mientras su ama se acomoda la caída del velo sobre la frente.

—Nunca es bueno —responde Penélope—. Tres naves son mucho más de lo que enviarías solo con malas noticias.

—¿Podría ser tu esposo?

La respuesta se le atraganta durante un instante a Penélope. Qué extraño, reflexiona, que no se le haya ocurrido que la respuesta podría ser sí. Pero no, lo niega con la cabeza.

—Él no regresaría a Ítaca en barcos con velas negras. Noticias de él… tal vez. La gente va a especular. Pero si es así, tenemos que ser nosotras las primeras en recibirlos y tratar de salvar lo que podamos. Venid conmigo, no debemos permitir que Pólibus o Eupites lleguen antes al mensajero.

Pólibus y Eupites ya están en el puerto cuando Penélope llega. Han arrastrado fuera de la cama a sus hijos, Eurímaco y Antínoo, y los han obligado a ponerse presentables. Luego está Andremón, con su sirviente, Minta, de ojos oscuros, envuelto en una capa para resguardarse de la brisa salada del mar. También Anfínomo y una docena más de pretendientes. Telémaco se acerca trotando sin aliento, se da cuenta de que no es forma de aparecer, entonces reduce la velocidad, tratando de cambiar su galope por una entrada majestuosa por entre la multitud creciente.

Penélope aparece rodeada de seis de sus doncellas y sus seis guardias más leales; Medón en la retaguardia, para dar una apariencia de autoridad masculina. Si la entrada va a ser tardía, que al menos sea majestuosa. Todas sus doncellas llevan velos, una muestra anticipada de respeto ante cualquier mensaje que las velas negras auguren.

Todos llegan antes que las naves, naturalmente. El resultado es fantásticamente aburrido. El puerto de Ítaca está siempre concurrido y se oye mucho “Un poquito a la izquierda, un poquito a la derecha, ¡cuidado con los remos!” sobre los muelles torcidos. Maniobrar tres grandes barcos con velas de ébano dentro de un puerto pequeño es algo tan tedioso que el viejo Pólibus, que se cansa con facilidad, pide una silla, y para no quedarse atrás, Eupites hace lo mismo, lo que solo deja a Penélope y a su séquito de pie nada más que con su porte digno. Las mujeres agradecen llevar velos. Les permite ocultar su cara de absoluto aburrimiento, sin la presión de mantener expresiones de consternación como las que padecen los hombres ni tener que forzar sonrisas amables de bienvenida que podrían ser necesarias en cualquier momento. A su manera, Penélope también agradece el tiempo que les está llevando amarrar las naves, pues le permite imaginar las diferentes situaciones que pueden suscitarse. Una sola de ellas tiene que ver con su marido: que las naves hayan llegado para confirmar su muerte. Solo espera que no hayan traído un cuerpo. Un cuerpo la obligaría a pasar muchas horas llorando sobre lo que seguramente sería algo muy macabro, sobre todo si murió ahogado. Esta inevitable exhibición de dolor le robaría tiempo valioso que

necesitaría para actuar en privado y con rapidez.

En algún lugar, a casi una hora de caminata, en un pequeño recodo de la isla donde la arena se encuentra con el mar, Ourania y sus criadas preparan una embarcación con una docena de remos para llevar a Penélope y a su hijo a un lugar seguro. Penélope no sabe si la necesitará, y esta no es la primera vez que suenan las alarmas, pero es mejor estar preparada para lo peor.

Cuando el primer gran barco atraca, no desembarca nadie.

Esto resulta frustrante por dos razones. Primero, porque obliga a la muchedumbre a esperar un poco más; los hombres ya no soportan seguir con una expresión de profunda consternación en la cara descubierta. En segundo lugar, podría deducirse —lo que no es muy emocionante— que en una de las otras dos naves restantes hay dignatarios tan importantes que sus cómplices deben esperar cortésmente sobre la cubierta hasta que los dignatarios desembarquen. Eso hace que la situación cobre mayor importancia. El mejor escenario sería que se tratase de un rey menor enviado para darle más peso a una declaración de Menelao o Agamenón. Quizás Pisístrato, hijo de Néstor, o el mismo Néstor. El viejo sería capaz de presentarse en persona si Odiseo estuviera muerto; es muy afecto a la pompa. Sería útil que fuera Néstor, pues nadie iniciaría una guerra civil contra el venerado anciano, aliado querido de Odiseo, con Penélope a su lado; tampoco a él se le ocurriría apoderarse de Ítaca inmediatamente. Ella tal vez se vería obligada a casar a Telémaco con alguna de las hijas de Néstor —Epicasta parece agradable, le gusta la poesía—, pero sería un precio bajo para conservar las islas.

Pero al mirar con más atención, ve unos diseños en la proa de la nave, algo parecido a un toro y a un león que no parecen ser del estilo de Néstor. Lo que ve sobre los escudos de los hombres que están en la cubierta del barco más grande es un adorno que ya ha visto antes, cuando los hombres de Micenas fueron a buscar a su marido para la guerra. ¡Ay, Penélope! Le sobreviene un malestar, una opresión en el estómago…

El barco más grande ya está atracado en el embarcadero; suena un cuerno, un sonido chato, como una fuerte flatulencia a través del hueso con bordes de bronce. Primero desembarcan unos pocos soldados para flanquear su preciosa carga. Penélope puede ver dos figuras dentro del círculo de hombres: una está vestida con ropa de dignatario arrugada por el mar; la otra viste una túnica gris, ordinaria, y lleva cenizas sobre la frente. Se aproximan a paso tan sombrío, tan deprimentemente lento, que hasta los más serios observadores de la muchedumbre comprimen sus vejigas deseando que avancen de una vez, *¡avanzad de una vez!*

Penélope es la primera en reconocerlos, la primera en dar un paso

adelante y saludar. Se inclina un poco más de lo necesario para ser la reina de la isla, pero es una buena costumbre que la monarca de luto de una nación menor adopte una sólida postura de mansedumbre por adelantado. Los hombres se detienen, las dos figuras entre ellos se acercan a saludar.

—Noble Orestes, gentil Electra, honorables hijos de Agamenón —dice ella; las palabras brotan graves y monocordes mientras su mente ensaya posibilidades, ninguna de las cuales es buena—. De entre todos los griegos, sois los más bienvenidos a Ítaca.

Yo podría hacer una lista de las caras menos bienvenidas de todas las islas que Penélope podría haber recibido en Ítaca, y es mi omnipotente e infalible conclusión que Orestes y Electra ocupan el noveno y el sexto puesto respectivamente. Esto no se modificará por sus palabras o sus acciones, y si no mirad: Electra se ha puesto cenizas desde la coronilla hasta el mentón con dos dedos, se ha ennegrecido las uñas con hollín y lleva cenizas en el pelo. Debe de haber encendido un pequeño fuego dentro del barco, algo enormemente peligroso, para mantener la frescura de su apariencia, piensa Penélope. O tal vez lleva consigo una caja con carbón —eso sería más razonable— que se aplica con un poco de cera de abejas para servir como fijador. Si Penélope fuera a pasar sus días navegando en alta mar y soportando el ataque del agua salada, ciertamente adulteraría sus ofrendas de ceniza con algo que las mantuviera en su lugar.

Orestes no ha optado por una apariencia similar, pero, claro, no sería digno de un hombre mostrarse tan sentimental como su hermana. En cambio, con la mano sobre la empuñadura de su espada (¿la espada de su padre?), dice en una voz un poco más perceptible que la de Penélope:

—Gracias, noble esposa de Odiseo. Pero ya no somos los hijos de Agamenón. Nuestro padre ha muerto.

CAPÍTULO 15

Así es como murió Agamenón, el más grande de todos los griegos, el más poderoso rey del este y el oeste, conquistador de Troya, señor de Micenas.

—¡Maldita puta, maldita puta, ven aquí, perra, zorra…! ¡Ven aquí! Cuando te alcance te…

Una de las desventajas de un lujoso palacio de mármol blanco con adornos de oro es que las palabras resuenan poderosamente en sus salones. Los esclavos desvían la mirada; los cortesanos se dispersan entre las sombras cuando pasa el rey. Pero incluso en la gran corte de Micenas, tarde o temprano no queda lugar hacia donde huir.

Más tarde, cuando hubo sujetado a su esposa del cuello y le hubo expresado sus sentimientos con claridad, ella se lavó; y contemplando el cabello húmedo que le caía alrededor de la cara, él le dijo:

—Pareces una puta…

El resto de la frase quedó truncado por la hoja afilada que su esposa le clavó en la tráquea hasta la parte posterior del cuello. Por un momento, él se quedó de pie, sostenido por la fuerza de ella, que seguía empujando la hoja. Luego el peso de su cuerpo, obeso a fuerza de comer menudencias e hinchado por el vino tinto, fue demasiado para las fuerzas de ella; soltó la hoja y él cayó al suelo sangrando.

Por supuesto, cuando los poetas lo narran, le añaden ciertos toques artísticos: que estaba en el baño, que su mujer lo acariciaba sensualmente en el momento de esa traición extrañamente sexual; que lo apuñaló el amante de Clitemnestra, pues los hombres son mucho más confiables para esta clase de asuntos; que estaba inspeccionando el botín que había saqueado en Troya y en varios lugares más. Si se menciona su borrachera, se la describe como un sopor manso, puesto que si aceptamos aunque solo sea por un momento que una mujer —*¡una mujer!*— pudo matar al conquistador de Troya, al asesino de Príamo y de toda su familia, entonces no pueden quedar dudas, por supuesto, de que Agamenón tenía que estar borracho. Un leve estado de ebriedad que lo convirtió en un cordero y no en la bola ensalivada,

furibunda y vociferante que era en realidad.

Al igual que muchos dioses, yo observé su muerte desde arriba. Hasta mi esposo, Zeus, quien siempre tuvo debilidad por los hombres ruidosos, simplemente chasqueó la lengua y desvió la mirada. Aunque en un tiempo todos habían amado y bendecido a Agamenón, ya no quedaba ningún dios en el Olimpo que no sintiera que este asunto había llegado demasiado lejos. Así que no hubo milagros, no se vieron señales, no se concedieron misericordias. Solo el cuchillo de su esposa a través de su garganta, y un cuerpo flácido a medio vestir en el suelo.

En el palacio de Odiseo, Pílades, cuasi hermano y sirviente de Orestes, lo narra algo distinto mientras los pálidos hijos de Agamenón ocupan el sitio de honor y escuchan. Hasta los pretendientes están sumisos y silenciosos mientras el micénico narra la historia de una reina tirana enloquecida de lujuria y poder. De la deslealtad de las mujeres, de la traición y barbarie grotesca de la salvaje Clitemnestra.

—¡Malditas sean las mujeres traicioneras! —aúlla.

En Micenas, en Feneos, en la misma Olimpia, esta declaración no ha producido otra cosa que gritos de aclamación, de rugiente aprobación. ¡Malditas sean las mujeres traicioneras, mujeres traicioneras!

En Ítaca el silencio es absoluto. Hasta los más insensatos de los pretendientes mantienen la boca y la mente febrilmente activa.

Penélope se sienta algo alejada de sus importantes huéspedes, escondida detrás de su velo, que aletea ligeramente con su aliento.

Todos los hombres hacen fila para arrojar por turno sus bebidas al fuego. No se les había advertido de este asunto, por lo que más tarde tendrán que ir a toda prisa a sus casas en busca de sacrificios apropiados que puedan ofrecer públicamente en el altar sagrado. Pero aun en la muerte Penélope es buena anfitriona, y ha ordenado que cada hombre reciba un puñado de grano y una copa de vino de los depósitos del palacio, discretamente distribuidos por las doncellas mientras Pílades habla, para que ningún hombre se ponga de pie sin estar preparado para demostrar su devoción al gran rey asesinado.

Aun Kenamón, cuyas costumbres no son de ese lugar, hace lo que ve hacer a los demás y derrama su bebida a los pies de la pálida Electra, el pétreo Orestes, hijos del monarca asesinado, y murmura breves palabras de oración, aunque no sabe a qué dios podría importarle el corazón de un hombre como Agamenón.

No habrá banquete esa noche, ni en las siete noches siguientes, y Penélope, por su parte, siente al mismo tiempo alivio y preocupación ante ese cambio en las circunstancias. Un respiro de siete noches será una bendición para su casa, pero ¿adónde irán los pretendientes, qué harán, si ella no está allí para vigilarlos?

Orestes dice unas pocas palabras; palabras de venganza y sangre.

Electra no dice nada, pero le toma la mano cuando él vuelve a su asiento, se la aprieta tanto que Penélope cree ver que la sangre se retira de sus dedos, dejando solo carne pálida, fría, aunque a Orestes, si se da cuenta, no parece importarle.

A los hijos de Agamenón se les asignan las mejores habitaciones del palacio. No la de Odiseo, por supuesto, pues sería un sacrilegio, sino la del anciano Laertes y la de su esposa muerta, Anticlea. Es tal vez apropiado que la primera mujer en dormir en la polvorienta cama de la madre sea la hija de un rey muerto.

Penélope sujeta a Telémaco del brazo cuando pasa junto a ella en el salón.

—Quédate cerca de Orestes —susurra, pero él suelta su brazo.

—No necesito que me digan qué hacer, madre.

—Será el hombre más poderoso de Grecia ahora que su padre ha muerto. Necesitas su apoyo.

—Es mi primo. No necesito… trucos de mujer… —Telémaco tropieza con las palabras, tratando de encontrar las que expresen la magnitud de su desprecio por esos trueques de pasillo—. Compartimos sangre y honor.

—La madre de ese muchacho acaba de matar a su padre. Su padre mató a su hermana. Su tío ambiciona el trono de Micenas. En el nombre de Atenea, piensa antes de hablar.

Telémaco gira en la única dirección que puede tomar para dar la espalda a su madre mientras se aleja por el salón, aun cuando esto lo fuerza a alejarse de la dirección que quería tomar.

Luego, una vez que ella se ha ido, regresa furtivamente por el mismo camino por el que se marchó para no arruinar el efecto.

Eos se halla junto a Penélope en su habitación de madera de olivo y sábanas frías, y sigue su mirada hacia el mar.

—¿Y ahora qué? —pregunta con simpleza.

—¿Eh?

—¿Qué deberíamos hacemos ahora?

—No lo sé.

—¿Necesitas el barco? ¿Deberíamos escapar?

—Todavía no. Tal vez. Todavía no. Necesito pensar. Esto lo cambia todo. El miedo a Agamenón era lo único que mantenía a los príncipes de Grecia controlados. A no ser que Orestes pueda asegurarse el trono, el único rey capaz de mantener la paz es Menelao, y él…

¿Qué hay de Menelao? Se está enterando en ese momento de la muerte de su hermano, con una pierna colgada del apoyabrazos de su trono de oro, una mano entretenida en el suave cabello de su esposa, Helena, sentada a sus pies. Asiente a nada en particular, se muerde

ligeramente el labio, y no llora, y no frunce el ceño, y no ríe, y cuando el mensajero termina, solo dice:

—¿Y dónde está el joven Orestes ahora? —Así llega la noticia a Esparta.

En Ítaca, Eos dirige su mirada al suelo.

—¿Pensaste que era Odiseo cuando viste las velas?

—Era una posibilidad.

—¿Tuviste esperanzas?

—¿Esperanzas? —La palabra es extraña en la lengua de Penélope, una idea curiosa—. ¿De que mi marido estuviera muerto?

—O de que estuviera vivo.

¡Cada vez más extraño! De todas las posibilidades que Penélope había considerado, qué hacer si Odiseo estaba vivo no había sido una de ellas. La revelación le resulta cómica por un instante, triste por otro, pero esa extraña danza de emociones dura solo un momento, y el gesto ceñudo la hará envejecer antes de tiempo.

—No. No sentí esperanzas.

Llaman suavemente a su puerta: Autónoe, con el velo levantado solo momentáneamente mientras está en ese lugar privado. Durante siete días, todas las doncellas que estén en lugares públicos deberán usar velo o, si no hay suficientes velos para todas, llevarán cenizas en la frente, con algún añadido para no tener que perder demasiado tiempo retocando constantemente la señal de piedad.

—La dama Electra pide hablar contigo —murmura con la voz cargada de advertencia.

No hay allí dolor por la muerte de un rey, sino solo por todo lo que la seguirá.

CAPÍTULO 16

Una sola lámpara arde en la habitación de Electra, la misma habitación que en un tiempo perteneció a la madre de Odiseo. Arroja oscuras sombras danzantes sobre una pared, permitiendo que la oscuridad de Hades se cuele por los bordes. Odiseo se encontró con el fantasma de su madre en las orillas del río Estigia hace casi cinco años. Ella le lamió la sangre de los dedos; sus ojos huecos veían solo el licor rojo que él le ofrecía, hasta que por fin, ya alimentada, guardó nuevamente la lengua en el hueco del cráneo y se pronunció sobre el dolor y los muertos.

Penélope no lo sabe, por supuesto, y todos los que viajaron con Odiseo a la tierra de los perdidos son ahora también fantasmas ligeros que vagan por campos de trigo ennegrecido; pero en este sitio, esta noche, ella cree sentir sobre su cuello el beso de los muertos y se pregunta si es su marido.

Electra todavía lleva sus cenizas. Hay un compromiso allí que a Penélope no le agrada, pero que se ve obligada a respetar. La hija de Agamenón es unos años mayor que Telémaco, pero sigue soltera, esperando, dice siempre, a que su padre le elija un hombre y le dé su bendición. Aunque tiene parentesco con Helena, nadie pintará murales de su belleza en las paredes de ningún palacio. La nariz de halcón de su padre y el mentón obstinado de su madre se combinan para darle un perfil que parece de metal plegado. Tiene el pelo muy crespo, sus rizos son demasiado apretados como para estar a la moda y demasiado gruesos para que los pueda controlar. Sus ojos parecen enormes en esa cara, pero mientras que los poetas dicen que la mirada perdida de su hermano muestra una encantadora sinceridad, en Electra el movimiento de la cabeza remite a un halcón que, durante la caza, absorbe la luz como si todas las almas fueran solo un conejo tembloroso ante sus ojos. Su padre tenía esa mirada, pero había aprendido a mover la cabeza lentamente, como el león que decide si va a comerte o si la sangre que tiene en el estómago es suficiente por el momento, pues se siente saciado y perezoso como para atacar.

Electra es piel y huesos y va vestida de gris. De niña llevaba brazaletes de oro que le había dado su madre, que la abrazaba con tanta fuerza que ella creía que se rompería y le susurraba al oído: "Vivirás, hija mía. Vivirás y nadie te hará daño jamás".

Electra tenía cinco años cuando la mano sangrienta de su padre sacrificó a su hermana Ifigenia sobre el altar de Artemisa. No recuerda mucho de su hermana, solo la ocasional punzada de dolor.

—Dama Electra —dice Penélope mientras se sienta frente a la joven en la habitación en penumbra.

Electra ha llevado a dos criadas, tan pálidas como ella, que ahora desaparecen ante un movimiento de la muñeca huesuda de la mujer. Es difícil saber cómo dirigirse a esa criatura esbelta y encorvada. No es una reina, pero técnicamente, ahora su hermano Orestes ya casi ocupa el trono en Micenas, por lo que es la hermana del monarca más importante de toda Grecia. Y, sin embargo, ¿qué son las hermanas sin maridos en los tiempos que corren?

—Penélope…, ¿puedo llamarte así? Somos primas, ¿verdad?

Penélope sonríe y asiente.

—Electra, ¿tienes todo lo que necesitas? ¿Puedo traerte más luz?

—No, gracias. Así es suficiente. Tu hospitalidad ha sido suficiente.

Ítaca no es nada si no es suficiente. Es prácticamente el lema de la isla.

—Toda Grecia llora tu pérdida.

Es una afirmación bonita y fácil de hacer para los personajes reales. Distribuye entre mucha gente la carga que significaría soltar ríos de lágrimas y arrancarse el pelo, protegiendo así el propio peinado elegante del peligro inmediato de destrucción.

—Lo sé. Mi padre era muy querido.

Agamenón, el carnicero de Troya, que llevó a los mejores hombres de Grecia a la muerte en una guerra de diez años por una reina ausente. Los poetas sin duda lo adoran, y cuando los huesos se hayan convertido en polvo y el polvo haya volado hacia el mar ante las cenizas caídas de Troya, ese día, ciertamente, el amor de los poetas será el único amor que importe. Penélope no tiene las palabras para responder a eso.

Se hace un silencio. Un silencio en el que debería haber más cháchara. A Penélope, a pesar de su rapidez e inteligencia, no se le da bien la cháchara. En los últimos dieciocho años, ha sido casi una bendición social que se le haya permitido llorar a su marido ausente, una mortaja aceptable para el silencio. Pero en esa habitación en penumbra deben seguirse ciertos rituales, ciertos patrones de conducta que ahora Penélope intenta exprimir de su mente veloz.

Abre la boca para comenzar con algún comentario trivial, la calidad del toro que se sacrificará en nombre de Agamenón o alguna otra

anécdota que su marido le haya contado sobre cosas maravillosas de ese gran rey, cuando ambos eran jóvenes. Todas las historias de Odiseo eran sobre él cuando era joven. Penélope solo lo conoció antes de que tuviera tiempo de envejecer.

Pero Electra dice:

—Quieres saber por qué hemos venido.

Pues sí, gracias, dioses, piensa Penélope, mientras que responde:

—Cualquier hijo de Agamenón siempre es…

—Quieres saber por qué hemos venido a Ítaca —interrumpe Electra. ¡Qué grosera! Sin embargo, es una grosería que en ese sitio resulta bienvenida, reconfortante, bendita—. Podríamos haber enviado mensajeros. Muchas personas (grandes reyes) se están enterando ahora mismo de las noticias por boca de algún esclavo insignificante. Hasta mi tío, Menelao, se está enterando por un criado a quien le tiene simpatía. Quieres saber por qué mi hermano y yo hemos venido hasta Ítaca, a una isla que… —Frunce la nariz un instante, tratando de encontrar una palabra que sea veraz sin ser directamente ofensiva—, que está tan lejos de los intereses de Micenas.

—Es algo que me había preguntado, sí.

Asiente casi imperceptiblemente. La madre de Electra adoraba las lisonjas, le encantaban las personas ingeniosas. En una ocasión, un gran poeta la deslumbró con sus juegos de palabras, sus danzas verbales; no era guerrero, no era rey, pero Clitemnestra lo llevó a su lecho y él…, en fin. Ya basta de hablar de él. Electra ha jurado no volver a pensar en esas cosas jamás. Ha rechazado no solo la sangre de su madre, sino todas las cualidades de Clitemnestra que esa sangre podría haberle transmitido. El gusto por la música. La debilidad por el pan fresco y tibio. El cabello largo trenzado sobre la frente de una mujer. El color amarillo. La afición por las palabras. Todo eso debe morir con la mujer que mató a su padre.

“Clitemnestra”. El solo hecho de pronunciar la palabra hace que Electra se mueva incómoda; detesta sentirla en la lengua, pero tiene una tarea que hacer y la hará.

—Después de matar a nuestro padre, huyó. Mi hermano mató a su amante, pero ella logró escapar. Es impropio de un hombre…, es inaceptable…, un insulto a los dioses que la asesina de mi padre siga con vida. ¿Lo comprendes?

—Creo que sí. Pero eso no explica por qué habéis venido a Ítaca.

—¿No?

Un destello en los ojos de Electra; allí está otra vez, el león, el halcón. Tal vez se convenza de que la fuerza le viene por su padre, pero su madre tenía esa misma expresión cuando los hombres comenzaban a cotillear a sus espaldas, cuando susurraban que una

mujer no debería gobernar como un hombre.

Sería amable por parte de Electra hablar con franqueza ahora, decirlo todo. Pero ella no es amable. Ha jurado no volver a ser amable jamás.

Penélope se mueve en su silla, incómoda, y trata de encontrar palabras que no sean una confesión ni una amenaza.

—Muy bien. Si vamos a hablarnos con tanta franqueza, como deberían quizá hacerlo las primas… Orestes no puede ser rey hasta que haya matado a su madre —anuncia—. Ningún griego seguirá a un hombre que es demasiado débil para matar a una mujer. Los hombres fuertes, de corazón codicioso, pondrán el ojo sobre el trono vacío de Agamenón. Tu tío Menelao, para comenzar. Un guerrero de Troya. Por lo tanto, Orestes debe actuar rápidamente para vengar el asesinato de su padre y poner fin a la vida de su madre. Entonces, ¿para qué venir a Ítaca? ¿Para qué perder tiempo con esta isla?

Vuelve a mirar a Electra, esperando que su prima diga en voz alta las palabras que debería decir, pero Electra no lo hace. Su silencio es iluminador. Su silencio le dice a Penélope muchas cosas que no le agradan sobre esa mujer de Micenas.

—Habéis venido a matar a Clitemnestra.

Hasta el león tomaría aire antes de responder. Electra no.

—Sí.

—¿Creéis que está en el reino de mi esposo?

—Así es.

—¿Por qué?

—Tengo información de que huye hacia el oeste. Ítaca es la puerta hacia los mares del oeste. Si quiere escapar, deberá hacerse a la mar desde tu puerto. La hemos seguido hasta aquí; creemos que estamos cerca de alcanzarla.

—Cuento con ojos en mi propio reino. Si mi prima estuviera aquí, lo sabría.

—¿Lo sabrías realmente, prima? ¿Y qué harías entonces?

Con cuidado —con mucho cuidado— Penélope elige las palabras.

—Si ella se hubiera presentado ante mí como reina, la habría honrado. Ahora que sé que es una asesina, con gusto la veré arder.

Eso es mentira. Apoyo la mano sobre el hombro de la reina de Ítaca, le doy un suave apretón. Si Zeus todopoderoso decide bajar su mirada desde el Olimpo esta noche, tal vez verá al joven Telémaco adulando a Orestes en su puerta. Observará cómo los hombres de Micenas rondan sus naves; verá un destello en el ojo de Menelao cuando se entere de la muerte de su hermano. Pero mi esposo no mira esta habitación ni a estas mujeres. Esta noche, cualquier halo divino que se pose sobre ellas provendrá de mí.

—Bien —dice Electra por fin—. Bien. Mi madre es astuta. Sabe

ocultarse.

—Puedo enviar órdenes para que revisen todas las naves, para que…

—Sí. Hazlo. Cierra los puertos.

—No somos una tierra de riquezas. Por el puerto no pasan solo hojalata y ámbar. Pasa grano para mi gente, comida para sus animales.

—Entonces deberás encontrarla rápidamente, ¿no?

Penélope toma aire, lo traga, gira la cabeza hacia la luz tenue y parpadeante, luego mira otra vez a Electra.

—Mi padre era aliado de vuestro padre. Las islas occidentales están a vuestro servicio, como siempre.

Electra sonríe y es la sonrisa del cráneo pelado que se ríe de bromas que solo Hades disfruta. Inclina ligeramente la cabeza y Penélope se pone de pie. Las criadas en sombras retroceden todavía más hacia la oscuridad, como diciendo: "¿Quiénes, nosotras? No hemos estado aquí".

Luego, cuando Penélope tiene la mano en la puerta, Electra dice:

—De niña jugabas con mi madre, ¿no es así? Ambas crecisteis en Esparta.

En un tiempo hubo tres reinas que jugaban juntas en los campos de Esparta, niñas que corrían descalzas al sol. ¿Dónde están ahora? Penélope tiene los ojos fijos en un sitio lejano.

—Clitemnestra me tiraba del pelo y Helena decía que yo caminaba como un pato.

—Ella reinaba en Micenas, como tú reinas ahora en lugar de tu esposo.

—Sí —reflexionó Penélope—. Es cierto. Sin embargo, estoy segura de que mañana por la mañana Orestes irá a hablar con mi consejo, hombres leales que aman a Odiseo, y tratarán estos temas importantes con mi hijo; cuando hayan terminado, me avisarán de que desean cerrar los puertos y revisar las islas. ¿Y qué reina, o rey, no cumpliría con una petición tan sabia?

Electra casi no conoce a su prima Penélope, pero cree ver algo de su madre en ella y quiere amarla, odiarla, quiere pedirle su bendición y escupirle en la cara. Electra no ha recibido un abrazo en once años, desde la vez en la que apartó a su madre de un empujón, gritando: "¡NO soy Ifigenia!" y salió corriendo del salón y nunca volvió a recibir amor de su madre. En una ocasión, Electra besó a un muchacho esclavo detrás de la herrería y las manos de él se perdieron en sus partes privadas y ella lloró y deseó más, luego lo empujó y huyó del olor del metal y del fuego; más tarde hizo vender al muchacho para que sus ojos no pudieran seguir quemándole la cara. Desde entonces, jamás ha vuelto a mirar a otro hombre.

Mi experta opinión, como diosa que conoce estas cuestiones, es la siguiente: Electra es una joven muy confundida.

Así que dice:

—Será como digas, prima. Será como digas.

Y no duerme en toda la noche, excepto cuando duerme, pero eso no es lo que contarán los poetas.

CAPÍTULO 17

Ítaca duerme, y mientras duerme, sueña.

Telémaco sueña con lanzas afiladas y escudos rotos, con el grito de batalla y el sol reflejado sobre la armadura de hombres valientes. Se entrenará cada hora del día y algunas de la noche para servir a su país, para ser un héroe como lo era… es… era su padre. Sin embargo, en sus sueños arremete con la lanza hacia un enemigo ensangrentado y esta parece frenarse y quedarse pegada al aire, tornándose demasiado pesada para su brazo, mientras que a su alrededor, todos atacan con ágiles cuchillos y en su sueño, muere.

Atenea a veces le envía sueños mejores, pero mientras el padre vive, ella a menudo descuida al hijo.

Electra sueña con espiar por la puerta de su madre y ver cómo una mujer grita de éxtasis con los labios de un poeta entre las piernas. No había imaginado que las mujeres pudieran experimentar el éxtasis. Cuando les preguntaba a sus maestras sobre el asunto, le decían que era obsceno y mandaban llamar a la sacerdotisa de Afrodita, que en una tarde bastante extraordinaria le explicó de dónde provenían los bebés, cómo ella sangraría cuando cambiara la luna, cómo a las mujeres les había sido dado el placer solamente para que sirvieran para el placer de sus maridos. La conversación no incluyó qué sucedía cuando los hombres raptaban a mujeres que estaban junto a sus maridos para complacerse a sí mismos, porque, a ver, ¿por qué dar tantos detalles sin importancia?

Han pasado dos lunas desde que asesinaron al padre de Electra. Ella no ha sangrado en todo ese tiempo. Se pregunta si volverá a sangrar alguna vez.

Orestes sueña con tres sombras delante de la puerta y piensa que oye la risa salvaje de las Furias y sabe que su vida es algo que se va desmoronando.

Las criadas también sueñan, aun aquellas a quienes los poetas no nombrarán. Eos sueña con ser algún día como Ourania, una dama de poder y secretos misteriosos. Manipulará a los hombres a su capricho;

del otro lado del mar se susurrará sobre su poder, pero nadie sabrá su nombre. Piensa que ese es el mayor poder de todos y sonríe al pensar en todos los hombres que darían su vida para ser recordados por los poetas mientras que ella preferiría vivir, vivir maravillada y pasar al olvido inmediato al final de una vida larga y feliz. No ha llegado a eso todavía, claro, pero sabe cómo convertirse en indispensable, y para una esclava eso es una especie de poder, tal vez el único que llegará a tener. Autónoe sueña con un interminable bosque negro del que jamás podrá escapar. Trata de reír y trata de sonreír, de conquistar la oscuridad con alegría como ha conquistado todas las cosas, de alejar las pesadillas con su valentía, pero la pesadilla no la abandona.

Leaneira sueña que corre con su hermana al templo de Apolo; piececitos sobre senderos polvorientos, manitas que se estiran hacia arriba buscando figuras de oro en el tiempo antes de que la ciudad ardiera. Pero aun en ese recuerdo impoluto, llegan los incendios. Se cuelan en su niñez, llenan su juventud de sangre y humo, vacían los cráneos de sus hermanos asesinados al igual que su madre y gritan en el suelo. Los incendios de Troya se llevan su pasado, sus sueños, hasta que no queda nada excepto llamas.

En una casa que huele a jazmín y a pescado, Priene también sueña. Sueña con Pentesilea, su reina guerrera, y con el día en que llegaron los mensajeros de Troya, convocando a todos sus aliados a la lucha. Sueña con el día en que vio a Aquiles, demasiado lejos, bailando… ¡Qué baile, puro bronce, luz de sol y fluir de la carne! Él luchaba como lo hacen las mujeres, no con fuerza bruta, sino con astucia y velocidad. No esperaba para ver si su fuerza era mayor que la de su adversario, sino que se hacía a un lado con un salto para esquivar una lanza pesada y perforar la vena pulsante de un bruto torpe y estúpido. Resistía el ataque de una espada pesada solamente el tiempo necesario para que el impulso lo hiciera girar y alejarse para deslizar la hoja de su arma debajo de la guardia y entre las rendijas de una armadura resplandeciente. Pero Pentesilea lo mantenía a raya, se movía como él, negándose a ofrecer una trampa fácil cuando él se la presentaba, mantenía su distancia cuando el largo brazo de él se movía, veloz, por el aire ensangrentado, buscando tendón y articulación, muñeca y dedos, tomando cualquier presa que pudiera antes de dar el golpe de gracia.

En sus sueños, Priene corre, corre hacia Pentesilea para ayudar a su reina. Por más que esa dama del este fuera una mujer incomparable, una criatura de las tierras de lobos y osos, ella también se había contagiado de la enfermedad del poeta, pues en esa batalla contra Aquiles había proclamado: “Lucharé sola contra él”. Locura absoluta. Un absurdo rechazo de sus costumbres guerreras, ya que habían sido hermanas desde que habían compartido por primera vez leche de

yegua debajo del cielo plateado. “Cantarán mi nombre como el de aquella que mató a Aquiles”, dijo ella. Y así, a manos de los poetas casi tanto como a manos de la espada de Aquiles, la dama murió.

Priene sueña con el galope de caballos por las grandes llanuras, con mosquitos sobre el río, y con cómo cuando respiraba, la herida en su espalda se abría y se cerraba como los labios de un pez jadeante; luego despierta y busca sus armas, que nunca están lejos, y como las encuentra cerca y le brindan consuelo, vuelve a quedarse dormida y a soñar.

Hubo una noche junto a los muros de Troya cuando Atenea entró en los sueños de Odiseo y dijo —parafraseo—: “Vaya, que bonito caballo”.

Hubo una noche en Esparta en la que Afrodita deslizó los dedos dentro de la taza de Paris y le untó los labios de rojo mientras murmuraba: “Precioso trasero tiene su esposa, ¿verdad?”.

No suelo meterme dentro de los sueños de los mortales, pues mi esposo teme que pueda sembrar en ellos alguna imagen de mí misma, que pueda acariciar ligeramente con mi boca sus labios soñolientos o compartir alguna intimidad obscena bajo un cielo estrellado. Hasta los monumentos más favorecedores dedicados a mi gloria me muestran como una madre algo regordeta, con papada, que se ha descuidado un poco. Nadie quiere que la visite la vieja rechoncha de Hera en las horas secretas de la noche. Pero en esta ocasión, miro a Priene, la guerrera del este que duerme, y recuerdo el aspecto de su diosa cuando elevaba las manos sobre el gran río que fluye hacia el mar; recuerdo cómo brillaban sus ojos y movía su lengua entre los labios entreabiertos, y con una mirada furtiva por encima del hombro para comprobar que nadie esté espiando por entre las nubes veloces, me cuelo en los sueños de Priene.

—Heme aquí, hija —susurro; mi voz es agua que fluye, mi pelo son llamas que bailan—. Enseña a luchar a mis mujeres.

Ha pasado mucho tiempo desde que Priene ha soñado con sus dioses. Creyó que la habían abandonado y ahora extiende los brazos y exclama en su lengua materna:

—¡Madre, madre, Tabiti, madre!

No me quedo para responderle. Aunque estamos lejos de su tierra, la dama del este podría enfadarse al ver que alguien —aun de mi magnificencia— intercepta las plegarias de Priene.

—Enseña a luchar a mis mujeres —susurro mientras la noche se disuelve en el amanecer.

CAPÍTULO 18

Durante el segundo día de duelo, los muchachos de Ítaca se reúnen.

Sí, se llora y se bebe mucho en honor a Agamenón. Sí, no habrá banquetes en los salones de Odiseo esa noche. Pero la luna sigue cambiando, ¿por qué cambia? Se ha vuelto delgada y oscura como si ella también llorara por el tirano Agamenón y ahora vuelve a engordar; su luz plateada besa el mar y en esta única ocasión los habitantes de las islas occidentales miran su creciente sonrisa y sienten rencor, pues con la luna llegan los piratas.

En la sombra de los muros del palacio, Peisenor entrena en el arte de la guerra a los muchachos que no tenían padre.

Es un espectáculo lamentable.

No es que estos muchachos carezcan particularmente de voluntad o de talento. Muchos —en especial los más cercanos a Telémaco— se ofrecen de buena gana, intuyendo que hay gloria en la oportunidad de defender a su patria. Algunos practicaban con una espada cuando eran niños, pero sin que nadie se dedicara en particular a entrenarlos, la hacían a un lado tras unos pocos movimientos de metal en el aire; habían llevado a cabo la necesaria acción de parecer muy valientes sin aprender realmente a matar. Muchos son los cachorros abandonados que ni Pólibus ni Eupites echarán de menos si mueren. El más joven tiene catorce años y casi ni puede levantar su escudo.

—¡Bien! —gruñe Peisenor—. ¡Intentémoslo otra vez!

Otros observan. Los cuatro comandantes de esta pequeña banda —Egiptius, Peisenor, Pólibus y Eupites— contemplan cómo esos adolescentes intercambian golpes de espada y en ocasiones adoptan poses valientes que no logran sostener, pues los vence el peso de las armas, aunque dan lo mejor de sí para parecer alegres mientras llevan adelante esa danza inútil.

Ni Antínoo ni Eurímaco son miembros de esa tropa. Sus padres se niegan a poner en riesgo la vida de sus hijos. Anfínomo ha dicho que prestará su ayuda, pero él no necesita entrenamiento. Irá cuando lo convoquen, es lo que dice. Es lo que dice.

Otro pretendiente observa cómo Peisenor entrena a sus hombres. Kenamón de Menfis se da cuenta de que menea la cabeza y logra contenerse, sabiendo que si lo ven su actitud sería considerada de sumo mal gusto.

Junto a la mesa de tejo y carey del consejo, el anciano Medón escupe las cáscaras de las semillas de entre sus dientes, mastica las entrañas jugosas lentamente y, con la boca llena, dice finalmente:

—Pues entonces estamos jodidos, ¿no es así?

Cuando se dirige al pleno del consejo de sabios colegas, Medón es más circunspecto con el lenguaje que utiliza. Cuando solo habla con su reina —que al fin y al cabo tiene cosas que hacer y sitios donde estar— se siente más libre de ir al puto grano.

—Yo no lo hubiera expresado así —responde Penélope.

—¿Qué otra cosa es entonces? ¿Clitemnestra en Ítaca? Si es cierto, estamos hundiéndonos en medio del Estigia.

—Si la encontramos y se la entregamos a sus hijos, no.

A Medón le gustaría seguir utilizando lenguaje soez, pero hasta Penélope tiene sus límites, por lo que opta por arquear una ceja y torcer la boca con obsceno desdén. Penélope suspira. Ha estado suspirando mucho últimamente. No debería culpar exclusivamente a Euracleia, la niñera, por ese hábito que ha adquirido su hijo.

—¿Qué otra cosa quieres que haga? Si Orestes no la encuentra, su posición en Micenas se volverá insostenible. Intervendrá su tío, Menelao, rey de Esparta y Micenas, ¿te lo imaginas? Un tirano que hace que su hermano parezca un faro de contención. Y si decide que hemos dado refugio a una reina asesina, no necesitará ninguna otra excusa para invadirnos. Menelao siempre ha mirado los puertos occidentales con envidia. No: tenemos que encontrar a Clitemnestra o dar con la forma de demostrarle a Electra que ya no está en estas costas.

—¿Te refieres a Orestes?

—¿Qué?

—Dijiste que hay que convencer a Electra. Te refieres a Orestes.

—Sí, sí, claro, claro —asiente ella, moviendo la mano.

Medón inspira lenta y profundamente; bajo su labio desdeñoso deja entrever unos dientes flojos y amarillentos, manchados de miel.

—¿Qué? —dice ella con aspereza—. Dilo de una vez.

—¿Por qué Ítaca? Si Clitemnestra está aquí, ¿por qué ha venido? Podría haber huido hacia el sur, a Creta, o hacia el norte hacia tierras bárbaras. ¿Por qué Ítaca?

—¿Crees que vendría a mí en busca de ayuda?

Medón se encoge de hombros. Alguien lo pensará. Alguien seguramente ya lo ha pensado. Le conviene cumplir con su deber de erudito y pensarlo también, solo para mantenerse al tanto de estas

cuestiones.

El suspiro de Penélope está a punto de convertirse en un gruñido.

—Podemos tener algo de sangre en común, pero somos familia lejana, y ni siquiera amigas. ¿Sabes lo que dijo cuando Odiseo se casó conmigo? "Penélope, la pata, da sus primeros pasos por fin con el hijo de un ganso".

—Pero eres reina.

—Loada sea Hera, ¿en serio? No me había dado cuenta.

—Dos reinas en Grecia y ambas perdieron a sus maridos…

—Pero nadie fue corriendo a pedir la mano de Clitemnestra mientras su marido estaba lejos… ¿No te resulta extraño?

—Tal vez porque esa mano estaba tan metida en el culo de un poeta que es un milagro que él haya podido hablar sin que se vieran los dedos.

—Eso es francamente asqueroso.

Medón vuelve a encogerse de hombros; es un hombre cualquiera tratando de ser útil.

—Todos lo sabían. Tal vez el único infeliz que no lo sabía era Agamenón. Imagina la sorpresa que se habrá llevado cuando se enteró.

—Imagina la sorpresa que se habrá llevado Clitemnestra cuando él regresó. Ella gobernó ese país durante años: diez años de enviar provisiones por mar para la interminable campaña de su marido, siete años más de mantener la paz mientras los veteranos aburridos y enfadados iban regresando y comenzaban a atacar otra vez mientras su esposo saqueaba los mares del sur. Y entonces un día aparece Agamenón en la puerta diciendo: "Hola, cariño, aquí traigo mi botín y mis concubinas, búscales un sitio".

Clitemnestra degolló a Casandra, princesa de Troya, mientras abandonaba el palacio. Casandra no se resistió. Después del primer año en que Agamenón la arrastró del pelo a su cama, sujetándola del cuello y buscándola con su lengua húmeda, ella aprendió que gritar no cambiaba nada. Después del segundo año, hasta él creía que el silencio de ella era una especie de consentimiento, e imaginaba todo tipo de historias en las que Casandra apreciaba el poder que él ejercía sobre ella. Para cuando Clitemnestra la mató, siete años después, Casandra ya había dejado de hablar, sabiendo que nadie la creería y que a nadie le importaría. Así murió la profetisa de Troya, juguete de los dioses y de los hombres.

—Cerrar los puertos será un golpe para nosotros —reflexiona Medón en el silencio de la sombría contemplación—. Somos, ante todo, un pueblo comerciante.

—¿Ya has enviado la noticia al norte?

—El mensajero zarpará con la marea de la tarde.

—Me pregunto si no deberían pasar antes por Zacinto.

—¿Por qué? —Medón entorna los ojos con desconfianza—. El viento no sopla a su favor, eso solo retrasará su misión.

—Pero zarpan naves de manera regular desde Zacinto hacia a las colonias occidentales y, además, si ella estuviera en el norte, nos habríamos enterado, ¿verdad?

Los ojos de Medón son rendijas de protección contra un sol implacable. Por un momento, se pregunta de quién debería fiarse: de la chica a la que conoció o de la reina que ahora tiene delante. Elige. Se arrepiente.

—Muy bien. Saldrán primero hacia el sur. Tal vez tengamos suerte. Tal vez Clitemnestra no esté en Ítaca.

Suspira con la voz de alguien que jamás ha creído menos en algo. Penélope ha aprendido a ocultar su cara de la mirada de los hombres, pero Medón conoce su silencio, por lo que levanta los ojos con suspicacia y dice:

—¿Qué? ¿Qué ocurre?

—Encontré un anillo. En Fenera.

—¿Qué hacías en Fenera?

—¡Lo que hacen las reinas! Cualquier rey habría ido y pronunciado un discurso sobre venganza y sangre, esas cosas. Debería hacerlo. Debería ser… Había un cadáver debajo de los acantilados, un hombre llamado Hilas, un contrabandista. ¿Crees que los ilirios están incursionando en nuestras costas?

—No. ¿Lo crees tú?

Penélope frunce los labios y ladea la cabeza, midiendo a ese hombre al que conoce prácticamente desde que se ha hecho adulta, en quien confía, pero del que, sin embargo, no puede fiarse hasta que haya caído el último dado de ese juego, pues jamás volverá a confiar en otro hombre.

—No. Creo que son griegos vestidos con ropajes bárbaros. Creo que uno de los pretendientes les paga para forzarme al matrimonio. Cásate conmigo o sufre las consecuencias. Una jugada audaz. Temeraria, pero audaz.

Hay algo de admiración allí. También Héctor admiraba a Aquiles hasta el final.

—¿Sabes cuál de ellos es?

—Tengo mis sospechas, pero independientemente de quiénes sean estos piratas y de quién los haya enviado contra nosotros, los invasores se llevan esclavos, no cadáveres. A este tal Hilas no lo apuñalaron en el corazón ni le hicieron un corte en el pecho. Tenía una única herida de puñal aquí. —Se toca la parte superior del cuello, donde se une con la mandíbula, un sitio tan extraño para tocar que se sorprende ante la corriente de sensaciones que siente—. Una hoja

pequeña, como…

… Como la que podría ocultar una reina en sus ropajes, alguien que sienta miedo de que la deshonren y no tenga la seguridad de que las Furias responderán cuando llame. No es prudente expresar algo así en voz alta, ni siquiera delante de un hombre tan digno como Medón.

—¿Cuán cerca hay que estar, me pregunto, para matar a un hombre de ese modo? —Se pone de pie y mide la distancia entre Medón y ella. El anciano consejero retrocede un paso, sin darse cuenta de que lo hace—. Ves venir la muerte y no tienes dónde ir, estás atrapado contra un muro, indefenso y paralizado como la liebre delante del lobo, o estás tan cerca del puñal que ni siquiera lo ves, por lo que te sientes confiado hasta el momento en que descubres que no puedes respirar porque tienes una hoja de metal en el cuello.

—No tenía idea de que sabías tanto sobre la muerte —murmura Medón, momentáneamente desconcertado porque esa mujer que en un tiempo fue una reina-niña en la corte de Odiseo haya sido moldeada por fuerzas que él no termina de comprender.

—Sé muy poco sobre matar —responde ella levantando los hombros—. De eso se ocupan los hombres. Pero son las mujeres las que visten los cadáveres y lloran ante ellos cuando la matanza ha terminado, ¿no?

La esposa de Medón murió a causa de un bulto en un pecho, negro e hinchado. En vida, ella no le permitía quitarle la tela que cubría el doloroso sufrimiento, y ya muerta, las mujeres la trasladaron hasta la necrópolis. Se humedece los labios y piensa en otra cosa.

—Mencionaste un anillo.

—Ah, sí. Oculto en el cuerpo de Hilas. De oro, con un sello real grabado. El sello de Agamenón.

—¿Un contrabandista tenía ese anillo?

—Un contrabandista muerto. Eso es lo que más me preocupa. A un contrabandista vivo podrían, por ejemplo, haberle pagado sus servicios con ese valioso anillo; con suerte, los servicios podrían haber sido llevar a mi prima tan lejos de Ítaca como pueda volar un pájaro. Un contrabandista muerto, sin embargo…, un contrabandista muerto que tiene un anillo tan reconocible y que todavía no ha tenido tiempo de fundirlo puede significar que tampoco ha tenido tiempo de llevar a cabo su misión.

—¿Crees que se lo dio Clitemnestra?

—Tal vez, para comprar su pasaje. Pero si él está muerto y sigue en Ítaca, la pregunta es si ella realmente compró el pasaje.

Se sumen en un sombrío silencio, meditando sobre esa posibilidad. Por fin, mirando la nada salvo sus propias pesadillas, Medón gruñe:

—Esta milicia es una pésima idea.

—Estoy de acuerdo.

—¿Sabes que solamente cuenta con cuarenta muchachos? Egiptius tratará de enviar patrullas, Pólibus querrá defender el puerto, Eupites les ordenará proteger los graneros… Para cuando se enteren de que hay un ataque y hagan algo, será demasiado tarde o serán demasiados pocos los que se presenten como para que sirva para algo.

—Lo sé. —Su voz suena suave como el ala de una mariposa, ligera como una telaraña; Penélope contempla el futuro; ¡está tan cansada de mirar!—. Cuento con su incompetencia para mantener con vida a mi hijo.

—Sabes que estará bien. Es el…

—Si te atreves a decirme que es el hijo de Odiseo como si eso fuera un talismán sagrado, me pondré a gritar —replica con voz clara como el sonido del tambor hueco—. Chillaré, me arrancaré el pelo, todas esas cosas. Te juro por Hera que lo haré.

Cariño, susurro yo, aquí me tienes a tu disposición. Muchas veces mi esposo ha regresado de sus aventuras y yo me he puesto a llorar, me he rasgado las vestimentas y me he arrojado al suelo a gritar que moriré, me he arañado los ojos y mi piel celestial hasta hacerla sangrar y he golpeado los puños contra su pecho. No cambia su comportamiento a largo plazo, pero al menos lo avergüenzo una mínima fracción de lo que él me humilla, me rebaja, me deshonra y me degrada como mujer. Así que tú ponte a gritar que yo llevo las aceitunas.

Tal vez Medón oye algún rastro de mi voz en el aire o siente algo de mi aliento erizándole la piel, porque tiene la delicadeza de apartar la mirada y tomarse un momento antes de finalmente mirarla y preguntar:

—¿Qué piensas hacer?

—¿Con qué? ¿Con los piratas? ¿Con mi prima? ¿Con Electra y Orestes? ¿Con mi hijo?

—Con todos ellos. Estaba pensando que… Con todos ellos.

—Medón…

—Han pasado ocho años desde Troya. Sé que será un desastre, lo sé, pero si casarte con uno de ellos es menos desastroso que la alternativa…

—¿Un poco de guerra civil, una ligera masacre ahora para dejar para más tarde algo peor?

—Pues, para serte sincero, sí. Supongamos que te casas con Antínoo, sí, tendrás guerra con Eurímaco, pero por lo menos los graneros estarán a salvo y una vez que él esté en el trono…

—¿Y si Eurímaco gana?

—De acuerdo, con Andremón, entonces. Será un rey horrendo, pero al menos tiene experiencia militar y conexiones, lo que te permitiría…

—Anfínomo jamás tolerará a Andremón en el trono y Anfínomo es

lo suficientemente inteligente como para haberse hecho de aliados en Cefalonia…

—¡Penélope! —exclama Medón, levantando la voz. No ha hecho eso desde que ella tenía dieciocho años y le arrojó una olla a Euracleia por robarle a Telémaco de la cuna. "¿Quién es mi pequeño héroe? Sí, bebé, tú eres mi pequeño héroe, ajó, ajó", susurraba la anciana niñera mientras el hijo de Penélope le aferraba el pulgar con fuerza infrahercúlea—. Majestad —se corrige—. Habrá guerra de todos modos. No puedes evitarla. Elige a alguno ahora, mientras Orestes está en la isla; aprovecha la ventaja de este momento; lo único que estás haciendo es postergar lo inevitable.

—No estoy haciendo eso.

—Penélope… Majestad…

—No estoy haciendo eso, Medón, de verdad. No estoy postergando lo inevitable. Sé que tendré que volverme a casar. Lo sé.

—Estás esperando a tu esposo.

—¿Qué? No. Es decir… Sí, claro, lo tengo en mente.

—¿Sigues amándolo?

Penélope ha aprendido a ocultar la cara de la mirada de los hombres, pero en ocasiones hasta ella se sorprende.

—¿Qué?

—Quiero decir…, teniendo en cuenta las lágrimas, el dolor, los…

—Lágrimas y dolor, increíblemente útiles.

—O sea, que *no*… —balbucea él apretando las palabras entre los labios como si fueran una ampolla infectada.

—Nos casamos cuando yo tenía dieciséis años. Era amable, todo era agradable, y me gustaba que fuera él en vez de… casi cualquier otro. Recuerdo haber paseado la mirada por la corte de mi padre, estudiando a los hombres de Grecia mientras pensaba: "Loada sea Hera, podría haberme ido mucho peor". ¿Eso es amor?

Penélope, una chica que todavía no era mujer, en brazos de su esposo bajo las estrellas sentía… muchas cosas. Era una joven que estaba descubriendo su cuerpo, su personalidad, la persona en la que quería convertirse, y lo que más deseaba era amar. Apretaba la nariz contra el pecho de Odiseo y él la abrazaba con fuerza; ella tenía los brazos fríos y la cara tibia por el calor de él y pensaba: "Sí, tal vez esto sea amor", y su mente se llenaba de fantasías sobre lo que eso podía significar.

Los poetas rara vez hablan de amor más allá de un momento de embelesamiento, un momento de traición. Heracles había matado a su esposa y a su hijo en un sueño febril. Me culpan a mí por su locura, pero aunque yo toco los corazones de los hombres, no los hago. La maravillosa Medea, despechada y desdeñosa. Atalanta, que se entregó a la castidad para no perder su fuerza; Ariadna, cuyo cuerpo ligero se

arrojaban entre ellos dioses y hombres. No se cantan canciones sobre una vida tranquila, sobre un hombre y una mujer que envejecen contentos.

¿Se puede amar, se preguntó Penélope durante aquel primer y último viaje a Ítaca, sin ser un héroe?

Sin embargo, recordaba también cómo Menelao había tomado a Helena del mentón, la había mirado a los ojos y le había dicho: "Eres mía", y cómo su prima había sonreído y hecho mohínes y lo había convertido todo en un juego, aunque tenía miedo. Es bueno pertenecer a un hombre, dijo Helena después de que Menelao la hubiera poseído con gruñidos y manotazos. Es bueno saber que no tengo que preocuparme por nada. Tal vez Helena imaginó que si lo decía, lo creería, pero claramente no llegó a dominar el asunto antes de que llegara París.

Penélope, a los dieciséis años, dejó la corte de su padre para casarse con un hombre al que conocía desde hacía tres semanas, y de pie en la proa de la nave que la llevaba a Ítaca, cerró los ojos y repitió: "Voy a amar, voy a amar, voy a amar". Ella encontrará su sitio y su satisfacción y lo llamará amor. El amor es más de lo que puede esperar una reina, pero lo mínimo que puede hacer una mujer.

Ahora piensa —no por primera vez— que ha sido una mujer afligida y solitaria durante más tiempo de lo que fue una esposa felizmente casada que compartía la cama de su esposo. Ha pasado más tiempo arrugando el ceño ante la mención de su nombre, adoptando una expresión del más profundo dolor para complacer a aquellos que la admiran que sonriendo ante la presencia de él. Cuando pronuncia su nombre es para llevar a cabo algún acto político, más que porque oye a su esposo allí.

"Voy a amar, voy a amar, voy a amar", les susurra Penélope a las sombras del día.

No sabe bien a quién, pero algún día, tal vez, volverá a amar.

—Si no es amor, ¿entonces qué estás esperando, si puede saberse? —dice Medón.

En un tiempo amó a su esposa, pero el amor no es algo apropiado para que un hombre de su rango se ponga a analizarlo.

—¿Qué?

—Si no estás esperando que regrese Odiseo y si tienes que casarte, entonces, ¿para qué esperar? Habrá guerra de cualquier manera. ¿Qué se logra esperando?

—Guerra de cualquier manera… No me agrada la inevitabilidad.

—¿Piensas que hay alguna forma de impedirla?

Penélope aprieta los labios y por un instante piensa en mencionar a una guerrera del este, una mujer con espadas en los ojos y en las manos. No lo hace. Si Medón no habla de amor, no es apropiado que

Penélope hable de guerra.

—Tal vez no. Pero tengo que intentarlo, se lo debo a mi gente y al legado de mi esposo.

—¿Cuánto tiempo? ¿Durante cuánto tiempo piensas tejer la mortaja de Laertes?

—Todo el tiempo que pueda.

—Disculpa que sea tan directo, pero esto no parece ser algo que haces por Ítaca. Parece ser algo que haces por ti misma.

—¿Por… *mí*? —La voz de Penélope es una bofetada sobre la cara, una ola de furia contenida—. ¿Crees que permito que un centenar de hombres se babeen por mi cuerpo y por mi tierra todas las noches *por mí*? ¿Crees que cuando tolero sus calumnias interminables, sus chácharas e insultos incesantes, y me rebajo todos los días, lo hago *por mí*? ¡Lo hago por mi pueblo y lo hago por mi hijo!

Penélope se cubre la boca, temiendo que su voz llegue a los oídos que escuchan en el palacio. Medón y ella guardan silencio unos instantes, buscando el sonido de pasos a la carrera o risas ahogadas del otro lado de la puerta entreabierta. No se oye nada. Las gaviotas pelean por los intestinos de un pescado putrefacto; en las ollas de la cocina hierven huesos.

Por fin, Medón dice:

—No puedes proteger a Telémaco para siempre.

Ella se afloja.

—Lo sé.

—Debe encontrar su camino.

—Si hubiera seguido sus deseos, en el momento en que cumplió dieciséis años habría reunido a todos los sirvientes leales de mi esposo que hubiera podido encontrar y habría reclamado Ítaca para sí. ¿Te lo imaginas? En el trono, un niño-rey que no ha sido puesto a prueba; en una semana nos habrían vencido los invasores.

—Orestes no es mucho mayor que él y será rey en Micenas.

—¿Sí? ¿Entonces por qué todavía no es rey? Ah, sí, ya recuerdo: primero tiene que matar a su madre, demostrar que tiene el temple para gobernar. Matar a tu propia madre es una prueba de autoridad monárquica… Vaya, es una idea que preferiría que Telémaco no se tomara en serio.

—Él jamás… ¡No puedes imaginar que lo haría!

—¿Qué harías tú si yo tuviera un amante?

—Me retiraría de inmediato a algún sitio muy lejano.

—¿Por qué?

Medón no responde y ella sonríe, asiente, piensa que tal vez podría llorar; no recuerda la última vez que lloró, no lágrimas fingidas para reforzar una idea, sino de verdad.

—En el instante en que tenga un amante, quedaré deshonrada

como esposa de Odiseo. El derecho sobre Ítaca que me llega por matrimonio quedará disuelto por mi impiedad y pasaré a ser solamente una carga para Telémaco. En el mejor de los casos, tendrá que desterrarme a algún templo lejano para que me pase cenizas por el pelo y me arrepienta. En el peor de los casos, para demostrar que *no es* como su madre, tendrá que hacer como Orestes: demostrar que es un hombre verdadero, hijo de su padre, digno de defender el honor de Odiseo y su trono.

—Jamás lo haría.

—¿No? A veces me lo pregunto. No siempre he sido… Es difícil, cuando amas a un niño, saber cómo protegerlo.

Medón guarda silencio durante unos minutos, luego cruza los brazos para protegerse de los golpes que vendrán.

—Muy bien —replica—. Cásate con Anfínomo. Está igual de preparado para una guerra que los demás, no te tratará del todo mal y es probable que no mate inmediatamente a Telémaco. Negocia el exilio de tu hijo a cambio de tu mano. ¡Puedes llamarlo una búsqueda! Anfínomo enviará a Telémaco en una búsqueda heroica para encontrar algo valioso, el escudo de Aquiles o la cola de una esfinge o algo así, y eso os dará a vosotros dos el tiempo suficiente para pelear en esta guerra y resolver las cosas, y luego, cuando Telémaco regrese, será lo suficientemente heroico para matar a Anfínomo y reclamar el trono sin necesidad de matarte a ti debido a la santidad del matrimonio y la validación que le da haber llevado a cabo su búsqueda… o será lo suficientemente adulto como para sentar cabeza y no causar demasiados problemas. Sea como sea, todos ganan.

—O mi hijo muere en una búsqueda sin sentido.

—Sí, o tu hijo muere en una búsqueda sin sentido —reconoce Medón con un movimiento rápido de cabeza—. Pero tiene muchas menos probabilidades de morir que si se queda en Ítaca, donde Antínoo o Andremón pueden degollarlo mientras duerme. ¿Qué opinas? ¿Tú, Anfínomo, todo el oro de Ítaca y todas las lanzas que logres reunir, en el altar, pasado mañana?

Medón está tan cerca de sellar el acuerdo como si estuviera comprando pescado que tiene que contenerse para no escupirse la palma y tender la mano. Penélope se queda mirando a ese comerciante regateador durante un momento; no sabe cuánto crédito dar a su cara firme y su mentón decidido. Finalmente, se ríe. Se ríe y, tras unos instantes, él también suelta una carcajada, y eso no arregla nada y ninguno de los dos puede recordar la última vez que se rieron juntos o que simplemente se rieron, y durante un tiempo, me río con ellos, porque ¿dónde encontrar mi divertimento sino en la vida de los demás?

Cuando la risa se apaga, y se tranquiliza el hipo risueño, guardan

silencio unos instantes hasta que por fin Medón carraspea y dice:

—¿Y entonces? ¿Qué sucede ahora?

—No puedo evitar que Peisenor entrene a su milicia ni pagar el precio para que los invasores se mantengan lejos. Estoy pensando en otra cosa, pero es… —Busca la palabra, moviendo los dedos en el aire.

—¿Profano? —sugiere Medón—. ¿Temerario?

—Tiene algo de ambas cosas, sí. En cuanto a Clitemnestra… debemos encontrarla. Tengo algunas ideas sobre dónde buscar.

—La presencia de Orestes podría resultarte útil. Nadie va a comenzar una guerra mientras los hijos de Agamenón estén en tu isla.

—Puede ser. Pero cada minuto que Orestes no está gobernando Micenas es un minuto en que su tío puede decidir que es su turno. ¿Mi hijo podría tal vez asistir a la investidura de Orestes? Eso lo alejaría de Ítaca por unos meses, podría hacerle bien…

—Sería mejor que una búsqueda, le daría tiempo de conocer verdaderamente a su primo…

—Exacto. Tal vez se maree en el mar y decida que con esa aventura ha sido suficiente.

—Siempre he admirado tu ambición maternal.

Penélope abre la boca para decir algo descortés, áspero, para hacer los ruidos que de niña la castigaban por hacer en público, pero unos golpes a la puerta la detienen. Autónoe la abre, se adelanta y susurra al oído de Penélope.

—Ajá —murmura Penélope—. Ya veo. Medón, discúlpame. Me encuentro abrumada por debilidad femenina y debo retirarme.

—Siempre he admirado lo exquisitamente oportunas que son tus debilidades, mi señora.

—Me alegra que alguien lo valore.

Él se inclina en una leve reverencia, sonriendo nuevamente, y por un instante, ella también se siente feliz y se sorprende ante lo extraña que le resulta esa sensación. Luego la puerta se cierra y está en el estrecho pasillo; mira hacia la izquierda, hacia la derecha, siempre buscando ojos que estén mirando, antes de seguir a Autónoe por la escalera hacia arriba, moviéndose con toda la velocidad a la que se atreve una reina.

—¿Entró por el palacio? ¿La vieron? —susurra.

—No, entró por la ventana.

—¿Por mi ventana?

—Sí.

—Mi seguridad doméstica es claramente un fracaso.

—He mandado llamar a Sémele y Ourania.

—Bien, entonces…

Autónoe empuja la puerta del dormitorio y la abre. Priene está sentada en la silla favorita de Penélope, en sus aposentos más íntimos,

como si hubiera echado raíces igual que un olivo. Su expresión se ve hundida como su postura, como si se hubiera deslizado cada vez más hacia abajo, como el fango de la colina empapada por la tormenta, demasiado cansada para erguirse contra la lluvia. No se levanta cuando entra Penélope, no rinde pleitesía a una reina extranjera. En cambio, levanta ligeramente la barbilla, espera a que Autónoe se marche, luego dice en un áspero ladrido:

—Quiero que me pagues realmente muy bien. Se dice que tienes oro escondido en las cuevas.

Penélope se toma unos instantes para entrelazar las manos sobre el regazo y erguirse un poco más. Cuando regatea el precio del grano, comprueba que su atributo más útil es su voluntad de tomarse tiempo, de disimular su desesperación detrás de una lentitud que en ocasiones raya en lo soporífico.

—Tendremos que hablar con más profundidad lo que significa "realmente muy bien" —responde—. ¿Debo entender que aceptas el principio esencial de mi oferta?

Priene estira primero una pierna, luego la otra. Andremón tal vez podría reconocer algo de una guerrera en eso, en una mujer que no tiene prisa por gastar una gota más de energía de la que debe, hasta que sea el momento de matar. Priene también reconocería ciertos aspectos de Andremón, y al verlos, mostraría los dientes.

—Nada de lanzas pesadas, como usan los hombres. Ni escudos de bronce. Utilizamos arcos, flechas, trampas, puñales gemelos, fuego.

—De acuerdo.

—Nadie me cuestiona. Ni tú ni nadie. Lo que digo, se hace, ¿vale?

—Siempre y cuando lo que digas sea para la defensa de mis islas, tendrás autoridad absoluta. Pero si promueves la sedición o intentas volver al pueblo en mi contra… Creo que debes comprender que he sido reina de Ítaca mucho más tiempo del que he sido esposa de Odiseo. Mis mujeres me conocen por el valor que tengo y me enteraré de lo que hagas.

Priene sonríe con expresión lobuna.

—Una última cosa —reflexiona Penélope, algo distante, como ha visto hacer a su padre cuando emitía juicio sobre hombres inocentes —. Si se corre la voz sobre esta… iniciativa nuestra, si el pueblo se entera de quién está defendiendo a Ítaca realmente, mi reino se convertirá en un blanco para todos los mercenarios de Grecia. No somos como tu gente. Nuestros hombres no creen que las mujeres puedan luchar. Es vital guardar el secreto. ¿Entendido?

Priene se encoge de hombros.

—Mientras no hablen tus mujeres…

—No, no se trata de eso. —Penélope la mira a los ojos, obligándola a sostenerle la mirada—. Cuando combaten las mujeres, ningún

hombre puede quedar con vida. Ningún hombre puede vivir para contar lo que ve. Sin piedad. Sin tregua. Ourania dice que tú querías matar griegos. Es una de las razones por las que le pedí que te buscara.

—Reina de Ítaca. —La sonrisa de Priene es la misma que tenía dibujada en el rostro el día que venció al hombre más fuerte de su tribu y en ese momento ella recuerda esa sensación de poder—. No conseguirás mejor carnicera que yo.

CAPÍTULO 19

Seguía siendo necesario dar de comer a los hombres, claro está.

No hay música en el banquete y Penélope no teje la mortaja de Laertes.

Hay silencio en las mesas, y el vino que sirven las criadas es una ofrenda al fallecido Agamenón y a su hijo de espalda tiesa y ojos sin vida.

Yo me siento en un rincón y todo el asunto me resulta increíblemente aburrido. ¿Dónde está Eris, la diosa de la discordia, cuando la necesito? ¿Dónde están las peleas, los planes, los puñales por la espalda? Juro por mí misma que extraño las bromas obscenas de Medea y ese truco que sabe hacer Talía con un cayado flexible.

Pero… Leaneira se acerca a la silla en sombras donde está sentada Penélope, se inclina y le murmura al oído:

—Andremón desea hablarte.

—Me temo que estoy de duelo por Agamenón.

—Le he dicho lo mismo.

—Lamento que debas volver a decírselo.

—Es muy insistente.

—Al igual que tú, que estás de su parte, ¿verdad?

Leaneira asiente, sin sonreír, y se aparta. Andremón la observa por el rabillo del ojo y ella no lo mira.

Telémaco está sentado junto a su primo Orestes, ligeramente más abajo que él, e intenta entablar una conversación de hombres.

—Sé que…, ejem, tu padre debe de haber sido… es decir, no hay dudas de que tu padre fue…, pero, ejem… ¿Estuviste en Atenas, entonces?

Orestes responde solo con los ojos, su boca está demasiado cansada para dar forma a las palabras.

—Sí, así es —responde Electra; se inclina hacia su hermano y apoya una mano sobre su rodilla—. Después de que nuestra madre hubiera mancillado su nombre y nos hubiera deshonrado a nosotros, mi hermano sintió que su única opción era huir a Atenas a proseguir con

su entrenamiento como guerrero y como rey, hasta que llegara el momento en que pudiera unirse a nuestro padre y vengarse.

—Mmm, sí, claro…, es decir, sí, eso es…, por supuesto.

—Yo permanecí en Micenas. Alguien tenía que ser testigo de las impudicias de mi madre. Nuestro padre lloró cuando se lo conté. Se puso violento. Me aferró del cuello, de aquí, justo de aquí. —Electra se toca la base del cuello con dos dedos. Es tan delgado que él puede ver los anillos de la tráquea como escalones que bajan hasta el puente de la clavícula—. Me tiró al suelo y me dijo que si mentía me degollaría sobre la misma piedra donde sacrificó a Ifigenia. Era un hombre con poder absoluto.

Algún día, Orestes será un hombre con poder absoluto. Si yo le golpeara la sien con mi dedo meñique, ¿se caería hacia un lado con las rodillas todavía dobladas y rostro impávido, como una estatua derribada por el ligero toque de un dios? ¿Tiene sangre en las venas, acaso? ¿Hola? ¿Orestes? ¿Hay alguien en casa?

Electra vuelve a sonreír; en los extremos pintados de sus ojos hay dolor y oscuridad.

—Una vez, cuando era joven, vi a Odiseo —relata—. Ayudó a mi padre a mantener la mano firme mientras hundía el puñal en el pecho de Ifigenia.

Telémaco cae en la cuenta de que eso significa que Electra ha visto a su padre más recientemente que él, cosa que tampoco es ningún logro.

También cae en la cuenta de que Electra es, extrañamente, la mujer más sexual que ha visto en su vida y, al mismo tiempo —cosa rara—, tan atractiva como una hemorragia nasal. Es un muchacho que encuentra muy desconcertante esta dicotomía, aunque tal vez, con el tiempo, aprenderá.

Cambia de tema y, siendo itacense, elige un tópico sobre el que tiene más conocimiento.

—Mmm… ¿Te gusta el pescado?

Y luego, un cambio en el aire, un cierto giro en la calidad de la luz de la velada. Con el corazón helado y las mejillas arreboladas, tomo conciencia de su presencia en el momento en que ella entra en el salón; dejo de mirar al principito y me concentro en la puerta. Lleva un disfraz de mendigo —¿os lo podéis creer?— y se ha excedido con el olor hasta volverse repugnante. El labio inferior le cuelga y babea, y si le revolviera el pelo con la mano, creo que de allí dentro podría emerger un gorrión. Estoy a punto de ponerme de pie y gritar: "¡Hijastra, hazme el favor de lavarte y componerte de inmediato o juro que te daré una paliza en tu culo rosado!", pero estamos en Ítaca. Su templo —por más mísero e inútil que sea— es más grande que el mío. La que no debería estar presente en este banquete soy yo, no ella.

Ella lo sabe, por supuesto; me ve enseguida. Yo arrugo el ceño, pero no me inclino ante su mirada, sino que más bien enderezo la espalda ligeramente y me siento más erguida, más alta. Ella se mueve despacio, muy despacio, se arrastra de un lado a otro para suplicar un trozo de carne, un puñado de cereales. Antínoo le ordena que se retire, que se marche, una mendiga inválida, lo único que falta, fuera de aquí, ¡fuera de aquí! Eurímaco sonríe de manera afectada y dice sí, claro, sí, por supuesto, sí, y no le da nada de su plato. Anfínomo le da un trozo de pan bañado en salsa, Andremón finge que ella no está allí, Kenamón se interrumpe e intenta entablar una conversación: háblame de ti, cuéntame cómo llegaste a este sitio, qué fascinante; y ella le habla durante casi un minuto hasta que se cansa de su curiosidad y se aleja cojeando. Cuando se acerca a Penélope, la reina ordena que sienten a la mendiga junto al fuego y le den de beber y de comer como es costumbre en palacio, y Electra comenta que es muy adecuado que alguien tan cerca de la muerte asista a un banquete para los muertos, porque no hay nada en esta vida, en este momento, que Electra no relacione con su padre.

Así es como, finalmente, ella se sienta a mi lado, en el sitio de honor junto al hogar, acomoda su bastón, finge chupar un hueso grasiento con dedos pegajosos y demasiado limpios debajo de su vestimenta andrajosa. Yo, a punto de perder la razón por sus maneras groseras y altaneras, exclamo:

—Por el amor de Hades, ¿a qué crees que estás jugando? Estás completamente ridícula. No puedes… ¡Pero mira ese pelo! ¿Y qué es ese olor, acaso es…?

—Mierda de cerdo —responde Atenea; solo yo puedo oír su ligera voz celestial—. Es el mejor disfraz si uno se la desparrama con cuidado sobre las muñecas y en la base del cuello.

Me echo hacia atrás, con los ojos desorbitados y me freno justo antes de gritar:

—¡Se lo diré a tu padre, te lo aseguro, hablaré con él, no tolerará esto, ya verás, ya…!

Pero Atenea simplemente sonríe, como si ya pudiera oír las palabras que quiero decir, como si ya supiera todo eso y también conociera el resultado. La muy engreída, la muy presumida, siempre haciendo alarde de su supuesta sabiduría, su supuesto intelecto… Es tan… me vuelve… ¡Juro por mí misma que la detesto!

—¿Y tú eres…? —pregunta por fin.

—Un mercader de Argos —replico, y me paso los dedos enjoyados por el pelo cuidadosamente aceitado—. Sin embargo, ellos me ven solo por el rabillo del ojo y me olvidan de inmediato en cuanto se vuelven. A diferencia de otras, no necesito hacer una entrada triunfal.

—Un mercader de Argos —responde con indiferencia—.

¿Lapislázuli? ¿Botas de cuero color carmesí? ¿Cinturón con placas de oro? —Su desdén es tan grande como el esfuerzo que hace para no reír.

—¡Yo al menos me perfumé con el aroma tranquilizante de la ambrosía y no de heces de cerdos! —susurro con furia—. Por lo menos, cuando la gente casi no me ve, lo que casi no ve es agradable a sus pobres ojos de mortales y no… ¡esto!

Hago un ademán furioso que abarca su figura harapienta, pero ella se limita a sonreír y a mostrar unos dientes mágicamente amarillentos con los que arranca otro mordisco al pan. Aparto la cara con repugnancia, alejando con un movimiento de la mano la imagen que tengo delante de los ojos como si fuera un mosquito ruidoso.

Por un momento es todo lo que hay entre nosotras: el ruido que hace ella al comer y mi desdén. Pero creo que existe un motivo por el que ha venido a este salón esta noche, y no le daré el placer de facilitarle las averiguaciones.

Cuando por fin la curiosidad de Atenea vence a su orgullo, habla con la boca llena y pasea la mirada por el salón.

—Percibí tu presencia en la isla durante esta última luna, pero no pensé que te rebajarías hasta el punto de andar entre los mortales. Hubo una pelea, o habría habido una pelea, entre los pretendientes. La resolví, por supuesto, pero tú estabas allí. ¿Para qué has venido a Ítaca, intrigante?

—Y dime, diosa de la guerra, ¿dónde debería estar? ¿En el monte Olimpo, suplicándole a Zeus que le envíe a tu Odiseo vientos favorables? ¿O ya has terminado de rebajarte por un hombre?

—Hablas de él como si fuera mi mascota… ¡y la que está en su palacio eres tú! ¿Qué opinaría tu esposo-rey de eso?

—Para cuando amanezca estaré en Creta bebiendo la sangre que me ofrecerán en un recipiente dorado; no te preocupes, hijastra —replico—. Pero en ocasiones, incluso hasta a los más poderosos les conviene recordar a sus súbditos más… humildes. Qué devotos tan pintorescos tienes en Ítaca. Lo que les falta en cuando a ofrecimientos, modales, riquezas, cultura y elegancia lo suplen con la fascinación por el pescado… y algo de dedicación a tu nombre.

—Entre nosotras hay una diferencia, madrastra —responde con sonrisa de tiburón—. A mí me veneran a través del aprendizaje y los logros. Al labriego le doy el olivo; al guerrero le doy un escudo. En cambio, tú pareces *pretender* que te veneren sin la acción que lo merezca. ¿Te preguntas por qué no se quema carne en tu nombre en Ítaca?

No se quema carne en mi nombre porque en Ítaca hay muy poca carne para quemar. Las solteronas y las viudas oran en silencio, a solas.

—Has estado observando a Odiseo demasiado tiempo. Olvidas que Ítaca es una isla de mujeres. Los hombres tal vez eleven plegarias para ti, tal vez derramen sangre en tu honor, pero las madres me invocan a mí cuando rompen aguas.

Atenea parpadea y me mira con grandes ojos, como los del búho que es su mensajero. No es frecuente ver a la diosa de la sabiduría confundida, pero cuando ocurre, es como si una parte de su mente se hubiera dado contra una pared que simplemente no puede comprender, como si cualquier asunto que existiera más allá de su alcance no pudiera existir en absoluto. Luego dice despacio, palabra por palabra, como si estuviera desentrañado un asunto enormemente incomprensible:

—¿A quién mierda le importan las madres?

Mi marido se tragó a la madre de Atenea entera para intentar evitar el nacimiento de su hija, pero, de todas maneras, ella salió de su cráneo, pegajosa, cubierta por sus fluidos cerebrales y vestida de sangre. Zeus, por razones que se me escapan, adoptó a la niña de inmediato, y por su parte, Atenea no ha mencionado ni una sola vez el asunto del canibalismo materno para mantener un ambiente civilizado.

Si tuviera que comerme a Atenea, la querría servida sobre un lecho de dátiles. Las piernas cocinadas a fuego lento, el vientre frito rápidamente en aceite. La idea a veces me divierte, pero, pensándolo bien, probablemente me daría una indigestión.

—¿A quién… mierda le importan las madres? —repite Atenea probando las palabras por su tamaño y encontrándolas satisfactorias —. Los poetas no cantan sobre… sobre el parto. A los poetas no les importa si la leche de una madre fluye fácil o lentamente. La única madre que vale la pena nombrar es la que recibe a su hijo guerrero en casa. Las únicas canciones que recuerdan, las únicas que se cantan en los palacios de los reyes, son las de los hombres que hacen algo por sí mismos. ¡Los guerreros y los héroes que mueren luchando por hacerse un nombre! ¿A quién coño le importan las putas *madres*?

—Veo que he tocado un tema sensible —sugiero con tono amable disfrutando de cómo se sonroja desde el cuello.

Cuando está en su punto máximo de ira, las mejillas se le inflan y se le desinflan como las de un pez. Eso lo ha heredado de mi esposo, pero a él también se le mueve una vena a un lado del cuello como si fuera una anguila sofocándose.

—¿Por qué estás aquí, anciana madre? —exclama como en un ladrido—. Tu esposo sospecharía que eres muy indiscreta si te encontrara merodeando por aquí.

En el Olimpo, si se atreviera a dirigirse a mí de ese modo, me volvería hacia Zeus y gritaría: “¿Vas a permitir que me hable de ese

modo?". Y a Poseidón, que la detesta tal vez más que yo, le diría, llorosa: "¿Por qué todos mis parientes me abandonan?". Y ellos arrastrarían los pies con expresión algo incómoda y le dirían a Atenea que eso no estuvo nada bien y durante unas semanas ella vagaría por las islas orientales vestida como pastor hasta que todo se calmara, y algunas ninfas me masajearían los pies y me abanicarían hasta que me aburriera de sus charlas incesantes. Hoy en día, eso sería una victoria.

Pero esta noche, en Ítaca, solo hay mortales y ellos no comprenden las palabras de los dioses.

—Puede que esté vigilando a la familia de Odiseo. Tal vez sea prudente hacerlo.

Atenea curva la boca en una expresión de fastidio.

—Yo *protejo* a la familia de Odiseo. Soy su protectora.

—Lo proteges a él; no a ellos. ¿Has mirado a tu alrededor en este salón? ¿Cuál es la naturaleza de la protección que ofreces, exactamente? ¿Murmurarle al oído a algún egipcio? ¿Darle calambres estomacales a un pretendiente que ha comido demasiado jabalí?

—Ya les llegará su momento. Odiseo regresará.

—¡Ah, Odiseo regresará! Pero qué bien. Me alegro mucho de oír que estás a cargo del asunto.

—Podría hablarle a Zeus de tus indiscreciones —gruñe.

Me inclino hacia ella y todavía me queda un rastro del fuego que solo proviene de las plegarias de las mujeres sangrantes que suplican que su hijo no muera.

—Y yo a mi hermano Poseidón, que me ama casi tanto como detesta a mi esposo, y aunque nos castigarían por ello, podríamos sublevar los mares y ahogar al pequeño Odiseo y darle de comer sus huesos a las medusas. Aceptaría el castigo solamente para molestarte.

Atenea es diosa de la guerra y la sabiduría. La he visto esgrimir la lanza con dolor en los ojos, como diciendo: "Oye, intenté mostrarte misericordia, pero eres demasiado estúpido para vivir", y cuando llega el momento, no hay forma de detenerla, no hay redención ni esperanza de huir. Al menos, con el violento Ares, puedes rogar que su corazón se derrita después de arder.

Por un instante nos equilibramos ella y yo. Podríamos enfurecernos…, sí, podríamos destruir los muros de piedra de la isla en este mismo momento con nuestra divinidad conjunta, pero entonces, ¿quién lo vería? Los ojos del Olimpo se posarían en Ítaca, y aunque a mí seguramente me castigarían por haberme atrevido a comportarme como una diosa tras haberme inmiscuido en los asuntos de los hombres —¡de *hombres*!, diría mi esposo, ¡de *hombres* y no de simples madres!—, Atenea no quedaría en mejor situación. Si bien ha jurado mantenerse virgen, por la noche la veo espiando la isla de Calipso, con la punta de la lengua asomando por entre sus labios, que

parecen una cereza partida, mientras Odiseo gime en la cama perlada de la ninfa. Si algún hombre-dios viera su mirada, ¿qué podría decir? ¿Qué violencia podría pregonar Zeus si se diera cuenta de que su hija es una criatura sexual al fin y al cabo?

Por un momento olvido cuánto aborrezco su cara presumida y altanera y quiero susurrarle al oído: "Deja que envíe a alguien a tu cama". Si no es hombre, pues que sea mujer. Los dioses no imaginan que podemos obtener placer sexual sin un hombre que nos complazca. No es romper las reglas, es solo… vivir un poco. Aquí. ¿No sientes algo justo aquí? ¿No mereces sentir algo más? Deméter y Artemisa, hasta la aburrida y vieja Hestia, saben de lo que hablo. Hemos hecho cosas cuando la luna estaba velada, hemos dejado escapar gritos de éxtasis que si hubieran sido escuchados por los hombres de nuestra vida, hasta podrían haber hecho que Zeus se cuestionara la habilidad de la que tanto se jacta. Tú también podrías hacer esas cosas, Atenea, si te olvidaras por un momento de pensar como un hombre.

Creo que lo veo en sus ojos: el cálculo de todo lo que hay entre nosotras. De lo que hay por encima de nosotras —los ojos de los hombres, vigilando todos nuestros movimientos—, porque súbitamente se echa hacia atrás, aparta un poco la cara, levanta la barbilla, como si no hubiera ningún problema aquí ni en el mundo.

—Veo que han venido los hijos de Agamenón —comenta tranquila como el mar.

—Así es.

—Seguramente buscan a su madre.

—Seguramente.

—Es un crimen terrible que un hijo mate a su madre y también un crimen que el hijo no vengue al padre. Me pregunto cómo hará Orestes para conciliar ambas cosas.

Me encojo de hombros. No me importa si las concilia.

—Recuerdo que tú amabas a Clitemnestra. Se comportaba como el mismísimo Zeus. Establecía decretos y dictaba sentencias. Andaba a zancadas por el palacio mientras que todos le hacían reverencias y se arrastraban ante ella. Tenía amantes que se dedicaban al placer de ella además del propio. ¿Con cuánta frecuencia elevaba plegarias a ti pidiendo que su esposo no regresara? Algunas de las brisas que alejaban a Agamenón de sus costas no provenían, sospecho, del tridente de Poseidón. ¿Sabe tu hermano del mar que te has inmiscuido con el viento del norte? ¿Lo sabe tu esposo? —No respondo, pero ella tiene la delicadeza, al menos, de no sonreír—. Sabes que Clitemnestra debe morir. Orestes será rey: un gran hombre. Así sucederá.

—Tienes debilidad por los jóvenes inseguros, ¿verdad? ¿Crees que Orestes les agradecerá a los dioses que le ordenen matar a su madre? ¿Crees que una vez que lo haya hecho la corona le sentará bien en esa

enorme cabeza que tiene?

—Los poetas cantarán su nombre y yo estaré a su lado. —Sus ojos se posan en el muchacho que está a los pies de Orestes y veo en ellos un destello que no me gusta—. Telémaco también.

—Es posible que, por una vez, nuestros intereses se alineen. No soy enemiga de Odiseo.

—Pero eres amiga de Clitemnestra.

—Soy amiga de todas las reinas; también de Penélope.

—¿Penélope? Ella no es…

Atenea mira a la mujer que está sentada en silencio en el rincón más alejado del salón. Tal vez he hablado demasiado; hay una quietud poco habitual en la expresión de Atenea, como si estuviera viendo a la esposa de Odiseo por primera vez; veo un movimiento inesperado de la punta de su nariz. Se pone de pie y una ligereza en su disfraz de mendiga, un brillo de algo celestial en su aura, hace que hasta los pretendientes descontentos la miren y eleven la mirada como si sus ojos estuvieran ciegos, pero sus corazones pudieran ver un trocito del Olimpo.

Entonces desaparece en un brillo dorado y me apresuro a echar un cierto embrujo en los ojos azorados que la vieron, para que no queden inmediatamente ciegos tras el paso de mi hijastra y olviden que han vislumbrado a una diosa.

Típico de Atenea, siempre hace que otros arreglen sus desastres. Ella podría resultar un problema antes de que todo esto haya terminado.

CAPÍTULO 20

Cerca del templo de Artemisa hay un valle enterrado en el bosque raquítico donde solo van las bestias salvajes. Un arroyo corre hacia el mar; a menudo, desaparece entre las rocas, por lo que es difícil rastrear su fuente. Altas paredes de rocas rugosas lo protegen del viento, aunque el sonido de una voz iracunda puede viajar desde su punto más alto hasta el extremo de la isla. Es a este lugar adonde se dirigen las mujeres en la hora más oscura.

Sémele las ha guiado hasta allí; Ourania y sus serviciales primas han susurrado sus palabras a lo largo y ancho de la isla. A las olvidadas, a las hijas solteras de padres muertos, a las viudas de maridos perdidos, les ha enviado su mensaje. "Venid", dice Sémele cuando van llegando las mujeres. "No temáis, porque aquí hay algo que podéis hacer".

Esta noche viene también Teodora, hija de la incendiada ciudad de Fenera, tras levantarse de su tosco catre en las chozas que bordean el templo oculto; trae el arco sobre la espalda. Teodora no tiene hogar, ni familia, ni hombre. Sigue a las mujeres a través de la noche.

Las sigue a la luz de la lámpara mortecina y de las estrellas gloriosas hasta la parte más profunda de la isla, donde el bosque crece negro y ya no se puede oler la sal en el aire. Las sigue hacia donde los osos podrían gruñir o los lobos aullar, hasta una arboleda iluminada por la luz del fuego, donde las mujeres esperan. A algunas cree conocerlas: Sémele y sus hijos; las esposas que dicen que él está perdido, solo perdido; las madres que con brazos rígidos y mentón obstinado se niegan al sentimentalismo y a la pena, y simplemente se las arreglan. Eso es lo que se hace en Ítaca: arreglárselas. Esta noche hay cuarenta mujeres reunidas. Mañana habrá más.

En el centro de todas se destaca otra mujer, vestida con jirones de animales desgarrados y cinturones de cuchillos. Se gira para evaluar ese improbable ejército de olvidadas y perdidas, observa sus armas: hacha de leñador, cuchillo de pescador, hoz de granjero y arco de cazador. No parece desaprobarlo.

—Muy bien —dice Priene—. ¿Quién de vosotras puede matar un lobo?

En la tenue luz de la aurora me parece oír un búho. Atenea está cerca —oh, está por aquí, trabajando en sus asuntos—, pero, como yo, prefiere no ser vista. No sería bueno que Zeus imaginara que nosotras las diosas nos inmiscuimos demasiado en los asuntos de los hombres.

La luz se refleja plateada sobre el mar, y en lo alto, en el palacio de Odiseo, un hombre dibuja con sus dedos la columna de la doncella que yace a su lado y susurra: "Serás libre. Serás libre. Serás libre".

Otros hombres han tratado de llevársela a la cama sin prometer nada, dando por sentado que eran dueños de su cuerpo tanto como de su trabajo. Ella pateó y gritó, y todos excepto uno desistieron. Él es el primer hombre que la ha abrazado y le ha dicho: "Serás libre".

Serás libre.

Piensa que le está mintiendo, está casi segura de que es así, y, sin embargo, el sentimiento es el más potente afrodisíaco.

Serás libre.

En la luz naciente del día, Telémaco se enfunda su armadura y corre por los cerros de Ítaca.

Correr con la armadura puesta es algo que sabe que solían hacer los mirmidones, esos famosos guerreros de Aquiles. Se colocaban sus cascos emplumados y con escudo y lanza corrían montaña arriba y por la orilla del mar, junto a las olas. A mediodía se detenían solo lo necesario para pelear, hiriéndose unos a otros de gravedad para aprender a tolerar el dolor; luego seguían corriendo hasta que, por fin, al atardecer, agotados de sus viriles labores, festejaban con vino y mujeres que se rendían ante las proezas de estos hombres, pues no hay nada como el sexo con un hombre que ha estado corriendo durante doce horas para crear el ambiente propicio.

Así es como Telémaco entiende el estilo de los mirmidones, y en casi todo está profundamente equivocado. Ya es capaz de correr unos buenos veinticinco minutos con la armadura completa antes de derrumbarse de agotamiento, sintiendo que le late la cabeza y las piernas le pesan como plomo, tan viril como una margarita del campo. Si conociera a su padre, si su padre hubiera estado aquí para enseñarle a ser guerrero, como corresponde a los padres, Odiseo se habría sentado junto a él y le habría dicho: "¿En el nombre de Atenea, muchacho, ¿pero qué haces? ¡No hay que entrenarse para correr hacia la batalla, sino solo para huir de ella! ¿Te he hablado de esa genialidad táctica de correr durante tres minutos a máxima velocidad?".

Nadie más que su padre puede explicarle esto a Telémaco. Si proviniera de otros hombres sería cobardía, algo increíble. De Odiseo es sabiduría paterna. Telémaco tiene toda clase de ideas extrañas sobre la sabiduría paterna. Mi viejo padre me devoró en cuanto nací; nuestros padres no son todo lo que nos quieren hacer creer.

Y, sin embargo…

… llega jadeando a la cima del cerro detrás de la granja de Eumeo, y ya hay otro allí, alguien más que disfruta de un enérgico paseo a primera hora de la mañana. Kenamón está sentado, con el mentón hacia arriba y la cabeza hacia el sur, como si pudiera oler su hogar en la luz del dorado sol naciente. ¿Lo espera acaso su Penélope en algún sitio al final del Nilo? ¿Blanqueará esa roca con lágrimas saladas y desafiará a los dioses para regresar sobre las olas de un mar vengativo? Tal vez… Pero a los poetas no les importa.

Telémaco se detiene, sintiéndose ofendido por la pérdida de privacidad causada por la intromisión de este extraño en su reino, así como también por la pérdida de su mañana y de su entrenamiento, pero al mismo tiempo lo invade la curiosidad. Como su madre, no está seguro de haber visto a un hombre adulto en la isla, al menos uno que no esté borracho o regateando por pescado, y la inmovilidad del rostro de Kenamón le hace pensar que tal vez el pretendiente esté rezando, y no conviene interrumpir a un hombre en comunión con los dioses, aun con dioses extranjeros que no escuchan plegarias tan lejos de casa.

(¿Es cierto eso? Un batir de alas de halcón, una silueta recortada contra el sol: ¡Horus, si eres tú y no has traído alguna ofrenda apropiada, te voy a dar, pedazo de mierda, vuelve aquí ahora mismo!).

(Tal vez era solo un halcón…).

Entonces, Kenamón abre los ojos, ve a Telémaco, se levanta, se inclina.

—Príncipe de Ítaca, buenos días.

Telémaco hace un ademán: por favor, no es nada. Disfruta haciendo el gesto. Es muy regio. Su madre lo hace a veces, pero con un estilo más gentil, más femenino, como si dijera "Vaya, me honras, pero realmente no soy digna de tu respeto". Telémaco detesta cuando su madre lo hace y ha jurado que cuando él despida a alguien, lo hará del modo apropiado para un rey.

—Veo que has encontrado tu lugar favorito —dice, sentándose en el pasto junto al egipcio.

—Así es. Gracias por mostrármelo. Es… al mismo tiempo liberador y opresivo —dice Kenamón— estar rodeado de tanta agua.

Telémaco se maldice, porque eso es precisamente lo que debería haber dicho él, es el comentario perspicaz que debería habérsele ocurrido al hijo de Odiseo. En cambio, se queda sentado, mudo,

demasiado ensimismado en su propio monólogo interior como para realmente seguir la conversación del egipcio, hasta que Kenamón finalmente pregunta:

—¿Cómo va el entrenamiento?

—¿Qué? —Telémaco chorrea sudor, viste armadura completa en la cima de una colina; no es precisamente el momento para olvidar por qué corre por las mañanas, pero por un instante parece haberlo olvidado—. Ah, la milicia, es…, va a estar bien, creo. Todos estamos entrenando mucho. Vengo aquí por la mañana, antes de que Peisenor nos reúna, porque…, bueno, pues…

—Eres el hijo del rey —sugiere Kenamón ante el titubeante silencio de Telémaco—. Es tu deber ser el más fuerte, el más valiente, para defender a tus hombres, ¿no es así?

Cuando los poetas hablan de Aquiles, no mencionan un par de cosas. Casi ni mencionan cuánto tiempo pasó llorando sobre el vello del pecho de Patroclo, y cuánto moco había en esas lágrimas. Son poco precisos sobre lo tiernos que se ponían los mirmidones cuando entonaban juntos canciones sobre el amor fraterno, y sobre la diferencia entre una palmada viril en el muslo y una caricia en la pierna de tu vecino. Y omiten completamente mencionar el tiempo que pasó Aquiles desempeñándose de manera muy torpe con una espada, o la vez que accidentalmente se golpeó en la cabeza con su propia lanza mientras la giraba teatralmente como las alas de un sicómoro, porque simplemente no está bien visto tener que *trabajar* para llegar a ser un héroe. El heroísmo, si uno cree a los bardos, es un don innato recibido al nacer, y la idea de que antes de esas aventuras viriles haya habido un período de entrenamiento de quince años repleto de músculos desgarrados y prácticas con el arco infantil simplemente no encaja en el entorno de los valientes.

Telémaco aprende lo que es ser un héroe escuchando a los poetas en vez de a su padre. Ellos insisten en que Odiseo, a los trece años, luchaba con osos salvajes sin arma alguna, al tiempo que aventajaba a Hermes en astucia y componía versos épicos sobre temas náuticos. Yo, para quien el tiempo es tan solo una neblina que deberé dispersar como nubes, podría haberle informado a Telémaco que el mejor de los versos adolescentes de Odiseo decía así:

Vi una cabra en la mañana
de pie en un cerro.
Fui a atraparla,
pero huyó
como un cangrejo.

Por supuesto, a Penélope le resulta útil que los bardos canten la versión más trepidante de la vida de Odiseo. A veces hasta les paga en

secreto para agregar uno o dos versos que dicen: “Tra-la-la-la, y cuando vuelva, tra-la-la-la, matará a todos los que mancillaron su hogar, tra-la-la-la, oh, poderoso, poderoso Odiseo”.

Lamentablemente, Telémaco no conoce la treta de su madre, y en cambio la anciana Euracleia lo entretiene con historias de cómo, a los dos años, Odiseo ya mataba serpientes con los dientes, y cómo a los cinco hablaba tres idiomas y soñaba con un águila, signo seguro de grandeza.

Telémaco no ha soñado con un águila ni una sola vez, aunque Apolo sabe que lo intenta.

Ahora está sentado junto a un desconocido de una tierra lejana, y tiene la terrible sensación de que, a diferencia de todos los héroes de antaño, a diferencia de ese pedazo de mierda de Heracles y de aquellos bendecidos por dioses y poetas, él, Telémaco, hijo de Odiseo, realmente tendrá que esforzarse si ha de sobrevivir. No le ha sido dado el don sobrenatural de la velocidad, de la danza de la espada o de la facilidad de palabra. No le ha sido dado el lujo de una búsqueda olímpica —busca un vellocino, mata a tu madre— para validar sus méritos. En cambio, a él le tocan piratas y duras luchas en una costa sangrienta, planes a medianoche y las burlas de hombres ebrios que quisieran ser su padre. Y si ha de sobrevivir, deberá levantarse cada mañana y correr hasta no poder más, entrenar cada noche y admitir —¡cómo le enfurece esto!—, admitir cuando comete un error.

Así que aquí está: el momento de la crisis.

Escudriño los cielos para asegurarme de que Atenea no esté mirando, pero si lo hace, se esconde bien.

Me siento junto a Telémaco, una diosa a su izquierda, un desconocido a su derecha, y tomo su mano en la mía.

“Este es el momento, muchacho”, le susurro al oído. “Tu oportunidad para no ser un maldito imbécil”.

En su corazón, los poetas cantan sobre hazañas poderosas. Hay un lugar donde debería haber estado su padre, pero lo llenaron mujeres e historias de otros hombres, creando una imagen de su padre que jamás habría sido real, que jamás habría podido ser humana.

“¿Eres un héroe, Telémaco?”.

Apoyo los labios en su oreja y le hago la otra pregunta. “¿Eres un hombre?”.

Kenamón dice:

—… Es decir, me gusta el pescado tanto como a cualquiera, y aquí lo preparan muy bien, pero vengo de una tierra donde no hay tanto pescado… Verás, lleva tiempo acostumbrarse a la dieta y yo…

Telémaco interrumpe:

—¿Me enseñarías?

Kenamón se vuelve y dice:

—¿Qué?

—¿Me enseñarías? ¿A pelear? Dijiste que eras soldado, y Peisenor es…, no es tan…, y mi padre no tuvo oportunidad de enseñarme a usar su arco.

Sus labios tiemblan como si fuera el niño al que pillan cerca del jarrón roto. ¿Se puede ser hombre y también vulnerable? ¿Puede un hombre pedir ayuda, puede un hombre suplicar a otro que lo asista? Y, sin embargo, Odiseo le reza a Atenea, cae y llora, y cómo disfruta ella al oír que la nombra con su aliento.

—La milicia… —murmura Kenamón—. Pensé que Peisenor…

—Nos enseña a formar fila con una lanza. Si yo estuviera en un ejército, luchando contra los troyanos frente a sus murallas, tendría sentido. Pero vamos a enfrentarnos a saqueadores, a piratas ilirios. No van a estar en fila. No van a pelear… honorablemente. Y cuando los fuegos se enciendan y nos llamen, no creo que…, no tengo la seguridad… No sé realmente cuántos hombres se presentarán. Si el hijo de Odiseo muere inadvertido en la oscuridad de la noche, pienso que tal vez… Pienso que tal vez sea lo más fácil para todos. —Telémaco nunca se ha acercado tanto como ahora a pensar una verdad sincera, y mucho menos a decirla en voz alta. No puede durar—. Cuando mi padre regrese, habrá sangre. Matará a todos los pretendientes. Habrá guerra. Será necesario limpiar Ítaca.

Kenamón aprieta los labios, arruga la frente. Conoce el significado de “limpiar”, pero no está seguro de entenderlo aquí. Hay algo en el lenguaje de este lugar que escapa a su conocimiento.

—Aquellos que se alíen conmigo vivirán —continúa Telémaco—. Pero es peligroso. Cada día que pasa sin que regrese mi padre, corro mayor peligro. A manos de hombres que no luchan con… honor. Tengo que sobrevivir hasta que mi padre regrese. Peisenor me enseña lo que puede, pero es… Tú fuiste soldado. Tú puedes… enseñarme.

Kenamón calla por un momento, y aunque su mente no me resulta tan transparente, creo que algo veo. Por un instante, es un pretendiente que mira al muchachito que podría, si no se cuida, volverse contra él de un momento al otro y cortarle la garganta. ¿Lo hará Telémaco? Ninguno de los dos lo sabe.

Y luego Kenamón vuelve a ser un hombre que recuerda el día que nació su sobrino y cómo le gustaba luchar con espadas de juguete mientras los insectos chirriaban en el atardecer; ve lo joven que es Telémaco y por un momento se siente viejo.

—Muy bien —dice finalmente—. Príncipe de Ítaca, te enseñaré a luchar.

Se toman de los antebrazos y se los estrechan con fuerza. Es un vínculo de hombres, y la noche siguiente, Telémaco soñará con halcones, que no es lo mismo que soñar con un águila, pero

decididamente se le acerca bastante.

***

En la primera luz del día, mientras su hijo se entrena con la espada con un desconocido de una tierra lejana, Penélope se encuentra en la cima del acantilado por encima de Fenera, cubierta con un velo. A su lado está Eos.

—Bien —dice finalmente—. Si fueras mi prima, ¿a dónde irías después?

CAPÍTULO 21

Penélope merodea por los acantilados situados sobre Fenera.

Esto no es nada raro. Mirar hacia el mar tristemente desde un acantilado es un pasatiempo bien visto para la mujer de Odiseo. Da en todas las teclas adecuadas de decorosa contención que se esperan y se requieren y al mismo tiempo le brinda la oportunidad de alejarse del implacable hedor de los pretendientes en el palacio. Si la gente la ve, dirá: "Allí va Penélope, allí va nuestra reina doliente, no la molestemos, ya que claramente está llorando ahora para poder parecer de hielo más tarde. Ay, bendito sea su corazón roto, ¿no es maravilloso ver a una mujer que guarda sus sentimientos solo para sí y para el mar oscuro y profundo?".

Por lo general, elige un acantilado bastante cerca de la ciudad, por si hay una emergencia, pero haberles ofrecido a Orestes y a Electra las mejores camas después de la propia le da un cierto respiro de la amenaza de violencia inmediata, una breve ráfaga de paz temerosa, por lo que puede aventurarse a ir más lejos.

Hace días que no ve a su hijo, pero este pensamiento todavía no se le ha presentado en todo su rico potencial. Cuando lo haga, sentirá la garganta cerrada, náuseas en el pecho y un revoltijo en su estómago al concluir, una vez más, que es una pésima madre.

En este momento, mostrarse de pie en el acantilado con apariencia casta también le da la oportunidad de caminar por esa zona, dejando, preferentemente, que el viento le azote la ropa de una manera que representa tanto la salvaje tormenta de su corazón doliente como, al mismo tiempo, a una mujer que se planta contra los duros elementos, fortalecida en su fidelidad y coraje.

A veces se sorprende preguntándose si Clitemnestra no se habría beneficiado al vivir más cerca del mar. En la opulenta comodidad de Micenas, bendecida con brisas suaves y el delicioso botín de la cosecha jugosa de una tierra fértil, debe de haber sido mucho más difícil dar en la tecla correcta con los suspiros piadosos que se esperan de una reina. Tal vez si hubiera tenido mayores oportunidades de

mostrar una sólida humildad y cierto virtuoso descuido de sí misma, Clitemnestra no se habría visto obligada a huir del cadáver empalado de su amante y de los gritos furiosos con que su hijo pedía a sus espaldas furia, furia, venganza y más furia.

La perfumada Ourania, mercader de todo lo que se pueda comprar y vender —pero más que nada de secretos— está algo alejada de Penélope, con Eos a su lado. A las mujeres se les permite ser testigos de algo así; le dan una cierta seriedad a la ocasión. Finalmente, solo con las tres mujeres y el viento para atrapar su voz, Eos dice:

—Andremón reclamaba verte nuevamente anoche.

—¿Sí?

—Antínoo discutió con Anfínomo. Antínoo afirma que puesto que su padre paga por la milicia, es como si él mismo sirviera en sus filas, y por lo tanto no necesita ir a la guerra. Anfínomo se rio y dijo que Antínoo siempre fue un cobarde, y los dos casi llegan a las manos.

—¿Dónde están ahora?

—Antínoo está ofendido en casa de su padre. Anfínomo entrena con su lanza.

—Alguien debería advertirle a Anfínomo que no adquiera demasiada habilidad con ella. Sería una lástima que se volviera un blanco para cuchillos de medianoche demasiado pronto.

—A menudo mira con afecto a Melita. Le diré que le susurre al oído.

—Hazlo. ¿Y dónde están Electra y su hermano?

—Orestes reza.

—No, quiero decir dónde está… Un momento, ¿en serio? —Penélope detiene sus pasos lo suficiente para mirar a su sombría doncella—. ¿Todo el tiempo?

—Todo el tiempo. Tengo a Fiobe a su servicio día y noche, y ella me ha informado que no come casi nada, bebe solo agua y reza constantemente a Zeus. Parece… muy piadoso.

—Es una forma de decirlo. ¿Y Electra?

—También reza, pero de forma mucho más tradicional. Encontró un bonito lugar a la sombra cerca de tu piscina favorita.

—¿La roca sobre la hondonada donde cae el agua?

—Exactamente.

—Tiene excelente gusto para las vistas panorámicas. Continúa.

—Allí se baña, lo suficiente como para poder considerarlo un ritual, se frota tierra por la cara y luego se vuelve a bañar. Leaneira y Autónoe la asisten, pero cuando llegan visitantes rápidamente se engalana con barro y se muestra abstraída, triste. Y en cuanto se van, se detiene y habla con ese criado suyo, Pílades, y envía órdenes y recibe informes. Al atardecer, regresa al palacio, se vuelve a engalanar con ceniza, entra al cuarto de su hermano y se queda allí hasta que se

llama al banquete. Luego lo sigue como una nodriza seguiría a un niño a la fiesta.

—¿Crees que Orestes sabe que su hermana está al mando?

—Autónoe no está segura de cuánto sabe Orestes, o cuánto le importan las cosas. Está preocupado.

—El inminente asesinato de su madre puede tener ese efecto sobre un hombre. ¿Podemos… confiar en él?

—Supongo que eso depende de en qué sentido lo digas. No ha sido grosero, ni ha intentado nada con las mujeres, si es que siquiera tiene esa inclinación. Dice gracias y le ha preguntado su nombre a Autónoe sinceramente, piensa ella al menos cuatro veces.

—¿Cómo se lleva con Telémaco?

—No le ha preguntado su nombre más de dos veces.

Penélope suspira.

—¿Y Electra? ¿Parece… interesada en mi hijo?

—Le sonríe, y a veces le toma la mano, y le dice lo agradecido que está su hermano por toda la ayuda que le presta Telémaco, y qué leal aliada ha sido Ítaca siempre para su padre. Pero Telémaco está tan ocupado tratando de hablar con Orestes que no estoy segura de que note las atenciones de su hermana, aun si hubiera algo que notar.

Penélope necesita toda su fuerza de voluntad para contener un gesto de impaciencia.

—Lo hablaré con él. ¿Cómo va la búsqueda de Clitemnestra?

—Los micénicos no conocen la isla. Se están volviendo… groseros. Ayer registraron la granja de Sémele y fueron brutos con ella y sus muchachas; las mujeres dijeron que robaron grano. Y casi encuentran las armas.

—Envía mis disculpas y un presente a Sémele. ¿Qué tan bien conocéis Fenera, Eos? ¿Ourania?

—Hay flores que crecen cerca que, al aplastarlas, dan un aroma agradable —musita Eos, a la manera de un poeta. Luego, con algo más de practicidad—: También hemos tenido que comprarle provisiones a gente de Fenera que contrabandeaba por nuestros puertos cuando el invierno era duro.

—Si estuvieras escapando de este lugar en la noche, ¿a dónde irías?

—Hay algunas mujeres pescadoras en la bahía más allá —sugiere Ourania, los ojos fijos en el rostro de Penélope—. Y el palacio no está lejos.

—¿Qué más?

—Cuevas, pero hay que conocerlas. El templo de Artemisa, la vieja choza de Eumeo, aunque no es muy amistoso con los visitantes.

Penélope asiente a nada en particular, volviendo los ojos al mar.

—Tenemos que sacar a los micénicos de Ítaca.

Sus dedos hacen girar un anillo de oro con un sello que no debería

ser visto en esta isla. Conoce a Eos desde que eran niñas, una princesa y una esclava arrastradas a Ítaca; Ourania le sostuvo la mano mientras gritaba dando a luz a Telémaco; sin embargo, aun ahora, duda. Luego menea la cabeza, extiende su mano a Ourania, con el anillo en su palma.

—Necesito que lleves esto.

Ourania lo levanta lentamente, lo gira hacia uno y otro lado. Tarda un poco en entender; y cuando lo hace, el miedo florece en su rostro habitualmente sereno.

—¿Es…? ¿Dónde lo has encontrado?

—En el cuerpo de un contrabandista muerto en Fenera.

—¿Es… suyo?

—Creo que sí. Mi prima nunca entendió el valor de todas las cosas hermosas que tenía. Puede que haya tenido demasiadas como para apreciarlas realmente.

—¿Qué quieres que haga con él?

—Llevarlo lejos de aquí.

—¿No sería más fácil arrojarlo al mar?

—Necesito que vuelva.

—¿En serio? ¿Por qué... cuándo?

—En cuanto puedas. Tiene que ir al norte, a Hiria. Envié un mensajero hace unos pocos días para transmitir el mensaje sobre mi prima por todas las islas del oeste y ordenar cerrar los puertos. Lo envié… lentamente. Si te apresuras, llegarás a Léucade antes que él. Nadie más que nosotras puede conocer este asunto. No puedo permitir que Orestes esté… inseguro en este momento. Quién sabe lo que los pretendientes harán si Micenas retira su protección a la casa de Odiseo.

—Lo haré. ¿Hay algo más?

—Sí. Nuestra pequeña embarcación para emergencias. ¿Quién conoce su existencia?

—Yo misma, Eos, Autónoe…

Penélope asiente, escuchando a medias, los ojos vueltos al cielo como buscando un augurio auspicioso.

—Puede haber llegado el momento de confiar el secreto a algunos pocos más.

Ourania aprieta fuerte el anillo y levanta las cejas.

—¿Qué tienes en mente, exactamente?

CAPÍTULO 22

Hay un templo junto a un sinuoso sendero polvoriento en un pequeño valle en el corazón de Ítaca, enmarcado por bajos árboles sucios que se aferran a las rocas de esta isla como el retorcido vello de una axila. La calidad de su pobreza es diferente a la del templo de Atenea, que es más grande, y está a aproximadamente a dos horas de caminata por un sendero angosto. Ciertamente, se ha gastado menos dinero real en él. Se ha dedicado menos botín de saqueos a su honor, y menos devotos con grandes barrigas y mentes hinchadas vienen a su sucio pórtico para postrarse y arrastrarse. Sin embargo, si miráis un poco más de cerca, veréis que sus rústicas paredes de madera y el piso barrido hablan de cierta dedicación, aunque el sujeto de su adoración no lo notaría ni se interesaría.

El olor de agujas de pino flota en el aire en torno a este lugar, y también el olorcillo a cuero fresco secándose al sol. Blancas flores silvestres crecen entre las piedras que se reclinan contra la parte que da al oeste, como si al templo lo hubieran arrancado del suelo mismo en vez de construirlo con manos mortales, y hay guirnaldas de hiedra trepadora y vides marchitas sobre la puerta. Me acerco cautelosamente, aunque la niña a la que honra no es nada comparada conmigo y rara vez se molesta en mostrar su rostro, salvo para los más indignantes sacrilegios. Demasiadas rencillas familiares han comenzado por no respetar un santuario, y tengo que admitir algo sobre Artemisa: es capaz de guardar rencor como nadie. Eso al menos es algo que tenemos en común.

Hay varias mujeres dedicadas al servicio de la cazadora, pero solo una nos interesa ahora, pues la hemos encontrado antes. Anaitis, que estaba en la costa sangrienta en Fenera y sabía de qué lado cortaba una espada iliria. La sacerdotisa vuelve ahora del bosque con un par de conejos muertos colgando de su cadera, satisfecha con sus labores, y se queda atónita al encontrar que entre las muchas adoradoras que vienen a su puerta, por lo general pobres, la misma Penélope es quien hoy se arrodilla frente al santuario. Esto ha atraído cierta atención;

adoradoras que suelen venir por el cotilleo y para compartir en ocasiones el sabor de la miel de las colmenas del templo hacen ahora alarde de súbita piedad para estar cerca de la reina orante. También congregadas se encuentran algunas de las más jóvenes sacerdotisas, haciendo todo lo que pueden para no parecer nerviosas ni demasiado sorprendidas por la presencia de la realeza; se apartan rápidamente el indómito cabello de la cara y esconden las uñas sucias en las palmas de las manos.

Anaitis ve todo esto, pero Anaitis no es como las otras mujeres de Ítaca. No es, le han asegurado, como nadie en ningún lugar. No tiene paciencia con quienes no dicen lo que piensan. No entiende por qué alguien puede decir: "¡Hestia, me encanta lo que has te has hecho en el pelo!" cuando de hecho quería decir: "Ay, no, esa aburrida de Hestia… Hestia, no cuentes la historia del agricultor de cebada otra vez, todos la hemos oído, no fue graciosa ni la primera vez; ay, no, ya empieza otra vez, alguien que me sirva vino, vino fuerte". En ese sentido, tiene mucho en común con mi amado hijo, mi Hefestos, del que se han burlado con tanta frecuencia mis ignorantes hermanos que ahora, cuando entra lleno de resentimiento al salón para admirar a los olímpicos, no se molesta en abrir la boca para decir "buenos días" o "buenas tardes," sabiendo que cualquier respuesta que surja lo terminará aburriendo.

En Anaitis, sacerdotisa de Artemisa, reconozco algo de mi niño, y por eso recibirá más cortesía de mí de la que tal vez merece.

Por ese motivo, viendo a una reina de rodillas frente al altar de Artemisa, no se apresura con una reverencia servil para llevar rápidamente la conversación hacia reparaciones del techo o un mejor pozo en el fondo para orinar. En cambio, con la sangre de los conejos aún corriendo por su muslo, camina hacia la reina, inclina una vez la cabeza hacia la cruda talla en el altar que podría ser una mujer, pero no tiene el más mínimo parecido con una diosa, y dice:

—¿Qué haces aquí? —Lentamente, Penélope levanta la cabeza. Esto le da tiempo a Anaitis para reconsiderar su posición y agregar—: Majestad.

—¿Acaso una reina no debería mostrar devoción a todos los dioses?

—Pensé que Atenea era tu patrona.

—Atenea es la patrona de mi marido —responde con la más leve y vacía de las sonrisas—. Mi posición es más fluida.

A Anaitis no le gusta la palabra *fluida.* Ha oído a algunos usarla y luego reír de una manera que la hace sentir profundamente incómoda. Tampoco está segura de que una mujer deba elegir el centro de su devoción con la misma facilidad con que cambia el viento. Ciertamente se pueden hacer ofrendas a Poseidón antes de embarcarse, luego orar a Deméter antes de esparcir semillas al viento,

pero a Anaitis siempre le enseñaron que, a largo plazo, es mejor elegir un patrono y mantenerlo, basándose en que la intervención celestial de una deidad realmente leal que tiene lo mejor para ti en su corazón siempre dejará más huella que una oración espontánea a Ares cuando las cosas se complican.

Respecto de esto, como de tantas otras cosas, yo diría que Anaitis tiene razón; muchos esclavos balbuceantes podrían aprender algo del sólido compromiso de la sacerdotisa. Sin embargo, ¿a quién debería dedicarse una reina, siendo la cabeza de todo un reino? ¿No reza también por el herrero y el curtidor, por la prostituta y el pastor? ¿Qué deidad es la más apropiada cuando hace falta la bendición de todos nosotros para mantener en pie un reino?

"Rézame a mí, reina de reinas", susurro, suave como la piel de la recién desollada cierva. "Yo te enseñaré a adularlos a todos hasta que se sometan". Un frío viento sopla, arremolinando las hojas a la entrada del templo, y me retiro rápidamente, aguzando el oído para oír más allá del portal por si Artemisa advierte mi presencia en su suelo sagrado.

Anaitis no está segura de cómo discutir con la realeza. Cambia el peso de un pie al otro. Tiene la sensación de que lo que debería ser obvio y fácil no lo es con esta reina. Logra bajar la voz a un susurro, a la mera pisada del zorro en el bosque invernal.

—Vi a una mujer del este en el bosque sobre el templo anoche, guiando a las mujeres que vienen aquí. Dijo que no orará a los dioses griegos, pero que cualquier buen cazador entendería el asunto que la ocupaba. ¿Lo saben los hombres? Oí hablar de una milicia.

—No. No lo saben. ¿Por qué? ¿Estás reconsiderando tu ofrecimiento de refugio a las mujeres de la arboleda?

—No. Artemisa se sentiría complacida. Y creo que Atenea también.

Atenea estará furiosa cuando se entere, aunque no estoy segura aún de si es porque está obsesionada con las payasadas de sus hombrecitos heroicos o porque no se le ocurrió primero a ella. Por lo que sea, va a ser un escándalo impresionante, pero ante mí, en esto, cederá. Si es que quiere que Odiseo vuelva alguna vez a casa —si quiere que Odiseo tenga una casa a la que volver—, cederá.

—Si se llama a las mujeres a pelear, ¿te unirás a ellas? Claramente tienes un buen ojo y un brazo fuerte.

—Tal vez —musita Anaitis—. ¿Matarán a los pretendientes?

—Ejem…, no. Al menos, no todavía.

—¿Por qué no?

—Porque matar a los pretendientes provocaría una invasión desde el continente. Una mujer no debe masacrar hombres en su palacio, mucho menos con un ejército de mujeres a su espalda. Sería completamente inaceptable y justificaría que aun nuestros más

antiguos aliados, hasta Néstor, vinieran a cortarme la cabeza. O a pedirle a mi hijo que lo haga por ellos, que sería la opción correcta si tuviera esperanzas de sobrevivir al ataque de sus colegas pretendientes al trono.

—Pero… si Odiseo regresa, ¿no matará a estos hombres?

—Tal vez.

—¿Y eso no dispararía también una invasión?

—Tal vez no. Es un rey. Matar un centenar de hombres desarmados es algo que los reyes hacen.

—Ya veo.

Pero Anaitis no lo ve. Entiende, por supuesto, que está ante la alta sociedad y así funciona la alta sociedad. Es lista; ha aprendido estas lecciones. Lo que no entiende es por qué, siendo cómo es, la alta sociedad es tan insufriblemente estúpida, manejada por tremendos idiotas. En este punto también estamos de acuerdo.

—Creo que entiendo por qué vienes a orar a la cazadora, en vez de a la virgen guerrera —agrega acomodándose en cuclillas al lado de Penélope.

—Entiendo que has visto a los micénicos.

Anaitis arruga el gesto.

—Vinieron ayer. Fueron groseros.

—¿No deshonraron el santuario? ¿No entraron en el lugar sagrado?

—No; ni ellos caerían tan bajo. Artemisa mantuvo a raya a todo el ejército griego hasta que Agamenón sacrificó a su hija mayor para aplacar su ira —agrega—. No correrían el riesgo de volver a hacerla enfadar.

"*¡Papi!* ¡Papi, papi, papi, papi, mataron mi ciervo sagrado! ¡Papi, papi, papi, papi!", lloriqueó Artemisa al oído de mi esposo. No fueron sus palabras exactas, claro, pero si uno quisiera traducir el febril chillido de indignación que trajo al Olimpo cuando Agamenón mató uno de sus benditos ciervos, eso es básicamente lo que se habría oído. "¡Papi, papi, papi, *papi, papi, papi,* PAPI!".

"¡Está bien!", replicó mi esposo, tajante. "¡Puedes tener tu maldito sacrificio humano!".

Siempre lo mismo con Zeus, nunca se toma el tiempo para pensar bien las cosas. Menelao sujetó a Clitemnestra del cuello para impedir que le arrancase los ojos a su marido mientras Agamenón hundía su cuchillo en el pecho de Ifigenia. Ninguno de los otros dioses lo miró, ni siquiera Artemisa. Hermes fue a avisarle cuando estuvo hecho y ella preguntó: "¿De veras?", y los vientos viraron hacia Troya. Solo Hades y yo fuimos testigos de la niña en el altar, mientras Clitemnestra gritaba y Electra, demasiado joven para ver tanta sangre, lloraba sin entender. Ifigenia tenía nueve años. Los poetas simulan que era mayor, y más sabia de lo que le correspondía a su edad. Lo

suficientemente sabia como para acceder a morir. De ese modo, los héroes de Grecia no tuvieron que sujetarla de las muñecas, muñecas tan delgadas que se deslizaban entre los puños cerrados de los soldados mientras el cuchillo partía sus huesos. “Bueno, mira, permitiste que Artemisa tuviera a la hija de Agamenón, así que ¿por qué no me das a la tripulación de Odiseo?”, protestó Helios cuando los hombres de Odiseo mataron su ganado sagrado, y sí, ¿por qué no, en realidad? Mi esposo dejó que un padre matara a su propia hija por un ciervo cazado por error, así que darle a Helios, siempre un pariente algo incómodo, la vida de los últimos hombres de Ítaca parecía sencillamente lo más justo. Esta es la clase de descuidado precedente que se sienta cuando el rey
de los dioses está demasiado ocupado espiando bajo la
ropa de una mortal como para gobernar como corresponde.

—Artemisa es verdaderamente una gran diosa —concede Penélope, tal vez también considerando cuán flexible es el término “grandeza”—. Protectora de mujeres.

Anaitis se balancea un poco hacia atrás y adelante, y no mira a Penélope.

—Bien. Protectora de mujeres. Sí.

—Y su templo es un santuario que los hombres no perturbarán.

—Serían masacrados por la diosa —replica Anaitis, y puede que tenga razón.

A Atenea le encanta cuando un guerrero musculoso cubierto de bronce se arrodilla en su altar sagrado; y cuando un hombre violó a una mujer sobre su altar, fue el cabello de ella el que transformó en serpientes como retribución a semejante sacrilegio. Allí tenéis la sabiduría de Atenea. Artemisa, sin embargo…, Artemisa está mucho menos encandilada con las cualidades de los hombres.

—Tú… ¿necesitas refugio en el santuario?

—No. No todavía.

—¿Pero podrías necesitarlo?

—Espero que no se llegue a eso. Tengo aliados en Cefalonia que, si las cosas se vuelven… desafiantes, confío en que me ayudarán.

—Oí que los puertos están cerrados.

—Hay otras formas de llegar a Cefalonia que no son por los puertos. Esta isla está llena de caletas y lugares escondidos donde se puede guardar una pequeña embarcación veloz, con remos y velas, que una mujer podría usar. La gente de Fenera lo entendía.

Anaitis asiente y, al no tener nada bueno que decir, no dice nada. Penélope entrecierra los ojos nuevamente, ofreciendo una escasa devoción, suficiente para remover el santificado aire de este pequeño lugar. Contemplo sus plegarias como polvo en un rayo de sol, hasta que se levanta, estrecha brevemente las manos de Anaitis, parece por

un momento como si se fuera a inclinar, luego se vuelve y se aleja enérgicamente de este santuario de hojas y pinos.

Eos espera fuera.

—¿Te fue bien? —pregunta en voz baja, pero Penélope la silencia con un dedo sobre sus labios, hasta que están bajo el bosque que cubre el valle, y nadie excepto los dioses podría oírlas.

—La verdad es que muy bien —dice finalmente—. Con suerte, media isla sabrá de la existencia de nuestro bote para el atardecer.

CAPÍTULO 23

Un encuentro en un pasillo al atardecer. Electra todavía viste de gris.

Penélope lleva su velo. Ha tenido éxito en evitar a su prima de Micenas hasta ahora, eligiendo en cambio dedicar sus atenciones a Orestes. Pero Electra ha aprendido a reconocer los pasillos de este palacio, hasta ha encontrado la armería donde tienen escondido el arco de Odiseo; ha estudiado los patrones de conducta de sus habitantes.

—Si es como su madre, tomará la armería y nos amenazará a punta de lanza si no consigue lo que quiere —dice Eos.

—Si es como su madre, dejará la armería intacta y nos asesinará a todos con un cuchillo de carnicero mientras dormimos —corrige Autónoe, pelando la gruesa piel de un higo con una jugosa sonrisa.

Ahora Electra está ante Penélope, cada una con la espalda custodiada por doncellas veladas. A su lado, Orestes está junto a su criado Pílades, como si no pudieran decidir si caminar delante o detrás de las mujeres, por lo que terminaron apretados en medio. El pasillo es demasiado estrecho para esta torpe formación, y le toca a Penélope forzar su voz a un tono entre suave y serio.

—¿Cómo va la búsqueda de tu madre, estimada prima? —pregunta.

—No muy bien —replica Electra tajante; reemplaza inmediatamente su mueca de desagrado con una sonrisa y añade con la dulzura del néctar—: No muy bien. Tendremos que empezar a buscar en los lugares sagrados, o tal vez hasta en el palacio.

—Por supuesto que podéis registrar el palacio. Pero ¿los lugares sagrados? ¿No enfadaría eso a los dioses?

Al lado de Electra, Orestes asiente. Lo sabe todo sobre enfadar a los dioses; su familia es famosa por ello. Electra también sabe que su familia está maldita, pero al estar ya maldita, considera que el peor daño ya ha sido hecho, así que al Hades con ello. ¿Qué más pueden hacer los dioses?

“Cielo mío”, susurro en su oído, “aún no has visto nada”.

—Tal vez más hombres —reflexiona Electra—. Tal vez podríamos

pedirle a mi tío que envíe ayuda desde Esparta, algunos de sus soldados para ayudar a asegurar las islas.

—Maravillosa idea —gorjea Penélope—. También puedo enviar mensajeros a Néstor en Pilos, y a todos los reyes de Grecia. Estoy segura de que a todos los de buen corazón y noble espíritu les importa este asunto.

La sonrisa de Electra es delgada como la daga que su madre hundió en el corazón de su padre, afilada como la hoja que asesinó a su hermana. Inclina la cabeza una vez hacia Penélope, que se hace a un lado para dejarla pasar.

Por la noche, un banquete desganado.

Orestes no come, a no ser que Electra le dé de comer. Ella sostiene un plato frente a él, levanta carne sobre un dedo de pan, le pide: "Come, buen hermano, come", y él consume en silencio todo lo que ella le presenta.

A sus espaldas, dos micénicos vigilan el salón como si tal vez Clitemnestra se hubiera disfrazado de pretendiente y estuviera aquí ya, buscando ganar la mano de Penélope.

Los poetas cantan unas pocas canciones sobre Agamenón, su grandeza, su poder, su infinita fuerza. Uno comienza una canción que en un verso menciona cómo el padre de Agamenón mató a su hermano y se lo dio de comer a los hijos de este en un guiso, lo que lo convirtió, de hecho, en el segundo miembro de esa particular familia que sirvió la carne de un pariente en un banquete… Pero el bardo evalúa al público y rápidamente se salta esa parte de la canción.

Las doncellas circulan por el salón sirviendo en silencio a la masa agazapada de hombres.

Los poetas no cantan sobre mujeres.

Oh, alguna vez pronunciaron mi nombre, elevaron la figura de la bendita diosa madre, vientre lleno y pechos hinchados; enterraron sus dedos en la tierra y gritaron: "¡Madre, madre, madre!". Pero un día, mi hermano Zeus se cansó de su trabajo en asuntos mortales y divinos. Vio lo que otros tenían y quiso más, más para sí mismo; aunque ya se lo conocía como el grande, el que hacía tronar los cielos y traía relámpagos, él no lo veía así. La munificencia de otros lo hacía sentirse disminuido. Los honores que recibían los otros se le antojaban un insulto a su grandeza. Y como ser grande entre iguales era ser pobre y ordinario a sus ojos, quiso elevarse; y como ya era el padre de los dioses, no le quedaban demasiadas alturas a las que aspirar, por lo que necesariamente tuvo que rebajar a otros.

Los poetas no cantan sobre mujeres, y las mujeres solo cantan en funerales, o lejos de los oídos de los hombres.

Pero cuando el banquete termine y el aire esté negro, mientras los

poetas duerman y aquel que provoca truenos ronque bajo cielos dorados, yo cantaré y vosotros me oiréis. Venid conmigo; recorramos los corazones de las silenciosas doncellas mientras los hombres de Ítaca y Micenas roncan en su borracho esplendor.

Eos tenía trece años cuando Odiseo se la obsequió a la joven Penélope como regalo de bodas. Por un tiempo, Penélope fue dura y distante; hacía todo lo que podía para ser una reina. Pero Eos la tomó de las manos y Ourania de los pies cuando Penélope gritaba dando a luz a Telémaco, y cuando una mujer ha pasado tanto tiempo mirando la vagina dilatada de otra, puedes o bien alejarla para siempre y fingir que aquello nunca ocurrió, o bien superarlo y admitir un vínculo más profundo que la sangre.

Eos ha jurado que nunca tendrá un hijo. Consecuentemente, como Atenea, ha jurado que jamás tendría un hombre tampoco, pero a diferencia de mi hijastra encuentra muchas otras formas de entretenerse en las frescas noches de invierno.

Autónoe había servido en muchas casas antes de que Penélope la comprara y hubo que acostumbrarse a ella. Había un desafío en sus ojos, una aspereza en su lengua, que llevaron a muchas palizas. Aunque la ley de todos los lugares civilizados manda que ningún hombre puede tocar su propiedad sin consentimiento, la implementación de esta ley siempre fue laxa, y si sus anteriores amos tenían esperanza de implantar sus semillas en el vientre de Autónoe, lo único que germinó tras sus ataques fue venganza, venganza y furia, venganza.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó Penélope el día después de que Autónoe casi arrancase los ojos de un hombre en un momento de furia y rebeldía, y Autónoe se quedó atónita ante la pregunta; no concebía que pudiera hacerse ni tenía idea de cómo responderla.

—Poder —respondió por fin—. Poder como el que tienes tú.

—¿Cómo lo conseguirás?

—¿Tal vez con un hombre que me despose?

—¿Ese es tu plan?

Autónoe dudó. Lo cierto era que lo único que le resultaba más extraño que la pregunta sobre qué deseaba era que la invitaran a considerar cómo podía lograrlo. Entonces Penélope dijo:

—Acéptalo viniendo de una reina: el mayor poder que podemos poseer nosotras las mujeres es el que conseguimos en secreto.

Ese fue el momento en que yo comprendí que me gustaba Penélope. De todas las reinas de Grecia, no había creído que pudiera gustarme una que parecía tan mansa y que se inclinaba tan profundamente ante los deseos de los hombres. Estaba equivocada.

A Melanto no le molestó que Penélope la comprara. Al menos en el palacio de Odiseo recibe comida decente, dos días libres cada ocho,

ropa que no raspa demasiado la piel y una cama solo para ella. Además, ella también ha olfateado el hedor del poder, y aunque no lo sabe, no lo puede comprender, en su vientre se ha implantado un hambre que algún día tendrá que saciar.

Fiobe nació esclava, le reza a Afrodita por las noches, disfruta del contacto con los hombres que se esfuerzan, y un día se dará cuenta de que, en cambio, debería rezarme a mí. Afrodita es una diosa para las jóvenes y las que aún no han perdido a nadie.

Euracleia fue la nodriza de Odiseo desde su nacimiento, amada por Anticlea. Cuando Penélope llegó a Ítaca, Euracleia la peinaba y le decía: "¡No te preocupes por nada, la tía Euracleia lo tiene todo arreglado!". Y procedía a darle de comer a Telémaco pasteles dulces que su madre le había prohibido y a permitirle lamer miel del cuenco; le pellizcaba las mejillas y decía cosas como: "¡No le hagas caso a tu mami cuando grita, tú eres especial!". Finalmente, Penélope irrumpió en la habitación de Anticlea y chilló: "¡Quiero que esa mujer se marche!".

Entonces su suegra levantó lentamente la vista de su cama, parpadeó un par de veces y dijo a la joven reina con un suspiro: "Estás histérica, querida. Tendrías que recostarte un ratito".

Cuando murió Anticlea, Euracleia se arrancó el cabello. O, mejor dicho, se arrancó algunos mechones, pero era un trabajo lento y duro, así que se cortó el resto de manera torpe cuando nadie miraba, lo que logró el mismo efecto. Tres días después, Eos se le acercó y le dijo: "Penélope dice que has sido tan leal y has dado tanto que siente que ha llegado el momento de que les pases algunos de tus deberes a las doncellas más jóvenes, para que puedas disfrutar la riqueza de tu edad".

Euracleia gritó y rugió y profirió toda clase de insultos a Penélope en su propia cara, cosas que si no hubiera sido la nodriza de Odiseo habrían hecho que la vendieran a una granja de cerdos en un instante. Penélope sonrió y la dejó desgañitarse, y cuando hubo terminado dijo simplemente: "Bien, confío en que ya lo hayamos aclarado". Y ese fue el fin de Euracleia. Todavía ronda el palacio, murmurando y condenando cada mota de polvo, cada palabra susurrada, pero nadie le presta demasiada atención. Se pregunta cómo no se dio cuenta de que Penélope había dejado de ser una niña y se había convertido en mujer. Siente que Penélope debe de haber sido muy tramposa para que eso ocurriera mientras nadie miraba.

A Leaneira la arrastraron de los cabellos desde las cenizas de Troya.

No habla de sus sueños, ni aun al hombre que jura que la ama.

"Sabes que nunca te haré daño", le dijo él la noche que finalmente cedió a su abrazo. "Sabes que puedes decir no cuando quieras".

Hace mucho que Leaneira no ha dicho que no. No fue una opción

que se le diera. Lo intenta ahora, para ver qué se siente, lo susurra, luego lo dice un poco más fuerte, y cumpliendo con lo prometido, él se detiene. Un hombre, nada menos, un guerrero, y se detuvo cuando ella se lo pidió. Lloró y él la abrazó, y la noche siguiente ella no volvió a decir no.

"Cuando yo sea el rey de Ítaca, serás libre", dice él.

Hay unos cuantos pretendientes que les han susurrado esto a las doncellas. No se le ha ocurrido a Antínoo, el de ojos oscuros, quien simplemente asume que su encanto animal será suficiente para seducir a cualquier criatura que se mueva sobre dos piernas y siente que hay una conspiración en su contra cuando esto no sucede. Pero Eurímaco lo ha probado, tropezando, torpe con las palabras, y a Melanto, por lo menos, parece no desagradarle. Hasta Anfínomo lo ha intentado, pero no logró decirlo con convicción, así que tuvo que recurrir a unas pocas baratijas y a una historia sobre estrellas fugaces.

Pero él —el amante de Leaneira—, él lo dijo de un modo que parecía sincero, real y completo. No es un niño, sino un hombre, sabio y astuto. La abrazó y le dijo: "Serás libre, aunque se me romperá el corazón por tener que acostarme con tu ama en lugar de contigo", y ella volvió sus ojos hacia la luna creciente y no respondió, lo que él interpretó como una señal de afecto, y la apretó un poco más sobre su pecho tibio.

Ahora Leaneira espera junto a las puertas del palacio envuelta en un chal, y al regresar Eos de su reunión con Ourania, señora de los espías, Leaneira se le acerca y le murmura al oído:

—Andremón. Quiere hablar con Penélope, y en privado.

Eos frena un poco el paso, luego apoya la mano sobre el brazo de Leaneira y murmura:

—Aquí no.

Se sientan junto al pozo. Ningún hombre saca su propia agua en el palacio de Odiseo. Las piedras son frescas, húmedas; el extremo más oscuro está cubierto de musgo verde. Eos se sienta sobre el borde con las rodillas inclinadas hacia Leaneira, las manos en el regazo, lista para acercarse y consolar como ha visto hacer a Ourania cuando la anciana quiere conseguir algo.

—¿Cuánto hace que se te encargó vigilar a Andremón, Leaneira?

Eos aprendió de Ourania que es mejor, al hacer preguntas, conocer con antelación las respuestas. Leaneira también lo sabe. Aprendió rápido, cuando los griegos la hicieron esclava.

—Nueve lunas.

—¿Y cuánto desde que te llevó a su cama?

Leaneira vio a los griegos turnarse con las mujeres de Troya y le pareció que no lo hacían por placer ni lujuria ni disfrute de la carne de las mujeres. Lo hacían porque todo eso —la guerra, la ira y las heridas

y la pérdida y el dolor— había sido para nada. ¿Para qué? ¿Para una única noche de fuego en la que unos pocos reyes se apoderaron de los despojos? Cuando el sol se levantó sobre las cenizas de su ciudad, los soldados de Grecia todavía estaban heridos, todavía ensangrentados, todavía perdidos, solo que ahora no quedaba ninguna historia, ningún poeta que les dijera que eran héroes. Entonces se convirtieron en bestias y realizaron sacrilegios sobre los vivos y los muertos, pues sus padres no les habían enseñado otra forma de ser hombres que aullándole al sol escarlata.

Ella no había creído poder volver a mirar a un hombre después de aquel día. Sonreír deshonraría a su hermana, violaría a su madre, cuyos huesos aún estaban sin enterrar en las cenizas de Troya. Y, sin embargo, ahora se sienta junto al pozo con la mujer que quiere ser la espía favorita de Penélope, que le sonríe como con ternura y dice:

—Andremón es guapo, ¿no es cierto?

—Tres lunas. He… estado con él… tres lunas.

—¿No estás…?

Rápidamente niega con la cabeza. Es la pregunta que solo hacen las mujeres.

—No. Soy cuidadosa. Cuento los días desde que sangro. Él… lo entiende.

—¿Disfrutas su compañía?

—No es cruel. Es distinto de los demás. Los demás son niños. Él es un hombre. —Eos espera, las manos sobre el regazo. Leaneira suelta una exhalación larga y lenta—. Quiere hablar con Penélope. Es insistente. Dice que solo él puede proteger Ítaca de los ataques de los piratas. Ofrece traer setenta mercenarios de Patras. Pero Penélope no quiere verlo.

—¿Y por qué piensas que es así?

—No puede mostrar favoritismo por ningún pretendiente.

—Sí, por supuesto. Pero hay más cosas. ¿Has oído hablar de los ataques en nuestras costas? ¿Léucade, Fenera? Los piratas no atacan solo para apresar esclavos. Atacan para que se les pague para no volver a atacar.

—Andremón no haría eso. Es un buen hombre.

—¿Lo crees?

—Sí.

Ella lo cree. Ella no lo cree. Los corazones de los mortales son volubles; aletean hacia la muerte con el latido irregular de las alas de una mariposa.

—Yo no. —Eos se pone de pie rápidamente, como una delgada garza que se despliega en el lecho del río—. Yo creo que es como todos los demás.

"¿Y tú qué sabes de los hombres?", quiere gritar Leaneira. "¿Qué

sabes tú de las cosas que hacen los hombres cuando sus historias se rompen? ¿Qué sabes tú de quiénes son, cuando cada palabra que vertieron en sus oídos —héroe, guerrero, conquistador, rey— resulta ser una mentira? Tú, en tu palacio de sombras y secretos, ¿qué sabes?".

No lo hace. No es como Eos, segura del favor de su ama, o Autónoe, quien tuvo la suerte de aprender a reír. En cambio, se pone de pie como hace Eos, y volviéndose hacia ella le dice:

—Me pediste que me… acercara a Andremón. Que averiguara sus secretos. Que fuera tus ojos. Te estoy contando lo que he visto.

—¿Y no te ha dicho él lo mismo que casi todos los hombres del palacio les han dicho a casi todas las doncellas? "Ayúdame, y cuando yo sea rey, te recompensaré. Serás libre". ¿Ha preguntado por rumores, ha susurrado sugerencias en tu oído, te ha pedido que espíes a Penélope?

—Por supuesto que sí. El hombre que no lo hace es un tonto.

Eos suspira cansada.

—¿Qué quieres? —pregunta finalmente—. Si Penélope le muestra algún favor, los demás lo verán como una amenaza.

—Se ha encontrado con hombres en secreto antes. Y con esa mujer que trepa por su ventana.

—No la has visto… *¡No la has visto!*

Eos se enfurece como su ama, en fríos estallidos que se desvanecen tan pronto como aparecen. Clitemnestra hace lo mismo: vosotras, reinas de Grecia, no sois tan distintas como creéis.

Por un momento las dos mujeres se miran en la luz del atardecer, y es Eos, no Leaneira, la que cede.

—Hablaré con Penélope —dice.

CAPÍTULO 24

Telémaco se entrena para ser hombre.

Por la mañana se entrena con el egipcio detrás de la granja de Eumeo. Por la tarde se entrena con Peisenor y su banda de muchachos y niños malcriados. Los mocosos del viejo Eupites, padre de Antínoo, se juntan en un extremo del patio, y los niños del vociferante Pólibus, padre de Eurímaco, en el otro. Telémaco y su banda de jóvenes seguidores se esfuerzan por hacerse amigos de todos, pero nadie responde a sus amables acercamientos. Anfínomo y Egiptius pasan de un grupo al otro tratando de engatusarlos y alentarlos para que colaboren, pero al atardecer, cuando la milicia se retira en sudor y aceite, los padres les susurran a sus hombres: "¡No escuchéis a ese Peisenor ni a ese Egiptius ni a nadie! Escuchadme solo a mí. Me servís a mí, no a Ítaca".

Telémaco se encuentra mirando la luna. Está creciendo, y él no es tan tonto como para no saber contar los días hasta que esté llena nuevamente. Quizá esta vez los ilirios no vengan. Quizá Léucade y Fenera simplemente tuvieron mala suerte.

—Mirad a vuestro enemigo a los ojos. Dejad que vea vuestras intenciones —entona Peisenor a los muchachos que se tambalean bajo sus escudos—. Perderán la batalla allí, en vuestra mirada; en aquel momento ya estarán aplastados. ¡Rugid como el león! Lo de la espada es simplemente terminar el trabajo.

¿Rugió Aquiles como el león? Probablemente, decide Telémaco. Sus ojos eran como los de Ares, que matan con solo mirar. (La verdad es que los ojos de Ares no hacen esto. Están entumecidos de mirar tanto tiempo al mundo y ver solo peligro. Esa es una cualidad que Aquiles con el tiempo llegó a compartir con el dios de la guerra, y luego murió).

Del otro lado de la isla, hombres micénicos, veteranos de Troya, golpean las puertas de cada choza y cada taller.

—¡Abrid en el nombre de Agamenón! —rugen.

Todavía no rugen por Orestes. Telémaco los observa y se maravilla

al ver lo sucias que están sus armaduras, lo abollados que están sus escudos, y, sin embargo, cuánta más grandeza parecen darles estas cicatrices.

Y así:

—¡Mueve los pies! ¡Ve tras el golpe! —vocifera Kenamón de Menfis, y Telémaco obedece—. ¡Si no puedes clavarme la hoja en la garganta, lo menos que puedes hacer es cortarme los dedos!

Kenamón aborda la guerra de manera muy diferente a Peisenor. Si Telémaco fuera el hijo de Ajax o Menelao, podría ignorar las enseñanzas de Kenamón por completo y elegir en cambio el aprendizaje más valiente de Peisenor. Pero recuerda que es el hijo de Odiseo: Odiseo, quien prefería disparar con arco y flecha desde una distancia segura, quien inventaba tonterías sin sentido con caballos y designios secretos, y quien siempre se las arreglaba para llegar al frente de combate con la lentitud justa para quedar tres o cuatro hombres detrás de la línea de combate encarnizado. “Perdón, perdón que llegue tarde, el carro se me ha atascado otra vez, ¡qué vehículo tan inútil!”.

Al recordar esto por la tarde, Telémaco ruge para Peisenor, ruge para mostrar que es un guerrero, pero por la mañana, antes de su entrenamiento formal, dirige un sólido puntapié a la rodilla expuesta de Kenamón, yerra y, en cambio, lo golpea en los testículos.

—¡Ay, lo siento, lo… lo siento mucho! —balbucea, pero secretamente está impresionado con el efecto general que ha logrado.

Y por la noche, aunque el período oficial de luto ha terminado, los pretendientes se muestran sumisos ante la mirada furibunda que les dirige Electra desde su elevado asiento, y la luna crece, y no encuentran a Clitemnestra.

Una noche, cuando la luna está casi llena, Andremón toma a Leaneira del brazo.

—¿A qué estás jugando, en el nombre de Hades? —gruñe—. Ella ni siquiera me ha *mirado*. ¡Dijiste que podías conseguir que hablase! Dijiste que podías…

Leaneira está confundida. Libera su brazo y se lo masajea. La han maltratado y golpeado y dado tirones antes, por supuesto. Los golpes físicos no son nada. Pero este es un hombre que le había jurado devoción, y ahora sus ojos parecen rojos a la luz del fuego y los pretendientes esperan tras puertas entreabiertas y el aire se siente pegajoso y fresco en los pasillos del palacio.

—Te verá. Pronto te verá.

Él se limita a negar con la cabeza y se aleja. Desilusionado, no enfadado. Entristecido por el fracaso de ella; le tenía cariño.

En el cielo, la luna se llena.

Hay una embarcación escondida en una caleta, y lo saben solo unas pocas mujeres de Ítaca.

Al menos, lo sabían solo unas pocas: Ourania, Eos, Autónoe, unas pocas mujeres de confianza de Penélope.

Luego lo supo Anaitis, la sacerdotisa de Artemisa, quien se lo susurró a una novicia en absoluto secreto, quien se lo murmuró a su hermana, que inmediatamente se lo dijo a su madre, que se lo contó a su prima, que se lo dijo a una amiga que —no lo vais a creer— vende pescado, y de hecho, en muy poco tiempo…

Es una bajada peligrosa hasta el agua, por una escalera de cuerda que cuelga desde el borde del acantilado. Pero, si se llega a la orilla, se puede seguir el camino por unas rocas negras, con cuidado, aferrándose a veces con los dedos a las barbas llenas de sal de las malezas colgantes y el limo resbaladizo. Este lugar es demasiado pequeño como para resultarle de interés a nadie excepto los más insignificantes contrabandistas, y demasiado difícil de acceder para que las pescadoras se tomen el trabajo de llegar hasta allí. A veces los niños van a buscar cangrejos, y se pueden encontrar gordos mejillones en la roca golpeada por las olas del otro lado de la bahía si se está dispuesto a arriesgarse a trepar.

El bote es de Ourania. Puede llevar diez personas, seis de las cuales pueden remar, y tiene una vela triangular remendada. Se lo mantiene aprovisionado de carne seca y agua fresca, y aun con viento en contra es lo suficientemente fuerte para llevar a sus pasajeros a través de la corta distancia entre Ítaca y Cefalonia, donde se pueden encontrar, por ejemplo, aliados bien dispuestos o un lugar donde esconderse. Por lo general, Ourania lo mantiene a la vista de todos, y sus mujeres salen a pescar y traen una pesca razonable. A veces lo guarda encallado al final de un sendero escondido por los altos arbustos verdes que se adhieren obstinadamente a los espinosos montes de Ítaca como los dedos de una Furia, listo para llevarse una reina ansiosa en busca de un apresurado respiro.

Esta noche está en esta caleta, completamente cargado y listo para semejante emergencia, una sombra aún más oscura en la oscuridad de la noche.

Una mujer, envuelta en sucias ropas, se acerca al borde del acantilado. Detesta el olor que emana. Detesta las espinas que se clavan en sus piernas. Detesta el sabor del pescado y el olor de la sal. Detesta la oscuridad y el sendero quebrado, y sobre todo detesta esa condenada isla. Este maldito lugar pestilente; lo desprecia. Si pudiera haber ido por cualquier otro lugar, lo habría hecho, pero todos los barcos occidentales deben parar en Ítaca.

Lleva una lámpara robada, y por un momento, en la luz mortecina, busca a tientas la escalera de cuerda enrollada sobre el acantilado.

Cuando la encuentra, le cuesta creer que sea lo que debe usar para descender. Camina más hacia la izquierda, luego hacia la derecha; no encuentra otro medio para bajar. La hace caer con el pie sobre el precipicio, oye la lenta succión del mar debajo, su ida y venida en la rocosa profundidad, se detiene a reconsiderar sus opciones, protege la llama de su lámpara del viento, que parece querérsela arrancar.

Un problema logístico: cómo descender y mantener su luz encendida al mismo tiempo. Se sienta al borde del acantilado, desliza un dedo del pie hacia afuera, inmediatamente retrocede. Esta no es la forma. Trata de rodar sobre su estómago, con las piernas en el aire busca la cuerda; le gruñe a la noche:

—¿Cómo en el nombre de…? ¿Qué se supone que…? Es lo más estúpido que… *Odio esta maldita y condenada isla, odio*…

Un crujido de retama quebradiza a su izquierda ahoga las palabras en su boca. Se levanta de un salto, blandiendo su antorcha como un arma, y busca la pequeña hoja en su cinturón. Ha conservado eso al menos, y sabe que la va a usar.

Sémele está en las sombras, su hija Mirene a su lado. La anciana tose cortésmente, apoyada en su hacha. Mirene, hija de un padre desconocido que murió hace mucho tiempo, mira respetuosamente y aprieta un cayado de pastor; arruga el entrecejo como tratando de entender el misterio de esa mujer que no sabe usar una escalera de cuerda. Luego otra mujer, y otra, y tres más emergen de la oscuridad. Una tiene el arco tenso (Teodora, de la destruida ciudad de Fenera) y una flecha lista; hay algo en su expresión que no estaba allí cuando simplemente cazaba conejos.

Por un momento, las mujeres se quedan allí, mirándose unas a otras en el fuerte viento del oeste. Entonces la mujer harapienta baja su antorcha, escupe, levanta la vista y masculla:

—Maldición.

CAPÍTULO 25

Se encuentran en la granja de Sémele.

Es modesta, al igual que una gran parte de Ítaca, y, sin embargo, su modestia esconde una cierta verdad. Las mujeres de la casa se han visto forzadas a dejar de lado su dignidad de mujeres y encarar ideas emprendedoras sobre artesanías, trabajo e industria. Así, dos esclavos libertos que viven en una pequeña parcela a unos minutos son expertos en la fundición de latón y plomo, y al otro extremo de la granja un antiguo trabajador, que quedó inválido al tropezar mientras araba, tuvo en sus días de convalecencia varias ideas interesantes sobre el uso del estiércol.

La mujer harapienta se sienta en un banquillo bajo cerca del fuego. Su cabello está descuidado, pero todavía se esfuerza en recogérselo encima de la cabeza y en arreglar unos pocos rizos castaño oscuro en mechones sueltos alrededor de su cara delgada. Dicen que nació de un huevo, y hay algo de cisne en su largo cuello, en la cremosa palidez de su piel, en el destello de sus ojos color ámbar mientras desliza su mirada hacia un lado y otro, que la señala como hija de Leda. No son para ella el maquillaje blanco y un baño vespertino en miel, no necesita semejantes cosas. Tiene el mentón sobresaliente de su padre y los labios llenos y apretados de su madre, pero sus manos… Diré que sus manos son las más hermosas, las más perfectas, ocho delicados dedos y dos largos pulgares que parecen enroscarse sobre la curva de sus piernas como estandartes en descanso antes de una guerra, las uñas fuertes y limpias, la piel casi resplandeciente por años de aceite y sombra.

Hay un cuchillo en el cinturón de Sémele. Es un objeto fino y delgado, no la herramienta de un granjero. Lo sacó de entre la ropa de la mujer que gritó y pateó, pero ahora la mujer harapienta está sentada en calma, como si nada hubiera pasado; como si eso fuera lo más simple del mundo. Espera, y no les concede a sus guardias la gracia de su conversación, sino que se sienta, erguida y firme. He esperado muchas veces de esa forma, lista para volverme sobre mi

marido y exclamar mi orgullosa defensa: “Pero el bebé Heracles estranguló a las serpientes, así que, ¿por qué me gritas?”. Después del orgullo, siempre se cede, por supuesto —un derrumbamiento y llanto y manoteo al ruedo de su túnica—, pero hay que tomarse tiempo para llegar ahí, dejar que el hombre sienta que te ha agotado y que realmente has aprendido de tus errores.

Ella domina bien el primer paso —la réplica orgullosa, el relampagueo de furia en la mirada—, y hubo un tiempo en que Agamenón, quien también tenía esa inclinación, lo encontraba increíblemente atractivo. Pero ni ella ni él llegaron a dominar la segunda parte del proceso, y por lo tanto su matrimonio se rompió, por no decir otra cosa.

Penélope llega con los ojos nublados por haberse despertado hace poco, envuelta en un manto de granjero y casi sin aliento. Se detiene en la puerta, enmarcada por estrellas que se ocultan tras unas nubes; la bruma flota alrededor de sus tobillos. Por un momento, las dos mujeres se miran, hasta que Sémele, quien ha estado despierta todo un largo día y una larga noche ya, pregunta tajante:

—¿Y bien? ¿Es ella?

—Sí —responde Penélope—. Es Clitemnestra.

—Hola, patito —dice Clitemnestra.

—Hola, prima —murmura Penélope mientras busca otra banqueta con la mirada.

Por un momento, ninguna de las mujeres lo entiende; luego Mirene se da cuenta y corre a ofrecerle el suyo a la reina, quien sonríe y toma la silla ofrecida mientras la hija de Sémele se queda de brazos cruzados, sin saber qué pensar de tanta realeza frente a su hogar.

—Creo que tienes retama en el pelo.

—¡*Odio* esta isla! —farfulla Clitemnestra mientras se lleva la mano a la corona de rizos sobre su cabeza para tironear de las mechas—. ¡Tú, muchacha! —Un gesto imperioso a Mirene, que claramente ha sido considerada maleable—. ¡Ayúdame!

Mirene mira a Penélope, quien niega con la cabeza.

—Eos, ¿serías tan amable?

Eos se adelanta desde la puerta, deja su lámpara, se acerca a la reina de Micenas y comienza a separar cuidadosamente sus rizos.

—Eos tiene un talento especial hasta para el cabello más tosco —explica Penélope; sus ojos brillan a la luz del fuego—. Entre muchos otros dones. Sémele y su hija pueden ser tus anfitrionas, pero tú eres su huésped y deberías comportarte de acuerdo con la costumbre.

—Creí que los huéspedes eran sagrados en Ítaca.

—Lo son. Por eso Eos te está ayudando con tu cabello.

Clitemnestra emite un único sonido, algo parecido al graznido del cisne del que dicen que nació.

—Te ha llevado bastante tiempo encontrarme, Penélope-pato.

—Deberías alegrarte de que haya sido yo y no tu hija.

—¿Electra? ¿Está aquí? Por supuesto. No puede dejar las cosas como están, ¿no?

—Y tu hijo.

Clitemnestra se tensa, aprieta los puños —un hábito, un instinto de calma— y vuelve a relajarse. La sonrisa está fija en su rostro. Es la sonrisa envenenada que solo encuentra diversión en lo mordaz y en la incomodidad que causa en todos los que ven sus labios venenosos. A Agamenón le fascinó esa sonrisa durante un tiempo. Él, que había conquistado toda Grecia, creyó que podría conquistarla también, una victoria final que lo había evadido por mucho tiempo, pero estaba equivocado.

—¿Orestes? ¿Cómo está? —murmura como si fuera la pregunta más trivial del mundo.

—Reza mucho.

—Es un buen chico.

—Está aquí para matarte.

—Por supuesto. Siempre entendió cuál era su deber.

—No pareces particularmente afectada.

—Orestes jamás podría afectarme. Está haciendo lo que se debe hacer. —Penélope levanta una ceja, y los dedos de Eos se detienen en su cuidadoso trabajo en el pelo de Clitemnestra. La reina micénica se mueve un poco en su asiento, luego pregunta—: ¿Cómo me encontraste, patito?

—Por favor, no me llames así. Soy la reina de las islas occidentales.

—Ay, patito —Clitemnestra hace un mohín—, tu marido está muerto, tu hijo no tiene ejército y tú estás… ¿qué? ¿Cortejando desesperadamente a mi hijo por su buena voluntad y su fortuna? ¿Tal vez tratando de casar a Electra con Telémaco? Escucha lo que te digo: lo devorará de un bocado y cagará sus huesos.

—Eres su madre.

Un resoplido de desdén; claramente Penélope no entiende nada de la relación entre una madre y una hija.

—Encontré un cadáver en la costa, un hombre llamado Hilas —dice Penélope, controlando la voz para no hablar con aspereza imperial.

—Ah, ¿sí?

Sémele le alcanza a Penélope el pequeño cuchillo tomado del cinturón de Clitemnestra. Penélope lo gira entre sus dedos, observa la punta de la hoja, la pequeña protección que podría dejar un círculo sangriento al clavarse en el cuello de un hombre. Se lo devuelve a la anciana granjera, menea la cabeza un poco, encuentra una extraña fascinación en el suelo bajo sus pies. Habla de forma distante, como un general hablando de soldados muertos en un campo lejano.

—Orestes y Electra trajeron hombres a mi isla. Han registrado cada granja y cada aldea. Van a registrar mi palacio. Es vergonzoso, por supuesto, pero la clase de vergüenza que, como dices, la reina de pequeñas tierras desperdigadas debe tolerar. Que no te hayan encontrado deja tres posibilidades. Que estuvieras escondida en los montes; poco probable, según todo lo que sé de ti. Que te hubieras escapado de esta isla; o que hubieras buscado cobijo en un templo. Estoy tratando de convencer a mis primos de que es lo primero.

—Electra no te creerá.

—Me estoy ocupando de convencerla.

Los labios de Clitemnestra se curvan en algo que casi podría ser un reconocimiento, un relámpago de respeto, pero la expresión le es tan poco familiar que no la puede sostener por más de un instante antes de que su sonrisa envenenada vuelva a su lugar habitual.

¿Lo ve Penélope? Tal vez. Pero igual que su marido, sabe cuándo hablar como si no hubiera público, sabe tejer una historia como si fuera algo íntimo, un secreto compartido.

—La noche que murió Hilas atacaron Fenera. Pero él no murió a manos de ilirios… Es más, creo que nadie murió a manos de los ilirios esa noche.

—No. —Clitemnestra suelta la palabra como si se sacara suciedad de las uñas—. Lo vi desde los acantilados. Eran griegos, vestidos con plumajes ilirios. —Ve que se arquean las cejas de su prima y se encoge de hombros—. Desde que mi marido sometió a la mayor parte de Grecia, muchos soldados griegos navegan como si fueran de tribus bárbaras, disfrazándose burdamente para hacer creer que todavía honran la paz micénica. Es una táctica de niños, fácil de descubrir si una ha pasado tanto tiempo como yo recibiendo en mi corte embajadores auténticos y obsequios auténticos de Iliria.

Aquí está; esta es la razón por la que Odiseo eligió a Penélope entre todas las otras mujeres de Esparta. No solo por la conveniencia del matrimonio y el pequeño empujón que le dio a su prestigio; no solo porque se decía que ella era la hija de una náyade, bendecida con algo de magia en su sangre. Aquí está, aquí está el momento en que sus primos se ríen y señalan y cantan: “¡Penélope pato, Penélope pato!”, y la joven Penélope, cuyo padre la arrojó por un acantilado cuando era solo un bebé, y a quien los mares salvaron de ahogarse con el método poco elegante de una bandada de patos valientes, aquí se sienta mientras las niñas se ríen y le tiran del pelo, y es como si estuviera en otro mundo, otro lugar donde ninguna burla puede tocarla, sin dolor ni enojo en su rostro. Al fin, los acosadores se aburrieron de mofarse de una piedra, y Odiseo se sentó a su lado y le dijo: “Es inútil burlarse del océano, ¿no es cierto?”, y ella levantó la vista, y aunque siguió en silencio, algo en el pliegue de sus labios pareció estar de acuerdo.

Ahora Clitemnestra, hija de Zeus, se sienta en una miserable granja en Ítaca, y nuevamente le habla a Penélope como cuando eran niñas, y es como si el agua le devolviera la mirada y se tragara cada piedra arrojada sin devolver ninguna onda.

—Tú mataste a Hilas esa noche en Fenera —suspira Penélope—. Mi teoría es que le pagaste para que te trasladara a escondidas desde Micenas a Ítaca, y el plan era seguir viaje desde Ítaca al oeste. Pero en algún lugar del viaje subió el precio más allá de lo que estabas dispuesta a pagar, o descubrió quién eras y se dio cuenta de cuánto más podía conseguir por traicionarte, ¿no es así?

—Los contrabandistas son codiciosos —replica Clitemnestra encogiéndose de hombros—. Hilas era solo medianamente codicioso, medianamente estúpido. Me amenazó, me habló como si yo fuera una… ¡una fugitiva troyana! Me iba a traicionar. No tuve opción.

—No pensó que pudieras ser una amenaza. Pudiste acercarte a él lo suficiente como para oler su aliento. Clavaste tu cuchillo, el que Sémele lleva ahora en la cadera, en su garganta. —Clitemnestra no lo niega. Tal vez está orgullosa de eso, como yo estoy orgullosa de ella—. Sin embargo, con Hilas muerto no tenías una vía fácil para salir de Ítaca, y su cuerpo pronto sería descubierto. En esto tuviste suerte. Los no ilirios vinieron, y pudiste arrojar su cuerpo entre los muertos, solo un cadáver más.

—¿Sabes por qué los saqueadores atacaron esa pequeña aldea miserable? —pregunta Clitemnestra inclinándose hacia la luz del fuego—. ¿Te gustaría saberlo?

—Fenera era un refugio de contrabandistas, lucrativo y sin defensas.

—Cualquier reina sabría eso. ¿Pero sabes cómo se enteraron los *piratas*? Yo sí. Puedo decírtelo si me lo pides con amabilidad. No fui la única que vio cómo ardía la aldea.

Penélope aprieta los labios.

—Mataste a Hilas, dejaste su cadáver y vinieron los saqueadores. Hasta aquí está claro. Pero ya le habías pagado parte del viaje para traerte hasta Ítaca. Le diste joyas, oro estampado con el sello de Agamenón. Un anillo, una pieza única.

—¿Lo encontraste?

—Sí.

—¿Dónde?

—En el cadáver de Hilas.

—¡Ajá! ¡Siempre supe que eras un cuervo más que un pato! Rey y reina de Ítaca: ambos carroñeros de la comida del plato de los otros.

—Soy la reina que aún puede salvar tu vida, prima.

—Casi no eres reina. ¿Alguien se inclina cuando pasas? ¿Alguien alaba tu nombre? Yo sé lo que es reinar.

—Lo supiste. Ahora eres solo una asesina. Cuando Orestes te encuentre, serás un cadáver.

—Es un buen chico —estalla. Y otra vez, un poco más suavemente —: Es un buen chico.

Cuando Agamenón vio a Clitemnestra por primera vez, acababa de atravesar a su marido con su espada. Su bebé lloraba en el cuarto contiguo, un niño tan reciente que el cuerpo de Clitemnestra todavía sentía los dolores del parto. Ella tomó la daga del cinturón de Agamenón y trató de clavársela en el corazón, pero él la asió de la muñeca y la sujetó mientras sus hombres iban al cuarto donde el bebé lloraba, y luego el bebé no lloró más. Había tanto odio en los ojos de Clitemnestra, que nunca se apartaron del rostro del tirano, que él lo encontró más embriagador que cualquier otra cosa que hubiera visto antes.

“La voy a poseer”, pensó mientras la mirada de ella lo atravesaba. “La voy a romper".

A Agamenón siempre le gustó romper cosas. Le dio la daga como regalo de casamiento, y ella la aceptó sin decir nada.

—No sabía bien cómo atraerte después de que hubieras matado a Hilas —confiesa Penélope mientras la aurora pellizca el horizonte hacia el este—. Aunque Ítaca es una isla pequeña, está llena de lugares donde esconderse. No estabas en el monte, eres demasiado blanda. Ni en las aldeas, ni en Cefalonia; mi gente o los micénicos te habrían encontrado. Buscar refugio en un templo parecía lo más probable; el único lugar que los micénicos no despedazarían. El único lugar que yo tampoco violaría. No en el templo de Atenea: me habría enterado. Demasiados hombres poderosos se reúnen allí; demasiados ojos lo observan. ¿Dónde, entonces? En el altar de Artemisa, tal vez; lejos de las ciudades, un santuario para mujeres, aun cuando esa diosa no tenga una relación muy favorable con tu tribu. Estaba lo suficientemente cerca, y la sacerdotisa te protegería si acudieras a ellas buscando auxilio. No podían protegerte si te marchabas, por supuesto, pero no podías marcharte de Ítaca con los hombres de Electra merodeando por mi isla. Te recuerdo como el epítome de la impaciencia, grosera y alterada. Esconderte debe de haber sido un tormento.

—He aprendido a ser paciente, prima.

—Pero no lo suficiente —replica Penélope con más aspereza de la que era su intención—. Dado que casi con certeza estabas en el templo, la pregunta era cómo sacarte de allí. Se sospecha en Ítaca que si las cosas no funcionan con los pretendientes, me veré forzada a huir hacia mis aliados de las islas. Para esto, tengo una embarcación secreta pero siempre lista. Fue sencillo mencionarle esto a Anaitis en su santuario. A la gente de Ítaca le encantan los rumores, y Anaitis…,

bueno, imagino que debe de haber estado encantada de ver que te ibas sin tener que violar su juramento sagrado de protección. Así que… aquí estás.

—Aquí estoy —reconoce Clitemnestra—. Lo que me convierte en tu veneno ahora, ¿no es cierto?

Penélope se mueve en su asiento, se inclina hacia delante, los dedos entrelazados, se echa hacia atrás; parece que por un momento se olvida de cómo ser reina. Eos desliza los dedos entre un nudo en el cabello de Clitemnestra. Yo juego con las puntas, masajeo la espalda de la reina de Micenas, susurro: "Estoy aquí". Miro a Penélope, agrego un poco más fuerte —pero no tanto como para que los mortales caigan fulminados ante mi escondida presencia—: "Aquí estoy". Penélope puede ser una reina, una suplicante en mis dominios, pero Clitemnestra fue la única hija de Esparta que se atrevió a sentarse en el trono de su marido.

—¿Por qué has venido a Ítaca, prima? —pregunta Penélope con un suspiro.

—No por ti, patito —replica Clitemnestra, áspera y aguda—. No tenía opción. Tus miserables islas están en mi camino; ojalá Poseidón las hundiera.

—¿Pensaste en pedirme ayuda?

—De ninguna manera.

—¿Por qué?

Clitemnestra resopla. No es un sonido agradable, bonito, pero Clitemnestra nunca ha sentido la necesidad de agradar a nadie más que a sí misma. Eso también le pareció fascinante a Agamenón, hasta que ya no fue así.

—Porque lo sé todo sobre ti, patito; te pasas el día llorando y gimoteando por Odiseo. "Ay, pobre de mí, ay, mi miserable vida, ¿qué dirán los hombres?". No eres una reina. Eres solo una viuda que legitima con sus mohínes cualquier cosa que decretan los hombres de la casa de Odiseo. No tienes agallas para ayudarme.

Penélope suspira, niega con la cabeza.

—¿Ves algún hombre aquí?

Clitemnestra mira a sus captoras y, finalmente, por un instante, parece ver su sexo. Hay una chispa de algo —¿podría ser duda?— en su expresión, que esconde de inmediato; aleja a Eos de su lado y se sienta más erguida.

—Por lo que yo sé, hay solo dos clases de hombres en Ítaca. Ancianos que se esconden por los rincones y niños que hacen fila para meterse entre tus piernas.

—Excelente evaluación de la hombría de Ítaca —concede Penélope —. Ya que puedes verlo con tanta claridad, me sorprende que no puedas ver las consecuencias. Electra ha ordenado el cierre de los

puertos. Yo podría darte mi bote, pero te llevaría solo hasta Cefalonia, donde los micénicos merodean por la costa, y hay grandes recompensas por tu cabeza. Te atraparán y te matarán. Tu hijo derramará tu sangre en mi suelo. Por lo tanto, te quedarás aquí, como huésped de Sémele y mía, hasta que haya asegurado la salida de tus hijos de mis islas.

—¿Salida? ¿Cómo?

—Claramente esperando con impotencia que algún anciano haga algo. ¿No es lo único que sé hacer, acaso?

Clitemnestra nació de la misma nidada de huevos que Helena. Sus hermanos brillan en el firmamento. Hay muy poco que pueda sorprenderla y, sin embargo, tal vez ahora reconsidera una cantidad de suposiciones que ha hecho. No ha tenido que reconsiderar mucho en su vida.

—Electra nunca se dará por vencida.

—Se parece mucho a ti.

—¡No se parece en nada a mí!

Penélope ladea la cabeza, observando cómo la reina de Micenas recupera la compostura y añade con más calma:

—Esa chica siempre idolatró a su padre.

"¡Papi es un héroe y tú no eres más que una estúpida puta!", chillaba Electra a los once años dando un portazo en la cara de su madre. Clitemnestra no recuerda por qué su hija dio el portazo, pero supuso que estaría pasando por alguna etapa complicada.

"¡Papi es un héroe y tú no eres más que… que… que una mujer!", gritaba Telémaco a los doce años alejándose de Penélope cuando ella trataba de obligarlo a que hiciera… algo. Aprender horticultura básica. Estudiar leyes y jurisprudencia. Algo útil para un rey, sin duda. Algo que no fuera ser un héroe ante las murallas de Troya. Ella también pensó que era una etapa.

Las dos reinas se miran ahora en silencio y se preguntan: ¿hay un límite a lo que puede dar una madre? Nosotros los dioses aplaudimos a quienes lo dan todo, todo, más que todo y más de lo que nunca podría alcanzar. Cualquier mujer que da solo todo lo que tiene para dar, y luego ya no tiene nada más, es condenada a los campos ardientes de Tártaro, y simplemente decimos: es por los niños.

A Penélope se le ocurre que no sabe si le agrada su hijo. Lo ama, por supuesto, y se pondría ante lanzas para salvar su vida. Pero ¿le agrada? No está segura de que haya suficiente en él aún del hombre en el que se transformará como para poder saberlo.

A Clitemnestra no le agrada Electra. Vio a su hija espiando tras la puerta de sus aposentos una noche cuando Egisto estaba en plena faena, pero no gritó: "Detente, detente, mi amor, detente". Nunca había sabido lo que era ser adorada por un hombre, experimentar su

propio placer, su propio éxtasis, hasta que llegó Egisto. Luego se dijo que era mejor que su hija viera, que Electra supiera que las mujeres también pueden gritar de gozo cuando las toca un hombre, que un hombre puede elegir pensar en el placer de una mujer además de en el propio. Pensó que tal vez entonces Electra entendería, y se alegraría por su madre. Pero después de aquel día Electra pareció aborrecer a Clitemnestra más que nunca, más aún que el día en que estuvieron junto al altar en el que murió Ifigenia.

—Papi tuvo que matar a Ifigenia —proclamó Electra una noche de alcohol cuando el banquete estaba terminando—. Lo hizo por los griegos y por los dioses. ¡No deberías haber tratado de interferir!

Ambas, Penélope y Clitemnestra, dijeron a sus hijos que sus padres eran héroes cuando ellos aún eran niños y preguntaban dónde estaban sus padres. Les pareció un gesto de bondad. Les pareció lo correcto.

—Supongo que no tengo otra opción que confiar en tu… discreción —musita Clitemnestra; las dos reinas siguen sentadas a la sombra del fuego—. Eso te debe hacer feliz.

—No me hace feliz. No obstante, seré discreta.

—Vi antorchas en el bosque más arriba del templo hace algunas noches; y ahora aquí hay mujeres con espadas en tu isla. ¿Estás… *conspirando*, patito?

—Cuando una mujer no tiene oro, soldados, nombre ni honor, ¿qué otra cosa puede hacer?

Clitemnestra asiente. Ella tenía oro, soldados y nombre; no precisamente honor, pero con las tres primeras basta. Ahora tiene harapos y mugre en el cabello, y su nombre…, bueno, ni siquiera sabe cuál es su nombre ahora.

Por un momento, las dos mujeres permanecen sentadas en silencio. Clitemnestra derecha como una columna del templo de Zeus, Penélope algo encorvada; su curiosidad asoma a través de su rígida contención. Finalmente, Clitemnestra estalla:

—¡Dilo de una vez, patito! ¡No te quedes allí sentada mirándome fijamente!

—¿Por qué lo hiciste? —susurra Penélope—. ¿Por qué mataste a Agamenón?

Los ojos de Clitemnestra se agrandan de ira, de desesperación, y en su corazón grita Egisto, Egisto, y todavía siente la lengua de él contra su cuello tibio. Su voz, cuando habla, quema como el hielo, no como el fuego.

—¿Por qué… lo maté? ¿Al hombre que mató a mi hija? ¿Que mató a mi hijo? ¿Que volvió de su guerra con putas para ponerlas en mi cama? El asesino, el monstruo de Grecia, el… Deberías *agradecérmelo*. ¡Toda Grecia me lo agradece! Deberías estar de rodillas besando mis pies, deberías… *¿Por qué lo maté?*

Penélope arruga la frente por un momento, confundida más que herida por las palabras de Clitemnestra.

—No —murmura por fin—. Eso no. Quiero decir… ¿por qué lo mataste de esa manera?

Clitemnestra se paraliza como la serpiente lista para atacar, luego se repliega en sí misma, más pequeña ahora, una mujer, no una reina. Y, por supuesto, hay más. Pues sí, sí, todo eso es cierto, esa herencia de sangre y muerte, pero aun así… Clitemnestra se inclinó e hizo mohínes y dijo: "¡Oh, esposo amado, bienvenido a casa!" cuando Agamenón llegó al muelle. Se arrojó a sus rodillas y exclamó: "¡Mi héroe! ¡Mi amor! ¡Oh, el más grande de los reyes!" y arrojó pétalos a sus pies y lo hizo llevar en una silla de oro al palacio mientras ella —a la vista de todo el mundo y solo con la pequeña ayuda de una cebolla — lloraba de gozo por su regreso.

Solo más tarde, cuando él le dio la espalda, ella dejó que la expresión de odio volviera a su cara y la furia martillara su corazón. Entonces, Egisto salió de las sombras y la estrechó en sus brazos y susurró: "Aún no, mi amor. Aún no. Debemos tener cuidado. Debemos ser prudentes. Todavía no ataques, todavía no".

Egisto, que era hijo de un rey, el asesinado tío de Agamenón, un hombre con tanto derecho a gobernar Micenas como cualquier otro. Y en cambio había sido reducido a poeta, a ser un hombre que tenía que dar placer a las mujeres para ganarse la vida, a lo más bajo de lo más bajo. La estrechó mientras ella temblaba de furia, mientras su piel se erizaba ante el contacto con Agamenón, y susurró: "Espera, mi amor. Espera. Eres muy valiente, eres muy fuerte. Nadie más en Grecia podría hacer esto, pero tú puedes".

Clitemnestra había temido que Agamenón exigiera poseerla inmediatamente, que le girara la cabeza con la mano para no tener que verla mientras le daba lo suyo. Pero no; estaba demasiado atiborrado de vino y de adoración de los hombres de la ciudad como para molestarse con su esposa, por lo que ella se situó detrás de él, sonrió y dijo: "Como quieras, mi amor", y puso a sus esclavas troyanas en la segunda mejor habitación del palacio y se preguntó si también les aplastaría la cara para no verlas cuando las poseía, si les dolía el cuello de tanto agacharse.

"Espera, espera", susurraba Egisto, y ella esperaba. Esperaba el momento apropiado, esperaba que un veneno o una enfermedad le dieran una sutil oportunidad de vengarse y parecer la viuda doliente. Pero entonces una noche, cuando ella estaba a punto de dormirse, Agamenón irrumpió como una tromba y rugió:

—¿Qué mierda has estado haciendo, mujer?

Ella intentó espabilarse mientras él se abalanzaba sobre ella; le golpeó la cara y ella inmediatamente se dejó caer al suelo, pues sabía

que a él le gustaba golpear a las mujeres cuando estaban de pie.

—¿Qué mierda es esto? ¿Desterraste gente? ¿Desterraste a mis amigos?

—Apliqué la ley, desterré a enemigos de Micenas, goberné como me pediste que lo hiciera…

La golpeó otra vez, aunque estaba en el suelo, y entonces ella sintió miedo, miedo verdadero.

—¡Tú no gobiernas! —le gritó; la saliva que escupió fue a dar a los ojos de ella, a su nariz ensangrentada—. ¡Yo soy rey! *¡Yo soy rey!* ¡Tú eres solo una… *una cosa*! ¡Tú no das órdenes! ¡Tú no exilias a mis amigos! ¡Tú no hablas con hombres ni mercaderes ni generales ni el consejo ni con ningún hombre *si yo no lo digo*!

Y aquí está, aquí viene.

Alguien ha susurrado en el oído de él, alguien ha murmurado: "Agamenón, en cuanto a tu esposa…".

Alguien le dijo que cuando no estaba, ella se había sentado en su silla, había hablado con su voz, y que a aquellos que la cuestionaron al principio los hicieron callar rápidamente. Era una mujer, y gobernó como un rey, y ahora —aquí está, siempre iba a ser así— la levanta y la arroja sobre la cama, y aunque ella grita y araña y trata de clavarle las uñas en los ojos, él sigue siendo más fuerte que ella. Siempre ha sido más fuerte que ella.

Y cuando ha terminado, se derrumba sin aliento sobre las sábanas pegajosas, habiendo aclarado el asunto de la mejor manera que sabe hacerlo.

Egisto manda un mensaje desde afuera del palacio: "Ya llego, ya llego, reuniré hombres y volveremos a tomar lo que es nuestro…".

Pero no viene.

Agamenón llama de vuelta a sus amigos desterrados, los ladrones y mentirosos que habían despojado su corte mientras él no estaba, los aduladores y sinvergüenzas que susurraban mieles al tiempo que desafiaban la ley. Desnuda a Clitemnestra frente a ellos, le ordena: "Suplica su perdón", y cuando ella no suplica, cuando no se dobla, la sujeta sobre sus rodillas y la golpea hasta que sangra, y Egisto aún no viene.

Y luego, una noche, cuando le ha empujado la cabeza contra la pared y le ha abierto las piernas —"¡Puta, zorra, maldita puta, yo soy el rey, yo soy el rey, yo soy el rey!"—, una noche, cuando él ha terminado de hacer lo suyo y yace allí, sudando vino y grasa, ella se levanta para lavarse, limpiárselo de la piel, y ve el cuchillo que a veces usa para cortar fruta aún en el recipiente de plata. El cuchillo que fue su regalo de casamiento.

Y deja de limpiarse, ya que tendrá que lavarse otra vez.

Y toma la daga.

“Pareces una maldita…”, dice él, pero no terminará la frase.

Y ella lo hace.

No por su hijo, muerto en la corte de Tántalo.

No por su hija, asesinada en el altar de Artemisa.

Lo hace esa noche, temeraria e impulsiva, por sí misma.

Por nadie más.

“Te quiero”, susurro, mientras la sangre corre por sus brazos.

“Te quiero”, proclamo cuando llega Egisto de su guarida y contempla horrorizado el cadáver.

—¿Qué has hecho? —susurra, y ella no tiene respuesta.

“Te quiero”, murmuro, mientras ella escapa en la noche. “Eres amada por la reina de los dioses. ¡Te has liberado, vuelas como la luna a través de la noche, eres justicia, eres venganza, eres el puñal justiciero en la oscuridad! Eres mi Clitemnestra”.

Unos pocos días después, Orestes arrojó la lanza que terminó con la vida de Egisto. Fue el primer hombre que mató su hijo.

“Te quiero”, suspiro mientras Clitemnestra permanece sentada quieta y silenciosa en la noche de Ítaca. “Estoy aquí”. Entrelazo mis dedos con los suyos, luego estiro el brazo y tomo las manos de Penélope en las mías y las uno a mí y entre ellas en ese silencioso lugar. “Mis reinas”, suspiro mientras al este el sol pellizca el horizonte. “No temáis”.

Fuera, un búho ulula en la noche que se desvanece, y por un momento siento otra presencia, transportada en el batir de alas emplumadas.

CAPÍTULO 26

En la oscuridad más allá de la granja de Sémele, Priene espera. Teodora de Fenera está a su lado, con el arco cruzado sobre la espalda. Ourania, jefa de espías de la reina, está un poco alejada, junto a una de sus doncellas. Hay otras también: mirad hacia la oscuridad y allí están, las viudas, las huérfanas, las doncellas y las harapientas pescadoras. La reina llamó y ellas acudieron, y ahora, mientras Penélope se acerca con Eos a su espalda, esperan en silencio en la oscuridad.

Penélope toma la mano de Ourania, susurra en su oído. La anciana asiente, e indica a sus mujeres que se vayan. Su trabajo aquí está terminado. Pronto habrá otros.

Entonces la reina se acerca a Priene. La guerrera no se inclina. No muestra deferencia alguna a mujeres ni a hombres. Penélope se detiene a unos pasos de distancia, estudia a Priene en la tenue luz de las lámparas, contempla la oscuridad que las rodea con ojos semiocultos en las sombras. Dice finalmente, con voz lo suficientemente fuerte como para que todas puedan escuchar:

—Priene. Capitana.

Nunca antes han llamado "capitana" a Priene. En su tribu no había necesidad de esos títulos. Todos entendían su deber, su lugar; no hacía falta deletrearlo en historias impuestas por los fuertes sobre los débiles. Pero esto es Grecia, donde esas palabras tienen poder en sí mismas.

—Reina —responde sin saber si es la forma correcta de dirigirse a ella y sin que tampoco le importe demasiado. Y luego—: Entonces, es la esposa de Agamenón.

Penélope mira hacia el cielo, hacia la luna poniente, la línea de gris en el horizonte, luego hace un ademán hacia un lado, para que las dos puedan caminar juntas y hablar con más tranquilidad.

—Sí. Es ella.

—¿Fue ella? ¿Lo mató ella? —Priene no puede contener la admiración en su voz—. ¿Estaba en la bañera desnudo, como dicen?

¿Ella bebió su sangre? ¿Comió sus partes…?

—No le he hecho esas preguntas específicamente. ¿Cómo va el entrenamiento? Pronto habrá luna llena.

Priene se encoge de hombros. Esto es evidente, y por lo tanto no requiere comentarios.

—Los saqueadores vienen con la luna llena —agrega Penélope mirando la delgada luz que juega sobre el rostro de Priene, buscando una señal en ese movimiento—. ¿Estarán listas las mujeres?

Priene considera la pregunta solo el tiempo que le lleva patear una pequeña piedra que estaba en su camino.

—No.

Penélope se contiene, no suelta bruscamente el aire, quiere discutir, pero recuerda que es mejor no hacerlo. Es paciente. Se lo recuerda a sí misma todo el tiempo. Ser paciente es sentir furia ardiente, furia impotente, es rabiar y temblar ante la injusticia del mundo y, sin embargo —y, sin embargo—, contener la lengua. Esto es lo que ha llegado a comprender de la paciencia, aunque nadie más parece entender el calor que provoca en su pecho. Por lo tanto, dice:

—Muy bien. Te dejo con tus asuntos. Que tengas un buen día.

—Reina —suelta Priene antes de que Penélope se pueda retirar—. Esta Clitemnestra.

—¿Qué pasa?

Priene endereza ligeramente la espalda y se lleva dos dedos de la mano derecha al corazón.

—Rezaré pidiendo bendiciones y fortuna para ella.

Hace mucho que Priene no reza. “¡Rézame a mí, rézame a mí!””, susurro en su oído mientras las mujeres se retiran. “¡Rézame a mí, mi valiente, reza a Hera!”.

Priene no oye. Su corazón está cerrado a todos excepto a la dama del este que se baña en el fuego de la aurora matutina.

Por la mañana, Anaitis se planta ante las puertas del palacio con los pies separados como raíces de fresno.

—¡Una sacerdotisa de Artemisa, qué maravilloso! —trina Autónoe —. Por favor, entra.

Anaitis fulmina con la mirada a la mujer, al palacio, a la misma ciudad a su alrededor como si sospechara que todo es una trampa; luego, finalmente, de mala gana, cruza el umbral. No toma el vino que le ofrecen, ni se sienta en la silla que le acercan, sino que se queda de pie, un tronco de mujer con los brazos cruzados, durante casi una hora, mientras que los pretendientes mareados por la resaca se arrastran y pasan tambaleándose ante ella; finalmente, aparece Penélope.

—Buena sacerdotisa —entona la reina—, nos sentimos honrados

por tu visita.

—No es cierto —replica Anaitis —. La gente no es así.

—Por favor… hablemos en privado.

Hablan, un poco incómodamente, ante el pequeño altar hogareño de Hestia, donde solo las mujeres se toman la molestia de rezar. Mi hermana es una vieja solterona aburrida que no se preocupa porque la sacerdotisa de otra diosa se pare ante su altar como si le perteneciera, pero si esta sierva de Artemisa hubiera hablado ante *mi* imagen, yo le hecho crecer verrugas.

—¿Y bien? ¿Dónde está? —susurra Anaitis.

—Si te refieres a mi prima, está perfectamente a salvo.

Un bufido, una inspiración, pero Anaitis no sabe qué pensar de esa información inesperada, no había preparado las palabras adecuadas aparte de un "¿Es realmente así?" que, ahora, allí donde está, le resulta un poco infantil. Penélope suspira, sonríe, resiste el impulso de palmearle la espalda.

—Dejando de lado mis… sentimientos encontrados por el hecho de que hayas estado escondiendo a la mujer más valiosa de toda Grecia en tu templo, y mis sentimientos igualmente intensos y contradictorios ante lo dispuesta que estuviste a hablarle de mi bote…

—¡Del que me hablaste tú! —chilla Anaitis antes de mirar hacia su sombra para comprobar que nadie más haya oído su estridencia—. ¡Tú *querías* que se lo contara! ¡Querías que la sacara de la isla!

Penélope espera un momento a que la ira de la sacerdotisa disminuya, luego sonríe y asiente nuevamente.

—Por supuesto que quiero que Clitemnestra se vaya, pero ella *no* es hija de náyades. Sus habilidades de navegante se limitan a comentarios sobre los hombros aceitados del remero atractivo más cercano. Este resultado es el menos malo del que puedo disponer por el momento.

—Está bajo *mi* protección. Pidió asilo.

—*Estaba* bajo tu protección. Al salir del terreno del templo, ya no está bajo ninguna protección más que la suya misma. Ahora está bajo la mía.

—Artemisa estará…

—Artemisa le ordenó a Agamenón que matase a su hija. Independientemente de cómo los dioses se muevan en nuestra vida, estimada hermana, no imaginemos que lo hacen por ningún capricho más que el suyo propio.

Si yo fuera Apolo, maestro de historias y tejedor de baladas, podría terminar mi narración aquí mismo, en el más sustancial de los puntos. Pero, lamentablemente, él está ocupado afinando su lira en Delos mientras muchachos núbiles de voces aún sin quebrar atienden sus, digamos, inclinaciones musicales, por lo que dejaré que mi narración

continúe aun cuando dudo que alguna vez se haga un comentario más sabio, más apropiado.

Anaitis se pone nerviosa y resopla, y si va a ser completamente honesta, no sabe cómo se siente con toda esta situación.

—Quiero verla.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no quiero que toda Ítaca sepa dónde está Clitemnestra.

—Yo nunca…

—Sin embargo, entiendes por qué no quiero correr el riesgo.

Anaitis siente algo —¿tal vez indignación?— ante esto, pero nuevamente, nunca está del todo segura de qué sentimiento la guía con más fuerza hasta haber tenido la oportunidad de sentarse y pensar las cosas. Así que, en cambio, levanta la nariz, aparta la mirada y dice:

—Puedo guardar tus secretos, reina. Sabes que puedo.

—Lo sé. Te estoy agradecida.

—Pronto será luna llena.

—Lo tengo presente.

—¿Pelearán las mujeres cuando vengan los piratas?

—No.

—¿Por qué no?

—No están listas, y aun si lo estuvieran, no estoy segura de dónde atacarán los ilirios.

—Oh. —El entusiasmo de Anaitis es tan voluble como su ama, también tienen eso en común—. Entonces, ¿qué podemos hacer?

—He estado pensando en esto. Los sacerdotes del templo de Atenea a veces honran la luna llena con un sacrificio; yo misma he asistido a menudo para rezar por mi marido. Pienso que el templo de Artemisa también podría querer celebrarlo. ¿Tal vez alguna clase de… festividad de medianoche? ¿Alguna fiesta sagrada que coincida con la luna llena? ¿Canciones, danza, pasteles de miel para los niños, esas cosas? La clase de devoción que pueda alentar a que la gente de la costa se retire hacia el interior, lejos de las gentiles aguas del mar.

A Anaitis le brillan los ojos.

—El templo de Atenea está bien provisto, por supuesto. Todos los que pasan por el puerto se detienen a honrar a la famosa patrona de Odiseo. Mientras que el de Artemisa… Estamos en lo más profundo del bosque, viene menos gente…

—Me aseguraré de que tengáis las provisiones adecuadas.

—… el tejado tiene goteras; las tormentas del invierno pasado…

Penélope está demasiado cansada para regatear.

—Enviaré carpinteros a encargarse del tejado y carros con ofrendas.

—A la diosa le complace una danza de medianoche —concluye Anaitis; asiente con satisfacción y de inmediato vuelve a poner un

gesto ceñudo—. ¿Y este otro asunto? ¿La… la mujer que no se marchó en el bote?

—De momento está segura, lo juro.

—¿De momento?

—Me estoy ocupando de ello —Penélope suspira—. Sé que es…, sé que te estoy pidiendo que confíes en mí. Pero estoy haciendo todo lo que puedo para tratar de resolver todas estas cuestiones.

Anaitis piensa que el mundo parece estar lleno de gente haciendo todo lo que puede, y eso rara vez significa algo. Sin embargo, hacer todo lo que se puede es lo máximo que se puede pedir. Anaitis sabe que la usaron, y no está demasiado ofendida por ello. Usarla es razonable, y no tiene paciencia con gente que no respeta la razón.

—Estoy segura de que la diosa estará encantada con nuestras devociones —musita.

Penélope asiente, sonríe.

Hacemos lo que podemos para honrar a la divinidad.

CAPÍTULO 27

En la noche nublada, miro hacia abajo desde los cielos y creo que veo…

… sí, mirad otra vez, y allí está ella.

Atenea está sentada y ulula como una idiota absoluta, una lechuza sobre la rama ennegrecida de un viejo árbol marchito. Uhu y otra vez con el puto uhu, y parpadea en la oscuridad, como si yo no fuera a verla, como si yo no la descubriera siempre con sus patéticos disfraces.

Uhu y el puto uhu, y la dejo ulular un rato en el árbol sobre el palacio, porque aunque me moleste, Ítaca es más *su* dominio que el mío, y una debe guardar sus batallas hasta estar segura de poder ganar.

Uhu, uhu, dice, y no... un momento. Mirad otra vez. Bajo las nubes presurosas casi se me escapa, pero ella está haciendo algo más que cazar ratones esta noche.

Atenea llama a la neblina de medianoche, que se levanta desde el mar revuelto y le responde. Se entreteje en los sueños del viejo Eupites, padre del miserable Antínoo, quien querría ver a su hijo rey de las islas occidentales y ahora se encuentra desnudo y avergonzado mientras Pólibus, Egiptius y toda la muchedumbre de ancianos lo señalan y se ríen y le arrojan estiércol de cerdos. “¿Cómo llegamos a esto?”, se pregunta mientras se retuerce de vergüenza tratando de esconder su marchita figura de la malicia. “¿Cómo llegamos a que los ancianos que alguna vez fueron sirvientes de Laertes, que fueron compañeros de armas y de amistad, se hayan vuelto unos contra otros?”.

Atenea llama a la neblina de medianoche, que a su orden se introduce en las fosas nasales de Anfínomo, un soldado que se ha vuelto nada más que el pretendiente de una viuda, que sueña con lanzas y sangre y la danza de la muerte, y cae, cae, cae bajo la espada de un héroe de cabellos dorados cuya cara no puede ver, solo para levantarse y caer, caer, caer otra vez.

Atenea llama a la neblina de medianoche, y sus sueños tocan a

todos los pretendientes del palacio, pesadillas de sangre y terror y venganza largamente postergada. Y sus sueños tocan al durmiente Orestes, pero un toque no es suficiente para romper los lazos de angustia que ya se han enroscado en su sueño; la diosa necesitaría un ariete para espantar la imagen del rostro de Clitemnestra de la mente sangrienta de su hijo.

Y sus sueños tocan al viejo guerrero Peisenor, por quien tiene predilección, y por una noche él cree que su milicia de niños desgreñados puede ganar. Y sus sueños tocan a Kenamón de Menfis, quien realmente no tiene idea de cómo interpretar esta violenta intrusión en sus horas de sueño, dado que es la primera vez que una diosa de Grecia le ha enviado visiones.

Sus sueños no tocan a las mujeres del palacio.

Uhu, uhu, ulula la lechuza, uhu, uhu, y no se le ocurre a mi hijastra que las mujeres de Ítaca merecen que les dedique algo de tiempo.

Yo podría reír, escupir en su rostro, cerrarle con mi pulgar e índice ese estúpido pico suyo, y gritarle *uhu, uhu*, en esos parpadeantes ojos amarillos. Más tarde, tal vez. Todavía no.

Luego veo otro sueño que ha enviado, casi se me escapa, pequeño y negro como el carbón. Este sueño no viaja en la neblina, sino en el mordisqueo de una mosca de finas alas nacida de un pozo de agua estancada bajo la ventana de Telémaco. Se arrastra entre sus sábanas, con un agudo chirrido, olfateando la cálida exhalación de su aliento, antes de finalmente aferrarse al suave pulso de su cuello y enterrar su probóscide en la dulce lava de su sangre escarlata.

Y mientras se alimenta, él sueña y grita en su sopor, y yo no sé qué sueño le ha enviado, no puedo verlo. Podría bajar del Olimpo y arrancar el insecto de su garganta, estrujarlo para extraer el espejismo que ella ha entretejido en él, pero ella lo sabría, lo vería, y volaría a mi esposo y diría: “Oh, padre poderoso, ¿no te molesta que tu esposa interfiera con las mentes de los mortales?”.

Y entonces mi esposo diría: “¡No, Hera no, de ninguna manera!”, y en menos de un día sería llamada a su lado y me diría que tiene un banquete que quiere que prepare o alguna profecía a la que hay que dar forma o alguna tontería absoluta, una farsa para alejarme del territorio de los hombres, mientras me vigila por encima de la punta de su nariz y se pregunta si yo —*yo*— he sido infiel. Así iría la historia, como ha ido muchas veces ya. Soy, después de todo, la diosa de las esposas, y el deber de la esposa es quedarse en casa.

Así que dejo que Atenea envíe su sueño al hijo de Odiseo, y no tengo idea de lo que sueña, solo que se despierta sudoroso y jadeando, y esta noche mi ignorancia me aterroriza.

Y así la luna esconde su luz tras las nubes, pero para aquellos de nosotros que despejamos el cielo con el roce de nuestros dedos, ella

crece.

Y entonces...

El día antes de la luna llena, en una tarde encapotada con nubes que corrían en un cielo del tamaño del que se encuentra sobre las cambiantes aguas de Poseidón, a un marinero lo arrastran hasta el salón y lo arrojan a los pies del consejero Egiptius.

Egiptius escucha su historia, luego manda llamar a Peisenor y Medón.

Peisenor y Medón escuchan su historia, y mandan llamar a Penélope. Para cuando Penélope termina de escucharla, ya está teñida del tedio de la repetición, y los coloridos detalles y justificaciones que habían embellecido su relato inicial se han disuelto en aburridas afirmaciones de hechos: tiempo, lugar, modo y nada más, ni siquiera especulación.

Egiptius dice:

—¡Deberíamos decírselo al rey Orestes! —Y todos admiten que es una buena idea.

Convocan a Orestes, y llega seguido de sus hombres leales, y unos pasos más atrás viene Electra.

—¿Qué es esto? —pregunta Electra ante la asamblea cada vez más numerosa de los buenos, los poderosos y los meramente curiosos—. ¿Qué es este ruido?

Penélope la observa desde atrás de la pared de sabios consejeros que ahora buscan hablar por ella, y piensa que a pesar de todas las protestas de Clitemnestra, hay mucho de la madre en la hija. ¿Cómo podría no ser así, con un padre ausente tanto tiempo del hogar?

—Este hombre es un mercader de Córcira —vocifera Peisenor, a quien siempre le gusta involucrarse cuando la realeza, incluso la realeza aspirante sin corona, está en la habitación—. Trabaja el comercio de ámbar desde los puertos del norte hasta el Nilo. ¡Enséñale a su alteza lo que nos has enseñado!

El marinero, cuyo nombre es Origen y quien realmente merece algo mejor, abre su mano para revelar el objeto de todo este revuelo. Es oro, pesado, prolijamente alojado entre los pliegues de su piel curtida por el sol. Electra se inclina para tomarlo, girándolo lentamente hacia un lado y otro. La luz de la tarde es miel espesa a través de las ventanas del salón y dibuja líneas duras y lanzas calientes en el aire quieto. Ella siente el peso del anillo en su mano, lo examina, no se molesta en mostrárselo a su hermano.

—Es de mi madre —dice finalmente, y hay una exclamación general, un poco exagerada.

Penélope llega un poco tarde a la exclamación, pues supuso que resultaba obvio por todo el revuelo que todos sabían que era de la

madre de Electra, pero de todos modos el efecto general es satisfactorio.

—¿Cómo lo obtuviste? —le pregunta Electra, tajante, al hombre asustado y de nuevo, Penélope no va a ser quien lo diga, pero hay mucho de Clitemnestra en el relampagueo de los ojos de Electra, la inclinación de su mentón. ¿De quién más iba a aprender a ser reina, si no?

—Una mujer vino a Hiria —responde, y algunas repeticiones atrás, esto habría sido un balbuceo lleno de justificación y pompa, pero ahora, en cambio, es una versión más calma, dado la cantidad de veces que lo ha repetido sin perder ninguna extremidad—. Buscaba pasaje al norte. Abordó la embarcación de un mercader de nombre Sóstrato, quien me había comprado un cargamento de leña hace menos de dos lunas. Ella pagó por su pasaje con este anillo, que él me entregó como pago por lo que me adeudaba. Pero cuando traté de cambiarlo por carga para traer al sur, me llevaron ante un funcionario de la ciudad, quien me llevó con un micénico, quien juró que era el anillo de la traidora reina Clitemnestra. Entonces mandaron hombres a que me trajeran, y aquí estoy. Para honrar y servir —agrega apresuradamente, ahora que hay realeza en la habitación—. Con lealtad, como sirviente que soy.

Penélope escucha con tanta curiosidad como todos los demás en el salón, pues es verdaderamente la primera vez que oye esta historia, y mientras escucha se pregunta qué partes de ella llevan el toque de Ourania. Ciertamente, la mujer que le dio el anillo a Sóstrato debe de haber sido de la casa de Ourania, pero se ha ido ahora, ha sido trasladada a algún lugar seguro del que no necesita regresar por muchas lunas. ¿Quién más pudo haber sido? ¿Sóstrato habrá sido hombre de Ourania, o simplemente una pieza útil para mover, un medio para hacer llegar el anillo hasta Origen, y a Origen a la corte de Penélope? (Es esto último: Sóstrato no sabe que lo han usado, y Origen nunca se dará cuenta de lo predecible que es su conducta, o lo fácilmente manipulables que son sus planes. El único riesgo que corrió Ourania fue cuando el guardia del puerto no reconoció de inmediato el anillo en la mano de Origen, y la vieja espía tuvo que mandar a una muchacha a susurrar en el oído del hombre que ella había visto alguna vez algo así en Micenas. A la muchacha no se la recuerda ahora).

Electra cierra su puño alrededor del anillo como si fuera a sangrar por él, los nudillos blancos, la muñeca temblorosa.

—Hiria está en tus dominios, ¿no es así? —pregunta con aspereza a Penélope—. ¿Por qué aún salen barcos de allí?

Penélope ha abierto la boca para responder, o para pedir disculpas, para girar y decir: “Buenos consejeros, ¿cómo ha podido ocurrir algo tan terrible?”, cuando Medón habla:

—El mensajero que fue hacia el norte fue retrasado por vientos desfavorables. Acaba de regresar.

Esto es… ligeramente cierto. Las noticias navegaron al sur primero, a los puertos de Zacinto, y allí el mensajero fue retrasado tanto por vientos desfavorables como por vinos favorables, no habiendo recibido claramente el mensaje de lo urgentes que eran las palabras que llevaba. Estos errores de comunicación son un problema lamentable pero habitual en un reino de islas.

Electra arruga el entrecejo, resopla, una leona olfateando un rastro seco y sangriento.

—¿A dónde se dirigió esta mujer?

—No lo sé —confiesa Origen hundiendo la cabeza en el pecho como un pájaro asustado—. Sóstrato comercia en el norte, con los bárbaros pálidos. Pero partió hace una semana; ¡yo no tenía ni idea de que el anillo fuera tan importante!

—Podemos preparar los barcos —ofrece el micénico, Pílades, con magras esperanzas—. ¿Tal vez salir con la marea vespertina…?

—Hablaremos de esto en privado —replica bruscamente Electra, y luego, consciente de que ha sido tal vez demasiado enérgica en esta declaración, agrega—: Mi hermano dará pronto sus órdenes.

Se vuelve con una ligera inclinación de cabeza, un acto menor de cortesía dado que el palacio no es el suyo, y se marcha hacia sus aposentos, el anillo todavía apretado en su mano. Orestes la sigue, y sus nudillos también son todo hueso y nada de sangre donde aferra la espada a su costado.

—Qué conveniente —musita Medón en el oído de Penélope, mientras la muchedumbre, habiendo perdido parte de su entretenimiento, se dispersa.

—¿Qué quieres decir? Es una gran pena, pero no lo llamaría conveniente.

—Una pena, sí, pero nada que hubiéramos podido evitar. Si tan solo el mensajero hubiera ido a Hiria antes de a Zacinto, tal vez tu prima no habría escapado.

—Eso es especulación, y como tal, no ayuda.

Un ruido de pasos, y aquí está, Telémaco, llegando tarde como siempre a la fiesta.

—¿Qué ha pasado? —quiere saber; no puede decidir si dirigir su pregunta a Medón, a Egiptius o aun, extrañamente, a su madre, y finalmente la dirige a un punto entre el hombro de Medón y la nariz de Penélope.

—Clitemnestra ha escapado —gruñe Peisenor.

—Es posible que Clitemnestra haya escapado —aclara Medón, con las manos sobre la curva de su barriga.

—¡Es una vergüenza! —ladra Egiptius—. ¡Tendremos que

compensar a Orestes!

—Una mujer parecida a mi prima fue vista pagando pasaje al norte lejano —suspira Penélope—. El anillo que utilizó es uno que se sabe estaba en manos de la reina fugitiva.

—En el nombre de Zeus —exclama Telémaco, palideciendo bajo su rubor sudoroso—. Entonces, ¿hemos fallado?

—Es una forma de verlo —musita Medón.

El muchacho endereza la espalda.

—Debo ir a ver a Orestes. Para disculparme en persona. Este es mi reino, y debo hacerme cargo. —Las cejas de Penélope podrían haber sido puentes entre el agua que divide el este del oeste, pero ella guarda silencio—. ¿Parecía… enfadado?

—Quién sabe lo que piensa Orestes. —Medón está adquiriendo la habilidad de estudiar el techo al hablar, como si acabara de ver una araña tejiendo en una esquina—. Pero su hermana no estaba muy complacida.

—Debo ir a verlos. —Telémaco sin duda suena como un rey; endereza la espalda y prosigue—: ¡Debo tratar de deshacer algo del daño que ha causado esta incompetencia!

Debo admitir que da unas zancadas respetables. Llega hasta la puerta de Electra sin tropezar con sus pies ni golpearse y hacer que le sangre la nariz. Los ancianos y las mujeres lo miran irse, hasta que finalmente Medón se inclina hacia Penélope y murmura:

—¿Quieres que… haga algo?

—No —suspira ella—. No puede hacer ningún daño, y tal vez Electra disfrute de un poco de servilismo abyecto de alguien de su misma edad. Me duele la cabeza, y debo retirarme a mis aposentos a… —Busca las palabras; sus dedos giran en el aire como la araña tejedora en el techo.

—¿… meditar sobre tus desgracias de mujer? —sugiere Medón—. ¿Sumirte silenciosa en la pena de tu triste sufrimiento?

—Sí. Eso. Gracias.

Se vuelve para irse, pero Medón se acerca más.

—Mañana será luna llena.

—Lo sé.

—Deberías hablar con tu hijo.

—¿Debería? —Un rubor de pánico, un momento de confusión. ¿Qué es lo que no ha visto ahora? ¿Qué es lo que no puede ver en ese punto ciego que es su hijo?

—Peisenor está preparando su milicia para patrullar los acantilados. Si los saqueadores vuelven…

—Ah…, ya veo.

—Tendría muy mala suerte si se encuentra con el enemigo. Y, sin embargo, ese es su propósito.

—¿Qué… qué recomiendas que le diga?

Ahí está otra vez, por solo un momento, la niña que Medón recuerda, espiando a través de la reina. No hay burla en su voz, ni afilado ingenio; no puede mirar al anciano a los ojos.

—¿Podrías decirle que estás orgullosa de él? Que es muy valiente.

—¿Lo estoy? ¿Es eso… es eso lo que tú dirías?

Medón palmea su barriga, como si ese gesto fuera casi una reverencia.

—Es tu hijo. Estoy seguro de que se te ocurrirá algo.

CAPÍTULO 28

Electra dice:

—Mi hermano partirá inmediatamente con dos naves a Hiria y buscará información sobre nuestra madre allí. Yo me quedaré en Ítaca.

—Por supuesto, eres bienvenida por el tiempo que quieras quedarte; de cualquier forma que podamos serte útiles… Enviaré provisiones para los barcos de tu hermano y…

—Los dioses están con nosotros —dice Electra tajante—. Él la encontrará.

Y si no lo hace, Menelao sentado en Esparta se frota las manos: "Bueno, bueno, bueno", piensa, "mirad, Micenas sin rey, qué tragedia, qué terribles eventos han caído sobre las antiguas posesiones de mi hermano, vaya, vaya".

—Nos honra servir al rey —dice Penélope, y por un momento casi olvida que es demasiado vieja y demasiado reina para inclinarse ante Electra y el silencioso niño que está a su lado.

Al atardecer, envía a Eos a la granja de Sémele.

Ella se queda tejiendo la mortaja de Laertes. Los pretendientes se sientan en filas en el salón, bajo los ojos ardientes como látigos de Electra, y no rugen su borrachera; se sorprenden de tenerle más miedo a esta pequeña criatura vestida de cenizas del que le tenían a su hermano.

Cuando Eos cruza el umbral de la granja de Sémele, Clitemnestra se levanta y pregunta bruscamente:

—¿Dónde está Penélope? ¿Dónde está mi hijo?

—La reina está en el palacio, entreteniendo a tu hija —responde Eos con suavidad, las manos entrelazadas contra el cuerpo.

Clitemnestra resopla…

—Muy poca gente puede entretener a Electra, y rara vez de la forma que tenían pensada.

—Tu hijo navegó hacia el norte, después de recibir la noticia de

que te habían visto partiendo de Hiria.

—¿De verdad? ¿Se lo creyó?

—Se le mostró un anillo tuyo. El anillo que le diste a Hilas.

Las cejas de Clitemnestra son poderosas, especiales para arquearlas.

—Tal vez el patito no es tan estúpido, después de todo. Así que ¿cuándo parto?

—Todavía hay micénicos vigilando el puerto. Menos de los que había ahora que se ha ido Orestes, pero el soldado Pílades se ha quedado con Electra.

—¿Por qué? ¿Por qué se quedaron?

Los labios de Eos se afinan en su cara pequeña, apretada, y no tiene respuesta. Eso le preocupa, pero si su reina no lo menciona, ella tampoco lo hará. Afortunadamente, la atención de Clitemnestra se desvía antes de que ninguna de las mujeres pueda enfocarse en ese asunto.

—Electra no puede vigilarlo todo. Todos saben que tu pequeña isla es un refugio para contrabandistas y miserables.

—Mañana será luna llena. Nadie navegará entonces.

—¿Por qué no? ¿No es el momento perfecto?

—Es cuando vienen los saqueadores.

Clitemnestra se inclina hacia delante, repentinamente interesada, y estudia la pared de mármol que es el rostro impasible de Eos.

—¿Saqueadores? ¿Quieres decir los falsos ilirios?

—Atacan con la luna llena.

—Ah, por supuesto. Pero deberían haber mandado un emisario ya. Penélope les habría pagado. ¿Por qué no lo ha hecho?

Eos calla. Eos aprendió a callar hace mucho tiempo.

—A no ser que el precio sea demasiado alto —susurra Clitemnestra —; a no ser que el precio sea el reino, ¿no? ¿Tenéis problemas con uno de los pretendientes? ¿Ha venido un hombre fuerte a la puerta de Penélope, y le ha dicho "Cásate conmigo y prometo que tus problemas desaparecerán"? Lo ha hecho, ¿no es así? Qué delicioso. Sabes, si yo fuera reina de Ítaca, lo llevaría a las puertas de mis aposentos, le prometería todo lo que pueda desear, y luego le clavaría mi daga en los ojos y arrojaría su cuerpo al mar. Terrible accidente, dirían todos. Les pagaría a los poetas para que lo contaran.

Eos asiente; lo piensa, ve la escena ante sus ojos, antes de preguntar:

—¿Y cómo te está funcionando eso?

Clitemnestra levanta la mano para abofetear a la doncella, para enviarla girando a través de la habitación, pero Sémele le sujeta el puño antes de que pueda soltar el golpe, y lentamente niega con la cabeza. Le suelta la mano y Clitemnestra se deja caer otra vez en la silla.

—Pronto —dice Eos—, cuando la luna esté un poco menos brillante.

Contempla a la reina caída un momento más, luego se vuelve y se marcha.

CAPÍTULO 29

Amanece sobre Ítaca. El último amanecer antes de que la luna llena y gorda bese la noche.

No hay nubes en el cielo, y es desafortunado, ya que nada cubrirá la luz de la luna llena, un regalo para guiar a los marineros. Sobre la colina detrás de la granja de Eumeo, Telémaco retrocede ante la espada de Kenamón, pero el egipcio usa su ventaja.

—¡Si tú retrocedes, yo avanzo! —exclama—. ¡Seguiré avanzando hasta que no tengas a dónde retroceder! Únicamente retrocede si estás tendiendo una trampa, ahora ¡muévete!

Más tarde, pegajosos y agotados, Kenamón y Telémaco se sientan junto al fresco arroyo, aguas arriba de donde los cerdos de Eumeo cavan con sus hocicos húmedos, y el egipcio se quita la camisa y se moja la cara y las axilas, hunde los dedos de los pies en el agua y suspira, y después de un momento, sintiendo la inseguridad de su cuerpo flaco junto a la solidez de ese hombre, Telémaco lo imita, y se sientan allí un rato.

Finalmente, Kenamón dice:

—Luna llena esta noche.

Telémaco asiente, pero no responde.

—¿Tienes miedo?

Telémaco niega con la cabeza y se gana, para su sorpresa, un ligero puñetazo en el hombro.

—¡No seas ridículo, muchacho! Por supuesto que tienes miedo. ¿Crees que tu padre no tenía miedo cada vez que entraba en batalla? El miedo es lo que te hace ver la lanza que apunta a tu ojo. El miedo es lo que te hace elegir dónde y cuándo atacar. Todo esto… —Kenamón hace un vago gesto hacia las armas desparramadas a su alrededor—… no te enseña cómo usar una espada o un escudo. Te enseña a concentrarte, a seguir moviéndote cuando estás demasiado asustado para pensar.

En el bosque sobre el templo de Artemisa, Teodora practica con el arco. Dispara una y otra vez hasta que finalmente Priene se acerca y le

dice:

—El árbol ya ha tenido suficiente.

Teodora tensa el arco nuevamente, exhala, suelta la flecha. Priene observa, y no dice nada más. Priene no tiene un hogar que defender. Su hogar era su gente, y su gente está muerta. No está segura de que le agraden las mujeres que está entrenando; está absolutamente segura de que nunca le agradará la reina a la que sirve. Pero recuerda una idea de lo que era el hogar, y la ve en los ojos de Teodora, y piensa por un momento que ve una especie de belleza, y encuentra todo eso profundamente confuso.

Kenamón dice:

—Pelea seguro, muchacho.

Telémaco se levanta en un estrépito de bronce. Asiente, y los ojos del egipcio se fijan en su espalda mientras se aleja.

El atardecer, un espejo dorado a través del océano, un borde de sangre en el cielo occidental.

Peisenor se sienta con sus colegas comandantes de la milicia: Egiptius, Pólibus, Eupites.

—Cuando vengan… —comienza Peisenor.

—¡Si vienen! —objeta Eupites.

—… tendremos que concentrar nuestras fuerzas.

—¡El puerto, entonces, por supuesto! —exclama Pólibus, al tiempo que Eupites declara:

—Naturalmente, el grano.

Por un momento, los dos hombres se miran desafiantes. Egiptius carraspea y agrega:

—Hay aldeas desprotegidas al norte…

—Sin el puerto, Ítaca morirá de hambre —dice Pólibus, enfatizando cada palabra con una estocada de su dedo en el aire.

—¡Sin grano, Ítaca también morirá de hambre! —replica Eupites.

—El puerto tiene defensores y los silos están tierra adentro… —comienza Egiptius débilmente.

Muchas de las razones por las que Odiseo no llevó a este consejero consigo a la guerra comienzan a resultar evidentes.

—No podemos correr riesgos —vocifera Pólibus—. Tenemos que proteger el activo más importante que tiene Ítaca, ¡y es el puerto!

—Aun para los ilirios, ambos blancos son improbables…

—Si queréis que mis hombres peleen, protegeréis los silos.

Peisenor contiene un suspiro a duras penas. Estas palabras iban a llegar, por supuesto, desde el primer día que negoció con estos ancianos de las islas. En aquel momento no supo manejarlos y se avergüenza de no saber hacerlo tampoco ahora. Finalmente, Egiptius dice:

—Tal vez si abordamos esto… tácticamente… —Egiptius nunca ha estado en combate—. Ponemos guardias en los puntos más al norte y más al sur, con caballos rápidos y antorchas. Si ven barcos, cabalgan a alertar a la milicia, que puede estar acuartelada tanto en el puerto como en los silos, y también en distintos puntos de la isla, para reunirse y defender el punto al que veamos que los barcos se acercan.

Los sabios de Ítaca lo consideran. Peisenor no. Ya sabe que ha entrenado a sus muchachos para morir y nada más. Lo ha sabido y no lo ha sabido durante varias semanas, porque es un hombre partido en dos: el sabio que ve la verdad de las cosas y el soldado que teme envejecer, quien vio a la muerte una vez en el campo de batalla y se negó a mirarla a los ojos. Atenea, ¿dónde estás ahora? ¿Dónde está tu sabiduría guerrera? Debería brillar sobre este hombre derrotado; debería envolverlo en tu gracia. Pero nunca te interesaron los derrotados, después de todo.

El comandante, que valora a sus tropas, intenta decir: "Eso no servirá. Aun si pueden reunirse, tardarán demasiado. No habrá suficiente…", pero las palabras salen como un suspiro, nada más.

—¡Quiero veinte hombres, por lo menos, en el puerto! —vocifera Pólibus.

—Quiero veinte en los silos —replica Eupites.

—Eso no dejaría suficientes para defender el resto de la isla… —dice Egiptius.

—Pero, como dices, una vez que tengamos noticias de la guardia, nuestros hombres podrán unirse a los otros —replica Eupites—. Se enfrentarán a los ilirios con la fuerza completa y los harán retroceder.

Egiptius mira a Peisenor, esperando que el anciano diga algo, lo que sea, que cambie esta situación. Peisenor no lo hace. Con la cabeza gacha y una expresión amarga, dice finalmente al silencio expectante:

—No veo otra forma. —Y de verdad, no la ve.

Cuando el atardecer se funde en la noche, la milicia marcha.

Dan un espectáculo, todas las lanzas y escudos y diferentes armaduras de distintas clases amarradas a pantorrillas infantiles y pechos flacos. Telémaco lidera la fila lo mejor que puede, lo que despierta algunos vítores. Tanto Eupites como Pólibus pensaron oponerse, espoleados por sus indignados hijos pretendientes; a fin de cuentas, no es el ejército de Telémaco el que marcha, sino una milicia de hombres de Ítaca de los cuales él es simplemente uno más.

Pero luego se les ocurre que bien pueden estar viendo al hijo de Odiseo marchar a su muerte, y aun si no es así, marcha para defender su patrimonio, y el patrimonio que con un poco de suerte sus hijos podrían heredar. Esa revelación podría humillar a otros hombres, pero el veneno de la ambición corre demasiado profundo en las venas de estos dos, que se acarician la barba y desvían la mirada cuando los

muchachos pasan.

Anfínomo camina unos pocos pasos detrás de Telémaco, con cuatro hombres a su lado. Está inusualmente silencioso, y no quiere hablar de nada más profundo que un comentario sobre la brisa o una pregunta sobre la mejor forma de cocinar un conejo hasta que termine el trabajo de la noche. Es el único de los pretendientes que acompaña a la milicia. "No tiene sentido ser rey de una isla si no estás dispuesto a pelear por ella", opina, y decididamente tiene razón, lo que a todos les parece sumamente irritante.

Kenamón está a un lado de la muchedumbre congregada para ver marchar a Telémaco, y le sonríe cuando pasa, y el serio muchacho, sin saber por qué, le devuelve la sonrisa.

Penélope no despide a su hijo, y él finge que no la busca con la mirada en la muchedumbre.

Luego ella dirá que fue porque no lo quería distraer, pero en verdad, aunque había tenido intención de ir, estaba ocupada con otros asuntos y pasó por alto el tambor que congregaba a la milicia pensando que era simplemente un ruido más en sus oídos. Al menos esa es la historia que se cuenta a sí misma.

Aquí, venid conmigo mientras la luna llena se levanta sobre Ítaca.

Iluminemos, cabalgando sobre su luz, los salones del palacio, donde Andremón se sienta con Antínoo y Eurímaco y se ríe y dice:

—¿A eso le llamas una historia? ¡Deja que *yo* te cuente una historia!

A veces, muy raramente, los ojos de Andremón se dirigen hacia donde Penélope se sienta tejiendo su mortaja, y una mirada en sus ojos parece decir: "Cuando hayas tenido suficiente, querida, cuando sea, solo dímelo".

Ella no le devuelve la mirada, pero eso no quiere decir que su mensaje no le llegue.

Leaneira sirve comida en la mesa, hojas de parra y caldo de pescado, vino escarlata que mancha los labios de púrpura. Pone un plato frente a Andremón, quien no la mira ni se lo agradece, y ella no le dedica ni una palabra mientras trabaja.

Electra se sienta y no come.

—Orestes volverá pronto —dice— con la cabeza de nuestra madre.

Pílades, sentado a su lado, se esfuerza para no palmearle la rodilla con cada proclama que ella hace.

En el templo de Artemisa, las mujeres se reúnen. No hay hombres allí, y entonces se oye el sonido más extraño: el de las voces de las mujeres cantando notas que no son de cantos fúnebres. Algunas cantan canciones del bosque y los ciervos y bailan alrededor de la gran fogata que han encendido las sacerdotisas, y escuchan plegarias

esperanzadas en el batir de los tambores. Otras, las que se han encontrado en secreto en el bosque por las noches, manifiestan su alegría de manera más circunspecta. La mujer más vieja allí es la tía de Sémele, a la que han arrastrado contra su voluntad de su lugar en la costa norte para que asista a lo que ahora llama "una mísera fiesta" aunque le gusta bastante la comida.

La más joven es una niña de tres años, hija de un hombre de Élide que juró quedarse, pero estaba de paso. Ella no entiende de piratas ni de mares embravecidos, no entiende el significado de la esclavitud, y come tanta miel de las colmenas de Penélope que se pone enferma.

Algunas de las mujeres —las de la banda de Priene— han llevado pequeños cuchillos o algunas herramientas de la granja. "¿Este trasto viejo? Se me había olvidado que lo llevaba encima", dicen. No están listas para pelear, por supuesto, pero si algún ilirio se atreviera a llegar hasta ese terreno sagrado, no morirán sin estar preparadas.

Priene mira desde el borde del bosque, y poco después Teodora se une a ella, con el arco a un costado del cuerpo, y no hablan mientras la luna se levanta.

CAPÍTULO 30

En una silenciosa habitación en lo más alto del palacio se abre una puerta. Tres figuras entran en silencio, las manos cerradas alrededor de las delgadas llamas que las guían. Llaman una vez furtivamente a una pesada puerta, luego descienden frías escaleras hasta un sótano excavado bajo la tierra. Otra puerta, con guardias, toc-toc, un pesado pestillo se desliza, una barra de madera se levanta. Entran a un lugar que huele a tierra húmeda y yeso. De un armazón cuelgan algunas pieles; en el suelo se ven unos pocos lingotes de latón y otro de bronce. También dos copas de plata, regalo de bodas de Icario a su hija, o tal vez de Laertes a su hijo. Hay olor a pescado seco y una bolsa de preciosa sal. Más que nada hay suelo vacío que todavía muestra marcas polvorientas donde alguna vez hubo cofres de oro centelleante o bronce robado, maderas saqueadas o botellas de dulce perfume del sur. En medio de este espacio vacío está Penélope, con Eos a su lado y una lámpara entre ambas.

Los tres que entran a esta habitación se detienen en las sombras, luego uno se adelanta, levanta su antorcha para observar la escena.

—Andremón —dice Penélope.

—Reina —responde él.

—Espero que disculpes la hora y lo incivilizado de nuestro lugar de encuentro. Estoy segura de que puedes entender por qué no querría que los otros pretendientes supieran de nuestra conversación, y por qué, por supuesto, no sería apropiado tenerla en mis aposentos.

Él asiente una vez, mira a las mujeres detrás de él. Leaneira se mueve como para retirarse, pero Penélope levanta una mano y, un poco, la voz.

—Me gustaría que Leaneira y Autónoe se quedaran, por favor. Ya es inaceptable que me reúna a solas con un hombre que no es mi marido ni mi hijo. Y creo que Leaneira tiene algún interés en el resultado de nuestra conversación, ¿no es así? Ha insistido mucho en que hablara contigo.

Andremón mira a la doncella troyana, que vuelve su rostro hacia

las sombras.

—He estado… tratando de hablar en privado, sí —dice —. Pero has sido evasiva, mi reina. Temo que has dejado las cosas para demasiado tarde.

—Mis disculpas. Como sabes, no puedo demostrar preferencia por ningún pretendiente en particular o el resto podría ofenderse.

—Uno podría pensar que nos ofendes a todos con tu actitud.

—Lamento que esa sea la impresión que doy. Sin embargo, es mejor ofender a todos que a solo uno, ¿no es así? Para mantener el equilibrio.

Él pone un gesto ceñudo dirigiendo la luz de su lámpara a las magras ofrendas de la habitación; sus ojos reflejan la plata cuando la luz pasa sobre las copas de casamiento.

—Mi tesoro —explica Penélope con simpleza—. Como puedes ver, los tiempos no han sido favorables.

—Por favor. —Arruga el entrecejo, molesto—. Todos saben que la reina de Ítaca atesora oro en una cueva escondida. Tu marido es descendiente de Hermes, tu suegro navegó en el *Argos*; fue bendecido en su matrimonio con regalos del mismísimo dios de las trampas.

—¿Regalos de un tramposo? No suena como una base sólida para una economía.

Para su sorpresa, Andremón sonríe.

—No. No, es cierto. Pero tanto tu marido como su padre fueron famosos saqueadores y ladrones, antes de la guerra. Por tus puertos fluyen hojalata y ámbar; así que no trates de convencerme de que Ítaca no tiene oro en su vientre.

—¿Y cómo piensas que pagamos la guerra? —suspira ella—. ¿Crees que todo ese tiempo que mi marido estuvo sentado en una playa troyana los hombres de Grecia podían simplemente extraer lo que necesitaban de la arena? Cada diez lunas llegaban mensajeros a Ítaca exigiendo que enviase más, más, más. Armas para reemplazar sus lanzas rotas. Madera para reparar los carros. Lana y cáñamo para las carpas, velas, mantos y mortajas. Oro para los volubles aliados de Agamenón. Y, por supuesto, más hombres. He enviado a Grecia a cada niño lo suficientemente mayor como para tirar de una cuerda o sostener el casco de un soldado, y ninguno ha regresado. Así que dime, por favor, dime: ¿cómo, con una isla de mujeres y cabras piensas que podría llenar mi tesoro?

Andremón camina un poco a la izquierda, un poco a la derecha, estudiando el rostro de Penélope, las esquinas de la baja habitación en sombras.

—Eres una mujer inteligente —dice finalmente—. Astuta para comerciar.

—Ah, sí, comerciar. Tienes razón en que las islas occidentales están

en posición favorable para hacer una gran cantidad de negocios en estas aguas tan concurridas. Pero aun si yo pudiera obtener grandes beneficios de la empresa (y para ser sincera, casi no obtengo lo suficiente para mantener mi casa en el pobre estado en que la ves ahora), vosotros los pretendientes nos habéis desangrado. Deliberadamente, por supuesto. Cuanto más coméis, cuanto más bebéis, cuanto más forzáis hasta el extremo cada regla sagrada de hospitalidad, más me empujáis hacia la desesperación. Una mujer desesperada con un tesoro vacío debe, seguramente, ceder en algún momento. Debe en algún momento elegir un marido, para poner fin a esta lenta hemorragia. Veo vuestra estratagema, y la respeto. No puedo deshonrar mi casa no alimentándoos, y, más importante aún, no puedo intentar gobernar sola y rechazar por completo a los pretendientes, sobre todo ahora que mi prima Clitemnestra ha demostrado cuán desastroso sería ese intento. Debe haber un rey en Ítaca, pero ¿quién? ¿Eurímaco? ¿Anfínomo? ¿Tú?

—Yo sería un buen rey.

¿Qué se puede oír en las palabras de Andremón? ¿Una promesa? ¿Una amenaza? ¿Una verdad? Algo de las tres, tal vez, dependiendo de cómo uno se incline a escuchar.

—Tal vez lo serías —suspira Penélope—. Pero matarías a mi hijo.

—No.

—Por favor. Ahora estamos hablando con sinceridad, en la oscuridad, como quería Leaneira.

Leaneira estudia el suelo; su cara arde como la lámpara que sostiene en la mano.

Andremón duda, luego una lenta sonrisa curva sus labios.

—Muy bien. Sería más fácil matarlo, sí. Pero si te comprometes conmigo esta noche, a cambio lo exiliaré. Lo enviaré a la tierra de Néstor o de Menelao para que se eduque y tenga oportunidades. No le haré ningún daño.

—¿Ningún daño? —dice Penélope—. ¿Cuánto crees que tardaría en reunir hombres y volver a la guerra contra ti? ¿Un año? ¿Tal vez dos?

—Esa sería su elección. No la mía.

—No finjamos que él elegiría otra cosa. No, lo exiliarás, y él regresará y tratará de destruirte. Si tú, defendiéndote, lo matas, yo habré perdido a mi hijo. Y si él, atacándote, te mata, tal vez vuelva luego su espada contra mí por haberme atrevido a yacer con un hombre que no es su padre, y mi vida sería… precaria. Todos estamos aprendiendo de Clitemnestra en ese aspecto. En todo caso, el exilio es solo la muerte diferida. Antínoo, por supuesto, simplemente mandaría asesinos contra mi hijo. No te acuso al decir esto. Simplemente digo que es algo que harían algunas personas.

—Algunas personas —responde, tajante—. Pero yo soy un soldado,

no el hijo melindroso de un granjero.

—Ah, sí, un soldado. Fuerte, capaz de defenderme cuando venga una guerra.

—Te defendería, sí —dice él—. No solo porque eres reina. Defendería a una mujer.

—Gracias, es bueno saberlo.

Ella se queda en silencio, y el silencio le resulta extraño a Andremón. No está acostumbrado a esperar a que otros piensen, mucho menos a que lo haga una mujer de cuya respuesta final depende su destino.

—¿Y bien? ¿Tenemos un trato? —presiona finalmente.

—¿Qué ocurrirá con Leaneira si tú eres rey? —pregunta Penélope.

Leaneira levanta la cabeza, entorna los ojos. Andremón la mira, sorprendido, como si hubiera olvidado que ella estaba en el recinto.

—¿Qué quieres decir?

—¿La conservarás de concubina? —Él abre la boca para fanfarronear, para farfullar, pero las palabras no salen. Penélope sonríe—. Si yo dijera que me casaría contigo, pero el precio fuera Leaneira, ¿lo pagarías? No digo que espero que seas fiel. Sin duda con el correr de los años (suponiendo que ambos sobrevivamos) querrías buscar tu placer en prados más jóvenes y fértiles. Pero no con ella.

Andremón mira nuevamente a la doncella, cuyos ojos arden ahora, son brasas brillantes que se han levantado del suelo para fijarse en el rostro de Penélope.

—¿Qué sugerirías?

—Véndela. No me importa dónde. No me importa con quién se acuesten mis doncellas; solo que sean leales. La troyana te es leal a ti, no a mí, y por lo tanto ya no me sirve.

—¿Y si me niego?

—Entonces jamás compartirás mi lecho nupcial —responde Penélope sin rodeos—. Anfínomo es bueno con la lanza y puede conseguir hombres. No estoy segura de que pueda vencerte en una pelea justa, pero me aseguraría de que la pelea no fuese justa. Vamos, no seas absurdo, es un pequeño precio que te estoy pidiendo que pagues por Ítaca. Renuncia a la doncella, exíliala a alguna granja, y puedes ser rey.

—La dejaré libre.

—No —responde Penélope contemplándose la punta de sus dedos como si de pronto hubiera visto una pequeña imperfección allí—. No lo harás.

—Juré que lo haría.

—Pues tendrás que romper ese juramento. Estoy segura de que no te costará mucho. Es tan solo una esclava.

Aquí, Andremón camina. Un poco a la izquierda. Un poco a la

derecha. Zeus solía caminar de ese modo cuando contemplaba asuntos de gran importancia. Encontraba que la acción de moverse, de caminar para un lado y para otro, lo hacía parecer menos tonto que cuando se quedaba inmóvil, con la mandíbula caída, los ojos levantados, perdido en sus pensamientos. Un líder debe dar la impresión de que su pensamiento es algo vibrante, poderoso, que consume todo su cuerpo, toda su fuerza. Muchos fingen pensar con más energía de la que invierten en el pensamiento en sí.

Debo reconocer algo sobre Atenea: no teme simplemente quedarse quieta, pensando.

Andremón llega a una conclusión, y es dramática, y tensa su barbilla e hincha su pecho y no mira a Leaneira a los ojos.

—Está bien —dice —. Por Ítaca, por el reino. Tenemos un trato.

Leaneira no suelta una exclamación, no se dobla en dos del dolor. No es un momento extraordinario esta cruel pérdida de esperanza. Es simplemente la continuación de la vida como ella sabía que la viviría; una conclusión inevitable. Una vuelta a la normalidad. La esperanza era una ilusión parpadeante. La esperanza era un engaño. Entrecierra sus ojos y, en un murmullo, la deja ir.

Andremón no la mira mientras se acerca a Penélope, tal vez para tomarla de la mano o incluso —horror— para sellar el trato con un beso. Ella retrocede, levantando una mano.

—Hay algo más —dice rápidamente, y él suelta el aire con los dientes apretados—. Los ilirios han estado atacando las costas de Ítaca. Vienen con cada luna llena. Primero Léucade, luego Fenera. Parecen conocer de mi reino, saben dónde atacar, dónde será más vulnerable. He oído rumores de que los guiaron a Fenera, de que alguien les mostró el camino desde un acantilado. Por supuesto, muchos mercaderes y comerciantes que pasan por mis puertos podrían haberles dado información, pero sospecho, creo, que la reciben de una fuente más cercana. Y me pregunto, ¿por qué un saqueador atacaría sin plantear exigencias? Hasta los ilirios saben cómo es este juego: la ganancia está en comprar protección, no en arriesgar realmente la vida en el mar. ¿Dónde han estado los acercamientos, las ofertas de seguridad para mi gente a cambio de las pocas riquezas que tengo? Y me llama la atención que *tú*, Andremón, hayas sido el más insistente de todos los hombres en mi palacio en querer hablarme.

—No soy paciente —responde él— Ítaca debe tener un rey.

—No eres paciente…, sí, eso suena correcto. Paciencia. Algo tan difícil. Los demás están dispuestos a comer hasta empobrecerme, a beber y putañear hasta que se acabe *mi* paciencia. Pero tú no. ¿Qué harías, me pregunto, para… acelerar las cosas? Estuviste en Troya. Conoces a muchos guerreros, hombres que tal vez estén sintiendo la mordida de la hambrienta codicia ahora que la guerra ha terminado.

Imagino que te sería fácil susurrar en sus oídos que hay un modo de obtener ganancias. Ganancias por el saqueo fácil obtenidas de ataques exitosos o ganancias en oro para protección que deberé pagar de algún… extraño tesoro que todos parecen estar seguros de que tengo. O tal vez ganancias provenientes de un reino entero, ahora bajo el mando de su antiguo camarada y amigo. En todo caso, ganancia fácil para hombres hambrientos.

Andremón se humedece los labios. No se le dan tan bien los juegos de astucia como cree, pues cuando trata de decidir cuándo mentir y cuándo decir la verdad, se le nota. Antínoo, quien tiene un don para los dados, lo sabe, y es uno de los pocos secretos que no les ha contado a sus compañeros jugadores en el salón del palacio.

—Cuando sea rey —dice finalmente—, te puedo prometer que ningún ilirio atacará nuestras costas.

—Sí —murmura ella—, pensé que podrías. Esa es una de las otras razones por las que te estuve evitando, por supuesto. Para evitar esta confrontación. Si no te hablaba, tal vez imaginarías que obtendrías todo lo que deseabas, y en esa fantasía retrasarías tus ataques a mi gente. Pero si hablamos, como ahora, debe haber una respuesta. O me vendo a ti, o no lo hago. Si lo hago, arriesgo a mi hijo y engendro una sangrienta guerra con Anfínomo, Antínoo, Eurímaco y todos los otros pretendientes en la isla. Si no lo hago, de todos modos estaremos en guerra. Enviarás a tus hombres a saquear mis costas hasta que no quede nada, ¿no es así? Estos son los absolutos que se desprenden de la conversación, así que ya ves, para evitar el golpe del hacha, te he estado evitando.

—Ya no —gruñe él—. Ya no.

—No. Pero la luna llena se levanta y esta noche podrían morir muchos hombres y niños. Mi hijo podría morir. Así que aquí estoy para dejar en claro mi posición. Conozco tus crímenes, tus pecados contra mi reino, y nunca te perdonaré. Cuando Orestes regrese con la cabeza de Clitemnestra, será mi aliado. Le pediré ayuda a Micenas, y él me la concederá. Entonces me dedicaré a probar que has violado todo lazo sagrado de hospitalidad que nosotros valoramos. Los otros pretendientes estarán felices de tener la oportunidad de destruirte; se pelearán por el privilegio de arrojar la primera piedra. Esto es lo que ocurrirá cuando Orestes sea rey de Micenas. Pero por esta noche, para evitar un derramamiento de sangre, te estoy dando una oportunidad: cancela el ataque. No tienes nada que ganar aquí. Tu plan no funcionará, y si continúas por este camino, te destruiré.

Hasta un hombre que sabe cómo verse bien mientras piensa a veces se ve estúpido.

—Pero tú… acabas de decir…

—Tenía curiosidad por saber cuáles serían tus términos. Por saber

qué clase de hombre eras realmente. Ahora lo sé. Ahora hemos hablado. Mientras seas mi huésped, no te puedo hacer daño, así que, por supuesto, eres bienvenido aquí. Puedes decirles a tus amigos que ataquen mis tierras y no hay nada que yo pueda hacer para impedirlo. Pero cuanto más lo hagas, cuanto más busques apretar un cuchillo contra mi cuello, peor será para ti. Sería inteligente terminar con esta locura ahora, por los dos. Esto es lo que quería decirte. Cancela el ataque.

Andremón permanece mudo, con la boca abierta, y no se mueve. Penélope parece desilusionada por su reacción, pues levanta la mano y chasquea los dedos hacia la puerta.

—Hemos terminado. La decisión es tuya. —Y luego, como si se le hubiera ocurrido después—: Ya puedes retirarte.

Una vez Menelao despidió a Andremón de su presencia de esta misma manera, pero Menelao era un rey. Se balancea en la punta de los dedos de los pies, como vacilando entre abalanzarse hacia el enemigo y atacar o retirarse. Penélope espera; sus dedos siguen apuntando a la puerta. Autónoe está a su lado. Luego él da media vuelta y se marcha.

Las mujeres se quedan.

Penélope se vuelve hacia Leaneira.

Flotan muchas palabras en el aire, y muchos fantasmas que las pronunciarían. Euracleia, si no estuviera roncando arriba, gritaría: "¡Zorra, arpía, desvergonzada! Te acogemos y así nos pagas, te alimentamos, te vestimos, ¡perra!".

Anticlea, muerta con los labios escarlata, simplemente se habría vuelto y dicho: "Mañana se te enviará al mercado. Despídete de cualquiera que se moleste en hablarte".

Anticlea, esposa de Laertes, madre de Odiseo, era también hija de Autólico, hijo de Hermes. Fue violada el día antes de su boda por Sísifo, a causa de un ganado robado; a él le pareció la forma más conveniente de dejar en claro su postura. Por supuesto que al día siguiente, cuando ella aún sangraba, sedujo a su nuevo marido y lo llevó al lecho nupcial, para que su sangre fuera vista como algo más que dolor, y su hijo tuviera un padre digno. Penélope, al llegar a Ítaca, aprendió mucho de Anticlea sobre qué significaba ser reina. Aprendió que cuando el viento del sur es muy pesado, no sudas; y cuando el viento del norte aúlla en el más duro de los inviernos, no tiritas. La tormenta puede doblar tu espalda, pero solo tú puedes volver a enderezarla.

Leaneira y Penélope se miran, y por un instante no estoy segura de cuál de ellas es la reina.

Muerte a todos los griegos, susurra el tambor del corazón de Leaneira. Entonces Penélope dice:

—Hay buenas casas en Cefalonia, Hiria. Gente en la que confío.

Leaneira mira con furia, sin saber del todo qué mira, qué significan esas palabras.

Penélope se acerca a ella unos pasos, y Leaneira retrocede como un animal, con un gruñido en las comisuras de la boca. Autónoe está cerca y simplemente la observa, curiosa.

—Ourania necesita mujeres. Yo necesito mujeres para cuidar la tierra de mi marido. Hay fincas, huertos; a su tiempo podrías encontrar un marido, encontrar una…

—¡No necesito un marido! —gruñe Leaneira—. ¡Yo tenía un marido!

Penélope retrocede ligeramente ante el grito de ella; Autónoe mira la puerta cerrada, temiendo que el grito retumbe por la casa y despierte a los pretendientes.

—Sí —dice finalmente Penélope—, lo tenías. Y está muerto. Tu hogar ya no existe. No hay nada para ti. Los hombres que lo saben te utilizarán. Esto es todo lo que eres ahora. Alguien a quien usar. ¿Lo entiendes?

Leaneira no llorará. Más tarde, tal vez mañana, al hundir los dedos en la fría agua del arroyo, o al atardecer, cuando el olor de las viñas golpee sus sentidos como los labios de un amante, llorará incontrolablemente, correrá aullando a un lugar de oscuridad. Pero ahora no. Ahora no.

—Me ordenaste…, me *dijiste*…

—Te pedí que vigilaras a Andremón. Podía ver que estaba interesado en ti. Que lo seducías. Pero elegiste su cama.

—¿Elegí? ¿Qué opción tenía? ¡¿Qué opción *tenía?!*

Troya arde, y Leaneira a veces se pregunta por qué no tuvo el coraje de arder con ella.

—Tal vez ninguna —reflexiona Penélope, con la voz como cenizas sobre polvo—. Este es el mundo en el que vivimos. No somos héroes. No elegimos ser grandes; no tenemos poder sobre nuestros destinos. Las migajas de libertad que tenemos son elegir entre dos venenos, tomar la decisión menos mala que podemos, sabiendo que no habrá consecuencia que no nos deje golpeadas, ensangrentadas en el suelo. No tienes opción. Te han arrebatado tus opciones. Yo te las quité. Yo estoy dispuesta a usarte con la misma facilidad que cualquier hombre. Te doblegaré a mi voluntad, te haré daño si sirve al propósito de mi reino. Y si me ofrecieran el dominio de toda Ítaca a cambio de descartarte, lo haría en un instante. Andremón y yo somos idénticos en eso. La única diferencia es que él no lo sabe. Él… piensa que es del tipo heroico. Y nunca lo comprenderá. ¿Lo comprendes tú?

Leaneira no asiente. No habla. No le va a dar esa satisfacción a una griega.

—Andremón espera tras esas puertas —suspira Penélope, suave como la seda—. Te pedirá que lo perdones, jurará que solo lo dijo porque te ama. Todavía puede usarte. Como yo.

Cuando Penélope tenía dieciséis años, su futuro marido se volvió hacia ella y le dijo: "¿Me aceptas?". Como si hubiera opción. Lo preguntó como si la hija bastarda de una náyade y un rey pudiera decir que no al único pretendiente que vio en ella algo mejor que las hijas de Leda y Zeus, sus primas nacidas del huevo de un cisne. Como si ella tuviera algún poder. No fue, sintió ella, un comienzo honesto para la relación, pero estuvo, al menos, bien jugado.

Leaneira se endereza. Mira a Penélope a los ojos.

Dice:

—¿Puedo retirarme, mi reina?

Penélope asiente.

Leaneira se vuelve, forcejea por un momento con la pesada puerta, camina hacia la oscuridad. Autónoe levanta una ceja, pero Penélope menea la cabeza.

—Déjala ir.

—Puede hacernos daño. Sabe cosas… —murmura Autónoe.

—Déjala ir —repite—. Si va a sernos de alguna utilidad, tiene que pensar que ella lo elige. Y si no, el daño ya está hecho. No deberíamos haber dejado que las cosas fueran tan lejos entre ella y Andremón. Es culpa nuestra.

En la oscuridad de la noche, Leaneira corre. Corre hacia el arroyo que fluye detrás del palacio, una pequeña corriente de agua hacia el mar. Corre hacia su frescura y quietud, hacia la sombra de los pesados árboles que se inclinan hacia ella como si sus hojas estuvieran sedientas. Piensa en arrojarse al océano, en gritar en una lengua que nadie aquí puede hablar, en robar un cuchillo de la cocina y clavárselo a Penélope, a Autónoe, a Euracleia, a Andremón, a sí misma. Trastabilla en los frescos escalones de barro que bajan al arroyo y casi grita cuando una mano le sujeta el brazo, pero transforma el sonido en el susurro de un gato mientras araña el rostro pálido en la creciente luz de la luna, lista para hundir sus dedos en ojos y nariz y labios hasta que algo ceda.

Un gruñido de dolor, una maldición, y se detiene, helada, aún mostrando los dientes, cuando Andremón aprieta su piel sangrante y exclama:

—¡Perra! —Tantea su carne, pero lo único que brota del rastro de las uñas de ella es un delgado líquido claro de su piel, no sangre. Y, sin embargo—: ¡Perra! —farfulla otra vez, antes de lograr transformar el sonido en una sonrisa, en casi una risa—. Me pillaste.

—¿Qué quieres?

—Sabes lo que quiero. Disculparme. —Suplicar tu perdón, tal vez

—. Lo que dije allí dentro… Estaba tratando de hacer lo correcto, de terminar esto de una vez por todas. Has oído lo que dijo ella…, te odia.

—¿Y tú? —pregunta ella, tajante—. No te apresuraste a defender mi honor.

—¿Tu… honor? —Tropieza con la palabra, suena por un momento como si fuera a reírse, logra nuevamente transformarlo en una sonrisa; apoya las manos en sus brazos, la sostiene con firmeza en algo entre la sacudida de un hermano y el abrazo de un marido—. No me había dado cuenta de que alguien tuviera aún honor para defender. Ciertamente yo no. Sabes tan bien como yo que si voy a ser rey de Ítaca, tendré que poseer a la reina ramera. Es simplemente así. Lo sabes. Pero es a ti a quien amo. Solo a ti.

—¿Enviarás a los saqueadores? —Leaneira casi no oye su propia pregunta. Está cansada, siente el peso de cada hueso bajo su carne doblegada—. ¿Enviarás piratas a atacar Ítaca?

—Sí —responde él con simpleza—, lo haré. Lo pensé como una provocación, para terminar este asunto antes de que más pretendientes pudieran venir y complicar las cosas. Ahora simplemente pienso tomar por la fuerza todas las riquezas que ella se niega a darme por matrimonio. De una forma o de otra, las tendré.

—¿Y yo? —pregunta ella.

—Y tú —responde él— serás mía cueste lo que cueste.

—Entonces podemos marcharnos esta noche. —Lo siente tensarse, pero sigue empujando, embriagada de luz de luna—. La has oído: nunca se casará contigo. Tendrás que tomar lo que quieras por la fuerza, ya lo estás tomando por la fuerza. Esto ya lo sabe ella. Entonces, ¿por qué quedarte? Podemos marcharnos esta noche. Nunca nos encontrará, y podrás seguir saqueando y seremos libres.

—No es… tan simple.

—¿Por qué no? ¿Qué podría ser más simple? No eres Paris, yo no soy Helena. ¿Qué podría ser más simple que esto?

—Para ser verdaderamente libres, necesitamos riquezas. Los saqueos se llevan su parte de esclavos y bienes, pero tengo que dividirlo con la tripulación, tengo que darles lo que les prometí. Puedo ser su capitán, puedo dirigir dónde atacar, pero hasta que encontremos su tesoro, el verdadero oro…

—¡No tiene nada! Miente y manipula y miente, pero la conozco: ¡se pasa los días comerciando cabras y pescado! ¡No hay oro! —Leaneira casi lo grita, se da cuenta de que ya no puede contener las lágrimas, ya no puede impedir que sus hombros se sacudan.

Andremón suspira, como un padre paciente, y la aprieta contra su pecho. Su contacto la repele, el abrazo condescendiente de un ladrón, la fuente de su angustia, y, sin embargo, no lo dejaría ir nunca, y

hunde sus dedos en la carne suave de su espalda y aprieta un poco más y llora.

Muerte a todos los griegos.

—Mi amor —suspira él, y le acaricia la nuca con los dedos, enredándolos en su cabello—, preciosa mía. ¿Ves cómo te ha mentido Penélope?

Leaneira no ha llorado desde Troya, pero hoy cierra los ojos y deja que las lágrimas fluyan como el río hacia el mar, mientras Andremón la aprieta en sus brazos.

Arriba, la luna es un orbe perfecto en el cielo estrellado, y debajo de ella, vienen los piratas.

CAPÍTULO 31

Encuentro a Atenea en la playa, con los dedos hundidos en la arena negra mientras las olas le mojan los tobillos. No lleva disfraz ni una rama de olivo, sino lanza y escudo. A su lado está su casco, mojado por las olas. Observa el mar, mira hacia donde tres naves se acercan a Ítaca, con viento de popa; los remos golpean veloces contra la espuma.

He estado postergando esto demasiado tiempo. Los hombres de puñales y llamas se ciernen sobre Ítaca; no hay otra opción que hablar con la dama de la guerra. Esta noche se alinean nuestros intereses o este asunto termina para siempre.

Me quito las sandalias doradas y me acerco a ella, temblando de placer ante el contacto fresco del océano cuando pasa por entre los dedos de mis pies. Cuando estoy frente a ella, me dice:

—Has estado entrometiéndote, anciana.

—Tú también, diosa de la sabiduría —respondo.

Frunce los labios disgustada, pero sus ojos no abandonan la forma de las naves cuyas proas apuntan hacia la costa. Me pregunto si será demasiado tarde para hablar con mi hermano. "¿No sería bonito, querido mío", podría decirle, "que una tormenta golpeara todos los puertos de Ítaca o se desatara un tornado inesperado? Eso sí que alteraría al pueblo de Odiseo". Tal vez aceptaría intervenir, tal vez no. Atenea no va a hacerlo, desde luego; está esperando el momento en que su padre le ordene a Poseidón que deje ir el rencor que siente hacia el rey de Ítaca, y se ve obligada a jugar una partida larga y lenta.

Una antorcha brilla en la cima de un monte; alguien más ha visto las naves. Se agita febrilmente hacia el sur, pero el viento la apaga y nadie ve la señal. Dejo que mi mirada se pose sobre el muchacho que la encendió, que en este mismo momento intenta montar uno de los pocos caballos veloces de Ítaca para galopar hacia los graneros —o tal vez los muelles— donde descansa el resto de la milicia; están demasiado lejos y son demasiado pocos. Una pérdida de tiempo como nunca se ha visto.

Atenea dice:

—Vienen hacia la costa.

Y así es; los hombres ya se colocan las armaduras y comienzan a probar el filo de sus armas. El destino todavía no es claro; el viento empuja contra el costado de las naves. Los atacantes arrían las velas y comienzan a remar.

—Ajá —musita Atenea, mientras vemos cómo se acercan las embarcaciones—. ¿Un ejército de mujeres, entonces?

—No fue idea mía —respondo encogiéndome de hombros.

—Pero tampoco te has mostrado en contra del plan.

—Soy pragmática. La isla no tiene suficientes hombres en edad de combatir y, sin embargo, hay personas aquí dispuestas a luchar.

Ella frunce los labios. Tierra adentro, un muchacho galopa en busca de sus amigos y no puede creer que su caballo sea tan lento cuando la muerte viaja con tanta velocidad por el mar.

Por fin, Atenea dice:

—Si Zeus se entera, se pondrá furioso. Una cosa es que las mujeres de las tribus orientales vistan pantalones y monten a caballo, pero otra es que lo hagan en sus tierras.

—Confío en que mi esposo no esté vigilando.

Ella asiente. Es una suposición lógica. La miro, pero se niega a devolverme la mirada. ¿Se lo contará? Ella y yo siempre nos hemos detestado, y por más que sea una perrita ilegítima, nacida de una unión repugnante entre un Titán y un dios, es sabia. Necesita que Odiseo tenga un hogar a donde regresar. Finalmente dice:

—No me agrada que te entrometas en Ítaca.

—Casi no me he entrometido en absoluto —respondo con frialdad —. No he hecho más que mantener un ojo avizor, como haces tú ahora.

—¿Porque Clitemnestra está aquí? —gruñe—. ¿Tu adorada asesina?

Suspiro y no me digno a responder. Prosigue enfadada:

—¿Has hablado con Artemisa?

—No. ¿Por qué?

Ahora vuelve la cabeza y me dedica una mirada de gélido desdén.

—Las mujeres se entrenan con arco y flechas. Aprenden a armar trampas con lazos para atrapar a los hombres y a luchar en el bosque cerca del templo de Artemisa. Hay festivales en su honor que coinciden casualmente con un ataque en las costas de Ítaca. ¡Ay, por favor! Si no se ha lanzado al bosque a aullar todavía es porque vive absorta en sí misma. No es que vaya a estar en contra, pero le molestará que suceda todo esto sin su bendición, sin que ella se lleve parte de la sangre. Será mejor que hables con ella antes de que se entere de alguna otra manera, porque de otro modo, sí que irá corriendo a contarle todo a mi padre.

Curvo los labios con desagrado ante la idea.

—¿Tú no querrías…?

—De ninguna manera. Aunque no voy a poner en evidencia, todavía, este plan tuyo, querida madrastra, no pienso arriesgar mi reputación participando de él. Ocúpate tú de tus cosas.

—¡Quiero salvar la tierra de Odiseo para Odiseo! —replico furiosa.

—Quieres salvarla para su esposa —responde burlona—. Como si a alguien le importara si ella sobrevive hasta el final de la historia de él.

Trago con esfuerzo una respuesta amarga. Si estuviéramos en cualquier otro lugar, podría darle una bofetada en la cara por irrespetuosa, o insultarla de mil maneras, con palabras hirientes que serían como hormigas que se enterrarían bajo su piel. Pero aquí, esta noche, somos aliadas por un tiempo breve y necesitaré que guarde silencio en el Olimpo si quiero tener libertad para hacer mi trabajo. La verdad que hay en eso me hiere, me revuelve el estómago. Atenea fue sabia cuando juró que jamás sería esposa. No es que a mí me hayan dado muchas opciones en ese aspecto.

Finalmente, dice:

—Guardaré tu secreto, reina de los secretos. Te permitiré hacer… lo que crees que estás haciendo. Pero tengo un precio.

Me enfado, me enciendo en un resplandor divino, un poco demasiado divino, una llamarada en la playa que es mejor apagar antes de que la arena a mis pies se convierta en vidrio o algún ojo celestial que vague por el firmamento se entere de mi furia. ¡Qué descaro el de esta mujer! ¡Querer hacer trueque *conmigo*!

Observa las naves sin parpadear, como si el resplandor de mi poder no le interesara, y lentamente me enfrío. Por un instante soy tan mortal como la forma que he adoptado, la de una anciana vieja y cansada que se esfuerza por recordar cómo era ser joven.

—¿Cuál es el precio? —pregunto.

—Telémaco —responde—. Es mío.

Me contengo para no encogerme de hombros.

—Es un precio muy alto —miento para mantener las formas—. Darte al hijo de Odiseo para que juegues, además de a su padre también; a los otros podría molestarles que *dos* héroes canten tus glorias en lugar de uno. Dirán que eres codiciosa.

—No dirán nada de eso. Padre e hijo tienen una astucia que naturalmente los hace míos —responde con tono pragmático—. Los dioses son estúpidos y ciegos; creen que los mejores poemas son los que hablan de muerte en el campo de batalla y raptos de mujeres. Sin embargo, las historias que vivirán para siempre son las de los perdidos, de los temerosos, de los que sumidos en dificultades y desesperación encuentran esperanza, fuerza y el camino de regreso a casa. La victoria siempre debería tener un precio. Quiero a Telémaco.

Es mío. No me entrometeré contigo si tú no te entrometes con él.

Esta noche tendrá consecuencias, me temo, pero Atenea no me ha dado tiempo para pensar en ellas. Es artera, Atenea; su sabiduría puede ser la básica y rudimentaria que sirve en el mercado y también la inteligente e ingeniosa del simposio.

—Muy bien —replico—. Trato hecho.

Un estallido de fuego baila entre ambas, invisible a los ojos de los mortales: un trato sellado entre dos diosas, escrito sobre nuestros huesos de diamante. Me estremezco al sentirlo, pero a ella se la ve impávida, con la mirada fija en el mar. Arruga ligeramente la frente mientras contempla las naves que se acercan. Sigo su mirada, veo que las embarcaciones vuelven a virar, a poco más de cien metros de la costa; redefinen su destino para esquivar unos dientes rocosos ocultos a medias por las olas. El jinete de la oscuridad casi cae de su caballo cuando este tropieza sobre el camino de tierra. Grita:

—¡Ya llegan! ¡Ya llegan! —Pero su voz no logra traspasar el viento nocturno.

—¿Adónde van? —murmuro, casi para mí, mientras los atacantes viran hacia una pequeña cala, un sitio de cangrejos y niños descalzos.

No hay nada para el pillaje allí, ni oro escondido ni esclavos; solo rocas y un desembarco difícil. Una figura los espera en la orilla, una antorcha se enciende brevemente y recibe respuesta de otra en la nave. Es el mismo hombre que ha guiado a estos hombres a Fenera, tiene la cara oculta en sombras. Por un instante, Atenea no parece comprender, luego sus ojos se agrandan.

—¡Laertes! —exclama.

Miro hacia el interior de la isla y en un instante veo lo mismo que ella ya ha adivinado: el sendero accidentado que lleva desde el agua a una granja aislada donde un anciano emite ronquidos fangosos. Padre de un rey, desprotegido excepto por algunos muchachos y mujeres, el anciano monarca de Ítaca, el último de los argonautas, duerme.

—¡No se atreverían!, ¿verdad?

—Claro que se atreverían —responde en tono pragmático mientras recoge su casco. En su boca hay ácido, en sus labios, venganza—. Atacarán a su *padre*.

Apoyo una mano sobre su brazo antes de que se vuelva.

—¿Qué harás? —pregunto—. Si los destruyes, Zeus se enterará, Poseidón sentirá el gusto de sangre en el agua… y luego, ¿qué? Me enviarán de regreso al Olimpo por entrometerme en los asuntos de los hombres y tú jamás lograrás que Odiseo abandone Ogigia. Dirán que cruzaste los límites. Todo lo que hacemos es objeto de sospechas, sobre todo en lo que se refiere a las acciones de los hombres.

Ella muestra los dientes en una mueca feroz, pero no se mueve, sigue mirando el agua con ojos de fuego. Luego, sin una palabra,

desaparece, se convierte en una bruma plateada bajo mi mano. Ceñuda, me disuelvo en el viento, en una ráfaga particularmente violenta que sopla hacia arriba y hacia afuera, y la persigo por la oscuridad. Ella no viaja lejos; Ítaca no es una isla grande. Se asienta, pálida, sobre Telémaco, como el recuerdo de una enfermedad; él espera en la sombra de uno de los establos de Eupites, listo para proteger los bienes de sus enemigos con un grupo de cuatro o cinco hombres. Ella susurra dentro del corazón de él: "¡Mira!".

En la noche fresca y a esa hora tardía, él se despierta despacio, con dificultad. Tomo un rayo de luna, me lo enredo alrededor del dedo meñique y le ordeno que vuele sobre el mar para iluminar la forma de una nave. Él ahoga una exclamación y se incorpora súbitamente alerta y lleva una mano a la lanza mientras que Atenea, que está a punto de sacudirlo por los hombros, susurra lo más fuerte que se atreve: "¡MIRA!".

Ahora ve las naves sobre las olas; ahora oye el repiqueteo de los cascos de un caballo cuando llega el mensajero; el animal tiene espuma en la boca y líneas blancas de sudor sobre el pelo.

—¡Invasores! —grita el muchacho—. ¡Invasores!

—Busca a Laertes —susurra Atenea mientras yo revoloteo en el aire, inquieta, alrededor de ella—. ¡Sálvalo!

CAPÍTULO 32

En Ítaca, esa noche, se libran dos batallas.

Los poetas no narran ninguna de las dos.

La segunda batalla es entre un grupo de dieciséis muchachos y treinta y nueve piratas. Los otros muchachos de la milicia no oyeron el grito de aviso y no se presentaron. Estaban vigilando los depósitos de Pólibus o montando guardia junto a la mansión de Eupites. Anfínomo, junto a cinco de sus hombres, vigila un poblado de pescado y arcilla, aunque las mujeres están tierra adentro en un banquete en el templo de Artemisa; nadie se preocupó de hacérselo saber a la milicia. No; Anfínomo y los suyos no sabrán de la batalla en la que deberían haber participado hasta la mañana siguiente, cuando los cantos de los deudos se desparramen por la isla como el primer polen primaveral.

Aquí, entonces, bajo la luz de esta luna, poco más de dieciséis muchachos de la milicia de Peisenor corren hacia su perdición. Telémaco está presente, por supuesto. Atenea lo ha despertado para que, sin miedo, tome su lanza y su escudo. Tres de los otros son sus amigos, muchachitos criados por sus madres desde la infancia, leales a su causa. No les resulta fácil encontrarse y agitan antorchas por los valles bajos y ondulados mientras corren por la noche plateada, buscando unirse en una exigua fuerza de bronce y lanzas.

Los invasores llegan desde la costa; todavía visten sus ropajes ilirios, pues si los otros reyes de Grecia se enteraran de qué manera uno de los invitados de Penélope ha quebrantado su confianza como anfitriona, todas las leyes de hospitalidad se suspenderían y clavarían a Andremón contra la pared del palacio con una puñalada en la garganta. Por ese motivo están disfrazados de manera tosca, tan tosca que es un burdo intento de engaño. No os equivoquéis, son todos veteranos de Troya, mercenarios de los mares de Acaya, que solo saben luchar y saquear.

Encallan las naves en la arena gruesa, con un ruido como el de cuchillos sobre hueso, y se reúnen en la orilla, donde un hombre los aguarda. De espaldas anchas y manos como garras, va encapuchado.

Lo hemos visto antes, susurrando en las sombras, observando cómo ardía Fenera. Hace señas —venid, venid, conozco el camino, venid— y guía a los falsos ilirios por el sendero estrecho que sube desde el mar, sin gritos ni tambores de guerra, una hueste de ladrones y asesinos en la oscuridad.

—¿Adónde se dirigen, adónde se dirigen? —exclama uno de los muchachos de la milicia, y Atenea vuelve a apoyar la mano sobre el brazo de Telémaco y susurra: "Piensa, niño, piensa, ¿adónde se dirigen, adónde se dirigen…?".

Podría decírselo directamente, claro, pero es el hijo de Odiseo y ella espera ciertas cosas de Telémaco que él ahora debe cumplir. "¡Piensa, muchacho, piensa!".

A Telémaco le resulta difícil pensar con tantas miradas sobre él, pero ningún otro comandante se ha presentado —no están Egiptius ni Peisenor—, por lo que ahora debe probarse a sí mismo y emitir un juicio, y ese juicio debe ser acertado.

"Conoces cada centímetro de esta isla", susurra Atenea, "has anhelado escapar de ella, te has encaramado sobre las rocas y has soñado con grandes batallas en sitios lejanos, ¡pero ahora DEBES usar tu conocimiento! ¡Piensa! Sabes dónde desembarcarán los invasores, sabes que no hay nada allí para ellos; entonces, ¿dónde hay algo de valor? ¿Adónde se dirigirán?".

Está a punto de gritarle la respuesta, de sacudirlo por los hombros y gritar: "En el nombre del Olimpo, muchacho, ¡¿es posible que seas tan pero tan idiota?!" cuando él lo comprende. Toma aire ruidosamente y sus ojos se agrandan.

—Mi abuelo —murmura; Atenea pone los ojos en blanco con muda satisfacción: "¡Por fin, muchacho, por fin!". Comenzaba a creer que no valía la pena perder el tiempo con él, después de todo—. Mi abuelo —repite Telémaco con más confianza, y se yergue en toda su estatura para comandar la presencia de los jóvenes que lo rodean—. ¡Irán a la granja de Laertes!

Los muchachos de la milicia corren en la oscuridad. Atenea va junto a ellos, una sombra que les da aliento y fuerzas; por un momento, vuelven a ser libres, niños que juegan en el campo, sin el peso de las armaduras ni de la muerte en el corazón, sino solo con ideas de valor y con historias, las historias de los poetas, las baladas de los héroes en los que se convertirán. Qué extraño resulta que para convertir a estos muchachitos en hombres, Atenea primero los vuelva niños, aleje de su mente cualquier pensamiento de muerte y de sangre mientras ellos corren, corren, corren hacia la granja de Laertes.

Yo ya estoy allí, por supuesto, despertando a todos con vientos helados, sueños nefastos, mordeduras de insectos sobre la piel caliente y recuerdos del olor a humo. Laertes es uno de los últimos en

despertar y rueda hacia un lado debajo de la delgada tela de lana a la que llama frazada (mucho menos fina que la mortaja que su nuera finge tejer) y protesta y se queja; un hilo de saliva le cae por la comisura de la boca. No puedo darle una bofetada ni encandilarlo con mi divina presencia, pues los otros lo verán, Zeus despertará en los cielos y se preguntará qué hace su esposa jugando con la mente de los hombres, por lo que entonces tomo a una de las ancianas que lo sirven y hago que le duela la vejiga para que gima y corra rápidamente hacia la oscuridad exterior, donde a la luz de la luna puede mirar hacia abajo, hacia el mar.

"¡Mira! ¡Mira!", le grito.

Puede que me haya excedido con el asunto de la vejiga, porque está tan concentrada en aliviarse que durante el primer minuto no logro que haga nada que no sea suspirar mientras se agacha por encima del pozo, pero cuando por fin ha terminado, la sacudo otra vez, rujo al límite de lo audible:

"¡MIRA, PEDAZO DE ESTÚPIDA!".

Por fin levanta la cabeza y al principio no lo ve, pero le pongo algo en un ojo y vuelve a mirar y por fin ve el brillo de la luna sobre una armadura, oye el sonido de metal en el viento. No comprende y luego cree que comprende y entra corriendo y grita:

—¡Hay soldados! ¡Vienen soldados! ¡Odiseo ha regresado!

Me golpeo la frente con la mano con tanta fuerza que cae polvo del techo y paja del tejado. Laertes, que es algo más circunspecto para estas cosas, se incorpora lentamente; mueve la boca alrededor de sus patéticas encías rosadas como si no pudiera hablar hasta haberlas hecho entrar en calor y por fin dice:

—¿Soldados?

—¡Vienen hacia aquí! —chilla la mujer—. ¡Tu hijo ha regresado!

No entiendo por qué Atenea está tan obsesionada con el hijo de Laertes, pero admitiré esto sobre su padre: a veces no es del todo estúpido. Hay un motivo por el que zarpó con Jasón en el *Argo*, y si tenemos en cuenta que el resto de esa tripulación contenía hijos bastardos de Zeus con músculos de león y cerebros de polilla, puedo aseguraros que a Laertes no lo valoraban por su fuerza de acero, sino por su feroz ingenio, por una serena cobardía que a Jasón le hubiera convenido escuchar cuando la situación se tornaba difícil. Así es que se levanta de la cama, no pierde el tiempo en cubrirse las partes privadas más que con un trozo de tela —algo manchada ya— y camina con dificultad hasta la puerta. Espía hacia la noche, contiene el aliento, oye los sonidos de la oscuridad y proclama:

—Huiremos y nos ocultaremos en una zanja.

La anciana ahoga una exclamación y yo siento deseos de abrazar al anciano y apretarlo hasta que reviente.

—Pero, señor… —comienza a decir ella.

—Cuando regrese mi hijo, llegará solo, de manera respetuosa y con una explicación lógica sobre dónde ha estado los últimos ocho años —interrumpe Laertes—. Digamos que tendrá que humillarse un poco. ¡Tráeme mi túnica! Nos esconderemos hasta que todo este asunto haya terminado.

Ella corre a buscar la túnica, mientras yo giro en el aire alrededor de él, feliz. Laertes entorna los ojos. Tal vez intuye mi presencia, recuerda la sensación de cuando era más joven, pero ahora no es momento para pensar en el pasado. Se enfunda su túnica gris, gastada y descolorida, asiente una vez y, con la dignidad del centauro, se aleja corriendo con pasos altaneros.

Algunos minutos después de su partida, llegan los invasores a su puerta. Entran de manera violenta y se encuentran con una lámpara encendida y la manta arrugada sobre la cama baja de madera. Llaman al anciano en voz alta, pensando que tal vez Laertes, por ser de sangre noble, responderá al oír su nombre como si fuera Héctor o Aquiles y no un anciano escondido en una zanja en un extremo de un campo que huele a mierda de cerdo. ¡Rey de Ítaca!, gritan. ¡Sal, anciano, sal!

Laertes no sale, sino que permanece tendido de espaldas a la casa y con las puntas de los dedos apretadas sobre el pecho, como si estuviera tratando de calcular el movimiento de las estrellas del firmamento, mientras que sus criados se encogen de miedo.

Cuando se torna evidente que Laertes no está por ninguna parte y que las riquezas de la casa son, en el mejor de los casos, exiguas, uno de los invasores con algo de iniciativa saca un tronco ardiente del hogar y lo arroja sobre la cama deshecha del rey, dando comienzo a un incendio que antes de que amanezca habrá destruido por completo la granja del anciano Laertes.

Hecho esto, se vuelven y sin riquezas ni rescate se dirigen de regreso a su nave.

Así termina la primera batalla de la noche.

La segunda se lleva a cabo unos minutos después, cuando los invasores, que se alejan de la granja en llamas de Laertes con manos vacías y caras amargas, chocan de lleno con la línea de muchachos armados —escudos unidos, lanzas en posición de ataque— que Telémaco ha formado en el camino para bloquearles la huida. El primer ilirio no tan ilirio que los ve frena en seco, lo que hace que sus colegas estén a muy poco de embestirlo. Lleva un lechón en brazos y una cabra colgada de la espalda. Entonces la marcha de hombres se ralentiza y los piratas, algo confundidos, se abren en una pequeña medialuna. Están confundidos por varias razones. En primer lugar, no habían esperado encontrarse con resistencia de ningún tipo, por lo que el muro silencioso de cuasi hombres armados les resulta un

inconveniente para sus aspiraciones. En segundo lugar, pensaron que si hubiera algo de resistencia, provendría de labriegos armados con palos, no de cuasi hombres armados, entrenados a medias, con lanzas y escudos. Pero, desgraciadamente, cualquier impresión de que pueda tratarse de los legendarios soldados de Ítaca, valientes seguidores de Odiseo, se desvanece ante una inspección más de cerca, pues he aquí que el peto de aquel muchacho es demasiado grande para su cuerpo y los bordes le empujan las axilas hacia afuera de manera incómoda y torpe, lo que hace que sus hombros se abran como las alas de una gaviota. Y he aquí que el casco de aquel otro casi ni se apoya sobre su frente temblorosa, y el escudo de un tercero está doblado y es casi irreconocible; tiene un lado aplastado contra el brazo del que lo porta. Ciertamente, si estos son los mejores soldados que puede reunir Ítaca, entonces no hay dudas de que realmente la era de los héroes ha muerto.

Y entonces los piratas miran, vuelven a mirar con algo más de atención y por primera vez parecen darse cuenta de que aquello que a los muchachos les falta en experiencia militar, equipamiento y pericia también les falta —absoluta y categóricamente— en número.

—Vaya —le murmuro al oído a Atenea mientras paso a su lado detrás de la línea de itacenses—. Así termina esto.

Me fulmina con la mirada, pero veo incertidumbre en su ceño. Ah, si pudiera luchar con estos muchachos, ella sola cambiaría el curso de la batalla; la espada sería una canción en su mano, los movimientos serían simples, un pasito, una danza, una arenga de sangre. Para el glorioso Ares, cada batalla era un movimiento triunfante del hacha, una ola de fuerza, el rugido de pulmones y el trueno de arma sobre escudo. Pero he visto a Atenea ganar una pelea con solo cortarles las manos a los enemigos que sostenían la espada, llevándose un dedo cada vez con el más ligero movimiento de muñeca, como diciendo: “A ver, tomémonos las cosas con sensatez”.

Ella podría, si quisiera, convertirse en otro de los muchachos de la isla y despedazar a estos piratas. Pero otros escucharían su música; en el Olimpo, las miradas se posarían en ella y los grandes dioses se preguntarían qué es lo que hacemos las mujeres en Ítaca, *entrometiéndonos*, siempre entrometiéndonos. Está muy bien que Atenea se meta con Odiseo, es un héroe y está ocupado encamándose con una ninfa lejos de aquí, ¿pero esto? Esto es algo… burdo. Este tipo de entrometimiento habla de poder y de libertad.

Por ese motivo, Atenea murmura:

—He convocado a otra.

Y antes de que pueda preguntarle a qué se refiere, los piratas desenvainan sus armas. No las sicas, las espadas curvas de los ilirios, sino las espadas cortas de los griegos, un arma que podrías presionar

contra el cuello de una mujer mientras le explicas con pocas palabras lo que le espera. Un arma que podrías esgrimir si quisieras tener una mano libre para arrastrar a un niño hasta tu nave, listo para venderlo.

Diré esto sobre los muchachos de Telémaco: no se amilanan. La delgada fila, cuya anchura es de un solo joven, no titubea. Se curva levemente cuando los invasores comienzan a rodearla; los muchachos intentan mantenerse unidos, pero con sitio suficiente como para moverse. Los piratas no lanzan gritos de guerreros; no hay provocaciones ni burlas ni órdenes de rendirse. Los hombres del mar tienen demasiada experiencia en ese trabajo como para desperdiciar aliento en algo que no sea perforar, cortar, apuñalar, los movimientos de la batalla, y los muchachos sienten ahora por primera vez que la muerte mordisquea los bordes de su valor, oyen el primer susurro de duda y de miedo.

—Firmes —murmura Telémaco, tanto para sí como para los otros —. Firmes, todos. Haced lo que nos enseñó Peisenor. Manteneos detrás del escudo. Manteneos juntos.

Peisenor les ha enseñado eso, es cierto, pero no llegó a la parte sobre qué hacer cuando se encuentran completamente rodeados por veteranos que no sienten ningún respeto por sus armas ni por su destreza, que comienzan a ver ahora la palidez de los aterrados muchachos que tienen delante y en cuyos ojos el miedo se ha vuelto pensamiento y hay un plan que solo lleva a su muerte. El círculo se estrecha y me sorprendo al sentir que Atenea me aferra del brazo. Está pálida, tiene los labios apretados y los nudillos de la mano con que sostiene la lanza están blancos. Por un momento, no comprendo. Luego susurra:

—Pase lo que pase, salva a Telémaco.

En una batalla de espada contra lanza, una lanza bien utilizada debería llevarse la ventaja. Su alcance le permite a un soldado entrenado cortarle la garganta al enemigo mucho antes de que la espada establezca contacto. Pero estos muchachos no están entrenados, y luego, tras un instante veloz de consideración, uno de los piratas —podríamos llamarlo el líder— se adelanta y con la mano desnuda pasa junto a la punta de la lanza más cercana que se agita delante de su cara, la sujeta de la vara y tira con tanta fuerza que el muchacho que sostiene el otro extremo cae de cara en el barro. Alguien se ríe y, en ese momento de negra desesperación, los piratas atacan.

Cuando las musas cantan, no lo hacen sobre escaramuzas como estas. Sus cantos no hablan de pies que resbalan ni de gritos ni de espadas que demuelen los escudos. No hablan de muchachos a quienes les arrancan los cascos, de piratas que ven que simplemente pueden ignorar los ataques de sus enemigos, pues cada golpe es insignificante

si se lo compara con el daño que ellos pueden hacer. No cantan sobre masacres.

Sí, algunos de los muchachos de Ítaca se defienden. Algunos tienen suerte y encuentran un blanco para la punta de su lanza. Otros cambian la lanza por puñales más cortos cuando la fila se desmorona y se enfrentan a sus atacantes en sus propios términos, habiendo perdido toda ventaja de rango y alcance. Atenea susurra en sus corazones, valor, valor, valor, pero no se queda de pie junto a ellos cuando caen, gritando, en la oscuridad. Ni tampoco les quita el dolor: ese no es su don. Si hubieran sido mujeres, podría haber sido el mío, pero yo solo puedo revolotear, presa de la impotencia, por encima de esa escena sangrienta.

Telémaco no se desempeña bien en los primeros segundos; cualquier batalla como esta se mide en segundos, no en minutos. Trata de mantenerse detrás de su escudo como le enseñó Peisenor, e intenta atacar con la lanza, hacia delante y hacia atrás. Pero dos hombres trabajan juntos para derribarlo: uno empuja la punta de su lanza hacia la izquierda mientras que el otro entra por la derecha para sujetar la vara del arma y arrancársela de la mano. Telémaco piensa en resistir, pero suelta un instante antes de que lo hagan caer al suelo y se aparta; desenfunda su espada y golpea el escudo contra el pecho del hombre más cercano. Esto lo hace caer hacia atrás con más éxito del que Telémaco esperaba y el muchacho continúa el ataque con una estocada hacia el vientre del otro pirata, que se aleja de un salto dejando caer al barro la lanza de Telémaco.

A poca distancia de allí, oculto en la zanja, Laertes oye el ruido de la batalla, pero permanece tendido de espaldas estudiando las estrellas. Uno de sus sirvientes llora en silencio y él susurra furioso:

—¡Nada de llantos! —Y el sonido de los sollozos se apaga inmediatamente.

Alrededor de Telémaco, los muchachos caen y la tierra se riega con sangre. Atenea se inclina por un instante para desviar una hoja que va directa hacia la nuca de Telémaco y le corta la punta del pelo; luego ella desaparece por temor a que alguien note esa intervención menor, dejando que Telémaco gire, confundido, al sentir aire detrás de la cabeza. Un pirata le atesta un golpe del que él se defiende mal con el escudo; la fuerza brutal traspasa su débil bloqueo y lo hace tambalearse hacia atrás. El siguiente golpe lo encuentra mejor preparado; Telémaco sale a enfrentarlo antes de que cobre velocidad, pero aun así siente en el brazo y en la columna la vibración de fuerza contra fuerza. Sabe que sus amigos se están muriendo y que él también morirá, pero intenta una treta que le enseñó un egipcio y ataca por debajo del escudo, buscando los tobillos de un pirata. Para su sorpresa, hace contacto y corta carne y hace brotar sangre, pero el

impulso del golpe se frena por el impacto de un modo que jamás sucedió cuando entrenaban, por lo que Telémaco pierde un valioso momento de recuperación en el que otro hombre empuja el arma contra su pecho. Desvía la punta, que bordea el extremo del escudo y se hunde en su brazo, pero el muchacho no siente el dolor, pues tiene demasiada sangre en el cráneo y muy poco aliento en la garganta.

—¡Ayúdalo! —grita Atenea con angustia genuina en la voz, algo que jamás creí que escucharía.

La miro y siento algo extraño y tenso que casi podría ser lástima. Ella podría ayudarlo si decidiera hacerlo, pero ¿a qué precio? ¿Cuántos años más de prisión podría pagar el padre si Atenea interviene ahora para salvar al hijo?

Otro golpe hace retroceder a Telémaco, que tropieza con el cuerpo de un joven que supo ser su amigo; cae, trata de levantarse; las manos cargan armas, las piernas patean tratando de afirmarse contra sangre y carne.

—¡Ayúdalo! —grita Atenea, y vuelvo a mirarla, preguntándome qué espera que haga.

No soy criatura de guerra; castigo a aquellos que abandonan una batalla con veneno y bilis, pero sus batallas siguen siendo de ellos.

Un pirata hace caer con un golpe el escudo de Telémaco y por un instante queda indefenso, con el cuello descubierto, el pecho descubierto, los ojos más redondos que la luna que los ilumina. Otro invasor lleva la espada hacia atrás para asestarle un golpe mortal con demasiada furia para ser eficiente; la desesperación le quita prisa, él anhela que su víctima vea el final.

La jabalina entra en su pecho en ángulo desde atrás y la punta aparece por el hombro izquierdo como si el hombre fuera una cerca mal construida; entonces comprendo, con leve indignación, que Atenea no me gritaba a mí.

El pirata no cae de inmediato, y cuando lo hace, es en la misma dirección desde la que vino la jabalina, como si solo ella pudiera ahora darle impulso. La siguiente jabalina se abre y no da contra el pirata que gira para recibirla, pero el ataque de Kenamón, cuando se abalanza desde la oscuridad, es algo que parece retorcerse en el aire, una puñalada ascendente que parece dirigirse al vientre, pero luego vira en el último momento para entrar de lado en el cuello. El pirata cae, Kenamón cae también sobre él y en la lluvia de sangre y el tronar del dolor, el egipcio tiende la mano al muchacho caído y ruge:

—¡Corre, muchacho! ¡Corre!

Telémaco se aferra a la mano que le ofrecen, la usa para levantarse con dificultad mientras mira la escena sangrienta. Solo quedan en pie algunos miembros de la milicia; el terreno está sembrado de cadáveres de muchachos y hombres y por un momento parecería que negará con

la cabeza y rechazará el rescate.

Aquí, al menos, tengo algo de poder. Me cierno sobre el muchacho antes de que pueda abrir la boca para decir algo absurdo, le paso mi aliento por los labios y susurro con fuerza hasta lo más profundo de su corazón: "¡CORRE!".

Atenea jamás pronunciaría esa palabra; no forma parte de su vocabulario.

Algún día tal vez tenga la elegancia de sentirse agradecida de que forme parte del mío.

Telémaco les da la espalda a sus amigos y, con Kenamón a su lado, corre hacia la oscuridad.

CAPÍTULO 33

El amanecer que sucede a una batalla debería ser rojo como la sangre, y, sin embargo, casi nunca lo es. Demasiadas guerras se han librado bajo su mirada brillante como para que se sonroje ante un asunto que no sea absolutamente espectacular. Nos encontramos, pues, con una madrugada fresca y plateada que huele a flores y a sal.

En la playa que está debajo de la granja de Laertes se ven tres líneas irregulares donde encallaron tres naves que volvieron a zarpar hace muchas horas.

En el sendero que lleva del mar hacia los cerros están los muchachos perezosos de la milicia de Peisenor: los que no se presentaron, los que no llegaron a tiempo para su propia muerte. Siguen allí con sus armaduras y sus lanzas, avergonzados algunos por su debilidad nocturna, aliviados los más. Aquellos que han visto los cadáveres de los muertos se sienten agradecidos por no haber estado allí, por más que hayan dañado su honor. Algunos comienzan a comprender que el honor no vale nada comparado con un corazón que sigue latiendo.

Laertes está sentado sobre un taburete, uno de los pocos objetos que se salvaron de la ruina quemada de su granja; tiene los brazos cruzados y les da la espalda a las cenizas. Los miembros de su entorno doméstico que han sobrevivido revisan las ruinas carbonizadas y calientes en busca de objetos de valor. Medón ya ha hablado de reconstruir la casa, de volver a comenzar, pero Laertes, callado y con los brazos cruzados, mira más allá del anciano consejero como si no estuviera allí.

A pocos metros de la granja, montaña abajo, los deudos se han reunido otra vez para contar los cuerpos de los muertos.

Deberán quitarles la armadura a la docena de muchachos que yacen sobre la tierra húmeda de sangre, sobre los que revolotean los cuervos. Deberán colocar las armaduras en pulcras pilas para que se laven y se devuelvan a la armería; luego deberán preparar y cubrir los cuerpos para el entierro con mortajas ajustadas que unan los bordes

de las muchas heridas abiertas que surcan la carne de los muchachos. De los cinco que quedan con vida, esa misma noche morirá uno, malherido, llamando a Apolo, dios de los sanadores, que no responderá. Dos más sobrevivirán, con el tiempo, y uno se recuperará por completo, bendecido solamente por la suerte, sin que intervenga ninguna divinidad.

No se ven cadáveres de piratas. No es porque no hayan muerto, pues seis de ellos perdieron la vida, sino porque se han llevado sus cadáveres para arrojarlos al mar, para que ningún habitante de Ítaca pueda mirar de cerca las caras o las armas de los muertos y exclamar:

—Un momento… ¿acaso no eran ilirios?

Las plañideras llegan, como llegan siempre, se arrodillan sobre la costra ensangrentada de la tierra para llorar y llevar a cabo esas cuestiones con cabello y cenizas que manejan con tanta habilidad. Anaitis llega desde el templo de Artemisa para observar sin pronunciar palabra; Egiptius y Peisenor se mantienen erguidos y sombríos mientras las plañideras retiran los cadáveres. No hay rastro de Pólibus ni de Eupites. Anfínomo se apoya sobre su lanza; no ha dormido en toda la noche y no dormirá tampoco esa noche hasta que, vencido por el agotamiento, dormitará inquieto una hora y despertará con ojos fangosos y vergüenza en el pecho.

Kenamón está algo apartado de los demás. Se ha lavado la sangre de la cara y de la espada. Solamente si miráis con atención, veréis algunas salpicaduras carmesí sobre su atuendo y cuando él se percate de ellas más tarde ese día, las lavará con agua fría hasta que hayan desaparecido.

Telémaco está sentado a los pies de su abuelo, sucio y ensangrentado; la anciana nodriza, Euracleia, se lamenta:

—¡Mi pobre chiquillo! ¡Mi niño adorado! ¡Esa herida… qué herida! ¡Mi niño querido!

Tiene, sí, una herida menor en el hombro, donde se hundió la punta de la espada de un pirata. No es tan profunda como podría haber sido, pues la estocada perdió velocidad al toparse con el escudo en su camino hacia la carne, pero servirá como cicatriz viril y apropiada para recordarle al mundo que él, Telémaco, recibió una herida de guerra. No sería cortés preguntar cómo se las arregló para sobrevivir con tan pocas heridas cuando todos los demás murieron. Es el hijo de Odiseo y vivió: con eso basta.

Penélope está de pie unos pasos delante de él, pálida como una telaraña. No ha corrido hacia él de inmediato, como hizo Euracleia. Más bien, cuando las noticias llegaron al palacio con las primeras luces del amanecer (¡una batalla, un incendio en la granja de Laertes!), se preparó despacio y cuidadosamente, ordenó a Eos y Autónoe que se armaran en secreto, convocó a todos los guardias de

cuya lealtad se fiaba y cabalgó hacia allí en la madrugada.

¿Pensaba en su hijo?

Sí, claro, a cada paso. Con cada golpe del casco del caballo pensaba en su hijo y en ocasiones pensó en poner a galopar a la bestia, pero no lo hizo. ¿Por qué apresurarse para ver a su hijo muerto? ¿Por qué correr hacia ese momento del destino en que se encontrará con el cuerpo ensangrentado que la ha perseguido en pesadillas todas las noches desde el arribo del primer pretendiente? No. Bastará con una travesía lenta y regular, digna y majestuosa. Cada minuto que pasa sin que ella lo vea muerto es un minuto en el que tal vez todavía esté vivo. Es un minuto en el que su hijo respira, si no en la vida real, al menos en su mente, otro segundo que ella podrá atesorar tras tantos y tantos años —se da cuenta ahora— de no atesorar lo suficiente.

Tras llegar al lugar del incendio, donde la gente ha seguido cargando agua desde al arroyo hasta la casa para apagar las brasas ardientes, Penélope mira por la luz tenue del amanecer para tratar de ver algún orden, algún sentido, para hacerse una idea de la cantidad de muertos o de la escala del desastre. Ve primero a Laertes, y tras acercarse a él, se arrodilla a sus pies, sin saber qué preguntar ni qué decir, pero él tampoco parece saberlo, pues se limita a asentir, y ella piensa que tal vez en ese gesto enmarcado por el fuego hay una especie de perdón.

No ve de inmediato a su hijo, sumido en la tristeza entre la hierba alta, con la espada ensangrentada junto a él, sino que vislumbra a Kenamón a cierta distancia; él se limita a hacer un movimiento de cabeza y dedicarle la sonrisa vacía de alguien que se ha olvidado del placer; entonces, tras esa inclinación de cabeza, ella ve a Telémaco.

Se acerca pensando que las piernas no la sostendrán, y cuando trastabilla, Eos salta hacia delante para sujetarla del brazo y la sostiene los últimos metros hasta que queda de pie ante su hijo.

—Telémaco —suspira.

Él levanta la cabeza lentamente, ve los ojos de su madre y aparta la mirada.

Hubo una vez un niño que corría hacia su madre cuando se hacía una herida en una rodilla.

Un niño que reía cuando ella lo abrazaba.

Un muchachito que le pedía consejos y valoraba su respuesta.

Ahora hay un soldado ensangrentado sentado sobre la hierba, que ha visto morir a sus amigos esa noche y no siente interés real por su madre.

Muchas cosas debería decir ella. Mi hijo, mi amor, mi muchacho hermoso. Mi Telémaco. Lo eres todo para mí. Debería correr hacia él y abrazarlo. Pero él se enfadará si lo hace. Dirá: ahora soy un hombre. No me escondo detrás de las mujeres. ¡No quiero que me conozcan

como el hijo de una mujer!

Y la apartará de un empujón, escupirá junto a sus pies y no volverá a mirarla a los ojos.

Pero tal vez algún día recordará que ella estuvo allí, que lloró por él, que su amor supera todos los demás. Tal vez, algún día que todavía no ha llegado.

Paralizada, Penélope no habla, no se mueve, piensa que todo es culpa suya, sabe que ha perdido a su hijo de formas que trascienden la violencia. Abre la boca para hablar, para decir: "Telémaco. Mi hijo".

Piensa en decirle que está orgullosa de él. Piensa en decirle que su padre estaría orgulloso de él. No la detestará por eso.

Pero allí está Euracleia con sus "¡Mi niño adorado!" y sus "¡Esa herida!" y sus besos babosos sobre la frente de él y sus abrazos, aunque Penélope ve que él se pone rígido. Telémaco no parece reaccionar ante las atenciones de su vieja nodriza, pero tampoco se la quita de encima ni se resiste cuando ella le dice que es un héroe, que es todo un hombre. Ay, qué terrible, qué terrible, debes de haber matado a muchos, salvaste la vida de tu abuelo, lo salvaste, qué hombre, qué hombre, ¡*qué herida tan terrible*!

En ocasiones yo he pensado en golpear a Euracleia por ser tan pesada e insufrible, pero cuando miro con más atención veo algo de mí misma en ella que me resulta incómodamente conocido, por lo que calmo mi ira y todo me resulta perturbador de muchas maneras en las que no quiero detenerme a pensar.

El aire escapa de los pulmones de Penélope y en los años que vendrán se sorprenderá de que todavía siga respirando.

Entonces, he aquí nuestro cuadro pintado.

Telémaco, sentado en el suelo, mientras Euracleia lo adula y le hace arrumacos.

Las mujeres de Ítaca llevándose los cadáveres de los amigos de él.

Egiptius y Peisenor en silencio ante su fracaso.

La granja quemada del padre del rey de Ítaca.

Laertes sentado sobre su taburete, en silencio, como si estuviera en el trono de Zeus, de espaldas a las cenizas de su ancianidad.

Kenamón, de pie a cierta distancia.

Anfínomo, de pie más cerca.

Penélope, en el centro de todo; el viento agita su velo y ella oculta sus lágrimas de las miradas de los hombres.

Las cosas podrían haber seguido así (no creo que ni la madre ni la nodriza hubieran hecho levantarse a Telémaco o a Laertes), si no fuera porque llega alguien más a caballo. Electra, flanqueada por algunos de hombres de Micenas. Observa la escena humeante, huele la sangre en el aire, escucha las canciones de las plañideras, cuenta rápidamente los cadáveres de los jovencitos ensangrentados que ellas cargan en el

carro tirado por un burro, ve a Telémaco, vacila y luego se acerca.

Pasa directamente delante de Penélope, fulmina a Euracleia con la mirada hasta que la vieja nodriza se aparta, luego se arrodilla directamente delante del chico silencioso, sangrante, y le toma la mano.

—Telémaco —dice sin rastro de gentileza ni destello de compasión en su voz. Lentamente, él levanta la cabeza para mirarla a los ojos. Ella se ha pasado cenizas por la cara con dos dedos, como si quisiera dividir en dos sus facciones. Lo ha hecho por su padre, pero hoy, tal vez, también lo ha hecho por Ítaca—. Venganza —dice.

Él parpadea, como si la palabra hubiera brotado de alguna lengua desconocida y, detrás de la princesa, Penélope se pone rígida.

—Venganza —repite Electra, y le aprieta la mano con fuerza. Y otra vez—: Venganza.

Él asiente una vez, se pone de pie lentamente y hace una mueca ante el dolor que recorre su cuerpo cuando se mueve. Cuando más tarde se quite la armadura, verá que tiene magulladuras en las costillas, en los brazos, marcas del impacto de metal contra metal registradas en sus huesos. Electra sonríe un poco cuando él se pone de pie y luego, con un movimiento repentino, lo abraza con fuerza y luego lo suelta. La sangre de él le mancha la piel blanca como leche y ella queda satisfecha.

—Venganza —murmura Telémaco, y Electra sonríe como si él fuera suyo.

CAPÍTULO 34

Llevan a Laertes al palacio, a su antigua habitación. Él huele el aire y exclama:

—¡Alguien ha estado durmiendo aquí!

—Orestes, príncipe de Micenas —responde Penélope con la cabeza gacha, como siempre que se dirige a su suegro.

—Ajá. —Estaba dispuesto a hacer aspavientos, a armar un gran alboroto y amargarles la vida a todos, hacérsela tan amarga como la suya, pero Orestes, hijo de Agamenón…, pues hasta Laertes debe admitir que es aceptable, ligeramente aceptable. Si se tienen en cuenta los tiempos que corren.

Los pretendientes se han reunido junto a los portones del palacio. Han venido a mostrar respeto, en apariencia, pero la mayoría ya se está preguntando: "¿Habrá más duelo? ¿Más días sin banquetes ni jarana, bajo los ojos recubiertos de cenizas de Electra y Penélope?".

Andremón está de pie en el fondo, y cuando Penélope pasa en su caballo gris, la mira con una ceja arqueada, como diciendo: "¿Ya has tenido suficiente?".

Ella no le devuelve la mirada.

Desde la puerta de los aposentos de Penélope, Electra exclama:

—¿Piratas, Penélope? —Lo dice como si fuera una falta moral, alguna pestilencia que acecha en un burdel.

Algo en su voz sugiere que si supiera de piratas en su dominio, se los comería para la cena. La familia de Atreo siempre ha tenido debilidad por algún entremés de carne humana.

—Piratas —responde Penélope, y es todo lo que está dispuesta a decir.

Cuando Telémaco, ensangrentado pero en pie, pasa por las calles silenciosas de la ciudad, nadie sale a vitorearlo. Anfínomo se acerca a las puertas del palacio para pronunciar algunas palabras de consuelo, palabras entre guerreros:

—Telémaco, yo… —Pero el joven lo fulmina de tal manera con la mirada que él retrocede y cierra la boca.

—¡Hay que bañarte, hay que aceitarte, mi muchacho hermoso! —chilla Euracleia—. ¡Agua caliente, buscad agua caliente!

A ocho criadas les lleva casi una hora juntar suficiente agua caliente para llenar la bañera que Euracleia ha arrastrado por el suelo de piedra, y cada minuto se oyen sus gritos y chillidos diciéndoles que son muy lentas, demasiado lentas…, ¡unas inútiles!

Penélope baja cuando vacían el último cubo en la bañera y dice:

—Yo misma atenderé a mi hijo.

Euracleia hace un mohín y pone las manos en jarras, pero ha aprendido a no discutir con la señora de la casa. Entonces Telémaco levanta la cabeza y habla por primera vez:

—No.

Tiene la cara salpicada de sangre, como los puntos sobre la cáscara de un huevo de pato. La sangre es del corazón del hombre que Kenamón mató con esa primera jabalina, pero en el alboroto y en la oscuridad, en el tronar de su mente, Telémaco no sabe de quién es o si tal vez es suya.

—Telémaco —insiste Penélope—. Estás herido. Deja que te atienda.

Él, que estaba sentado en el borde de la bañera humeante, se levanta lentamente, se yergue en toda su estatura y con una mueca de dolor, ruge, casi grita:

—*¡No necesito a mi madre!*

Penélope retrocede y, por primera vez en muchísimos años, siente calor en las mejillas, calor en los ojos, que ni siquiera ella puede disimular. Hasta Euracleia ha descubierto de pronto —y de manera espontánea— los beneficios de ser pequeña, gris e invisible. Telémaco vuelve a sentarse y agacha la cabeza. Se oye una tosecita discreta desde la puerta. Allí está Electra, con el pelo recogido y la cara despejada, las manos desnudas, los dedos flexionados.

—Te ayudaré con tu armadura, primo —dice solamente.

Y Telémaco se queda mirándola por un instante, casi confundido, antes de mover la cabeza en señal de asentimiento. Electra se acerca, pasa la mano por el bronce ensangrentado, le mueve el mentón hacia un lado y hacia el otro como buscando confirmación de que no hay más heridas, se mancha los dedos con unas gotas de sangre y deja marcas en el cuello de él. Mira a las mujeres que están junto a la puerta.

—Gracias, señoras —dice—. Las llamaré si necesito ayuda.

Euracleia es lo suficientemente lista como para desaparecer en un segundo.

Penélope se queda en su sitio, como un árbol sobre el que ha caído un rayo y se mece en el viento frío de la tormenta. Si parpadea, puede derramar estúpidas gotas de agua de sus ojos, por lo que no parpadea, no se mueve. Electra le dirige otra mirada, como sorprendida de verla

allí.

—Gracias —vuelve a decir—. Te mandaré llamar.

Tomo a Penélope de la mano. “Ven”, susurro. “Ven. Apóyate en mí”.

Ella no lo sabe, pero soy yo la que la lleva desde la puerta, la que la sostiene antes de que caiga, la que le seca las lágrimas para que nadie la vea presa de un sentimentalismo impropio de una reina.

“Nada de debilidad”, susurro. “Nada de lágrimas. Solo tú puedes enderezar tu espalda”.

Ella se tambalea, se lleva una mano al abdomen, ahoga una exclamación, inspira con fuerza.

Luego se endereza despacio.

Suelta el aire y las tonterías.

Se yergue como una montaña.

Le aprieto la mano por última vez y se la suelto.

CAPÍTULO 35

Penélope no está presente en el banquete de esta noche.

Tampoco Telémaco ni Electra.

En cambio, para sorpresa de todos, Laertes desciende lentamente, se sienta en la silla que se mantiene reservada para su hijo, con el cuerpo inclinado a la derecha y las piernas extendidas hacia la izquierda, como si le incomodara sentarse derecho. Observa a los pretendientes reunidos allí, que han quedado mudos ante su aparición, y finalmente vocifera:

—¿Y bien? ¿No pensáis comer, cabrones? —Y saca un hueso del plato que la criada más cercana sostiene a su lado. Mastica con la boca abierta y sonríe mientras la carne roja se va tornando gris entre sus dientes amarillos; y, lentamente, con la cabeza gacha, los pretendientes comienzan a comer.

Andremón no está entre ellos, tampoco Anfínomo.

Antínoo dice por lo bajo:

—He oído que ni siquiera hubo combate, ¡he oído que ningún ilirio ha muerto!

Eurímaco murmura:

—Algunos de los que murieron eran amigos nuestros, Antínoo, servidores de nuestros padres…

Antínoo resopla sobre su plato.

—¿Piensas que mi padre enviaría a alguien que realmente valora a morir en esa triste milicia? Los únicos muertos son lisiados e imbéciles.

—¡Antínoo! —La voz de Laertes resuena por el salón haciendo callar a la concurrencia—. Parece que estás contando algo interesante. ¿Por qué no lo compartes con todos los presentes?

En otra vida, Laertes habría sido un fabuloso tutor para los jóvenes de Ítaca. Antínoo esboza una sonrisa forzada, levanta las manos y dice:

—No, no, de ninguna manera. Solo… estaba rindiendo homenaje a las heroicas vidas que se han perdido.

—Por supuesto —dice Laertes con sorna—. Es algo muy característico en ti.

Kenamón está sentado más lejos de ellos, con gesto ceñudo. Esta noche, su amable curiosidad habitual se ve reemplazada por un silencio que nadie se anima a penetrar.

La luna comienza a declinar, y entre las cenizas oscuras de la granja de Laertes, siete mujeres se reúnen en secreto.

—¡Han atacado a mi suegro! ¡Han atacado al rey de Ítaca!

Penélope no levanta la voz desde…, no puede recordar desde cuándo. No es apropiado para una reina gritar o dar pisotones con furia o andar por allí con humo en el pelo, pero esta noche solo la ven las mujeres, así que levanta las manos al cielo y dice:

—Atacaron a Laertes, mataron muchachos, ¡muchachos! ¿Cómo se atreven? Niños con ropas de metal. Mi hijo…, podrían haberlo…, ¿cómo se atreven? *¿Cómo se atreven?*

Atenea también la mira desde el borde del bosque. Veo el brillo de su espada, huelo su altanería, su aliento santificado sobre las cenizas en la oscuridad. Observa a Penélope y quizás, por primera vez, ve algo en los ojos de la reina que le despierta interés. Un fuego, una furia. Algo que sugiere guerra. Atenea nunca antes ha mirado a la mujer de Odiseo; no sé si me complace que lo haga ahora.

Las mujeres del consejo se mantienen a su lado, silenciosas y discretas ante los gritos y palabrotas de Penélope, que maldice, suelta improperios, camina de un lado a otro, descargando por fin el calor del día en la oscuridad fresca de la noche. Priene está de pie, con la mano sobre la espada, casi como si estuviera esperando que regresaran los piratas, que se arrastraran desde el mar… ¡Cómo lo disfrutaría! Los ha visto trabajar desde la oscuridad del bosque y sí, claro que sí, puede sentir su presencia en este momento, el olor que emanan le dilata las fosas nasales.

Teodora se encuentra a su lado, con el arco en la mano, y el carcaj sobre la cadera. Las ampollas de sus manos han estallado y ahora se cubren con piel nueva y callosa, calientes y gruesas en las uniones de los dedos. Sémele lleva su cuchillo de caza, un accesorio aceptable en una mujer que trabaja estas tierras inhóspitas; es menos un arma que una herramienta muy afilada, según a quién se le pregunte. Las armas de Eos y Ourania están bien ocultas, como deben llevarlas las mujeres del palacio. La única que no está armada es Anaitis. Tal vez piensa que Artemisa la defenderá llegado el momento.

Pensar en Artemisa me atraviesa como el galope de un venado y me provoca palpitaciones desagradables en el corazón. Tendré que hacer algo con mi hijastra en breve, antes de que la luna se oscurezca. Condenarla al Tártaro, pero en eso Atenea también tiene razón.

—Con todo lo que podría haber hecho, con todos los lugares que existen… *¡este!* Ha violado todas las leyes, cada resquicio de decencia, *¡ha comido mi comida!,* bebe mi vino… *¿Cómo se atreve?*

Penélope no puede hacer esas preguntas delante del consejo de hombres. Las respuestas son obvias, por supuesto, pero no pregunta por ignorancia. Son, más bien, exclamaciones que siempre hacen las mujeres para tratar de descifrar la arrogancia, la seguridad, ese displicente sentido de derecho que ejercen los hombres sentados alrededor de la mesa de Ítaca que está tan lejos de la comprensión de las mujeres que, aun ante la evidencia que les dice "Ved, mirad, esto es real", ellas no pueden convencerse internamente de que sea así. Yo lo he sentido una vez cuando Zeus me tomó por el cuello, porque se había aburrido de mis hermanas, sus exesposas. Sabía lo que me estaba haciendo, su mirada me dio a entender que solo tomaba lo que se le debía, algo lógico y normal, pero, aún hoy, una parte de mí no puede comprenderlo. Veo esa misma mirada cuando observa a las mujeres desde arriba y entonces me doy cuenta de que lo que lo hace ser el rey de los dioses no es tanto el poder de los rayos que arroja, sino simplemente que se cree mejor que todos los demás.

—Es interesante que hayan ido a por Laertes —dice Priene por fin, aburrida de la furia de Penélope—. Fue audaz —lo dice con una nota de admiración en la voz.

Ahora que esta lucha se ha intensificado, le complace saber que cuando mate a los piratas, estará asesinando soldados dignos de respeto y no simples bestias griegas. Encuentra en ello una sensación de honor, palabra extraña que creía haber dejado atrás, pero que ahora vuelve a aparecer en el horizonte de su memoria.

—Andremón —gruñe Penélope, y la palabra suena como maldición en el aire—. ¡Quiere torcer mi voluntad, robarle al padre de Odiseo! Su padre, pero qué arrogancia, qué…

—Y por poco lo logra —dice Priene, y vislumbro una pequeña sonrisa en los labios de Atenea, una estratega siempre atenta a la conspiración—. ¡Fue una suerte que Laertes despertara y huyera!

¡Eh! ¿Suerte? Ya te mostraré lo que es suerte, muchacha, ya…

Anaitis carraspea; tal vez la sacerdotisa es buena en su trabajo o tal vez intuye una chispa de divina exasperación en el viento.

—Suerte… o la bendición de los dioses —dice.

Me tranquilizo un poco y resisto el impulso de enviarle a Priene picaduras de insectos en el cuello, unos grandes granos de pus bajo la piel.

—¿No hay nada que podamos hacer contra Andremón? —pregunta Ourania, pensativa—. Hay… formas discretas de quitarlo del medio.

—¿Estás insinuando que elimine a uno de mis invitados? —replica Penélope, todavía irascible, aun con las personas que ama.

Ourania tuerce la boca mientras considera un pensamiento blasfemo. Desiste al ver el gesto de enfado de Penélope.

—Aunque pudiera deshacerme de Andremón, los demás jamás lo aceptarían. Si alguno de ellos decidiera arrojarse desde un acantilado por propia voluntad, me culparían a mí de todos modos. Dirían que yo estaba conspirando. Debemos lidiar con Andremón de otra manera: demostrarle al mundo que él ha violado todas las leyes de hospitalidad y así podrá ser expulsado ante la vista de todos.

—Ah, solo podemos hacerlo así —suspira Ourania.

—¿Dónde está Leaneira? —le pregunta Penélope a Eos.

—Sigue en el palacio. Cumple con sus obligaciones y no dice nada.

—¿Sabes si habla con Andremón?

—Él habló con ella brevemente anoche, pero si lo ha vuelto a ver, nadie se ha enterado.

Un asentimiento breve; un asunto a tratar más tarde.

—¿Cuándo estarán listas las mujeres? —Penélope se dirige a Priene, que mira fijamente a la luna como si buscara una respuesta.

—Van bien —dice finalmente—. Mejor de lo esperado. Tenemos que elegir nuestro campo de batalla con sumo cuidado. Anoche tu milicia infantojuvenil estaba desparramada por toda Ítaca en cinco lugares distintos; fueron totalmente incapaces de reunirse para un combate, y mucho menos de ganarlo. Hasta el momento, Andremón ha tenido el control de todas las batallas. La próxima la controlaré yo.

—¿Y cómo piensas lograrlo?

—Obviamente —ironiza—, le haremos caer en una trampa.

Se hace un silencio incómodo en el lugar. Luego Ourania murmura:

—Telémaco…

—No. —La voz de Penélope es como un látigo, y aunque Ourania hace una mueca de dolor, lo vuelve a intentar.

—Andremón ha demostrado interés por raptar o matar a… la descendencia de Odiseo. Si pudiéramos garantizar que Telémaco se encontrará en un determinado lugar a una hora determinada…

—¡No vamos a arriesgar a mi hijo!

—¿Él está enterado de esto? ¿De lo nuestro? —pregunta Priene con la naturalidad del aire.

—No.

—¿Debería saberlo?

Penélope suelta un suspiro tembloroso.

—Sus amigos han muerto. Su admirada milicia ha sido aplastada. Su valentía ha sido cuestionada. ¿Quién de vosotras piensa acercarse a mi hijo para decirle que un grupo secreto de mujeres hará lo que él, hijo de Odiseo, no ha sido capaz de hacer? —Priene trata de levantar la mano, pero Teodora se la baja rápidamente. Penélope fulmina con la mirada a cada componente del círculo—. Mi hijo debe ser

independiente. Lo sé. Pero hasta que sea capaz de defenderse solo, yo lo defenderé, aunque él me odie por ello. ¿Lo entendéis?

Ellas asienten con un gesto, murmuran a coro que sí. Por fin Ourania dice:

—¿Podría Andremón raptarte a ti?

La pregunta carece de malicia, es solo una consulta sobre un tema estratégico, pero trae algo de alivio por su franqueza, corta la tensión y eso permite aflojar el aire. Penélope lo piensa un momento, luego menea la cabeza.

—No. Si algo hemos aprendido de mi prima Helena es que llevarse a una reina con su consentimiento o sin él no hace más que traer problemas.

—¿Y Clitemnestra? —pregunta Sémele, y todas las miradas se clavan en ella.

—No es aconsejable que Andremón se entere de que tenemos a la reina —murmura Ourania—. Cuanto más rápido la saquemos de Ítaca, mejor.

—Ahora que los piratas de Andremón se han marchado, las aguas deberían estar bastante calmadas, al menos por ahora —responde Penélope—. Ourania, necesitaré que organices la salida de mi prima.

—¿No se la entregarás a Orestes? —pregunta Anaitis.

—No. Sería políticamente…, sería lo más inteligente…, pero la idea de que un joven mate a su madre en mi tierra me resulta sumamente desagradable. Sus pecados son graves, pero no fueron hechos sin… provocación. Estoy segura de que mi prima montará un escándalo en algún otro lugar, tratará de llamar la atención, nunca fue una chica modesta. Pero eso no ocurrirá aquí y no será por mi culpa.

Reina hermosa, murmuro, y acaricio la mejilla de Penélope. A ti también te quiero. Todo mi poder será tuyo y tú serás mía, favorecida por los dioses.

Ourania finaliza:

—Bueno, pues si no podemos utilizar una carnada humana para atraer a Andremón, tendremos que ofrecerle otra cosa.

Penélope suspira:

—Me encargaré de eso. Mientras tanto, Priene, necesito que encuentres un lugar apropiado para la batalla.

La guerrera asiente con la cabeza, gira sobre sus talones y se va, seguida por Teodora. Veo que Atenea las observa cuando se marchan, percibo que sus intrigas se introducen en sus pensamientos, que se mezclan con los sueños de ellas. De pronto, siento como una picadura en mi zona lumbar, una mosca que zumba y no puedo matar, siento los dientes pastosos. Giro para ver el origen de esto y, ay, qué desagradable, veo que Anaitis ofrece una plegaria a Artemisa, las manos juntas y los ojos cerrados. Es una oración de lo más sincera, de

lo más piadosa, lo que me irrita y me hace rechinar las mandíbulas. En los confines del campo, los árboles se doblan y las hojas se agitan. Otra vez busco a Atenea, pero se ha ido, dejándome otra vez a mí para que haga su trabajo sucio. Agito el puño ante su partida y mi fastidio provoca un viento frío, una llovizna helada en el sitio preciso donde se encuentran Anaitis y las mujeres allí reunidas.

CAPÍTULO 36

Los días pasan en Ítaca.

Pólibus entra como una tromba en el consejo, seguido, algo menos dramáticamente, por su hijo Eurímaco.

—No podéis entrar aquí cuando estamos… —comienza a decir Egiptius, pero Pólibus no lo deja hablar.

—¿Por qué los micénicos siguen aquí? —protesta—. ¿Por qué siguen inspeccionando nuestros barcos?

En su rincón habitual, Penélope no levanta la mirada del tejido. Autónoe toca una nota en el laúd. Una nota aguda, demasiado brillante para los oídos, y parece que la melodía que busca le es difícil de encontrar.

—Orestes se ha ido en busca de su madre… —Medón insiste, pero Pólibus no quiere saber nada con eso.

—Orestes puede haberse marchado, pero los hombres de su desquiciada hermana siguen revisando todos los barcos que entran y salen del puerto, no importa de dónde vengan. No he recibido más que quejas, y esta mañana les han negado la entrada a los hombres de Néstor hasta no finalizar la inspección de la nave de proa a popa. ¡Me he quedado sin aliento disculpándome por *vuestros* errores, y ya estoy harto!

Telémaco no ha acudido al consejo. Casi no se lo ha visto en los últimos cinco días, y si no fuera porque Autónoe lo ha divisado cuando se escabullía hacia la granja de Eumeo —con el brazo en cabestrillo y la espada junto al cuerpo—, Penélope creería que la tierra se lo había tragado entero. Su ausencia es tal vez un alivio, ya que significa que nadie puede decir una palabra hasta que Pólibus termine su discurso.

Peisenor se mantiene silencioso y gris mientras el anciano grita. Medón espera; Egiptius hierve, pero no responde. Autónoe busca otra nota que suena, de pura casualidad parecería, como una extraña puntuación cada vez que Pólibus hace una pausa para respirar. Hasta que él se da la vuelta y grita:

—¿Podrías dejar de tocar?

En silencio, Autónoe levanta una ceja, pero no le responde. Penélope, con la vista baja, enfocada solamente en la lana que trabaja, murmura:

—El sonido de la música me resulta reconfortante. Como esposa de mi marido debo, por supuesto, participar de este consejo en su nombre, pero los asuntos son de tanto peso y complejidad que un poquito de música tranquila es buena para calmar mi cabeza cuando escucho tantas cosas importantes en boca de mis consejeros. Por ejemplo, esta situación con los micénicos suena por demás complicada. Pareciera que, a menos que obliguemos a los hijos de Agamenón a que abandonen la isla, acción que provocaría que a su regreso nos quemaran vivos a mí, a vosotros y a todas nuestras familias, no hay otra cosa que estos buenos hombres puedan hacer salvo tener paciencia y esperar. Pero no tengo certeza de estas cosas, quizás alguno tenga otra idea al respecto.

Suena otra nota, la resolución del acorde, tal vez; Autónoe sonríe como si hubiera develado un gran misterio musical.

—Desde luego, mientras tanto —murmura Penélope—, te estoy enormemente agradecida por cargar con la peor parte de sus indignidades. Creo que la isla entera os debe a ti y a tu hijo un gran agradecimiento por vuestro tacto, vuestra tolerancia y vuestra paciencia ante la provocación de un poder que si no fuera nuestro aliado podría aplastarnos como a una margarita.

Desde algún rincón de serenidad en la mente de Pólibus, le sobreviene la sensación profunda de que echa de menos a su esposa más de lo que imaginaba. Ella murió al dar a luz su hijo, que no sobrevivió a la noche. Cuando él sentía la urgencia de gritar, enfadarse y proclamar una injusticia, se desahogaba con ella, y una vez desahogado, permanecía silencioso otra vez y ya no descargaba su ira contra otros que, para ser sincero consigo mismo por un instante, no merecían del todo su maltrato. No es del todo honesto consigo mismo: su momento de racionalidad pasa. Solo queda tristeza en lugar del recuerdo de la mujer amada, y la tristeza es inaceptable. La tristeza lo hace menos hombre. Nunca la tendrá en cuenta, no tratará de aliviarla con un bálsamo fresco, no la nombrará, ni dirá que le es propia; así que por dentro, muy dentro, esta se enrosca como la raíz de una maleza que se hace árbol en la tierra arrasada de su corazón. Así es el alma de alguien que en algún momento fue un buen hombre.

Entonces, grita:

—¡Mujeres y tontos decrépitos! ¡No podéis manejar un rebaño de cabras, y menos una isla! —Da media vuelta y se marcha, furioso.

Eurímaco lo sigue. Ha aprendido de su padre lo que significa ser hombre y continúa su aprendizaje. Si viviera su madre, se lamentaría

por las lecciones que él ha recibido.

En el silencio de la sala del consejo, Egiptius habla primero. Está un poco intimidado desde que incendiaron la granja de Laertes, pero no sería él si no tomara el toro por los cuernos. Frente a la buena fortuna o los grandes desastres, él siempre sigue pesadamente hacia delante, lo que es su principal atractivo como consejero:

—¿Por qué los micénicos siguen revisando nuestras naves? ¿Qué hace Electra aquí todavía?

Le toca a Peisenor responder, decir lo que es increíblemente obvio, como es su costumbre. Todas las miradas esperan su premonición, pero él sigue con la cabeza gacha, centrado en sus pensamientos y en su vergüenza. Los muchachos que sobrevivieron a la batalla han vuelto a entrenarse. Hay más espacio en el predio ahora que varios han muerto, y Peisenor no ha vuelto a entrenarlos ni tampoco ha estado Telémaco para liderar. En su lugar, Anfínomo se planta ante los muchachos, tose un poco y dice:

—Bien. Sí. Entonces… probemos con lanzar la jabalina, ¿os parece?

No sería aceptable que Anfínomo siguiera con eso por mucho más tiempo y tanto Penélope como Peisenor lo saben. Le haría parecer un líder responsable, un hombre bueno, un soldado apto; todas cualidades adecuadas para un rey. Mucho mejor sería que volviera a ser un alcohólico desapercibido e ignoto.

Solo unos días más. Penélope le otorgará unos días más a su quebrantado general.

El consejo sigue en silencio; Medón carraspea.

—Bueno, si nadie más va a…, está claro que todos creemos que…, está claro que Electra también lo cree.

Egiptius no dice una palabra y, por un breve instante, Autónoe abandona su melodía. Medón mira uno por uno con ojos incrédulos antes de exclamar:

—¡Ella cree que Clitemnestra sigue aquí! ¿Por qué razón no siguió a su hermano cuando partió?

—El anillo… La prueba delante de sus ojos… —comienza a decir Egiptius, y Medón levanta la mano.

—Lo sé, lo sé. Parece una locura. Clitemnestra ha escapado. Pero ellos necesitan matar a *alguien.* Orestes no podrá ser rey de Micenas hasta que su padre sea vengado.

Medón habla sin mirar a Penélope, pero Egiptius la mira de reojo. Lo mejor para Orestes es asesinar a Clitemnestra, pero, si no puede, ¿daría lo mismo que matara a una prima, si se dijera que esa prima la ayudó a escapar? Penélope tararea en contrapunto con la melodía de Autónoe, como si recordara una canción de la niñez.

Luego Egiptius agrega:

—Tendríamos que hablar sobre los mercenarios. —Y, por una vez,

todos sienten alivio ante el cambio de tema—. Está claro que necesitamos soldados entrenados para defender las islas. La prueba está en el ataque a la granja de Laertes.

—¿Quién los pagará?

—¡Venga, vamos! Todo el mundo sabe que Autólico le dio un tesoro a Odiseo, que hay oro secreto…

—"Oro secreto", no me digáis que vosotros también… realmente pensáis que…

—Entonces, ¿cómo puede ser que ella lo siga pagando todo? Los banquetes, los pretendientes; decía que la armería estaba vacía y, sin embargo, Peisenor pudo armar a la milicia…

—Pescado, lana, aceite, ámbar y hojalata. —La voz de Penélope sigue afinada con la música de su criada, suena como una brisa suave en la sala—. Contamos con poco excedente, pero tenemos mucho pescado, muchas ovejas y cabras y muchos olivos. Por supuesto que esto es algo muy común en Grecia, pero les agregamos un poco de valor… No ofrecemos lana cruda, sino hilos refinados que las mujeres convierten en lana, con la que ganamos un poco más cuando la vendemos a ciertos mercaderes de Pilos. No solo aceite, sino el aceite de mejor presión, suave y aromático, valorado por muchas casas en Colchis. Los hilos y aceites de menor calidad los vendemos en el mercado local, pues Ítaca se conforma más fácilmente con la producción básica que nuestros primos del interior. Y en cuanto al ámbar y la hojalata, cuando vendo el pescado fermentado y el agua dulce a precios exorbitantes a los comerciantes que navegan hacia al sur, puedo comprar muy barato y remarcar el precio del ámbar y la hojalata que ellos traen desde el norte. De vez en cuando, a su vuelta, les compro lino, oro, maderas raras, especias, cobre y dulces fragancias que vendo a excelente precio en Esparta o Argos, pues aprovechamos la ventaja que nos ofrece el mar y el comercio con el este. Es así como puedo alimentar a los pretendientes. Es muy simple, en realidad.

La habitación queda en silencio. Si los poetas no acostumbran a cantar sobre los deseos sexuales de las mujeres, os aseguro que jamás, dentro del salón de un palacio, han tocado una nota sobre el precio del pescado. Ciertamente, todos los consejeros de Odiseo conocen la existencia del comercio, pero ¿hablar de ello en una reunión de alta sociedad? ¡Absolutamente imposible! Esto es algo que sus esclavos de confianza deben hacer, o en el peor de los casos, sus esposas. Los grandes hombres de Ítaca están muy ocupados en tareas dignas del canto de los poetas, como perder batallas o raptar a las amantes de otros hombres. Realmente, Penélope ha dicho algo tan incómodo que es como si se hubiera puesto de pie para proclamar: "Además, sangro por mis partes privadas aproximadamente cada luna y la primera vez

que le vi el miembro a Odiseo me dio risa".

Incapaz de procesar ese momento, Egiptius farfulla por fin:

—Pero ¿y el tesoro de Odiseo?

—Ya no está, me temo se ha gastado.

—¿Cómo es posible? —protesta—. ¿Por qué vendrían los pretendientes si no es por el tesoro?

Penélope parpadea dos veces, tres, y por primera vez parece mirarlo a los ojos.

—¿Pero no acabo de decirlo? Porque vendo a precios exorbitantes los productos que traen los mercaderes del mar del oeste. Si la gente cree que yo alimento a los pretendientes con carne gracias a un obsequio de hace veinte años que le hizo a mi esposo un semidios con inclinación a robar vacas, allá ellos. He sido, creo, muy clara respecto de la importancia de comprar barato y vender caro.

Autónoe no ríe. Ha aprendido a contener la risa a lo largo de los años. Medón carraspea otra vez.

—Creo que deberíamos… posponer la reunión —reflexiona—; me ocuparé de averiguar el asunto de los micénicos, y tal vez Peisenor o quizás Egiptius podrían informarse sobre la cuestión de los mercenarios y ver cuántos podemos permitirnos. ¿De acuerdo? De acuerdo. Gracias a todos.

Peisenor se marcha solo cuando Egiptius le toca el brazo para que se mueva.

Egiptius mira hacia atrás al salir; Medón permanece frente a Penélope, con una sonrisa en la cara, pero no en los ojos. Espera a que la puerta esté completamente cerrada antes de mirar directamente a su reina y decir:

—¿Clitemnestra está en Ítaca?

La música se desprende de los dedos de Autónoe. Penélope la mira e inclina la cabeza una vez. Autónoe corre a situarse fuera de la puerta, vigilando el pasillo para que ningún ojo ni oído se atreva a interrumpir. Eos y Penélope permanecen en el salón y ninguna de las dos finge darle a Medón algo menos que su total atención.

—Si fuese así —dice Penélope por fin—, habría llegado aquí en contra de mi voluntad.

Medón resopla con frustración, y se lleva las manos a la cabeza.

—*¿Está aquí?*

—No he dicho eso…

—¿Dónde está? ¿La tienes escondida? ¡No me digas que está en el palacio!

—Puedo afirmar categóricamente que mi prima no se encuentra en el palacio.

—¿Electra sabe algo? Por los dioses benditos, si llega a enterarse…

—Está claro que sospecha. Si hubiera creído por completo todo este

asunto del anillo…

—Por supuesto que fuiste tú —se lamenta, aferrándose a la mesa como si estuviera por vomitar—. Todo ese ir y venir de los mensajeros y Zacinto y…, por supuesto, fuiste tú. ¿Qué has hecho?

—Traté de enviar a mis primos a Hiria —suspira ella—, y desde allí, finalmente a su hogar con las manos vacías.

—¡Sabes que no se irán con las manos vacías! ¡Quieren una cabeza!

—Solo trataba de ganar tiempo.

—Tiempo para que Electra meta sus narices por aquí. ¿Tiempo para que lleguen a la conclusión de que nosotros somos sus enemigos? Por el nombre de Zeus, ¿en qué estabas pensando?

—Pensé que a Electra se lo creería —responde, tajante, levantando la voz, pero la baja de inmediato a un gruñido cuando los ojos de Eos miran súbitamente hacia la puerta—. ¡Pensé que se marcharían y Clitemnestra se marcharía también y volveríamos a sentirnos afligidos a nuestra manera, a la manera de Ítaca!

Medón menea la cabeza y se aferra aún con más fuerza de la mesa, se endereza, abre la boca, no encuentra las palabras, se encorva de nuevo.

—Todos moriremos de muertes terribles —concluye.

—Gracias, mi consejero, por tu sabiduría.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—No lo sé. No sospeché que Electra podría permanecer tanto tiempo, ni que sus hombres fueran a mostrarse tan… entusiastas para cumplir con sus deberes. Pensaré en algo. No se quedará aquí para siempre.

Medón asiente sin estar de acuerdo, con el gesto de desagrado de un hombre que ha visto la inevitabilidad y la reconoce sin placer alguno.

—¿Y los mercenarios?

—Los mercenarios. —Penélope arruga la frente—. Existen solo para cobrar y no para pelear. En ese caso sería lo mismo que pagarle a Andremón y ya está.

Medón da un respingo como si lo hubiera alcanzado un rayo.

—¿Andremón?

—¿Qué? Ah, sí, tú no…

—¿Los invasores son hombres de Andremón? ¿Estás segura de eso?

—Sí, estoy segura.

—Ese buitre come en las mesas de Odiseo, bebe el vino de Odiseo ¿y sus hombres han tratado de secuestrar al padre de Odiseo?

—Es algo así.

—¿Tienes pruebas? Si lo puedes probar lo haremos ejecutar inmediatamente.

—No, desafortunadamente, no tengo pruebas. Por el momento es su

palabra contra la mía.

Medón pierde la poca fuerza que le queda. Se ve pálido, casi enfermo, tan gris como Peisenor y por una razón similar.

—Cásate con él.

—¿Cómo dices?

—Cásate con él; es la única manera. Está claro que eso es lo que quiere y no estamos en situación de negarnos.

Los labios de Penélope se tensan. Se vuelve hacia Eos, cuya cara carece de respuesta alguna, pero Medón capta esa mirada y en un último esfuerzo pregunta:

—¿Qué pasa? ¿Qué otras cosas no sé?

—Sabes que eres el hombre en el que más confío…

—La última vez que dijiste eso tenías veintiún años y habías robado el brazalete de tu suegra para darlo como garantía contra un cargamento de aceite.

—¿Y qué inversión ha dado más resultado, eh?

Medón ha conocido a Penélope durante más tiempo que su padre y, si vamos a ser sinceros, se ha alegrado más de conocerla que su propio padre.

—¿Qué has hecho? —suspira, y no sabe si de todos los sentimientos que tiene en el pecho (tristeza, temor, orgullo, resentimiento, amor) es este último el más fuerte.

Ella emite un suspiro largo y lento.

—No te lo dije porque sería visto como políticamente imprudente si alguien se enterara y quizás…, dependiendo de tu punto de vista…, un tanto sacrílego.

Él levanta los brazos al cielo.

—¡Pues, claro! ¡Sacrilegio! ¡Qué otra cosa podría traerme este día!

—Como sabrás, en el este existen mujeres que pelean con hombres…

Medón percibe el ruido en sus oídos cuando deja caer la mandíbula.

—*No habrás*…

—Pentesilea, por ejemplo, luchó contra el mismísimo Aquiles.

—¡Y murió!

—Contra *Aquiles*. Todos los que lucharon contra Aquiles han muerto, era su característica predominante.

—Si los reyes de Grecia se enteran de que estás pensando en formar un ejército… de ¡mujeres!, si los pretendientes se enteran…

—No lo sabrán. Nadie lo sabrá.

—¿Cómo se hace para ocultar un ejército?

—Medón —dice Penélope—, qué pregunta tan tonta. Se oculta del mismo modo en que se oculta el éxito como comerciante, el talento para la agricultura, la sabiduría sobre política y el innato ingenio

mordaz. Los ocultas en las mujeres.

Medón abre la boca para protestar con el mismo ruido y volumen de las gaviotas que sobrevuelan el pescado podrido, pero descubre que las palabras lo han abandonado. Vencido, se deja caer contra la mesa que tiene detrás mientras Eos se pone de pie, recoge la lana entre sus brazos y, a la señal de Penélope, se dirige a la puerta.

—Muertes terribles, terribles —vaticina Medón débilmente como reflexión final.

Con suavidad, Penélope apoya la mano sobre su brazo.

—La situación está llegando a un punto crítico —declara sin malicia ni deleite—. Hay cosas para las que aún necesitaré tu ayuda.

CAPÍTULO 37

Leaneira.

Aún está aquí.

Euracleia la ve en la cocina mientras atiza el fuego para otro interminable banquete, frunce el entrecejo y exclama:

—¡Ramera troyana!

Leaneira oye sus palabras, pero le pasan por encima. Euracleia solía insultarla mejor, era hábil para atravesar con crueldad el corazón más tierno de una criada. Pero sus palabras van decayendo, como su poder y la fortaleza de sus piernas, de manera que Leaneira casi no le presta atención. Melanto está cerca, con los brazos cargados con tanta leña que para mantenerla en equilibrio apoya el mentón en el último tronco y murmura:

—¿Te encuentras bien?

Leaneira no responde y observa cómo las llamas encienden la madera.

Leaneira limpia un pescado bajo el sol de la tarde, con el cuchillo le corta el vientre, lo abre, lo vacía, arroja los intestinos en un balde; Fiobe se acerca y le dice:

—¡He oído que ha ocurrido algo entre tú y la reina! Cuéntame, cuéntame, por favooooor…

Leaneira toma otro pescado, lo abre, lo corta, lo rebana…

—¡Cuenta! ¡Cuéntame! ¡Te lo suplico!

Leaneira se vuelve hacia Fiobe blandiendo el cuchillo y grita, ruge; ruge como rugían los incendios en Troya.

—¡Vete de aquí! ¡Vete, vete, *vete*!

Ahora Leaneira dispone los platos para el festín.

Eos, que ha aprendido el don de la frialdad de su amada reina, la observa y le dice:

—No, esos no. Los otros. Anoche se emborracharon y rompieron

tres de nuestros mejores cuencos.

Leaneira le dirige una mirada con expresión tensa, como si quisiera gritar, chillar, suspirar: ¿qué importa? De todas maneras, ellos terminarán por romperlo todo.

Pero Eos ya ha desaparecido, no da lugar a una conversación, por lo tanto, Leaneira cambia los platos, obedece.

Leaneira sirve carne a los invitados del banquete. Ahora que el humo se ha asentado sobre Ítaca, el ánimo comienza a mejorar. Laertes pasa sus días supervisando las cenizas de su granja, reconstruyéndola, dice él, mejor, más grande y con puntas afiladas ocultas en lugares insospechados y un bonito muro alrededor de la casa. No acude con frecuencia a los banquetes. Electra se mantiene en sus aposentos (rezando, dicen) y a Telémaco no se lo ha visto durante varios días. Solo quedan Penélope y sus criadas, y tal vez uno o dos consejeros cenicientos, por lo que el volumen y el jolgorio de los hombres aumentan otra vez.

—Leaneira —ríe Antínoo cuando la ve pasar—, he oído que buscas un hombre que caliente tu cama, ahora que Andremón ya no te quiere. Puedo apiadarme de ti si te sientes seca.

Los demás hombres de la mesa se ríen. Eurímaco se limpia los labios grasientos con el dorso de la mano; no sabe con certeza si la broma es apropiada, pero se ríe porque los demás lo hacen. Leaneira circula entre ellos sin decir una palabra; una mano le aferra el trasero y se lo aprieta, las risas se hacen más fuertes, sobre todo cuando ella trata de librarse de él.

Andremón ha regresado al banquete y no ha mirado a Leaneira ni una vez, pero sí a Penélope, como si quisiera fulminarla con la mirada para someterla; tiene la mano cerrada alrededor de la pequeña piedra que le cuelga del cuello. Los demás han advertido esta situación y se le acercan, golpean con sus puños las mesas y claman su nombre.

—¡Andremón derribará a Penélope con la mirada! —dice Nisas—. ¡Está a punto de desnudarla con los ojos!

Penélope se halla sentada frente al telar teje la mortaja de Laertes y no levanta la vista. Los hombres golpean los pies contra el suelo y corean:

—An-dre-món, An-dre-món, An-dre-món.

Y al ver que Andremón mantiene la mirada fija y que Penélope no levanta la cabeza ni se desviste de manera espontánea, rompen en un rugido, una inundación de algarabía, antes de regresar aburridos a sus asientos.

Kenamón está sentado más lejos y cuando Autónoe pasa a su lado le susurra:

—¿Está Telémaco aquí?

La pregunta sorprende a la criada, que hace una pausa prolongada para meditar una respuesta:

—Ha regresado de su… descanso esta tarde y se dedica a sus oraciones.

Telémaco, arriba en su habitación, mira el mar y no está muy dedicado a sus oraciones. Ve cómo un barco se aleja rápido, cómo el viento y los remos lo transportan veloz como un águila, pero hay algo en una exclamación contenida que no me agrada.

Miro un poco más de cerca y entonces, por el rabillo de mi ojo, veo a esa maldita lechuza. Se ha posado sobre el muro de fuera, y cuando me acerco a Telémaco, abre el pico y ulula: "¡Uhu-uhu, *te estoy mirando,* uhu-uhu!".

Por un instante miro a Atenea a los ojos y la desafío a que ulule una vez más, pero siento el poder de nuestro acuerdo en los huesos, ardiendo lentamente dentro de mi alma. Mantiene sus ojos fijos en el hijo de Odiseo como si quisiera bebérselo entero y, con un escalofrío, me retiro.

CAPÍTULO 38

He descuidado algunos asuntos por mucho tiempo.

Con un destello de desagrado, me visto con una de las túnicas que menos me gustan y con unas sandalias doradas que no me agradan y me dejo llevar por el viento que mece los árboles del bosque.

Allí, allí abajo, hay un bosquecillo donde Artemisa se baña. Son muchas las arboledas que Artemisa elige para bañarse, pero esta tiene un atractivo especial para ella, pues combina mullidas orillas de césped que atraen el sol cálido del oeste con rocas suaves sobre el agua ideales para posar y dejar que las piernas cuelguen en el agua fresca del arroyo. Hay una cascada con un estanque poco profundo debajo, detrás de la cual se abren cuevas color zafiro que emanan destellos brillantes y luminosos; y muy cerca de allí está la guarida de una osa con sus cachorros, que destroza a cualquiera que se acerque, sea hombre o bestia, algo que Artemisa halla inquietantemente gracioso.

—¡Mirad! —dice con una voz estridente—. ¡Mirad que esponjosas son sus entrañas!

Bajo con cuidado en una nube tratando de esquivar a esos carnívoros, y cuando me acerco por encima del césped húmedo, oigo que se tensa lentamente un arco; una de las guardianas de Artemisa coloca una flecha en posición.

—Guárdalo —le ordeno tajante, y ella casi no parpadea, sin ningún temor a la reina de los dioses, y luego baja el arma lentamente.

A medida que me acerco al estanque, las mujeres de Artemisa me observan: son más de una docena en total, algunas armadas con arcos, otras con cuchillos a un lado del cuerpo y carne roja entre los dientes. Sin embargo, aunque forman un grupo horrendo, debo admitir que a mi nuera también le agradan las mujeres más agraciadas, con el pelo fabulosamente lavado y trenzado y la carne musculosa reluciente de aceite.

Rodeo una roca musgosa en la orilla del agua y allí veo a la mismísima diosa de la caza, reclinada hacia atrás sobre la superficie

del estanque mientras que, junto a ella, una doncella… digamos que peina el cabello de Artemisa, en honor a la decencia.

—Más ruido no puedes hacer, ¿verdad? —se queja mi hijastra cuando me ve en la orilla—. Te oí venir desde una legua de distancia.

—No quería sorprenderte —respondo— sé que no te gusta que te sobresalten.

Suspira con placer, con los ojos cerrados y el pelo suelto del color de las hojas de otoño. Trato de mantener la mirada fija sobre su cara lo más posible, pero los procesos que se llevan a cabo pronto me superan y exclamo:

—¿Podrías ponerte algo de ropa? O sea, todo esto es muy…, pero ¿cómo hacen estas mujeres para no tener frío?

—Corren desnudas en la nieve del invierno —responde Artemisa—; corren hasta que sus mejillas se ponen rojas y les ruge el corazón en la cabeza y luego caen unas en brazos de las otras alrededor del fuego, piel con piel, y se abrazan y…

—Sí, gracias, creo que puedo imaginarlo.

Ella resopla, despide a la criada que hasta el momento había estado bastante ocupada y abre los ojos. Por un momento, parece un poco sorprendida al verme, y luego dice:

—¡Cielos! ¿Tan vieja estás?

Respiro hondo.

—Hace mucho que no nos regalas tu presencia en el Olimpo, hijastra. Tu padre te echa de menos.

Sale pausadamente del agua, sin hacer esfuerzo alguno por cubrir su desnudez; con un ademán, indica a sus doncellas que se alejen para que podamos hablar en privado.

—No es cierto. Echa de menos a mi hermano. Comparten los mismos gustos por muchas cosas.

—De acuerdo. No te echa de menos.

—Y tú tampoco, por cierto —agrega.

—Yo… Las cosas no son tan simples como crees, hijastra. Admito que no siempre hemos coincidido en todo…

Resopla con desdén mientras se detiene para escurrirse el agua del cabello; pequeños ríos caen por la curva de su espalda y se pierden en la sombra de sus glúteos. Artemisa nunca se enmarcó dentro del concepto aceptado de femineidad. Su piel es demasiado oscura debido a su diaria exposición al sol; tiene muslos anchos, pechos demasiado pequeños y hombros demasiado anchos. Cuando lo necesita, puede camuflarse como un muchacho y molestar a su hermano Apolo en sus ceremonias, o alentar a los hombres que participan en las carreras de verano sin correr el riesgo de que la llamen mujer, y aun así, hay una innegable belleza en su fuerza y una elegancia en sus movimientos que hasta Afrodita le envidia.

—Pero… somos diosas las dos —continúo entre dientes—. Compartimos ciertos vínculos, ¿no?

—¿Sí? No lo había notado.

Levanto los ojos al firmamento. El cielo está despejado, pero hasta Zeus vacila antes de espiar dentro de las arboledas sagradas de Artemisa. Ella no puede enfadarse como Zeus, por supuesto, pero, madre mía, qué bien lo imita. Hace que los hombres paguen por poner los ojos donde no corresponde. Entonces, en voz muy baja me animo y susurro:

—Las dos despreciamos el dominio de los hombres, ¿no es así?

Ella me mira y tal vez esta vez ve algo más que mi cara, mis manos, mi incomodidad a la orilla del agua. Se endereza, se enrosca el pelo detrás de la nuca, una franja de músculo triangular que va desde el cuello hasta la parte superior de sus brazos.

—¿Qué es lo que quieres, vieja reina?

Suspiro cuidadosa y lentamente.

—Tengo un proyecto que puede resultarte interesante.

Mueve la mano, dobla la muñeca como para descartar la idea.

—No me interesan tus estratagemas. Sea lo que fuere, estoy segura de que me aburrirá.

—Unos hombres han estado atacando cierta isla. Llegan con cada luna llena. Una noche intentaron raptar al padre del rey de esa isla. No lo hacen por el oro ni por la recompensa, sino para obligar a una mujer a casarse con un hombre al que no quiere.

—¿Y? Que mate al hombre y ya está.

—El hombre es un huésped bajo su techo.

Artemisa resopla. Comprende las leyes sagradas de la hospitalidad y ni siquiera ella las violaría, pero al igual que tantas otras leyes de los dioses y de los hombres, le aburren. Le parecen estúpidas y tediosas y no tiene tiempo para ellas.

—¿Y? No veo por qué esto me concierne a mí.

—A la dama se le ha ocurrido una solución novedosa.

Artemisa parpadea, inmóvil como un tronco. Puede quedarse quieta y fingir ser estúpida durante mucho tiempo si lo desea; la quietud es un don de los cazadores. Siento deseos de regañarla por comportarse como una niña, pero esta arboleda es suya y yo la necesito. Tenedme compasión, vosotros los cielos, pero la necesito de verdad.

—En un bosque cerca de tu templo ha puesto a una guerrera del este a enseñarles a sus mujeres a luchar.

Artemisa parpadea otra vez, pero ahora siento que tal vez su mente esté en otro lugar, aunque su cuerpo sigue aquí, flotando por los huecos de sus templos como el aroma de los pinos. Luego abre bien los ojos y dice despacio:

—¿Se trata de Ítaca?

Me sobreviene una necesidad de tragar saliva, pero me controlo, mis mejillas no se sonrojarán ni se moverán mis párpados a menos que yo así lo desee. Artemisa se endereza todavía más y echa los hombros hacia atrás.

—¿Se trata de Ítaca? —repite con indignación creciente en la voz —. Hubo un festín en mi honor durante la luna llena, se reunieron muchas mujeres; los bailes fueron espantosos, pero disfruté de la comida. La sacerdotisa ha estado pidiendo fuerza con las lanzas y el arco en sus plegarias y por la noche en el bosque he oído el sonido de las flechas, pero no han dado con ninguna presa de caza. ¿Qué has estado haciendo en *mi* bosque, mujer?

Por un instante se vuelve más alta, más ancha, y allí está, la arquera sangrienta, de lengua escarlata y ojos inyectados en sangre. Pienso en desafiarla, en ponerme a su misma altura y dejar que todo el brillo de mi poder resplandezca sobre este lugar, pero no. Por más insoportable que me resulte, debo mostrarme sumisa, una estratega y no una reina, así que permanezco callada, tranquila ante su mirada, y simplemente respondo:

—Sí. Se trata de Ítaca.

—¿Mujeres con arcos? ¿En mi bosque? ¿Sin ofrecerme sangre a *mí*?

A estas alturas, cualquier hombre mortal se habría convertido en una pobre criatura del bosque ante su furia, en una liebre o en una ardilla atemorizada. Yo me enfrento a la fuerza de su furia, y si bien está un poco caliente en los bordes, dejo que se escurra por mi ser como agua del río.

—¿Habrías acudido si te hubieran llamado? —le pregunto con cortesía—. ¿O acaso estás demasiado ocupada… lavándote el pelo? — Por un segundo temo haberme excedido y que su furia movilice hasta a los holgazanes del Olimpo, por lo que agrego—: Mira, es muy simple. Existen mujeres armadas con arcos y lanzas que están perfectamente preparadas para matar en tu nombre. Pero para sobrevivir, para prosperar, necesitan tu bendición. No la mía. No la de Atenea. La tuya. Necesitan a la cazadora.

Lentamente, el fuego rojo en los ojos de Artemisa se va apagando. Se retrae un poco, parece encogerse, vuelve a ser una mujer tirando de su pelo con despreocupación.

—¿Hablas de matar hombres? —pregunta ligera como un pájaro cantor.

—Sí.

—¿Piratas?

—Sí. Veteranos de Troya que vienen a saquear las costas de Ítaca.

—Para tratar de forzarle el matrimonio de esa reina…, ¿cómo se llama?

—Penélope.

—Ah, sí, la favorita de los patos. ¿Para forzarla a casarse?

—Así es.

Los labios de Artemisa se tensan. Yo espero. Si hay algo que a la cazadora le disgusta más que no recibir su parte en una cacería son las bodas.

—¿Y estás proponiendo que las mujeres los maten? ¿Que les claven flechas en los ojos, les arranquen el corazón y los desuellen cuando su carne todavía sangra?

—Tanto como desollarlos… no estoy segura, pero en principio, así es.

Otra vez parpadea y tiene algo en la mirada que, si yo no fuera una diosa mesurada, habría interpretado que quería exclamar: "Pero, querida madrastra, ¡esa es claramente la mejor parte!".

—¿Qué piensa Atenea de todo esto? —pregunta finalmente; ha perdido interés en su trenza y se sienta sobre el césped a mi lado con las rodillas flexionadas y los brazos alrededor de las piernas; se la ve tan cómoda con la conversación como a un oso en un simposio.

—Está al tanto, pero se mantiene alejada. Su interés primordial es traer a Odiseo a casa. Si Poseidón se entera de que ella también está ayudando a Penélope y a Telémaco, dirá que ha cruzado los límites y jamás permitirá que Odiseo abandone la isla de Calipso. Debe moverse con diplomacia y sugirió que yo hablara contigo.

—Apuesto a que eso la ha encabronado —dice con una risita—. Tener que acudir *a mí* en busca de ayuda. ¿Sabías que una vez quiso darme una palmadita en la cabeza? Su pulgar tenía sabor a hinojo.

—Ella sabe bien que eres poderosa, una gran protectora… —comienzo a decir, pero Artemisa me interrumpe con un movimiento de la mano.

—No me gusta hablar. Pero sí me gusta que Atenea quede como una estúpida. ¿Y a ti? ¿Por qué te importa?

—Eso es asunto mío.

Artemisa emite un sonido obsceno con los labios y yo me erizo, pienso en truenos y en venganzas, pero ella sigue imperturbable; tiene todo el poder del mundo al alcance de la mano y lo sabe. Cansada, suspiro y le digo:

—En Grecia hay tres reinas. No creo que después de ellas se vuelva a hablar de otra reina.

Artemisa arruga el entrecejo y luego arquea las cejas. Por un instante, creo ver un poco de compasión en sus ojos, y volvemos a ser hermanas que se rebelan contra la tiranía de Zeus.

—Ay, reina de los dioses —suspira—; me acuerdo de ti. Fuiste poderosa alguna vez. Antes de que se reescribieran los poemas por orden de Zeus, antes de que el pasado fuera… pura invención de los humanos, lo recuerdo. Surcabas los cielos con Tabiti e Inana de

Oriente y el mundo se estremecía debajo de ti. Los mortales levantaban la mirada desde sus cuevas con manos pintadas de ocre y sangre y gritaban "Madre, Madre, Madre". Hacías caer el cielo sobre tus enemigos y que se abrieran las aguas del mar para aquellos que amabas. Pero confiaste en Zeus. Juraste que tu hermano nunca te traicionaría. Y mírate ahora; te ocultas del ojo del cielo por temor a que él vea las pisadas que dejas sobre la tierra.

La vergüenza es un dolor que me penetra en el vientre, el peso de mi hermano cuando me aplastaba, las quemaduras que me han dejado las lágrimas en la cara. Trato de enderezar la columna, pero se me hace difícil, muy muy difícil.

—Yo… —balbuceo, buscando las palabras—. Yo… No debe quedar ningún hombre con vida. Ninguno de ellos puede salir vivo de Ítaca. Si se divulga que las mujeres de Ítaca defendieron a los suyos, no quedará nada para defender. ¿Me… me ayudarás?

Ella lo piensa un instante, luego asiente una vez y se pone de pie en la orilla del río.

Mi vergüenza es un mundo sin amistad, como una vida sin confianza. Jamás volveré a confiar en alguien. Jamás amaré a criatura alguna que no sea mía. Sin embargo, ahora mismo mi hijastra, a quien aborrezco, toma mi mano entre las suyas y sonríe, y pienso que los cazadores conocen algo de la naturaleza de la misericordia cuando apuntan para hacer el disparo más limpio, más certero.

—¿Y quieres ponerte algo de ropa encima? —añado en el silencio entre nosotras.

Artemisa infla las mejillas, saca la lengua y yo sé que ella luchará cuando la luna vuelva a elevarse sobre Ítaca.

CAPÍTULO 39

Inspeccionemos ahora los mares revueltos.

En el norte, Orestes, taciturno, va sentado en la popa de su nave, mientras sus hombres merodean por las islas del oeste. Han estado jugando a este juego días, meses, semanas, persiguiendo a su madre. Cree que no la encontrarán. No puede imaginar llegar a ser rey. Esto es algo que no lo perturba tanto a él como a quienes lo rodean, y dado que es una persona a la que le gusta agradar, mantiene la boca cerrada.

En el este, Menelao está sentado con los pies sobre la mesa de servicio; en la mano sostiene una copa de agua y vino con tanta fuerza como si se tratara del cuchillo de un carnicero.

—¿Quién más apoyará mi reclamo? —dice—. Si es que me viera forzado a hacerlo, claro está. —Luego sonríe. Menelao no ha tenido motivos para sonreír en mucho tiempo.

En el sur, Calipso dice:

—Te convertiré en un dios.

Y por un momento, por poco más que un momento, Odiseo considera la posibilidad. Luego niega con la cabeza. ¿Qué clase de dios sería si la que lo convierte en uno es una mujer?

Y en el oeste, Leaneira circula por el salón del palacio de los reyes de Ítaca, retira la copa vacía de Andremón; él no parpadea, la ignora, mira hacia otro lado.

Autónoe suspira y dice:

—Qué desastre, tendremos que fregar, tendremos que…

Leaneira acarrea baldes de agua del pozo bajo las estrellas de la medianoche.

Euracleia murmura:

—Pequeñas rameras.

Leaneira sostiene al carnero para que Eos le corte el cuello con un cuchillo.

Antínoo grita:

—¿Cómo va la mortaja de Laertes? Confío en que seas mejor bajo

las sábanas que tejiéndola.

Leaneira lleva el telar a la habitación de Penélope; Melanto va a su lado. Limpia las babas y los escupitajos de los borrachos, quita las manos de ellos de sus muslos, arroja leña seca al fuego, limpia las cenizas de la cocina, lava las túnicas en el arroyo, persigue ratones, revuelve la olla, raspa las escamas de los pescados, remueve la tierra de los pozos para orinar. Arroja a los cerdos, a los perros y a las gaviotas y a los cuervos los huesos de carne y los panes engrasados que han servido de alimento a los pretendientes; los animales se dan un festín detrás de las puertas del palacio.

Fuera de los muros del palacio, Eurímaco canta:

—… y así… cayeeeeron las torres de Ilioooooo…

Junto a las puertas del palacio, Antínoo se acerca a Anfínomo y proclama:

—Nadie se siente impresionado con fingida soldadesca, soldado. Nadie en absoluto.

En una pequeña habitación en el rincón más recóndito del palacio, Kenamón eleva sus ojos al cielo y se pregunta si sus dioses lo escuchan desde estas tierras foráneas. Podrían, si se dignaran a escucharlo, pero su voz es débil y despierta poco interés.

Leaneira está sentada al borde del arroyo que llega hasta el mar; los insectos de la medianoche cantan sus canciones y ella se lava los pies, se lava las manos, pero no puede quitarse todo el humo de encima.

Toma una decisión y sopla para apagar su lámpara.

En la oscuridad, con los dedos apoyados contra la pared, moviéndose de memoria, se escabulle por el palacio de Odiseo. ¿Adónde va? ¿Quizás busca un cuchillo? ¿Un arma para matar su pena o para terminar con el causante de ella?

La sigo, curiosa, pero no se detiene para tomar el arma, como lo hubiera hecho Clitemnestra, avanza hacia el lugar más sacrílego de todos: los dormitorios de los hombres. Solo unos pocos pretendientes duermen dentro de las paredes del palacio, los más honorables, los que no tienen un lugar donde alojarse o aquellos que carecen de familia y amigos en Ítaca. Andremón no pertenece a ninguno de estos grupos, pero ganó su plaza en el palacio en una partida de dados, a un hombre llamado Same, que ahora duerme en el pueblo, en la casa mugrienta donde dormía Andremón.

Ella reconoce la puerta por la madera astillada, por la forma en que raspa el suelo al abrirse, por el olor de él en la habitación. Está dormido, pero luego, al sentir la presencia de ella, se espabila por completo y busca el cuchillo que tiene junto a la cabeza. Finalmente parpadea y advierte la figura de su cuerpo en la oscuridad y la oye decir su nombre.

—Andremón —susurra ella y se coloca sobre él—. Yo te he elegido

a ti.

Él vacila un instante sin soltar el cuchillo. Luego se relaja. Pasa sus manos por el pecho de Leaneira, por su cuello, por el contorno de los labios hasta llegar a su pelo. Se lo sujeta con fuerza, le baja la cabeza, saborea la boca de ella con la suya, la aparta, pero no la suelta.

—No te creo —dice.

Ella no se amilana ante su contacto. Coloca su mano derecha sobre el corazón de Andremón y con la izquierda toma la pequeña piedra que él aún lleva en el cuello, su pequeño pedazo de Troya.

—Sé dónde guarda Penélope su tesoro. El oro que Odiseo recibió de su abuelo, el botín de los saqueos y las provisiones, lo sé…

Él la aferra con más fuerza y ella no puede disimular una mueca de dolor en la comisura de los labios. Él levanta la cabeza y se acerca, casi como para morderla.

—*No te creo.*

Ella le toma el bazo por la muñeca, lo aprieta hasta lograr que él afloje ligeramente la mano y dice:

—Déjame demostrártelo.

CAPÍTULO 40

En la oscuridad, Penélope llama a la puerta de Electra. La abre una de sus criadas con la cara marcada con cenizas; al ver a Penélope, dice simplemente:

—Espera.

Es escandaloso que una reina se vea obligada a esperar en su propio palacio y, por un instante, Penélope contiene el aliento. Pero luego lo suelta despacio, se calma, entorna los párpados y espera varios segundos hasta que la puerta vuelve a abrirse.

—Gentil reina. —Electra está sentada frente a la ventana, y le da parte de la espalda a su visitante. Por un instante Penélope ve a Anticlea allí, sentada exactamente del mismo modo que esta princesa micénica, intentando ahogar su dolor, con el corazón ya sumergido en las profundidades rojas—. Lamento haberte hecho esperar. Estaba rezando.

No es verdad.

—Por supuesto —murmura Penélope con un leve asentimiento de cabeza—. Y yo lamento haberte molestado a esta hora, pero temía estar descuidándote; eres mi huésped más importante.

Un pequeño movimiento de la mano, una idea que se descarta.

—Has sido una anfitriona sumamente atenta, tal como esperábamos.

Penélope mira a las criadas, y al ver esa mirada, Electra las despide con un movimiento de la barbilla, pero una vez que se han ido, no invita a Penélope a sentarse.

—¿Has recibido noticias de tu hermano? —pregunta Penélope por fin.

Electra niega con la cabeza.

—Espero recibir pronto buenas noticias de él.

—Por supuesto. Y tú… ¿te encuentras bien?

Otra pregunta descartada por ser demasiado trivial para merecer respuesta. Penélope está a punto de soltar el aire en un suspiro y se contiene a tiempo.

—He oído que tu sirviente… Pílades, ¿verdad?… sigue buscando en el puerto. Mis consejeros afirman que tus hombres patrullan Ítaca.

—Hay quienes habrán ayudado a que mi madre escape —responde Electra con tono ligero como el verano—. Otros a quienes habrá que castigar.

—No se me había ocurrido siquiera que ese fuera el caso, pero, por supuesto, demuestras gran sabiduría.

Los ojos de Electra relampaguean como los de su madre y ella se vuelve ligeramente en la silla para mirar con más atención a la reina mayor.

—¿Sí? Eso es muy importante viniendo de ti, prima.

El fantasma de Anticlea sigue presente en la habitación; regaña a la joven Penélope, a quien vieron llorando cuando su esposo zarpó. "¡Niña! No parpadees. No frunzas la cara. No exclames. ¡Derecha, derecha! ¡Eres una reina, no una niña!".

Hay un desafío en la mirada de Electra y también una oportunidad. Penélope lo ve, lo comprende, y por un instante, piensa en aprovecharla. Pero no…, todavía no. No es el momento. Asiente sin llegar a inclinarse y murmura:

—Bien, si tienes todo lo que necesitas…

Un destello de algo parecido a la desilusión en los ojos de Electra; de inmediato, ella aparta la mirada. Despide a Penélope con un movimiento de la mano; ¡qué descaro, qué audacia! Yo misma no sé si me siento impresionada o escandalizada, pero tampoco lo sabe Penélope.

—Sí, sí, gracias. —A pesar de su arrogancia, Electra hace una pausa antes de agregar—: Puedes retirarte.

Pero Penélope siente la presencia del fantasma de Anticlea a su izquierda, el susurro de mi presencia a su derecha y así, como una bruma invernal, sale hacia la oscuridad.

Tres noches después, Orestes regresa.

Llega con el poniente, desde el norte, y Electra corre hasta el puerto, se arroja a sus pies y proclama:

—¡Mi hermano! ¡Mi rey!

No se oyen tambores ni trompetas orgullosas. Orestes no levanta la cabeza cortada de su madre para que la vea la multitud. En cambio, se vuelve hacia los consejeros de Ítaca mientras su hermana llora a sus pies y dice:

—No hemos encontrado rastros de ella en Hiria.

Los ancianos se mueven incómodos. Hasta Pólibus y Eupites, que están ligeramente más atrás, tienen la delicadeza de palidecer.

Electra suelta un grito, un aullido animal de ira y furia, demasiado fuerte y demasiado teatral para mi gusto, pero cumple con su

propósito. Solloza y golpea los puños contra el suelo hasta que finalmente su hermano se arrodilla y la levanta en silencio, la sostiene del brazo como si fuera una pluma quebrada que ha caído del cielo; regresan, en silencio, al palacio de Odiseo.

—Bien —dice Medón mientras Penélope y él observan el desembarco de los hombres de Orestes de las naves maltrechas. Busca las palabras que mejor resumirían la complejidad de sentimientos que se acumulan en su corazón y elige por fin las más concisas.

—Una muerte terrible, terrible.

Penélope lo fulmina con la mirada desde detrás del velo y sigue a sus primos hasta el palacio.

Orestes está en el salón del consejo; Electra se ha situado detrás de él.

Enfrente están Telémaco, Medón, Peisenor y Egiptius.

Penélope se sienta en su rincón con sus doncellas, pero en esta ocasión, Autónoe no toca su instrumento.

Orestes habla mirando hacia otro sitio, con una voz que casi no es apta para consumo humano.

—Navegamos durante muchos días. Hicimos muchas preguntas en Hiria, pero no obtuvimos respuesta. Navegamos hacia el oeste e inspeccionamos las naves que vimos. Pero no había ningún rastro. Navegamos hacia el norte. Nada. Estábamos con poca agua y poca comida y luego llegó una tormenta y nos empujó hacia el sur, hacia Ítaca. De mi madre no hay señal.

Miro hacia los cielos y me pregunto por un instante: ¿acaso mi hermano ha enviado a Orestes de regreso a esta miserable islita? ¿Son obra suya las tormentas? Pero, no, no. Poseidón está ocupado castigando a Ogigia con olas impenetrables y descargando su odio sobre Odiseo y sobre nadie más que él. No creo que haya tenido el ingenio de complicarle la vida a la esposa de Odiseo haciendo retroceder a los hijos de Agamenón. A veces una tormenta es solo una tormenta. Con todo, hay que vigilar a…

—Es una tragedia, una terrible tragedia —dije Egiptius—, pero por supuesto toda Ítaca está a tu disposición…, lo que sea necesario…

—No tenemos demasiado, desde luego —interviene Medón—. Ítaca no es una isla rica, pero sí, para hacerme eco del sentimiento de mi colega, si podemos ayudar, lo…

—Encontraremos a esa bruja —interrumpe Telémaco—. La destruiremos. Lo juro ante ti.

Se hace un silencio algo incómodo. No sé lo que le ve Atenea a este muchacho.

Orestes se limita a responder:

—Gracias. —Y entonces, como todos lo están mirando y esperan que diga algo más, que tal vez pronuncie un breve discurso, añade—:

Gracias.

Todos siguen mirándolo y, de pronto, no es más que un muchacho de veintidós años que quiere ser hombre, a quien enviaron lejos de su casa para que lo criaran los padres de otros hombres, para separarlo del dolor, la culpa y la ira de su madre. Tenía cinco años cuando murió Ifigenia y su padre le ordenó marcharse a Atenas al grito de "¡No permitiré que lo críen mujeres!". En Atenas lo golpearon y le dijeron que era lo que su padre desearía, y que si su padre lo deseaba, entonces, por supuesto que Orestes merecía que le pegaran. Y, sin embargo, de algún modo extraño, en un peculiar giro del huso que hace que las pícaras Moiras rían a carcajadas, comienzo a sospechar que Orestes anhela ser un buen hombre, lo que seguramente terminará por destruirlo.

Todos los ojos están puestos sobre él y en esta ocasión, justo en este momento, no puede tolerarlo. No soporta lo que ve en las caras de los demás, no soporta sus propios defectos ni no saber en quién está destinado a convertirse. Gira y casi echa a correr hacia la polvorienta frescura del palacio. Electra lo sigue.

Cuando el salón se vacía de micénicos, quedan los itacenses, algo avergonzados. Medón se vuelve hacia Penélope y sus labios moldean las palabras "muerte terrible" en silencio.

Ella suspira, abre la boca para hablar, pero para su sorpresa, Telémaco se le adelanta.

—Debemos volver a revisar Ítaca —proclama—. Debemos buscar en todas las islas.

—Pero es que ya lo hemos…

Él golpea el puño contra la mesa con tanta fuerza que Medón da un respingo.

—¡Nos han deshonrado! ¡Nos han engañado! ¡Les hemos fallado a Orestes y a toda Grecia! ¿Acaso soy el único que ve lo que sucederá si Clitemnestra no muere? Orestes caerá. A Electra la… ¡y Menelao se apoderará de Micenas! ¡Capturará los reinos del norte, se erigirá como rey de todos los griegos y nadie se interpondrá en su camino! Por otra parte, si no lo hace y se corre la voz de que alguien… —No mira a su madre, cómo se esmera en no mirar a su madre—, alguien ha protegido a la reina ramera de Grecia, entonces ¡Ítaca arderá! ¡El reino de mi padre arderá y será justicia por los pecados que hemos cometido!

El salón queda en silencio. Hay que reconocer que el análisis político de Telémaco contiene cierta astucia, pero es tan difícil desenredarla de la tiranía de estupidez juvenil que la ahoga, que pasa casi inadvertida ante los oyentes. Entonces Penélope dice:

—¿Puedo hablar a solas con mi hijo?

Los consejeros, aliviados, asienten de inmediato y se dirigen a la

puerta, pero Telémaco los detiene.

—Lo que mi madre tenga que decirme puede decirlo aquí, delante de todos vosotros.

—Telémaco…

—¡Puede decirlo delante de vosotros! —repite—. No soy un niño al que regañar en privado, madre; no soy un niño al que puedas hablarle como si no supiera nada. Soy el hijo de Odiseo. Soy el heredero de su reino y he derramado mi sangre por él. Se me hablará como al hijo de un rey.

¿Qué parte de todo esto, me pregunto, se debe a la influencia de Atenea sobre el muchacho? A pesar de sus incontables defectos, ella no suele ser afecta a los pucheros ni a los grandes despliegues de pompa. Tal vez estos repentinos gruñidos del cachorro de león son para mostrar dientes que son exclusivamente suyos.

Penélope está tan pálida como su túnica. Pronuncia las palabras de una en una, enunciándolas con la lengua contra los dientes por temor a no poder hablar.

—Eres el hijo de un rey —logra decir—. Pero yo sigo siendo tu madre.

—Me diste a luz —replica él—, pero ya soy un hombre. Los hombres tienen un deber hacia sus madres. Les deben amor, consideración y cuidado. Cumpliré con mi deber como tu hijo. Pero los hombres no se ocultan detrás de sus madres. Hacen lo que es necesario y correcto.

—¿Y no aceptan consejos?

—Sí, los aceptan. De aquellos que son sabios.

—¿Y las madres no lo son?

—¿Acaso Helena demostró sabiduría cuando abandonó a sus hijos? ¿Clitemnestra fue sabia cuando asesinó a su esposo? ¿Fuiste sabia tú, madre, cuando permitiste la entrada de los pretendientes en el palacio y les sonreíste y les hiciste mohínes y les dijiste “sí, señor” y “claro que no, señor” y “permite que te sirva vino, señor”?

—No he hecho nada de eso, te consta que no he hecho nada de eso, y…

—¿Y ahora? —ruge él—. ¡Atacan el hogar de mi abuelo! ¡Deshonran a mis primos! ¡Matan a mis amigos, los asesinan, derraman su sangre…! Y tú…, todos vosotros os quedáis allí de pie y habláis. ¡Sois débiles! ¡Sois cobardes! No sois dignos de criar hombres.

Llegados a este punto, alguien tiene que abandonar enfadado el salón, y para ser justa, a pesar de la actuación de Telémaco, él sigue siendo el más joven y el que menos experiencia tiene en mantenerse en sus trece, por lo que es él quien se marcha.

Los consejeros miran hacia cualquier lado y esquivan los ojos de Penélope.

Ella vacila un instante —demasiado largo, cariño, demasiado largo — y luego lo sigue, llamándolo por su nombre. Él no se vuelve, pero cuando su madre se lanza tras él, alguien se adelanta; Andremón, que siempre está al acecho en el palacio. Allí está, sonriendo, con los ojos iluminados como la luna. Penélope frena en seco y casi tropieza con sus propios pies. Andremón sigue la mirada de ella puesta en el joven que desaparece, luego sonríe y hace una profunda inclinación antes de seguir su camino.

Así pasó la última oportunidad que tuvo Penélope de abrazar a su hijo en muchos, muchos años.

CAPÍTULO 41

Kenamón espera a Telémaco detrás de la granja de Eumeo, pero él no aparece.

Kenamón busca a Telémaco en los salones del palacio, pero Fiobe le dice:

—Disculpe, señor, el joven príncipe está ocupado.

A Kenamón le parece ver que Telémaco habla en voz baja y con urgencia con Electra.

Le parece verlo sentado con aspecto sombrío junto a Orestes, pero cuando se acerca al micénico, otro de ellos, Pílades, se interpone entre él y el hijo de Odiseo y dice:

—Los príncipes están conversando. Gracias.

No está seguro de si "gracias" tiene una traducción precisa a su lengua, pues parece expresar más que nada algo como "retírate, extranjero entrometido" y no gratitud o aprecio. Pero ha descubierto que no es bueno pensar demasiado en estas cosas, por lo que se retira como le han ordenado.

No será hasta que la luna se haya convertido en una delgada uña perdida en el cielo de la noche cuando encontrará solo a Telémaco en el patio vacío donde, durante el día, los miembros maltrechos de la milicia que han quedado han estado intentando entrenarse. Telémaco esgrime un escudo con su brazo herido; lo levanta, lo impulsa hacia delante, mide su peso; todo con una mueca de dolor. Kenamón lo observa unos minutos sin ser visto, hasta que por fin carraspea y se adelanta.

Telémaco se vuelve, listo para luchar; muestra los dientes, ruge, echa fuego por los ojos, y luego se afloja al ver al egipcio y desvía la mirada, como avergonzado.

—¿Qué tal te estás recuperando? —pregunta Kenamón.

Telémaco no responde.

—Deberías ir despacio. Es bueno practicar, pero si te esfuerzas demasiado pronto, solo te harás más daño.

Telémaco se lanza hacia delante con el escudo contra un enemigo

invisible, un movimiento estúpido que le hace fruncir la cara de dolor; la frente se le ha perlado de sudor. Kenamón observa sin juzgar ni condenar, y es tal vez lo extraño de eso, lo desconocida que le resulta esa amabilidad, lo que hace que Telémaco baje las armas y las deje a un lado.

Se sienta en el suelo polvoriento, contra la pared, con las rodillas contra el pecho. No invita a Kenamón a unirse a él, pero tras unos instantes, el egipcio lo hace e imita, amistosamente, la posición del joven.

—¿Quieres hablar? —pregunta Kenamón por fin.

Telémaco niega con la cabeza.

—¿Has rezado?

Telémaco vacila, luego vuelve a negar con la cabeza.

—Si no puedes hablar con los hombres, por lo menos deberías hablar con los dioses —dice Kenamón—. No es que vayan a escucharte, pero es bueno hablar.

—¿Para decir qué?

—No lo sé. Lo que necesites decir. Lo que piensas que no puedes decirle a nadie más. Lo que no puedes decirme a mí.

Telémaco piensa en eso durante unos minutos y se sonroja; el sudor se seca lentamente en una costra salada.

Quiere decir: “Malditos todos, malditos, malditos seáis todos”.

Quiere decir: “Perdóname, perdóname, perdóname”.

Quiere decir: “Ojalá hubiera muerto”.

Quiere decir: “Me siento muy agradecido de estar vivo”.

Quiere decir: “No fue nada como imaginaba y no soy un héroe. No soy un héroe. No soy un héroe”.

Quiere decir…

La verdad es que no sabe lo que quiere decir. No sabe lo que quiere; son tantos los años en los que no ha dicho nada que las palabras en su corazón se han enredado en una mezcla patética, una tempestad de cosas no dichas que hace que ahora no distinga la diferencia entre el mar y el cielo.

Pero entonces dice algo que es importante y cierto, y que en estos tiempos es poco común. Mira a Kenamón a los ojos y dice con sencillez:

—Gracias.

Kenamón asiente, abre la boca para decir: “No hay por qué darlas” o tal vez “Hiciste lo que pudiste” o incluso hasta “Estoy orgulloso de ti”, pero no tiene la oportunidad de hacerlo, ya que habiendo dicho la verdad, habiéndose mostrado vulnerable y expresado lo que no se atreve a decirle a nadie más, Telémaco se pone de pie y se aleja por temor a venirse abajo y vaciar la luz de su alma sobre un hombre que podría, increíblemente, ser su amigo.

Por la noche, en el sitio secreto lejos de los ojos de los hombres, Clitemnestra echa humo.

—¿Cómo que otro retraso? ¿Por qué otro retraso?

Sémele ya se ha acostumbrado a los arrebatos de Clitemnestra. Es más, tanto se ha habituado que casi no se da cuenta de que está teniendo otro; la reina micénica va de un lado a otro de la habitación y levanta los brazos en alto.

Penélope está de pie en la puerta, iluminada por la luna. Detrás de ella, Eos; ambas llevan capas y velos para protegerse de la noche curiosa.

—Orestes ha regresado —suspira Penélope—. Entre sus naves y Pílades, que vigila el puerto, tendremos que buscar otra ocasión para sacarte de aquí.

—¿Orestes? ¿Ha vuelto? ¿Cómo está?

Penélope se toma unos instantes para procesar las palabras; no sabe qué significa el repentino temblor en la voz de Clitemnestra, la ansiedad con la que brotan las palabras.

—Está… bien. Está como siempre.

—¿No lo han herido en el viaje? ¿No ha habido tormentas?

—De momento se encuentra en el palacio; está callado y abatido como siempre.

—Abatido no. ¡No está abatido! Tiene el corazón roto, por supuesto, pero es valiente. Es un muchacho muy valiente.

Clitemnestra ha visto a su hijo en once ocasiones desde que lo enviaron a Atenas. En ocho de ellas él fue a visitarla y recitó obedientemente todo lo que había aprendido y demostró algunas de las habilidades que le habían enseñado. En dos ocasiones, ella lo visitó a él y desde la ventana observó, orgullosa, cómo se entrenaba en el arte de la guerra. En una ocasión, él se lanzó al ataque por un camino que llevaba a la cabaña donde Egisto y ella se ocultaban y arrojó la lanza que mató al amante de su madre; luego procedió a traspasarle la columna con la espada para asegurarse y solo entonces se volvió hacia su Clitemnestra. Pero ella ya estaba subida al caballo que Egisto le había dicho que montara y se perdió en la noche; el animal galopaba hacia delante, pero ella miraba hacia atrás para no perderse la hombría de su hijo guerrero.

No ha tenido que explicarle a su hijo, por lo tanto, ninguno de los asuntos importantes, tales como qué significa que a un chico se le ponga más grave la voz y le bajen los testículos; por qué le ha crecido vello en sitios inesperados; cómo se les debe hablar a las chicas; cómo reparar un tajo en una túnica, cómo cocinar, cómo arbitrar en asuntos de la ley en los que el precedente no está claro y cómo era su padre. Otros se han encargado de estas cuestiones espinosas, aunque en lo referido a la última, tal vez se sorprendería al enterarse de que Orestes

se hace una buena idea de cómo era Agamenón como hombre y como rey.

Ella no ha tenido que escucharlo, a los trece años, hacer pucheros y dar pisotones y proclamar que todo es muy injusto, que es lo más injusto que podría ser y que nadie lo entiende.

No ha tenido que soportar que se niegue a comer alimentos que no le agradan, ni que la llame tonta y vieja ni que se niegue a hacer las tareas e insulte a sus maestros. Orestes, cada vez que veía a su madre, hacía gala de su mejor comportamiento, por lo que dejaba la mejor impresión, al igual que ella. Era Electra la que vivía cerca de Clitemnestra en los años en que ella gobernaba, y digan lo que digan sobre Electra, pone una cara de enfadada que hasta yo admiro.

Penélope, desde luego, ha visto todo esto y más en su propio hijo, y es tal vez la cercanía con él lo que deja a la itacense tan confundida cuando Clitemnestra pregunta sobre el hijo que quiere matarla:

—¿Ha estado comiendo bien? ¿Y cepillándose los dientes regularmente con té? Es importante cuidarse los dientes.

—No tengo ni idea de cómo es su higiene bucal —responde Penélope—, pero he visto a Electra metiéndole comida en la boca cuando se niega a comer, cosa que, si bien es algo… extraña, significa que no se está consumiendo.

Clitemnestra asiente con la cabeza una vez.

—Al menos esa chica sirve para algo. ¿Y sus amigos? ¿Anda en buenas compañías?

—Tiene entre sus hombres a Yasión y a Pílades; ambos parecen… muy leales.

—Pílades es un buen hombre, se asegurará de que mi hijo esté bien. ¿Habla de mí a menudo?

—Casi no habla de otra cosa.

Clitemnestra entrelaza los dedos; ¡su hijo habla de ella! No es demasiado conversador, pero al menos ella está presente en su mente. De pronto la acosa un pensamiento más serio:

—Si Orestes ha vuelto, ¿Electra registrará la isla para buscarme?

—Oficialmente, no. Oficialmente aceptan que has huido.

—Las versiones oficiales son para los estúpidos que carecen de imaginación.

—Extraoficialmente —concede Penélope—, Pílades y sus hombres cabalgan por Ítaca todos los días en supuestas “cacerías”. Traen carne como “obsequio” a mi mesa para agradecerme mi hospitalidad. Y con esa excusa visitan todas las casas, revisan todos los rincones y las cabañas de la isla. Yasión también ha llevado hombres a Cefalonia, donde van de “pesca” a todas las calas, cuevas y puertos. Que yo sepa, no han capturado ningún pez.

—Saben que estoy aquí.

—Electra lo sospecha, de eso estoy segura.

—¿Cómo? Se supone que tienes que ser lista, patito mío. ¿No estás siendo lo suficientemente lista?

—Tal vez —murmura Penélope— los rumores sobre mi astucia han jugado en mi contra. Tal vez tu hija también piensa que soy lista.

—Pues entonces no puedo permanecer aquí —declara Clitemnestra con un movimiento majestuoso de la mano, que abarca la pequeña habitación—. Tendrás que mudarme a un sitio más seguro.

—Estás segura aquí con Sémele por ahora. Mis mujeres vigilan el camino; si hay algún problema, se te trasladará.

—¿Por qué no puedo regresar al templo? Era todavía más patético que esta cabaña, pero al menos estaba a salvo refugiada allí.

—Electra ha ofrecido recompensa a ciertas mujeres de la isla para que vigilen los templos. Por supuesto, han obedecido para que no se las considere traidoras.

La sonrisa de Clitemnestra es lenta, como la del cocodrilo.

—Pero te lo contaron a ti. Por supuesto. Me pregunto qué diría mi hijo si sospechara lo que hacen verdaderamente las viudas de Ítaca en la oscuridad.

—Si vamos a guiarnos por su conversación hasta el momento, seguramente diría muy poco —replica Penélope—. Parece bastante imbécil.

Clitemnestra se abalanza hacia Penélope con las uñas por delante. Con toda serenidad, Sémele saca un pie y hace tropezar a la reina cuando pasa. Penélope retrocede cuando Clitemnestra tropieza, luego la deja caer. Clitemnestra golpea contra el suelo primero con la mano izquierda y luego queda tendida, sin aliento, arañando la tierra impertinente; de sus labios brota un sonido como el de una serpiente herida.

Penélope se lo agradece a Sémele con un movimiento de la cabeza.

—¿Necesitas algo, amiga mía? —Sémele se encoge de hombros—. Entonces me marcho. Gracias, como siempre, por tu hospitalidad.

Se vuelve y deja a Clitemnestra rugiendo en el suelo.

CAPÍTULO 42

La luna está escondida cuando se desata el inframundo.

Comenzó con un susurro.

Leaneira susurró el secreto en el oído de Andremón.

—Te lo demostraré —jadeó mientras él curvaba los dedos contra su piel—. Te demostraré que te quiero. Escucha. Escucha.

Andremón escuchó la verdad, le mordisqueó el cuello y susurró:

—Si me estás mintiendo…

—No estoy mintiendo. Te quiero. Te he elegido a ti.

Se mecieron juntos en la oscuridad, y a la noche siguiente él se apostó a vigilar cuando ella le dijo, y luego volvió a vigilar, y a la tercera noche tuvo certeza de la verdad, la abrazó con fuerza y dijo:

—Cuando sea rey, te elevarás por encima de todas las otras mujeres y Penélope te servirá *a ti*.

Ella apartó la cara para que él no viera su expresión mientras hablaba.

Andremón luego lo susurró al oído de Eurímaco. Sería mejor, se dijo, que ese asunto viniera de otro pretendiente; sería mejor no excederse en la jugada.

Eurímaco jamás ha sido capaz de guardar un secreto, por lo que se lo contó al oído a Antínoo, diciendo que se lo había dicho Melanto, que lo amaba por sus dotes como amante.

Antínoo pasó por alto la última parte de la declaración, pero le contó el resto a su padre y Eupites estalló de furia y exigió que Antínoo vigilara y espiara para confirmar la sospecha, y cuando Antínoo lo hizo, Eupites rugió:

—¡LA MUY PERRA, LA MUY ARPÍA! —Lo dijo tan alto que los vecinos asomaron la cabeza por la puerta entreabierta y les preguntaron a sus esclavos de qué se trataba todo ese alboroto.

Finalmente, cuando la luna oculta su cara, Eupites y Antínoo marchan al salón donde se lleva a cabo el banquete y gritan:

—¿DÓNDE ESTÁ ESTA REINA?

El salón queda en silencio. Telémaco, Orestes y Electra están

sentados lejos de la puerta y Electra se paraliza como si la reina pudiera ser la que es de su interés, la única que cuenta, pero luego recuerda con un suspiro que hay otra reina sentada a sus espaldas: Penélope, que teje pacientemente con su telar mientras los pretendientes cenan.

—¿DÓNDE ESTÁ ESTA SUPUESTA REINA DE ÍTACA? —añade Eupites solo para aclarar cualquier confusión, y con eso, los últimos pretendientes guardan silencio.

Anfínomo se mueve incómodo; Kenamón está tieso y gris cualquier júbilo que él hubiera podido sentir por venir a Ítaca se ha perdido ahora en noches de ruidoso aislamiento, cenizas y sangre.

Todos los ojos se posan sobre Penélope y ella, por fin, se pone de pie con las manos entrelazadas delante de ella; parece pequeña y sumisa hasta que habla. Entonces su voz es un látigo que golpea a todo el salón:

—¿Cómo os atrevéis a alterar los límites sagrados de este banquete?

Eos se escabulle por las sombras hacia los pasillos del palacio, llama a más criadas, a hombres leales, reúne y reúne; todos se quedan con la oreja pegada a la puerta… ¿Dónde está Ourania? Preparad la embarcación, buscad a Priene… ¡rápido!

Eupites no nota la partida de la criada. Nadie lo hace nunca. Leaneira se oculta en un rincón, con las manos alrededor de una jarra de vino. Autónoe observa el salón desde la puerta de la cocina; guarda un cuchillo de picar discretamente en la espalda. Sabe que si hay una pelea, las criadas morirán, pero ella los hará sangrar por eso.

El anciano avanza a zancadas por el salón hacia Penélope, hasta que queda a pocos pasos de ella; hace caso omiso de los hijos de Agamenón y del hijo de Odiseo. Las llamas de la ira ahora son una infusión hirviente en su corazón; la utilizará y no se dejará utilizar por ella, este astuto hombre de Ítaca.

—Mentirosa —la acusa, y escupe a sus pies—. Traidora. ¿Osas invocar las leyes de la hospitalidad cuando *tú* las quebrantas todos los días y todas las noches, cuando *tú* ensucias el nombre de tu marido y el honor de su trono?

El salón despierta, las miradas pasan de un hombre a otro. Están desarmados, pero ay, piensan, tal vez ahora se sabrá, tal vez nos enteraremos de que se ha acostado con *este* pretendiente o con *aquel*, que ya ha elegido al hombre que será rey, y entonces estaremos en problemas, tendremos un gran jaleo entre manos. Algunos de los más sabios comienzan a mirar a su alrededor, buscando herramientas que puedan convertir en armas improvisadas, muebles que puedan arrojar. Los más sabios de todos miran hacia la puerta. Es mejor marcharse y volver luego con lanzas; al fin y al cabo, son los sobrevivientes los que

les indican a los poetas qué deben cantar.

—¿Me acusas de traición? —dice Penélope, furiosa—. ¿Vienes a mi hogar y ensucias mi honor delante de mis huéspedes? Por todos los dioses, si fuera hombre te destruiría, seas quien fueres. Lo único que me lo impide es mi decoro femenino.

Electra aprueba ese discurso. Telémaco se siente algo escandalizado. Orestes, si es que lo escucha, no da muestras de ello. Pero Penélope, a pesar del fuego de su voz, habla con lentitud y deliberación. Ella también ha preparado sus palabras, no necesariamente para este momento, puesto que no sabe realmente qué es este momento, sino para miles de momentos como este, para miles de nudos en el hilo del que puede colgar su vida, planes dentro de planes que esperan el desastre.

Eupites sonríe. Esa sonrisa es lo que más la inquieta. Luego él abre los brazos y se vuelve lentamente hacia los pretendientes, hacia el salón, y lo abarca todo.

—Todos me conocéis —proclama—. Y conocéis a mi hijo, el hombre más honorable y más honesto entre vosotros.

Eurímaco casi suelta una carcajada para mostrar su desacuerdo, pero Anfínomo le propina un puntapié bajo la mesa antes de que pueda mostrar su desdén.

—Cada uno de los hombres aquí presentes anhela lo mismo: que Ítaca tenga un rey. Que Ítaca vuelva a ser fuerte, que toda Grecia conozca nuestro poderío. Que un hombre honorable ocupe el trono que ella… —Señala con un dedo acusador a Penélope, aunque no se digna a volverse para mirarla—, que ella dice proteger. Un hombre que esté al servicio. Itacenses de bien —Eupites no considera probable que fuera de Ítaca haya gente de bien—, os han engañado. Os han traicionado. Esta ramera espartana, esta arpía…

Telémaco se pone de pie. Él también va desarmado y no es lo suficientemente inteligente como para hacerse con un arma improvisada, pero ya aprenderá. Kenamón menea la cabeza ligeramente: siéntate, muchacho, siéntate; pero si Telémaco ve al egipcio, no lo demuestra.

—Eupites, si mi padre estuviera aquí, ¡te arrojaría a los perros!

—Pero no está, ¿verdad? —replica Eupites entusiasmado con el asunto; respira tan agitadamente como Telémaco—. No está ni vivo ni muerto, ¡está ausente! Pero todos sabemos… Pobre muchacho, tú también debes de saberlo… Todos sabemos que Odiseo *está muer*to. Muerto y enterrado y *ella*… —El dedo acusador vuelve a apuñalar a Penélope— ¡Y ella nos lleva de las narices! Nos teje, se podría decir, nos teje como hilos en una mortaja, y ya que estamos aquí, Penélope, ¿cómo sigue esa bella mortaja que tejes para el buen rey Laertes?

Ella no habla, no se mueve, pero, como una rama fina del abedul

plateado cuando arrecia la tormenta, parece temblar de pies a cabeza; cierra los dedos, los abre. No responder de inmediato es su primer error.

—¿Qué patrañas son estas? Hablas de traición y de mortajas, ofendes mi nombre, el de mi esposo… —exclama por fin, pero el salón ya ha visto un destello de duda en ella.

Anfínomo se pone de pie y Eurímaco lo imita. Otros los siguen y entonces hay un gran movimiento en el salón, porque si un hombre va a parpadear allí, todos los demás tienen que parpadear también o se quedarán ciegos.

Eupites esboza una sonrisa resplandeciente que, como el sol, aleja la última niebla de la noche.

—¿Qué fue lo que dijiste? Permitidme tejer una mortaja funeraria para el buen Laertes y cuando esté lista, elegiré un esposo, ¿verdad? Una condición justa. La acción leal y considerada de una nuera abnegada. ¡Pero cuánto has tardado! ¡Qué lento ha sido el trabajo, qué angustioso el esfuerzo! Cada nudo te lleva un día y todavía sigues allí sentada con tu precioso telar. ¿Y para qué?

Da un paso hacia ella y Penélope instintivamente retrocede. Telémaco se interpone entre ambos y, por un momento, es un soldado, un hombre casi más corpulento y fuerte que Eupites. Antínoo debería tal vez aprovechar este momento para interponerse también, para medirse hombre a hombre, pero no se le ocurre. Ese hombre es a veces notablemente listo o notablemente estúpido.

Eupites vuelve a abrir los brazos para abarcar el salón, como para decir: “Mirad, mirad, la madre ha quedado muda, el hijo se comporta como si quisiera ser rey. ¡Qué mentirosos y tiranos son estos familiares de Odiseo!”. Luego, en voz más baja, dice:

—¿No nos hemos preguntado todos por qué tarda tanto? ¿No nos hemos preguntado todos qué puede estar demorando tanto a esta mujer?

Es cierto, se lo han preguntado. Está escrito en su cara, y aquellos que no se lo han preguntado antes lo hacen rápidamente ahora. Kenamón mira a Telémaco, a Antínoo, calculando, tal vez, la forma más veloz de atacar, el blanco más fácil para desactivar, la ruta de escape más rápida. Busco a Atenea, pero no siento su presencia; me pregunto si debería invocar su nombre, su sabiduría. No sé si podría soportarlo. Tal vez sea hora de hacer aparecer nuevamente esas serpientes, o una invasión estratégica de arañas. Mientras trato de decidir qué intervención sería más efectiva sin levantar sospechas, mis ojos se cruzan con los de Electra y, por un instante, pienso que me ve.

Sí, me ve.

La hija de Clitemnestra me mira directamente a la cara y, si bien estoy oculta en ese sitio que la mente mortal no percibe, pues ardería

al verme, ella me mira y yo juraría por mi propia divinidad que *me* ve. Y en sus ojos veo el destello rojo de las Furias, una chispa de divinidad, de profanación, que es más antigua que los propios Titanes. Esa mujer va a ser reina… ¡Qué extraño que me haya llevado tanto tiempo darme cuenta de ello, verlo en sus ojos! Pero en ese momento, me ve y yo la veo a ella y ella será reina de Grecia y la amaré. Cuando las demás hayan muerto, cuando el cuerpo de Clitemnestra haya ardido en llamas y Penélope haya exhalado su último suspiro, solo quedará Electra, la última mujer que llevará mi fuego. Pero todavía no…, todavía no.

Eufeites extiende el brazo en dirección a Penélope, tensa la sonrisa como el arquero que prepara su arco y proclama:

—Me informan que todas las noches esta reina mentirosa se retira a sus aposentos, pero no ora, no duerme. En cambio, toma su aguja y en la tenue luz de la lámpara deshace el trabajo que la hemos visto hacer de día. Por cada diez vueltas que la vemos tejer de día, desteje nueve por la noche.

La reacción a esto no es tan inmediata ni profunda como Eupites podría haber esperado. Casi todos los hombres del salón que lo escuchan habían imaginado, en diversos grados, terribles actos sexuales o malvados que incluían el incesto, pues… ¿por qué no? Las acciones de Clitemnestra habían vuelto aceptables las hazañas de reinas temibles (reinas *sexualmente* temibles, nada menos; reinas de una sexualidad aterradora; reinas a quienes todos los hombres declaraban aborrecer, pero estarían fascinados de conocer), por lo que la revelación de cierto atrevimiento con el telar no les hace mella de inmediato. Aquí por lo menos Antínoo se muestra más colaborador, pues al ver que el salón no estalla de inmediato en condena, ruge:

—¡Mentirosa! ¡Reina traidora!

Y algunos de sus amigos, y otros más que intuyen desde dónde sopla el viento, se unen a él hasta que, finalmente, con el pensamiento independiente de un pepino, el salón entero grita y ruge. Solo Kenamón y Anfínomo guardan silencio y se mantienen algo alejados e incómodos.

En los pasillos detrás de las puertas cerradas, las criadas corren, reuniendo a los pocos hombres leales a Penélope: ármate, ármate; una jinete ya parte al galope hacia el templo de Artemisa, otra corre hacia la casa de Ourania. Las mujeres del bosque tal vez no lleguen al palacio a tiempo como para hacer algo, pero al menos podrán vengar la masacre.

—¡No tienes pruebas, no tienes pruebas! —grita Penélope, y la multitud ruge, pues no es una negación—. Tráeme pruebas, muéstrame la evidencia… —intenta de nuevo, y luego calla, pues Telémaco se vuelve a mirarla y comprende; en sus ojos hay furia y

traición.

Es el que está más cerca de ella en todo el salón, y cuando Penélope intenta murmurar algo, alguna semblanza de excusa, una disculpa, una explicación, él ve la verdad en sus ojos, ve que se desmoronan las mentiras. Ay, Atenea, si no estás aquí todavía, deberías ver esto, deberías ver lo que sucede cuando un niño que quiere ser hombre cae en la cuenta de que ha sido un niño desde el primer momento.

—¡Mentirosa! ¡Hija astuta del río y del mar, seductora que nunca dice que sí ni dice que no, igual que una *puta*…! —ruge Eupites, y tal vez lo que el salón no sabe, no puede ver, es que fuera tiene a sus hombres esperando, listos para entrar y derribar a cualquiera que se manifieste en desacuerdo con su punto de vista. Esa será una noche de juicio, la clase de noche de la que emergen los reyes—. ¡Una puta de Ítaca! —se entusiasma, levantando las manos como si los dioses pudieran aplaudir su grosero histrionismo.

Preparo una infección de parásitos intestinales para él, un ataque de gota, una pestilencia como la que jamás ha soñado…

Y Electra se pone de pie.

Por algún motivo, esa única acción alcanza para casi hacer retroceder a Eupites, como si su movimiento hubiera enviado por la habitación una onda de choque más fuerte que un huracán. Esta pequeña mujer, esta niña de ceniza, da un paso adelante y eso también basta para alejar a Eupites, para hacerlo tambalearse y apartarse unos pasos del grupo real. Dama gloriosa, hija detestable, ¡reina futura! Te saludo a ti y a todo aquello en lo que te convertirás. Su hermano no se mueve, pero la observa como si la viera por primera vez y sintiera curiosidad por enterarse de cómo es su voz cuando sale impulsada al aire.

—Hombres de Ítaca —proclama, y dice "hombres" como a veces lo hacía su madre, como para proclamar "vosotros que os llamáis hombres, contemplad con qué poca hombría lleváis ese título"—. Hombres de Ítaca. Pueblo de Odiseo. Qué avergonzado de vosotros se sentiría vuestro rey en este momento.

Un sonido que podría describirse como proveniente de muchos movimientos de sandalias recorre el salón.

—Cuando mi padre fue a la guerra, envió embajadores para convocar a las islas occidentales a ponerse de su lado, no porque fueran muchas ni tuvieran grandes riquezas en oro ni en armas, sino porque ningún hombre se plantaba con tanta fuerza ante la tormenta como los hombres de Ítaca. No son para ellos el laúd ni los placeres de la glotonería o el vino, sino la hermandad sólida y la astucia honesta. ¡Cuán bajo habéis caído! ¡Cuán hinchados y obesos os habéis puesto!

Penélope es mayor que Electra y algo más alta, y, sin embargo, en este momento, cuando Electra avanza por el salón, Penélope no es más

que un gatito que se acurruca detrás de su madre. Los hombres se hacen a un lado, le abren paso, como lo hicieron una vez con Clitemnestra, mientras que Orestes se sienta atrás, con una pierna cruzada sobre la otra, silencioso como el trono.

—Se os ha tratado con indulgencia demasiado tiempo. Habéis engordado con la carne de vuestra reina. Habéis olvidado el significado del honor. Sois los troyanos borrachos que han venido al banquete de mi tío, quienes tal vez creen que es gracioso robar la esposa de otro, abrirse camino hasta la cama de una reina a fuerza de pura seducción y chabacanería. Y como con los troyanos, toda Grecia se levantará y os destruirá por vuestra impertinencia. Esto no es una amenaza. Es lo que nos muestra Troya. Es lo que mi padre, rey de los griegos, me ha enseñado. Es lo que sabe mi hermano.

Los ojos se posan sobre Orestes y su cara se mantiene fría como un ocaso de invierno; sus ojos no parecen ver nada, o verlo todo, o no ver nada.

Electra se vuelve hacia Eupites.

—Tú, anciano. ¿Tienes pruebas?

—Tengo las pruebas de mis ojos; ¡todos tenemos las pruebas de nuestros ojos!

Un intento de motivar a los demás para que se levanten, un grito de desafío, pero no hay hombre que no mire a Electra a los ojos y quede en silencio.

—Los ojos de borrachos y necios. De aspirantes a príncipes mezquinos que apuñalarían a su vecino por la espalda con tal de saborear un poco de poder. El poquísimo poder de estas islas del oeste… ¡a vosotros se os debe de antojar tan grande! Entiendo, por lo tanto, que no tienes pruebas. No hay ningún testigo dispuesto a ponerse de pie como prueba y decir sí, sí, yo vi a Penélope destejiendo la mortaja, yo la vi hacerlo con mis propios ojos. ¿Nadie?

Hay una persona, oculta en un rincón, que podría hablar si la llamaran, pero ¿qué peso tiene la voz de una esclava contra el testimonio de una reina?

Eupites se sonroja intensamente, pero Antínoo se ha apartado del lado de su padre. Eurímaco de pronto parece pequeño, anónimo, un hombrecillo cómico que se muestra profundamente interesado en su vino más que en los sucesos que se desarrollan. Andremón ha desaparecido.

La hija de Agamenón suelta aire por entre los dientes como si fuera a escupir, luego habla al resto del salón:

—¿Y si realmente hubiera destejido la mortaja? —pregunta—. ¿Os casaríais con una reina cuya devoción a su marido fuera menor que esa? ¿Aceptaríais a una ramera que abre sus piernas a cualquier hombre que se acerque en lugar de a una esposa que lucha con su

último aliento para honrar a su señor lejano? Deshonráis la palabra "matrimonio". Ridiculizáis la idea de un marido. En nombre de Hera —me estremezco con extraño júbilo y curiosa aversión al oírme invocada por sus labios—, si mi hermano no fuera tan amable y moderado, tan apacible y justo en todas sus acciones, creo que habría lanzado las flotas de Micenas contra vosotros, habría tomado estas pequeñas islas bajo su protección para poner fin a estos conflictos… ¡Conflictos que habéis creado vosotros! Conflictos cuyos padres sois vosotros, no una… ¡una mujer! Al ver esto…, al veros a vosotros ahora, solo puedo rezar para que su misericordia sea duradera. Que su amor por nuestra prima, la noble Penélope, y las incontables veces que le ha suplicado que tenga clemencia con la gente codiciosa y perversa pesen más que la patética bienvenida que le habéis dado vosotros los pretendientes.

Todos callan, enmudecidos. Electra tiene el salón entre sus dedos índice y pulgar. Si aprieta, los aplastará. Me acerco un poco a ella, con el corazón hinchado de admiración; me inclino para susurrarle al oído, pero ella se aparta de mí y se planta ante Antínoo, hijo del tembloroso Eupites, que se encoge visiblemente bajo su mirada.

—Señor —le dice—. Eres invitado aquí, al igual que tu padre. Siéntate.

Antínoo arroja una mirada desesperada a la espalda de su padre, pero no recibe consejo de ella. El anciano tiembla de la cabeza a los pies, pero no puede hablar; parece atragantado con las pestilencias que todavía no he desatado sobre él. Antínoo vuelve a mirar a Electra y luego, lentamente, busca un sitio y se sienta.

Lo siguen Anfínomo, luego Eurímaco y el resto. Muy pronto solo Electra y Eupites se quedan de pie. Ella no se molesta en volverse hacia él; no le ordena quedarse ni marcharse ni sentarse, sino que se limita a regresar a su sitio de honor junto a su hermano y se sienta en su silla, como Agamenón en el trono de Príamo.

Durante unos minutos más, Eupites tiembla.

Los hombres lo miran.

Comienzan a murmurar.

Hablan entre sí, susurran como si no hubiera nada que ver, nada que discutir.

Alguien toca una nota de música.

Leaneira se separa de la pared para servir una copa de vino.

Antínoo no mira a su padre.

Telémaco no mira a su madre.

Entonces Eupites se vuelve y se marcha con pasos pesados.

En los minutos que siguen, Telémaco permanece en su sitio temblando también. Se vuelve hacia Electra para tratar de encontrar algo para decir y piensa que ha de ser la mujer más fea que ha visto

en su vida y se pregunta qué sabor tendrá su lengua contra la de él; siente náuseas y no sabe qué decir. Entonces se vuelve hacia su primo Orestes y dice:

—¿Y tú…? —Y no puede encontrar las palabras.

Orestes mueve la cabeza despacio, muy despacio, como si una fuerza ajena a la naturaleza lo estuviera obligando a volverse y, con paciencia, el joven micénico espera. Telémaco niega con la cabeza, trata de encontrar una disculpa, no lo logra, lo vuelve a intentar.

Electra, que pasea su mirada por el salón como si supervisara el banquete funerario de su padre, declara:

—Mi hermano y yo estamos cansados. Nos retiraremos. Gracias, como siempre, por vuestra hospitalidad.

Un estremecimiento sacude al salón cuando ella se pone de pie; las conversaciones cesan. No se reanudan hasta que se ha marchado.

Instantes después, Penélope la sigue; Telémaco se retira último.

En la noche profunda, cuando los pretendientes borrachos roncan sucios en el suelo, las criadas entran y se llevan el telar y jamás se lo volverá a ver ni se volverá a hablar de él.

CAPÍTULO 43

En la oscuridad de la madrugada, ese sitio apagado entre la medianoche y el amanecer, cuando todas las cosas se vuelven sinceras y crueles, Penélope se dirige a la puerta de Electra.

Otra vez espera, temblando, tiritando de la cabeza a los pies.

Otra vez, por fin, las criadas la hacen pasar y entonces algo parece transformarse en la reina itacense; su corazón se detiene, su respiración se congela: se niega a temblar delante de ellas.

Electra está sentada en su sitio habitual junto a la ventana y Orestes duerme en la cama de Electra. Penélope se detiene, sorprendida ante ese espectáculo, pero Electra se lleva un dedo a los labios y susurra:

—Hay noches en las que no duerme bien. Tiene pesadillas. Le permito venir aquí a veces, le acaricio la cabeza y le canto hasta que se duerme. No despertará por ahora. Salgamos a hablar.

Electra se ha lavado las cenizas de la cara y se ha peinado. En esa hora sagrada, habla de su hermano con voz suave, casi bondadosa, y por un momento es solo una mujer, una hermana, lejos de su casa.

Penélope asiente una vez y juntas caminan a la luz tenue de la lámpara de Autónoe hacia el arroyo fresco, donde Leaneira en ocasiones baña sus pies lejos de los ojos de los hombres. Aquí Penélope le quita la lámpara a Autónoe y le ordena alejarse unos metros; deja la lámpara sobre una piedra recubierta de musgo y se agacha al borde del agua, como si quisiera quitarse el sabor del día de la boca. Electra se sienta a su lado, con las piernas extendidas, los tobillos desnudos, y mueve los dedos de los pies en la noche fresca; arquea la espalda y levanta la cabeza hacia el cielo. Por unos minutos, cierra los ojos y oye el sonido leve del mar que golpea la orilla debajo de ellas y el canto de los insectos y el ruido del agua sobre las piedras.

Penélope se dispone a hablar, pero antes de que pueda hacerlo, Electra la interrumpe, con los ojos todavía cerrados, los brazos a los lados del cuerpo.

—Háblame sobre tu madre —dice.

Penélope se sorprende y no debería ser así.

—Mi… mi madre era buena. Estricta, pero solamente sobre cuestiones que le parecían importantes que aprendiera una niña. Creía que cada mujer de Esparta debía ser fuerte como un hombre, más fuerte, tal vez. ¿Cómo podía haber hombres fuertes si las mujeres no eran capaces de dar a luz a niños saludables ni criarlos para que fueran inteligentes, cultos, diestros con la espada y fieles a su rey? Ella creía que esas cosas venían de las madres. Por lo tanto, una madre también debía ser inteligente, culta y fiel.

—¿Y diestra con la espada?

—Lo suficientemente hábil como para al menos darse cuenta cuando alguien manejaba mal la espada.

—He oído que tu madre era una náyade —reflexiona Electra—. Una hija del río y del arroyo.

Penélope se pone rígida, pero ya ha pasado tiempo suficiente con su divina ilegitimidad como para saber contener el aliento antes de que pase, áspero, por entre sus labios.

—Tal vez lo era —responde, por fin, a la sombra de los ojos de Electra—. Pero Policasta me crio aunque yo no fuera fruto de su útero y me levantaba cada vez que me caía y me lastimaba las rodillas y me enseñó qué hacer cuando ya de niña comencé a sangrar. Ella es mi madre.

—¿Y tu padre?

—A él… no le agradaban demasiado los niños, pero también sabía que su deber era amar y hacía lo posible por cumplirlo.

Electra vuelve la cabeza con expresión de asombro.

—¿Tenía el deber de amar?

—Él lo veía de ese modo, sí.

—¿Por qué?

—Porque era nuestro padre.

—Pero era rey.

—Sí. Intentaba, a su modo, ser ambas cosas. Al fin y al cabo era solamente humano.

Electra la mira boquiabierta, como si nunca hubiera escuchado una cosa semejante. ¿Un rey que es padre? ¿Un padre que es hombre? Tal vez en la más extraña de las formas, alguien podría ser dos de las tres cosas: un rey que pasa tiempo siendo padre de su heredero, tal vez, o un padre que a veces es débil en sus defectos. ¿Pero las tres cosas? A ella se le antojan de una demencia imposible y está a punto de reír ante la idea, pero mueve la cabeza y retorna a su contemplación del cielo.

—A mí me criaron nodrizas —dice por fin—. Mi madre tenía un reino que gobernar y mi padre, una guerra que ganar. Era necesario que se me criara como princesa, adecuada como esposa para un hombre cuyas tierras podrían incorporarse a las de mi padre. Un

hombre no demasiado importante; mi padre necesitaba que siempre se supiera que cualquiera que se casaba con sus hijos lo hacía por indulgencia de él. Un hombre que se inclinaría y arrastraría ante el trono de mi padre y diría qué afortunado era de tenerme y sabría que si me deshonraba, yo podría degollarlo y nadie lo cuestionaría. Un hombre débil. Ese era mi destino.

—¿Y ahora?

—¿Ahora? Ahora o mi hermano se apodera del trono o mi tío se lo robará y a mí me venderán a algún mercader de pocas luces por una bolsa de grano y una tinaja de vino. Alguien rico pero sin nombre, que gracias al prestigio de la alianza podrá sentarse a una mesa elegante y decirles: "¡Vaya, pues mi esposa es una reina!", a todos sus amigos vendedores de pescado. Verás, mi tío ya tiene muchos hijos propios y no dedicará demasiado tiempo a pensar qué hacer conmigo.

Penélope intenta hablar otra vez, y otra vez Electra la interrumpe:

—Quiero que comprendas esto. Quiero que quede claro. No me venderán. No seré una esposa de trueque. Para evitarlo, necesito que mi hermano sea rey. Tiene que haber una división de poder entre los hijos de Atreo, ya que de otro modo el poder de Menelao se tornará abrumador y nadie podrá resistírsele. Se apoderará de tus islitas sin siquiera pensarlo, te desposará con uno de sus hijos, enviará a Telémaco a algún viaje de búsqueda del que jamás regresará y desangrará a tu pueblo sin siquiera darse cuenta de lo que hace. ¿Has visto a Helena? ¿La has visto desde que la sacaron por la fuerza de Troya? Yo sí. Ni tú ni yo queremos ser esposas de un hijo de Menelao.

En un sitio lejano, Helena mira el reflejo de su cara en una piscina de agua quieta y no respira, no exhala por temor a agitar esa superficie plateada. Aunque cuanto más calma está el agua, menos puede ella ocultar la verdad de las arrugas debajo de sus ojos almendrados; se lleva el puño a la boca y se lo muerde para no gritar. Así está la última de nuestras tres reinas griegas.

Penélope dice, por fin:

—Lo que hiciste esta noche…

Electra lo descarta como podría haberlo hecho su madre.

—Fue un juego temerario de poder por parte de un anciano estúpido. Si lo hubiera pensado bien, se habría dado cuenta de que no habría logrado nada bueno, solo tiranía, guerra y sangre. La arrogancia de sus acciones me molestó, nada más.

—Con todo, la guerra y la sangre probablemente habrían sido mías y de mi hijo.

—Ah, sí, Telémaco. Es un desastre, ¿verdad?

De todas las cosas que la gente de Ítaca podría decirle a Penélope —incluidos muchos amigos sinceros, de suma lealtad a su reina—, eso es algo que nadie, salvo tal vez la hija de Agamenón, habría osado

pronunciar, como si estuviera haciendo un comentario sobre una oruga. Penélope inmediatamente siente la boca tensa de ira, de negación, de culpa furiosa. Luego suelta el aire y esas emociones desaparecen con el batir del ala de una mariposa y las reemplazan el alivio, el horror, el asombro, mezclados con lágrimas y luego, lo más extraño de todo, la risa. No hay palabras, pero Electra la observa con curiosidad, como tratando de descifrar la histeria lacrimógena de esta reina habitualmente gélida, hasta que por fin la risa pasa y las dos mujeres se quedan allí, sentadas junto al arroyo, como si no hubiera nada entre ellas salvo ese momento y la luna oculta.

En el bosque por encima del templo, Priene anuncia:

—Los invasores llegarán aquí, a esta cala. Debemos permitir que desembarquen, que se alejen de sus naves. Ninguno debe sobrevivir.

En su casa en un extremo del pueblo, Eupites le propina una bofetada a Antínoo en la boca, como si se tratara de una mujer, y su hijo cae mudo al suelo, con una mano contra el labio ensangrentado.

En su habitación, Telémaco contempla el mar y hay un susurro en su oreja, una mosca que no se aleja, que zumba con la voz de Atenea.

En la cama de Andremón, Leaneira lanza un grito y él le cubre la boca con la mano para que nadie la escuche. Solo ella sabrá si el grito era de éxtasis o de agonía mientras él se adentra en su carne.

—Mi amor, mi amor, mi amor —suspira Andremón—. Cuando sea rey, cuando sea rey…

Junto al agua que corre bajo el cielo cubierto, Electra dice:

—Sé que comprendes que Orestes debe ser rey. También quiero que entiendas que no es por el asunto de mi madre. Piense lo que piense, no la odio. No la perdono. No… no siento nada por ella, creo. He pasado mucho tiempo tratando de sentir algo, odio, ira, rencor, pero cuanto más pienso en ello, menos encuentro dentro de mí. No me importa si vive o si muere. No me importa si la ayudas a escapar o no. Solo me importa que mi hermano sea rey y para que eso sea posible, mi madre tiene que morir.

En el silencio que sigue, Penélope hunde los dedos en el arroyo. A veces le parece que este responde a su caricia, que se le enreda alrededor de la piel como el abrazo suave del pulpo curioso, que tal vez reconoce en ella, en su carne humana, algún vestigio de la sangre de su madre, de la madre que la dio a luz y la abandonó.

—Hubo un hombre —prosigue Electra— llamado Hilas.

Penélope es el arroyo, y si cierra la mente, piensa que puede fluir con él hacia el océano. A menudo piensa que le gustaría ser un océano. Podría encontrar el cuerpo de su esposo en el fondo, envolverlo con fuerza y sacarlo a la superficie, aunque solo sean restos, y decir: "Mirad, mirad, aquí está. Todo ha terminado. Seguid con vuestra vida y yo volveré a ser la ola interminable que lame

vuestras costas sangrientas".

Pero ahora Electra está hablando y, a pesar de sus sueños, Penélope no puede escapar.

—Este Hilas contrabandeaba en las islas occidentales, ¿lo conoces? Él ayudó a mi madre a escapar tras la muerte de Egisto. La trajo a Ítaca, pero estando aquí, ella cometió algún error que le reveló su identidad a Hilas. Le dio dos anillos: uno para que la llevara a Ítaca y otro para que la transportara más allá. Cuando él comprendió quién era su pasajera, envió a su esclavo con uno de los anillos a ver a un cierto agente de Micenas que reside en Zacinto, como prueba de quién era ella. Para entonces, Orestes y yo ya estábamos siguiendo de cerca el recorrido de mi madre, por lo que no nos resultó difícil, cuando nos enteramos, desviar nuestro rumbo hacia Ítaca.

Penélope asiente sin demasiada intención y de nuevo oye algo en la voz de su prima, una cadencia en su lengua a la que debería tal vez haberle prestado más atención.

"Le diste con el sello de Agamenón. Un anillo, una pieza única".

"¿Lo encontraste?".

No un anillo, sino dos.

—Para cuando llegamos a Ítaca, este Hilas estaba muerto. Es probable que mi madre lo haya matado. Pero si estaba muerto, ella no podría haber huido de la isla. Cuando apareció el otro anillo de mi madre en Hiria, quedé estupefacta, como imaginarás. Furiosa, sorprendida por su astucia. Orestes, por supuesto, tuvo que seguir el rastro; eran demasiadas las personas que sabían adónde llevaba el camino y si existía algún peligro de que él no fuera a atraparla, al menos tenía que lograr que pareciera que había luchado contra los mismísimos dioses para tratar de conseguirlo. No podía quedarse sentado esperando que ella volviera a mostrar la cara en Ítaca; la paciencia no es la virtud de un héroe. Pero yo sí podía hacerlo. Durante algunos días hasta creí en tu ardid, pero luego pensé: Penélope, esposa de Odiseo. El hombre más astuto de Grecia, eso era lo que decía mi padre. Y qué bien eligió Odiseo a su esposa. La prima de mi madre. Ella tal vez haya sido cruel contigo cuando eras joven, pues era hija de Zeus, pero siempre dijo que eras muy lista. Penélope, el patito listo. Qué patito tan listo. Dime, ¿es difícil ser reina en este sitio?

—Mucho —responde Penélope mientras el agua baila alrededor de sus dedos.

—Muy difícil, sí. Me gustaría ser reina algún día, pero no como lo era mi madre. Ella dejaba que todos vieran que era reina. Le gustaba cuando la gente le hacía reverencias, disfrutaba de rebajarles el espíritu a los grandes hombres. ¡Cómo destruía a un hombre cuando se le metía en la cabeza hacerlo! En venganza por tantos años de miles

de heridas mezquinas, ella daba rienda suelta a su furia y era, supongo, magnífica. Se volvió tan audaz que ni siquiera se molestó en esconder a Egisto. Ellos solían… En ocasiones él me pellizcaba las mejillas. Prometía que me amaría. No sé qué significaban esas palabras cuando las decía. No lo sé. No quiero ser reina de ese modo. Cuando destruya a un hombre, no sabrá cómo maldecir mi nombre en su viaje a Hades.

Penélope aprieta los labios, pero no dice nada. Ni ella ni yo estamos convencidas de que Electra logre esa ambición, aunque tal vez —tal vez—, con el tiempo, yo aprenderé a convivir con sus aspiraciones, a aceptar que las últimas reinas de Grecia serán reinas solo en secreto. Sus fuegos arderán, resplandecientes y ocultos detrás de ojos que miran hacia abajo. Duele, duele, duele. Yo no sabía que a mi corazón le quedaba más sangre para perder, mis reinas, mis hijas, mi alma. Quedaos conmigo, lloro, quedaos conmigo, sed mi luz, mi venganza, mi plegaria, mis reinas.

No me oyen. Hace mucho tiempo aprendí a que mi voz sea solo un susurro.

—Te admiro, prima, te admiro de verdad —prosigue Electra—. Has jugado un juego muy difícil. La forma en que has manejado a los pretendientes es una lección que guardaré en mi memoria, incluso ese asunto del telar. Siento que he aprendido mucho observándote. Pero… suficiente. No tenemos tiempo. A partir de esta noche, tu seguridad ya no depende de tu ingenio, sino de mi misericordia. Solo la buena voluntad de mi hermano impedirá que tu pequeño reino se hunda en el caos, que tu hijo muera masacrado por estos hombres hambrientos. Si retiramos esa misericordia, si permitimos que se sepa que Ítaca ya no goza de la protección de Micenas, no durarás una luna. Si no te matan los pretendientes, lo hará Menelao. Espero que eso te haya quedado claro esta noche.

—Muy claro, prima —responde Penélope, sin rencor—. Y lo has expresado con una claridad por la que también debo darte las gracias.

—Es reconfortante hablar de este modo, ¿verdad? Así es como deberían hablar las reinas —reflexiona Electra—. Tal vez así es como mi padre hablaba con tu marido, ¿no?

Ciertamente, es como Agamenón podría pensar que hablaba con Odiseo. Hasta podría pensar que Odiseo le respondía con sinceridad. Ese era uno de los muchísimos defectos de Agamenón.

—Bien. —Electra se endereza, luego inclina ligeramente el torso por encima de las rodillas flexionadas y entrelaza los brazos alrededor de las piernas—. Todos han jugado sus juegos. Enviaste a mi hermano en una búsqueda inútil y yo lo permití, para que salvaras tu imagen y él sirviera al honor y creara una historia digna de los poetas hasta que llegara el momento de concluir este asunto. Ese momento es ahora, y

aquí termina todo. ¿Estamos de acuerdo?

Penélope a veces sueña que es un océano y que su corazón tiene corrientes en su interior que pueden mover ciudades sumergidas, que giran en silencio y no sienten el gran tumulto de la tormenta encima de ellas.

—¿De acuerdo? —musita—. No he escuchado una negociación.

—No —concede Electra—. No la has escuchado. Espero que en años futuros esto no empañe nuestra relación. Me agradaría mucho que algún día seamos amigas.

Electra no tiene amigas. Su madre sentía celos del amor verdadero, cada vez que este florecía alrededor de su hija extraña y ceñuda. Ahora que su madre está muerta, Electra ha jurado encontrar una amiga como sea, y no sabe del todo qué significa la amistad ni como enredarla alrededor de su corazón. "Mis reinas, mis reinas", susurro, "hagámonos compañía entre nosotras, unidas por el secreto y las sombras, mis bellas reinas".

—Quería preguntarte… algo que… Tú proteges tu reino, pero protegerla a ella… no parece ser algo que debería hacer una reina.

—¿Quieres saber por qué? ¿Por qué envié a tu hermano a Hiria, por qué arriesgué todo para proteger a tu madre?

Electra asiente y traga con fuerza.

Penélope lo piensa, trata de desenredar una maraña de pensamientos, de arrancar la verdad de entre la incertidumbre. Cuando lo hace, sus palabras caen como piedras sobre mi corazón herido.

—Cuando ella muera, no quedarán más reinas en Grecia. Sé que yo…, pero a mí no me corresponde que *se sepa* que gobierno. Helena es… y sé que tú… Pero, aunque te cases con el hombre más sabio y más gentil de todas las islas, sus sirvientes serán hombres, sus consejeros serán hombres, las voces que le digan qué significa ser hombre provendrán de hombres que, a su vez, escucharon de sus padres y ellos de sus padres que ser hombre es gobernar. Que ser hombre es elevarse por encima, poseer esas cualidades de dominio que una mujer nunca tendrá. Jamás serás reina, Electra. No como lo era tu madre. Hagas lo que hagas. Hemos criado demasiados hijos que nunca lo entenderán. Clitemnestra es la última de nosotras. No merece morir.

Electra reflexiona, congelada como por un viento frío. Luego menea la cabeza para alejar algo que no puede ni quiere entender, pero debe hacerlo. Y el momento pasa, como si esas palabras nunca hubieran sido dichas, como si la verdad nunca se hubiera pronunciado en la oscuridad; mis lágrimas son luz de la luna y rocío hecho escarcha.

—Entiendo que será difícil ser mi amiga —dice—. Si logro mi cometido, seré muy poderosa. Tendrás que decirme cosas agradables. Sé que puedo ser difícil. Lo intentaré. Aprenderé a intentarlo, ¿sabes?

En ocasiones, cuando lloraba adecuadamente a su marido, cuando era una esposa joven que pateaba el suelo y hacía gran ostentación de su dolor, Penélope declaraba que no tenía ningún amigo en el mundo y Anticlea la miraba de lado como para decir: "¿Y qué?". Luego maduró y
dejó de patear el suelo, y Ourania le contaba historias soeces de un conocido de ella que conocía a un sujeto que conocía a un ladrón que le había robado las joyas al viejo Néstor de debajo del cojín donde el rey roncaba sentado. Y Eos cantaba las canciones de su infancia y hasta el viejo Medón —¿siempre había sido viejo?— se sentaba con ella después de la reunión de consejo y le explicaba algún detalle de gobierno que los demás creían que no merecía ocupar sitio en su bonita cabeza.

—Elige tus batallas —solía decirle—. Solamente tienes una cantidad determinada de flechas.

Esas amistades le fueron llegando muy despacio, no como proclaman los poetas en llamaradas de fuego y hermandad de armas, sino subrepticiamente por la ventana con la ligereza del paso de Hermes, hasta que casi no se dio cuenta de todos los amigos que tenía y cómo perderlos la haría enmudecer más aún que la pérdida de Ítaca.

Penélope se pone de pie y Electra la sigue; por un momento, las dos se miran en la luz tenue de la lámpara y el brillo pálido de las estrellas.

—Micenas e Ítaca siempre han sido amigas —dice Penélope—. No sé si tú y yo lo seremos. No sé quién eres, hija de Clitemnestra. Me hallas… en un momento desafiante de mi reinado. Y tal vez a mí me suceda lo mismo contigo. Los amigos deberían encontrarse en tiempos más apacibles, cuando hay espacio mutuo para aprender del corazón del otro sin que los unan el peligro o la amenaza. No sé cuándo volverá a haber tiempos apacibles, pero por poco que puedan valer mis palabras…, espero algún día encontrarte allí.

Para sorpresa de ambas mujeres, Electra sonríe e inclina ligeramente la cabeza hacia la reina de Ítaca.

—Eso me agradaría —dice, y así queda sellado el acuerdo.

CAPÍTULO 44

En la noche negra, ardo sobre la superficie de la tierra como un cometa maligno, y debajo de mí, los mares se agitan y Poseidón es lo suficientemente sabio como para no hacer comentario alguno; por encima de mí, los cielos se rajan y mi esposo chasquea la lengua y comenta: "Otra vez está de mal humor". Y en Ítaca, Clitemnestra duerme, duerme, duerme, mi reina más genuina, mi bella, mi dama de la espada, mi amor. En Grecia, tres hijas de Esparta se convirtieron en reinas y las adoro, hay poder en sus voces y fuego en sus ojos. Hasta adoro a Penélope, la que sonríe y dice que lo hace por su esposo, la adoro. Pero nadie ha dicho nunca que los dioses no tengan sus preferidos, y a la que más adoro es a Clitemnestra, mi reina sobre las demás, la que anhela ser libre.

Desgarro las nubes, parto las rocas negras, arranco las hojas de los árboles del bosque porque, por más que adore a Clitemnestra más que a las otras, yo sigo siendo la reina de reinas y hay ciertas cosas que una reina debe hacer.

Atenea observa desde la costa.

Artemisa acecha en el bosque.

Y en el vientre de la tierra, las Furias se despiertan.

Respiran en la rendija de aire que se extiende entre el cielo y las entrañas de este mundo y tal vez huelen un vaho de condenación, muerte, caos, sangre. Hasta nosotros, los dioses, que curvamos el cielo y dominamos el mar, nos apartamos cuando oímos que ellas despliegan las alas.

Cuidado con el niño dispuesto a derramar la sangre de su madre. Aunque los dioses se aparten, las Furias no lo harán. Atenea susurra al oído de Telémaco por la noche y de día él recorre los muelles, mirando las naves que pliegan las velas y guardan los remos.

Artemisa sale de la oscuridad, pues la curiosidad se sobrepone a la apatía, y cuando Teodora vuelve a levantar su arco, la cazadora la toma de la mano, le otorga firmeza al disparo, susurra a las mujeres del bosque: la mejor cazadora mata con una sola flecha. Sus ojos

brillan rojos en los reflejos de los fuegos que arden entre los árboles donde entrenan las mujeres, y por donde ella camina, la tierra se revuelve.

El telar donde se tejía la mortaja de Laertes yace polvoriento e ignorado en el rincón de algún taller. Otra persona podrá terminar el trabajo que comenzó Penélope, cuando llegue el momento. Lo harán mejor y más rápido y nadie lo sabrá.

Laertes camina de un lado a otro alrededor de las cenizas de su granja.

—¡Muros altos! —exclama—. ¡Muros altos con cosas afiladas en la parte superior!

Y en los sitios silenciosos del palacio donde solo van las mujeres, Penélope está sentada en silencio delante de Leaneira. La criada está de pie. Ambas son muy capaces de estar una hora sin hablar, una hora de silencio furioso. Luego, por fin, Penélope dice:

—Bien. Está hecho. Así es. Está hecho.

Leaneira es la montaña que no cambia ante el embate del mar.

—Los pretendientes dicen que fue Melanto la que les contó lo del telar. Se le ha ordenado no decir una palabra sobre este asunto. Permanecerás en la casa de Ourania hasta que esté hecho —añade la reina—. Luego te mandaré llamar.

Leaneira es el gran abismo debajo del océano donde se encuentran el fuego y la oscuridad.

Asiente una sola vez y se aleja.

Y en la oscuridad, ardo de dolor entre las estrellas y cubro la luna, que no deja de girar.

CAPÍTULO 45

Por la mañana, Kenamón se sienta en la colina donde a veces se sentaba con Telémaco, pero Telémaco no aparece.

En cambio, la que sube es Penélope, con pasos lentos y constantes; su velo se agita en el viento. Kenamón se pone de pie cuando ella se acerca. Eos aguarda abajo, estudiando las flores blancas y violetas como si quisiera aprender sobre la magia secreta de las plantas.

—Mi señora, yo no… —exclama Kenamón en cuanto Penélope está a distancia como para escucharlo.

—No seas ridículo —replica ella—. Mis doncellas te han visto subir aquí todas las mañanas desde hace semanas. Desde que te reuniste aquí con mi hijo, ¿no es así?

Kenamón se sonroja ligeramente, pero ante el ademán de ella, vuelve a sentarse sobre la tierra dura con barba incipiente de hierbas.

—¿Estás… estás al tanto de la formación básica que le he estado impartiendo? Espero que no la desapruebes.

—¿Desaprobarla? ¿Por qué? Por lo que oigo, le has salvado la vida. Tal vez dos veces.

—No pensé que…

Ella rechaza la frase con un gesto de la mano antes de que él pueda terminarla.

—No puedo decirte nada en el palacio ni demostrarte gratitud. Lo comprendes, ¿verdad?

—Por supuesto. El favoritismo solo me convierte en un blanco.

—Serías afortunado si se tratara de favoritismo —lo reprende ella —. Esto es solo… una cortesía maternal. Un agradecimiento de madre. Gracias.

—Fue un placer para mí enseñarle a tu hijo.

—Pero ya no continúas con las lecciones.

—No. Él ha estado… distante desde la noche del ataque. Más todavía desde el desafortunado incidente del telar. Tenéis costumbres extrañas, realmente extrañas.

—¿Te ha dicho él algo? ¿Cualquier cosa?

—¿No ha hablado contigo?

—No. No me dice nada. Pensé que tal vez… en vista de que se entrenaba contigo… podría verte como alguien más… —Su voz se apaga en el viento.

Kenamón niega con la cabeza.

—No. Yo también tenía esperanzas. Pero no.

—Tengo mucho mucho miedo por él —dice Penélope con sencillez, mirando hacia el mar debajo.

—Él es… valiente. Y puede ser muy listo.

—Lo sé. Y también sigue siendo un niño.

—Está madurando. Ahora mismo, delante de tus ojos. Está madurando.

Penélope se vuelve hacia Kenamón y logra sonreír; el velo le oculta las lágrimas.

—¿Aceptarás mi consejo? No como… como reina. Como alguien que te debe mucho. Como una madre cuyo hijo… ¿Aceptarás mi consejo? Márchate de Ítaca. Salva tu vida.

Se pone de pie, y él la observa bajar del promontorio hacia el palacio.

En la oscuridad, Penélope visita a Clitemnestra y se sienta con ella junto al fuego; ambas mujeres guardan silencio durante varios minutos. Finalmente, Penélope dice:

—Hay una embarcación. Zarpa dentro de algunos días desde Samos.

—¿Hacia dónde?

—Feacia.

Clitemnestra pone un gesto de desagrado.

—Qué aburrido. ¿Has conocido a Alcínoo y a su esposa? Aburridos, aburridos, aburridos.

—Solo será por un tiempo. Otra embarcación te transportará hacia el sur desde allí.

Clitemnestra infla las mejillas.

—Muy bien. Tedioso. Pero muy bien, de acuerdo.

Y otra vez se quedan en silencio.

¿Qué oye Clitemnestra en ese silencio?

¿Oye el latido atronador del corazón de Penélope? ¿El grito de Egisto cuando murió? ¿El último gemido de Agamenón bajo el cuchillo de ella? ¿El batido distante de las alas de las Furias que se despiertan de su sueño? Tanto para hacer, tanta sangre y condena sobre las cuales darse un festín.

¿El sonido del llanto suave de una diosa ante el final que llegará?

En esta ocasión, no interrumpo los pensamientos de Clitemnestra. Solo por esta noche son únicamente suyos, preciosos y sagrados.

Unas horas antes del amanecer, llega el final.

La última madrugada, mi amor, vístete bien. Sémele es una anfitriona horrenda, una burda granjera, pero llega Eos con un peine, miel fresca y cera. Los estilos de peinados que conoce son boberías anticuadas, pero ¿qué otra cosa se puede esperar de esta isla retrógrada de meros campesinos? Es agradable que los dedos de otra mujer te coloquen la túnica; es muy placentero cuando sus dedos rozan accidentalmente tu cuello, expuesto al fresco de la noche.

Clitemnestra, mi bella reina, yérguete en toda tu estatura, ponte derecha. En Ítaca se consigue muy poco maquillaje; no hay palillos afilados de carbón con cera para delinear los ojos, no hay pastas de plomo blanco para darle algo de palidez a la piel. Pero hueles a aceite y al espeso polen de las redondas flores amarillas de las que beben las abejas cuando hacen su néctar, y cuando te vuelves hacia la puerta, eres una reina. En el destello de tus ojos, en la línea de tu boca, en la firmeza de tu paso y en la elegancia de tu espalda, eres una reina. Mi reina. Nunca creí que podría amar a una de las hijas bastardas de Zeus tanto como te amo a ti, gloriosa Clitemnestra.

Camino contigo hacia el pequeño círculo de mujeres que esperan: Teodora, armada con arco y cuchillo; Autónoe, que te ayuda a montar a un débil caballo alazán. Y cuánto menos débil lo haces parecer cuando lo cabalgas. Anaitis también ha venido desde el bosque, pero casi no reconoces a la sacerdotisa que te dio refugio. No es alguien que la realeza como tú vaya a notar. Ourania y uno de sus hombres te han preparado toda una despedida, una noble escolta hasta el mar.

Cabalgo a tu lado y soplo algo de mí dentro de tu sangre, te quito la duda y el miedo. La luna de cera es una tenue rebanada de luz, y bajo esa sutil iluminación te entrego el don de la memoria. Mientras viajas hacia el mar, te devuelvo otra vez tu primera entrada en Micenas, al sonido de tambores y cuernos; la gente en la calle exclama: "¿Dónde, dónde…? ¡Allí! ¡Allí está la hija de Zeus! Allí está, la gran reina, hija del Olimpo, la más magnífica, loado sea su nombre".

Y cuando tomas un sendero desierto y te alejas del pueblo más abajo, te obsequio nuevamente las reverencias de los hombres de Agamenón cuando se inclinan ante tu poder y tu sabiduría, suplican tu indulgencia, se arrastran pidiendo perdón por sus pecados. No los castigaste por el placer de hacerlo: no fuiste una tirana, no fuiste cruel. Les quitaste las ilusiones en las que se habían envuelto, les hiciste ver que su fuerza era arrogancia, su intelecto era estupidez. Fuiste reina de revelaciones sinceras y tu mérito fue la sensatez; los grandes hombres de Micenas te detestaban por eso, te detestaban porque derribabas sus pretensiones, y yo te amé. Te amo. Te amo.

Arden luces en una playa más abajo; se agrupan sombras alrededor

de una pequeña embarcación, el esbelto navío que te llevará a Cefalonia. Crees ver algo familiar en la forma de un hombre que está de pie en la luz parpadeante de una antorcha, pero yo te hago levantar la mirada hacia el cielo, donde tus hermanos brillan para siempre en su inmortalidad, que salpica las estrellas. Tal vez cuando mueras, piensas, separarán tu alma de tu cuerpo y la arrojarán a los cielos como leche desparramada, como luz de estrellas, y te unirás a tus familiares inmortales. Bendigo esa fantasía y la dejo que hierva lentamente unos minutos en tu mente, permito que saborees la dulzura de la eternidad antes de permitir que tu mirada vuelva a posarse en esta tierra ennegrecida.

Y cuando desciendes por el camino sinuoso hacia la bahía, te regalo la risa de tus hijos, en aquel tiempo en que te amaban, en el tiempo en que sabías lo que significaba amar. Ifigenia no grita cuando los hombres la arrastran hacia el altar. Electra no se planta en la puerta y proclama: "¡Mi padre me quiere más que a ti!". Orestes no se ha marchado a Atenas, y cuando tus hijos te buscan, sabes exactamente qué decirle a cada uno de ellos. Los tomas a ambos en brazos y susurras: "Mami os asusta solo porque quiere enseñaros a ser fuertes. Pero mami también os enseñará a sentiros tristes y a tener miedo, porque habrá veces en que sentiréis tristeza y estaréis asustados y eso también estará bien".

Esos son mis regalos para ti, Clitemnestra. Camina sin miedo; yo estoy contigo.

Arriba se reúnen los dioses del Olimpo: Hermes gira entre las nubes, Poseidón envía cangrejos de ojos negros a la orilla, Hades sopla una suave bruma sobre la tierra. Hasta Artemisa ha venido, descalza, desde el bosque; se pone en cuclillas y cruza los brazos alrededor de su cuerpo como queriendo ser una piedra. No veo a Atenea y me sorprendo, pero no es momento de preguntarme por la ausencia de mi hijastra.

Clitemnestra desciende a la bahía y, mucho antes de frenar el caballo para desmontar, ve las figuras que esperan alrededor de la embarcación. Los remos están guardados, la vela, plegada; esa nave no saldrá al mar esta noche. En cambio, en la luz espesa de las antorchas sostenidas en alto, ve a sus hijos.

Orestes tiene una espada en la cadera. Electra está más atrás, con Pílades a su lado. Penélope está detrás de los tres, avergonzada tal vez; mira la orilla donde el agua lame las costas de Ítaca.

Clitemnestra ve todo esto, mira hacia donde está desmontando el pequeño grupo de jinetes que la ha guiado hasta este sitio; forman un semicírculo a sus espaldas, una pared que no puede pasar. Se vuelve otra vez hacia sus hijos, no reacciona ante la expresión ceñuda de Electra, ignora por completo a Penélope y posa su mirada, finalmente,

sobre Orestes.

—Muchacho amado —dice, y le abre los brazos. Él no se mueve para ir hacia ella, no reacciona, tiene un gesto de furia. Aun así, ella baja los brazos y da un paso hacia él—. Tienes buen aspecto.

Nadie habla. Detrás de los hijos de Clitemnestra, a Penélope se le ocurre que tal vez debería haber avisado a Electra que era posible que la conversación fuera en esa dirección. Cuando selló su acuerdo tres veces maldito con la princesa, debió de haber hecho una pausa en la planificación de los detalles —cómo y cuándo llevarían a su madre al matadero— para añadir: "Está muy preocupada por los hábitos alimentarios de su hijo".

Pero no lo hizo. Con la culpa y la vergüenza de sus actos atascadas en la garganta, ordenó a Ourania que hablara con Electra en su lugar; que otra mujer arrojara la capa de la traición de Penélope sobre su propia prima. ¿Tuvo realmente intención Penélope de dejar ir a Clitemnestra? Miro dentro de su corazón y la respuesta está oculta, está tan entremezclada con duda y angustia que ni yo misma, con mi mirada que convierte sangre en rubíes, puedo discernirla. Dentro de Penélope todavía hay una mujer que vive llena de esperanza, miedo, sueños y desesperación. Pero ha sido reina durante más tiempo de lo que ha sido cualquier otra cosa, y las reinas de Grecia no tienen muchas oportunidades de tomar decisiones por sí mismas.

Todos salvo Penélope se sorprenden cuando, en el suave susurro de las olas contra la playa, Clitemnestra da otro paso hacia Orestes y añade:

—Tienes buena gente en quien confiar en Micenas, ¿verdad? ¿No has dejado los portones sin vigilancia? Has tenido que venir tan lejos, tan lejos. Sé que nunca te agradó la pompa de tu padre, pero es sumamente importante
que la gente te *vea*. Vale la pena el esfuerzo.

Otro pequeño paso y es un movimiento tan rígido, tan extraño, como si su cuerpo fuera a tropezarse con sus pies y caer hacia delante; Electra ahoga una exclamación, pues no sabe cómo tomar el hecho de que su madre trastabille. Clitemnestra lo ve y se endereza, se alisa la túnica, verifica que ni un mechón de pelo se haya salido de su lugar.

—Bien —dice por fin, en voz más baja, una voz arrastrada por el mar—. Pues lo has hecho muy bien. Muy bien. Una muy buena actuación.

Me parece oír el ruido de garras sobre el basalto negro, el despliegue de alas de cuero. Las Furias espían por las grietas de las rocas, los ojos sangrantes miran hacia arriba, vigilando, esperando. ¿Cuándo fue la última vez que un hijo mató a su madre? Vaya carne ensangrentada que traen estos tiempos.

Clitemnestra parece haberse quedado sin palabras. "Está bien",

susurro, tomándole la mano y apretándosela. “Para algunos, el silencio es debilidad; para una gran reina, es un arma. Eres la más grande, la más grande, mi amor, la más grande de entre todos ellos”.

Orestes abre la boca e intenta hablar. Sus labios dan forma a un sonido; tiene los nudillos blancos de tanto apretar la espada, y cuando se balancea en la brisa del mar, Electra apoya una mano sobre su brazo, como para estabilizarlo. Los ojos de Clitemnestra se posan con un destello sobre su hija, pero no le dirige la palabra.

Por un instante permanecen así, y yo estoy a punto de estallar, de escupir veneno en la oreja de Orestes, cuando siento otra presencia en el acantilado por encima de mí. Atenea ha llegado por fin; lleva el casco puesto y tiene la cara en sombras, salvo por el fuego de sus ojos; esgrime la lanza y lleva el escudo en el brazo. Está vestida para la guerra, para los finales, para el final de todas estas cosas, y a su lado, guiado por su mano invisible…

… está Telémaco.

Ha traído a Telémaco aquí.

Desconozco con qué torpes tretas o engaños ha hecho levantarse al hijo de Odiseo de la cama, pero lo ha logrado y allí está él ahora, envuelto en una oscuridad que desgarro con la mirada como si fuera una telaraña mientras observo la escena. Me vuelvo hacia Penélope, pero ella no ha visto a su hijo y, por un instante, siento la tentación de darle un codazo, de susurrarle: “¡Levanta la mirada, levanta la mirada, mira!”. Pero Atenea está tan cerca de la espalda de Telémaco que podría levantarlo en el aire y volar, susurrarle al oído, y siento los ojos de Hermes y Poseidón, Hades y el mismísimo Zeus sobre este momento, sobre esta playa, y ante sus ojos me encojo, me marchito. Me apago. Suelto la mano de Clitemnestra, un contacto final, y cuando me marcho, ella ahoga una exclamación como si por primera vez viera la espada que lleva su hijo, como si sintiera que el sabor de la mortalidad se derrama dentro de ella. Por un instante es solo una mujer, sola, asustada, y yo parpadeo para contener el licor dorado que asoma en mis ojos cuando veo que su corazón se quiebra. “Sé fuerte, mi amor”, susurro. “Sé una reina”.

Mi esposo hace rugir truenos distantes, apurando el final de lo que acaecerá esta noche. ¿Acaso ha venido a ser testigo de la muerte de la asesina de Agamenón? ¿O se ha hecho presente para ver cómo la última reina de Grecia cae a manos de su propio hijo? No estoy segura de qué le atrae más en ese momento: la muerte de reyes o la muerte de reinas. Dudo que tenga la sutileza de apreciarlas a ambas.

Electra abre la boca como para hablar, pero no lo hace. Sin duda ha preparado algún discurso, alguna enumeración de los pecados de su madre, alguna gran exhortación a la sangre y la venganza para animar a su hermano. Pues ahora, sobre esta playa, fracasa. Las palabras la

abandonan como el aliento y mueve el brazo para aferrarse al brazo de su criado, Pílades, como si nunca antes hubiera necesitado la calidez de la carne humana sobre su piel gélida.

Clitemnestra lo ve, sonríe y asiente. Todavía es más grande que su hija, y eso es bueno. Se alegra de ello. Sus ojos pasan de Electra a Penélope y de esta otra vez a Electra, una sonrisa, más triste ahora, otro movimiento de cabeza.

—El patito —suspira—. Aprendiste a ser reina después de todo.

Penélope aparta la mirada, pero ha jurado en esta hora que le dará a su prima el obsequio de su respeto, la compañía de sus ojos hasta el último momento, por lo que se obliga a levantar los ojos y piensa, por un instante, que ve a alguien más sobre el acantilado —su hijo, tal vez, y con él, una mujer toda de blanco—, pero parpadea y no lo ve.

De nuevo, mi esposo hace tronar el otro lado del mar, más cerca ahora, y las olas rebotan impacientes contra la orilla. Los dioses no le darán a Clitemnestra el honor de la lluvia: no lavarán su sangre ni ocultarán sus lágrimas con agua, no rasgarán el cielo en su nombre.

Orestes tiene la mano apoyada sobre la espada, pero no la esgrime todavía.

Los labios de Clitemnestra se contraen ligeramente con desaprobación, con esperanza, en una expresión que nos oculta a todos. Electra se inclina hacia su hermano como si pudiera susurrarle al oído: "Adelante, adelante, hazlo, vamos". Pero no logra decirlo. En cambio, se aleja de Pílades, se sitúa junto a Orestes, apoya la mano sobre la de él, que descansa sobre la empuñadura de la espada, y juntos la desenvainan. Rodea la muñeca de él con los dedos y con el cuerpo lo empuja un paso vacilante hacia la reina que espera. Luego otro. Se detienen, con la punta de la espada a un palmo del pecho de Clitemnestra, y allí se quedan.

Clitemnestra no retrocede, no suplica misericordia, no grita. Tiene lágrimas en la cara, respira agitadamente, pero no le tiemblan los labios, no se le dobla la espalda, sus ojos no se apartan de los de su hijo. Instintivamente, extiendo la mano hacia ella, pero de inmediato siento la bofetada de la voluntad de Zeus sobre mi mano, apartándomela. Enfurecida, escupo sombras negras ante la indignidad que significa, pero él no me hace caso; todos los ojos del cielo están fijos sobre este momento. Las Furias cacarean debajo de la tierra, sacuden garras y huesos. Atenea sujeta a Telémaco, con las manos sobre los hombros, para que no parpadee y se pierda ni una gota de este final.

Misericordia. Trato de decir la palabra, de gritarles a mis parientes. ¿Nadie va a detener la mano de Orestes? ¿Nadie va a echar a las Furias? ¿Nadie va a gritar misericordia, misericordia, misericordia? Hay una embarcación, hay formas de ponerle fin a esto sin derramar

la sangre de una madre, liberadla, liberadla, ¡misericordia! ¿Dónde está vuestra misericordia, hijos del Olimpo? ¿Dónde está vuestra misericordia, malditos bastardos asesinos?

La familia de Agamenón sigue allí, paralizada. El cuerpo de Electra se sacude como en un terremoto propio. Orestes tiene los ojos húmedos y enrojecidos, y en ese momento veo, por fin, al muchacho al que no me había dignado a mirar y comprendo con un estremecimiento de horror qué es lo que ha dejado mudo al hijo de Agamenón. Mirad, pues, y volved a mirar, y tal vez veáis que, a pesar de su sangre, a pesar del destino que pesa sobre él, Orestes ama a su madre. Ama a su madre, a su hermana y a su pueblo. Quiere cumplir con su deber, quiere ser un hijo amoroso, un rey noble, y algún día, tal vez, un marido generoso y un padre que ama a sus hijos. Ha jurado que levantará a sus hijos hacia el sol y exclamará: "¡Vuestro padre os ama! Sí, os ama, sí, ¡os ama!". Y hablará con sinceridad con su esposa sobre sus miedos y sus dudas y le confesará su ignorancia cuando corresponda y escuchará sus deseos y honrará a su pueblo y a sus familiares. Romperá la maldición de la casa de Atreo, lavará el pecado de ellos con acciones bondadosas, con acciones justas y pacíficas, y entre todos nosotros, los que estamos sobre esta playa, él es tal vez el único por quien puede pronunciarse la palabra "misericordia", el único al que la palabra le resulta tan familiar como el sabor del agua y el beso del sol. Misericordia, dicen sus ojos, y misericordia, late su corazón, y misericordia está escrita en cada parte de él; sin embargo, sabe —sabe, sabe, sabe— que para que alguna vez haya paz en Micenas, su madre tiene que morir.

Misericordia, gritan sus ojos, y ¿por qué no lo oye ningún dios? ¿Por qué somos inmunes a sus plegarias? Siento que se pierden en el viento de Poseidón aun antes de cobrar forma, que se ahogan en el castigo de la tormenta inminente que ruge buscando sangre.

Misericordia, dice la punta de su lengua contra sus dientes, porque él sabe también que si lleva a cabo esa acción, jamás tendrá hijos. Si mata a su madre, la sangre de Atreo habrá demostrado ser más fuerte que cualquier acto de bondad y él preferiría que la maldición muriera con él que seguirla y truncar otra generación.

Misericordia, late su corazón, y tal vez, por fin, Clitemnestra también lo ve. Tal vez lo mira a los ojos y no ve a un príncipe de Grecia, no ve siquiera a su hijo, sino al hombre que Orestes anhela ser. Pues le sonríe, le acaricia la mejilla con la mano y suspira:

—Sé valiente, mi rey.

Los dedos de Electra se cierran alrededor de los de Orestes.

Ella da un paso adelante y con ella va la espada. Orestes se tambalea ante el movimiento y, en el último momento, Electra retira sus manos, pero la velocidad ya está allí, imparable, y él ahoga una

exclamación cuando su propio peso hunde la espada dentro de la túnica de su madre, dentro del pecho de su madre y la hoja se retuerce entre los huesos y cala hondo en la carne. Las Furias aúllan de júbilo y la tierra se estremece ante ese gozo desatado. Los mares se agitan y susurran una especie de celebración, la tormenta parpadea con rayos en lo alto. Hermes gira sobre pies de oro, Artemisa menea la cabeza con desaprobación ante lo sucio de esa muerte y Atenea mantiene la mano sobre la espalda de Telémaco y susurra: "Mira. Mira y aprende, mi muchacho". Sus ojos están húmedos y muy abiertos, hinchados por una suerte de éxtasis. Su cuerpo se estremece de emoción cuando Clitemnestra cae.

La sostengo cuando se tambalea, para que su caída no carezca de elegancia, no sea un amasijo de tripas y huesos. Los demás no se oponen. El trabajo de la noche está hecho y no impedirán que Hera acune el cuerpo de una de las suyas. La dejo con suavidad en el suelo, apoyo su cabeza sobre mi regazo, le acaricio la frente, le susurro cosas dulces sin sentido. Orestes se tambalea hacia atrás, libera la hoja de la espada y se queda mirándola como si nunca antes hubiera visto una espada. Electra lo sujeta rápidamente del hombro, lo obliga a volverse para que no tenga que ver morir a su madre. Pílades sostiene al joven cuando trata de dar un paso y trastabilla y parece estar a punto de caer. Electra dirige una mirada a Clitemnestra y, por un instante, pienso que correrá hacia su madre, se colgará de su cuello, derramará lágrimas saladas sobre su frente, y Electra parece considerar la posibilidad por un segundo. Pero luego se vuelve y pasa un brazo alrededor de la espalda de Orestes, le quita la espada ensangrentada de los dedos, lo ayuda a dar un paso, otro y otro para alejarse de Clitemnestra que yace, caída.

Mi reina, la más grande de todas las reinas de Grecia, mira el cielo y no ve a sus hermanos allí. Su hijo y su hija se alejan, no miran atrás. Poseidón suspira y regresa a las profundidades; Zeus suelta el trueno y aparta la mirada. Telémaco se aleja del acantilado, guiado por la mano suave de Atenea. Artemisa chasquea la lengua y vuelve a las raíces de la tierra. Hermes deja de girar sobre las nubes. Hombres y dioses por igual apartan sus ojos, salvo yo.

Alguien se arrodilla a mi lado. Penélope toma a Clitemnestra de la mano con suavidad y se inclina sobre el cuerpo caído de su prima. Las mujeres de Ítaca las rodean mientras las olas lamen el dobladillo de sus túnicas y juntas cantan, con voces serenas como el atardecer, las canciones de duelo de su isla. No elevan la voz en los gemidos de las mujeres vestidas de ceniza ni se arrancan el pelo ni se desgarran la ropa; cantan, en cambio, las canciones de las esposas de los marineros que lloran a un amante perdido en el mar, que descansará para siempre en una tumba desconocida.

Muevo los dedos sobre la frente de Clitemnestra, le alejo el dolor y el miedo. Ordeno a la sangre que brota de su cuerpo que se detenga, que la respiración se ralentice. No permitiré que permanezca aquí mucho más tiempo, pero cuando se le cierran los ojos, añado mi voz a los cantos de las mujeres, para que la música celestial la transporte hasta el final de su historia.

CAPÍTULO 46

Las mujeres cargan con el cuerpo de Clitemnestra hasta el pueblo.

Algunos dicen que deberían deshonrarlo, arrancarle la cabeza de los hombros y llevarla en alto para que todos la vean. Electra frunce los labios y considera los posibles beneficios y desventajas de hacerlo, pero Orestes solo dice:

—No. Ella era una reina.

Son las últimas palabras que se le escucharán decir a Orestes por mucho tiempo.

En cambio, envuelven el cuerpo de Clitemnestra en una mortaja, con la cara al descubierto para que los hombres puedan ver la cara de la esposa de Agamenón, asesina de reyes, y se envían mensajeros a todas partes para informar a Grecia que el trabajo está hecho. Orestes, hijo del rey de reyes, el más grande de los griegos, ha matado a su madre y regresará a su hogar, guerrero y hombre, para ser coronado.

Unas pocas personas intentan celebrar con gritos de "¡La puta ha muerto!", pero la multitud que se ha reunido los acalla de inmediato.

Penélope ofrece a sus primos agua fresca, jarros con pescado fermentado para la travesía de regreso.

Orestes reza en el templo de Atenea, pues no hay otro edificio más adecuado en el que postrarse.

Electra se ocupa de la organización de las naves y de los marineros, ordena que la vela que lleva la cara dorada de su padre se despliegue en lugar de las apagadas telas negras descoloridas bajo las cuales habían navegado hasta Ítaca. Se lava las cenizas de la frente, come algo, sonríe a Penélope, olvida sonreír a Telémaco salvo un poco tarde, demasiado despacio, una cortesía que ahora debe volver a aprender. No tiene importancia. Él no le devuelve la sonrisa.

—Venganza —dice.

Electra mira a Telémaco y por primera vez parece ver el hombre en que podría convertirse. Él está de pie en la puerta de ella, con la mano sobre la espada que lleva a la cadera, erguido, con la mirada dura.

—Venganza —repite.

Ella se le acerca, despacio. Apoya dos dedos sobre los labios de él, los desliza por la línea de su cuello. Él no se mueve. No parpadea. Sus dedos se detienen en el hueco suave donde el cuello se une al pecho, en la curva de piel pálida y sedosa que se hunde en la unión. Sopesa la idea de hundirlos, de empujarlos hacia dentro para ver qué sucede. Ha pensado en eso muchas veces, ha considerado la idea de llamar a un esclavo a su habitación, tenderlo desnudo sobre las sábanas y explorar cada parte de su cuerpo para ver qué es blando, qué es duro, de dónde brota el éxtasis y qué partes de un hombre son más tiernas, más fáciles de cortar y arrancar para que hasta el guerrero más grande y más poderoso encuentre la muerte.

Piensa en apretar los labios contra los de él. Espera que cuando Telémaco la posea, lo haga con violencia, con fuerza, como imaginó a su padre cuando arrojó por primera vez a su madre al suelo. Espera que él la empuje contra la pared y jadee de éxtasis cuando la inmovilice; sus ojos no la mirarán mientras lo está haciendo, enrojecido y jadeante. Así es como ella entiende que un hombre es un héroe, que un hombre posee a una mujer, como siempre debe ser.

Por un momento, lo mira y cree que ve eso en él. Que ve al posible héroe de Grecia, al rey que sabe lo que significa tomar, comandar, ser más fuerte que el resto. Así es como debe ser un hombre, al fin y al cabo. Y Electra, a pesar de su anhelo de ser reina, no puede imaginarse sin un hombre.

Entonces los ojos de él se posan sobre ella y, por un instante, un momento terrible de desilusión, Electra ve otra cosa. Ve, solo por un segundo, un ligero destello
de muchachito asustado que le preguntará si está bien, que se mostrará tierno, se preocupará por su bienestar y buscará —la sola idea le provoca náuseas— comprender su placer.

¿Y Telémaco?

¿Qué ve Telémaco?

Cuando Electra retira los dedos de su cuello y le da la espalda, él ve que algo de su padre vive en ella, aunque sea mujer. Ve el orgullo de Agamenón, el poder de su linaje. No ve nada de la madre de Electra, muerta y envuelta en la mortaja ensangrentada, ni de la mujer que Electra podría ser algún día. Casi ni ve a la mujer que tiene delante, que se aparta y solo dice:

—Ya está hecho.

No volverá a hablar con Electra durante varios años.

Y así, en el transcurso de pocos días, se dispone todo y las naves micénicas parten.

Penélope está de pie sobre el muelle y no saluda con la mano. No hay tambores ni cuernos que celebren la partida del nuevo rey de

Grecia y del cuerpo de su madre, pero la gente llega desde todo el pueblo para verlos zarpar y hay un bullicio que puede interpretarse de cualquier modo que lo desee una oreja ansiosa.

Electra es la última en embarcar; está de pie ante Penélope en el muelle. Piensa en decir gracias, adiós, te saludo. Ninguna de estas palabras se le antojan satisfactorias, de modo que toma las manos de Penélope entre las suyas, como si fueran a rezar juntas, y asiente con la cabeza, lo más cercano a una reverencia que hará una reina de Micenas; luego se marcha rápidamente antes de que las cosas se vuelvan más incómodas de lo que ya son.

A la reina de Ítaca le parece que este es un final rápido y poco ceremonioso para los asuntos de ambas.

Al parecer, han quedado muchas cosas sin decirse, y en la experiencia de Penélope, las cosas no dichas suelen convertir una lengua silenciosa en un diluvio de palabras que deberían haberse gritado.

A Penélope se le antoja inverosímil, ciertamente improbable, que este asunto haya terminado. Si entorna los ojos, le parece oír el ruido de garras sobre la piedra, de risas de las profundidades, siente el escalofrío del invierno sobre su piel, aunque el sol continúa brillando con fuerza.

"Esto no ha terminado", piensa con una claridad y una fuerza que la sorprenden; lo siente como algo divino en su convicción. Medón está a su lado cuando las naves izan velas.

—Bien —dice por fin—. Se ha evitado una muerte terrible.

—¿Sí? Puede ser.

—Por supuesto. Orestes rey en Micenas, nuestro aliado férreo, endeudado nada menos que con el pueblo de Ítaca por ayudarlo a capturar a su madre asesina, es algo muy positivo. Muy positivo. Excelente, realmente. Prácticamente te has comprado un respiro.

—¿Tú crees?

—Sé que era tu prima. Clitemnestra. Debes de estar… Imagino que has… —Medón hace un ademán vago en el aire, esperando que el movimiento de sus dedos encapsule el concepto de sentimiento femenino sin que él tenga que encargarse de la inconveniencia de expresar dicho sentimiento.

—Era una mujer con los defectos y la inteligencia de cualquier hombre —suspira Penélope—. Siempre dijo que yo graznaba como una pata.

Medón tiene la impresión de que allí se expresa algo más que lo puramente ornitológico, pero, de nuevo, no está seguro de querer ahondar demasiado, de manera que se mueve a territorio más seguro.

—Por supuesto, nos queda otra muerte terrible. Si lo recuerdas.

—¿Qué? Ah, sí. Los piratas de Andremón. Venganza, sangre, y todo

eso. —Se la escucha muy cansada. Se la escucha frágil como el velo que esconde su cara de la mirada de los hombres.

—¿Estás… tienes un plan?

—¿Mmm? Sí, un plan. Sí, tengo un plan. Es solo que… no veo el final. No veo el final de esto. De nada de esto.

Medón no sabe bien cómo interpretarlo. Si ella fuera su hija —su verdadera hija— podría pasarle el brazo alrededor de los hombros y decirle: "Todo va a ir bien. No te preocupes. Todo va a ir bien".

En cambio, asiente sin saber por qué, vuelve la mirada hacia el mar para contemplar las naves de Orestes y Electra que se alejan, chasquea la lengua contra el paladar y dice.

—Vaya. ¡Parece que lloverá más tarde!

Más tarde, llueve.

CAPÍTULO 47

Algunas cosas, por lo visto, nunca terminarán.

—¡Melanto, ven aquí, preciosa tetona…!

—¡Más vino! ¡Fiobe, más vino!

—¿Dónde está Leaneira? Hace rato que no la veo…

El banquete fluye con carne y vino, con pescado y hierbas arrancadas de los campos de verano. Ya no hay un telar en un rincón; Penélope se sienta detrás del escudo protector de Autónoe y dos de sus doncellas más musicales, un muro de notas que la separa del banquete. Andremón no la mira, no la amenaza con los ojos, no arruga el entrecejo ni adopta actitud soberbia, sino que se mantiene callado en una esquina y no pregunta por Leaneira ni se pregunta dónde ha ido la doncella.

En el patio donde los muchachos de la milicia de Peisenor casi no se molestan en entrenarse, Telémaco levanta su escudo, esgrime la espada en el aire, avanza, gira, ataca a un enemigo invisible, da una estocada al corazón. Kenamón se acerca y murmura:

—Tu movimiento de pies ha mejorado. —Pero Telémaco no habla, no parece ver al egipcio, no responde, por lo que tras unos minutos, el desconocido agacha la cabeza y regresa a sentarse solo sobre el promontorio, con la mirada cansada perdida en el mar.

En el bosque más arriba del templo de Artemisa, donde el choque de espadas y el ruido de flechas ha roto la noche durante las últimas dos lunas, ¡una pausa! Una figura interrumpe y se acerca al círculo de la luz del fuego, con una cesta tejida en las manos y, sobre la superficie, un bulto irregular y pegajoso. Sémele exclama:

—¡He traído un pastel! —Y todas las mujeres, las mujeres guerreras de Ítaca, la última línea de defensa de esta última línea de Grecia, se abalanzan sobre ella al grito de “¡Para mí, para mí, quiero ese trozo!”.

Priene levanta los brazos.

—¡Estamos practicando! —grita a las mujeres que le dan la espalda, pero Teodora apoya una mano sobre su hombro.

—Hay veces —dice— en los que hasta a los soldados les apetece

algo de miel.

En ese momento, Priene se da cuenta de que se ha olvidado de odiar a los griegos y, por un momento, se enfada consigo misma ante esa falta de juicio, hasta que Anaitis se acerca con dedos pegajosos de miel dorada y dice con humildad:

—¿Te apetece un poco?

Faltan tres días para la luna llena y las mujeres están asustadas. Su miedo se ve en las sombras parpadeantes que arroja la luz de la antorcha; respira en las exhalaciones de cada arquera, suspira en el silbido de la espada en el aire. Sin embargo, su destreza ha aumentado; últimamente, hasta la más débil de las arqueras parece capaz de dispararle a un pájaro en la rama.

Priene toma la comida que le alcanzan y admitirá, tras dar un bocado, que es significativamente mejor que el pescado.

Penélope encuentra a su hijo por la mañana. Está vestido con su armadura abollada; lleva puesto el casco y practica con la espada, girando, girando en el patio detrás de la granja de Eumeo. Penélope lo observa durante unos minutos y, al ver que él no se detiene, exclama:

—Telémaco, yo… —La espada de él se levanta en un golpe que podría haber sido un ataque lateral, pero se convierte ahora en un gancho hacia arriba, directo al mentón desprotegido de un enemigo incauto—. He oído que a veces vienes aquí y…

Él baja la espada rápidamente en un golpe dirigido al muslo. Si logra darle el ángulo justo al ataque, entonces cortará una arteria y la vida brotará a chorros de la pierna de sus enemigos y los matará con misma certeza con que lo haría una lanza en el cráneo.

—Quería hablarte sobre… sobre algunas de las cosas que han estado sucediendo. Y algunas de las cosas que sucederán. Quería explicarte que… quería disculparme por… sé que últimamente he estado muy abstraída. Más que últimamente. Desde hace algunos años, he estado… pues ha sido…

Un enemigo invisible a sus espaldas; Telémaco intuye el golpe y con elegancia y sin esfuerzo gira para bloquearlo, luego rompe el bloqueo, pasa la espada enemiga hacia el costado y aplasta el escudo, impulsado desde el hombro, contra el pecho invisible de su contrincante.

—¿Podemos hablar? —pregunta Penélope—. ¿Podemos…? Hay cosas que…

Él se inmoviliza, afilado como una punta de flecha, con la espada a un lado del cuerpo y el escudo flojo en la mano. Está aprendiendo a pararse como un soldado, como Priene o Andremón, relajado y cómodo cuando no está en medio de la lucha. Sus ojos son dos pequeños puntos dentro de la estructura del casco, sus labios se ven rosados y tensos por la estrecha ranura de bronce. La mira, espera, y

cuando ella vacila, buscando las palabras, se encoge de hombros, impaciente y vuelve a esperar.

—Me… me preguntaba si podríamos hablar —balbucea Penélope —. Si podríamos tal vez… No era mi intención molestarte, pero ha sido tan difícil… ¿Querrías cenar conmigo esta noche? Lejos de los pretendientes. Le pediré a Medón que se ocupe de ellos esta noche; podríamos comer juntos, tú y yo, sería…

Las palabras brotan a borbotones. Por lo general habla muy bien, pero no aquí. No con su hijo. Él aguarda un momento más, se desilusiona ante su silencio y gira para reanudar sus batallas imaginarias.

—Esta noche no —responde con la mirada ya fija en un enemigo invisible, vestido de sangre—. Estoy ocupado.

—¿Ocupado? ¿Con qué? —exclama ella.

Telémaco no se digna a responder y ella —ay, qué debilidad— no tiene el valor de insistir.

CAPÍTULO 48

Y entonces la luna cambia.

¿Pero quién es esta?

Faltan dos días para la luna llena y, desde la casa de Ourania, una mujer sale a la oscuridad. Va cubierta y con capucha, envuelta en un chal andrajoso, pero no puede ocultar su cara ante mí. Leaneira. Suelto una risotada. Leaneira…, ¿eres tú la que sale de tu rincón escondido?

A estas alturas, debería estar en Léucade o en Élide; debería haber sido desterrada de Ítaca por su traición, pero no, sigue en la isla, y la vigilancia de Ourania se ha vuelto débil.

Guía a dos hombres desde el palacio de Odiseo a la oscuridad soñolienta. Los ha guiado por este sendero con anterioridad, pero ahora que la luna se eleva y baña la inhóspita isla de fresca serenidad, les muestra el camino una vez más, para que lo conozcan de memoria. Los guía por sendas muy utilizadas por los habitantes de Ítaca hasta senderos que solo los cazadores conocen a veces. Los lleva por huellas de polvo semiocultas detrás de arbustos espinosos que se aferran a las piedras de la isla; pasan por debajo de salientes de roca y bajan unos escalones tallados en la misma isla, estrechos como para que quepa solamente el pie de un niño. Las estrellas giran mientras ellos viajan y la travesía es lenta y difícil, pero por fin llegan a destino: la boca de una cueva negra junto a un arroyito turbio donde a veces suelen descansar los ciervos asustados, muy por encima del gruñido salado del mar. La cueva en sí misma no resultaría notable si no fuera por el hecho de que está custodiada.

Dos soldados vestidos de bronce vigilan este sitio. Leaneira los conoce a ambos, al igual que al menos uno de sus acompañantes: son fieles sirvientes de Penélope, dos del pequeño puñado de guardias que tiene en el palacio. ¿Qué los trae aquí, a este inhóspito sitio?

Los tres intrusos se ocultan en la noche negra para vigilar, esperar, observar.

—¿Estás segura? —susurra Andremón al oído de Leaneira por fin,

cuando los dos guardias no se mueven de su puesto.

—Segura —responde ella y se lleva los dedos a los labios.

Al segundo hombre también lo conocemos. Se llama Minta y lo hemos visto con anterioridad, en la playa de Fenera, guiando a las naves ilirias hacia la cala debajo
de la granja de Laertes la noche que llegaron los piratas. Lo hemos visto susurrando en los rincones con Andremón, su sirviente de confianza, su amigo más amado y leal. Le debe la vida a Andremón y disfruta de poder pagar esa deuda.

Una luz se mueve dentro de la cueva; una antorcha se levanta desde las profundidades. Los dos guardias se enderezan; los tres intrusos se agazapan. Con una antorcha en la mano y una capa de tela tosca sobre la espalda, Autónoe emerge de la oscuridad. Saluda con la cabeza a los hombres que vigilan el sitio, luego sube con pasos confiados y seguros por otro sendero que se aleja del arroyo. Sobre la espalda carga una pesada bolsa que tintinea con un ruido metálico que es más denso que el de la hojalata.

Los tres intrusos han visto suficiente y juntos desaparecen en la noche.

***

Andremón no hace el amor con Leaneira esa noche.

Sí, claro, se la lleva a la cama en la pequeña habitación del pueblo que Minta ha desocupado para ese encuentro amoroso. Le baja la túnica, descubre su pecho y presiona el pulgar contra sus labios, pero está demasiado preocupado para hacer nada más. Con la mente agitada, da vueltas en la cama y ningún esfuerzo por parte de ella podrá distraerlo o calmarlo.

—Cuando sea rey —dice—, el pueblo sabrá que esta es una isla de verdad. Una isla que merece respeto. Cuando sea rey…

Leaneira cierra la mano alrededor de la piedra hueca que él lleva alrededor del cuello y dice:

—Duerme, mi amor, por favor, tienes que dormir.

Él la aparta con un movimiento de la mano.

—Cuando sea rey, castigaré a la reina por cómo te ha tratado. Permanecerá en su habitación, comerá cuando se le indique y hablará cuando se le hable; se vestirá como yo le ordene y se afeitará la cabeza.

Leaneira aparta el cuerpo de él; flexiona las rodillas contra el mentón y cruza los brazos con fuerza. Andremón contempla la fantasía dorada de la noche.

Y la luna gira.

Engorda, la luna plateada, y tres naves se deslizan por las aguas de Poseidón hacia Ítaca.

Me encuentro con Artemisa, que camina de un lado a otro por la orilla, arco en mano; su única prenda es un cinturón con flechas.

—¿Acaso *nunca* te vistes? —pregunto.

Ella deja de caminar, me mira, confundida, se mira el cuerpo, no parece comprender la pregunta.

—Llevo mi aljaba —responde pronunciando cada palabra con lentitud, como si yo fuera demasiado anciana y demasiado estúpida como para poder redimirme. Hago una mueca de impaciencia, pero me vuelvo para seguir la dirección de su mirada—. Ya vienen —exclama, casi con una risita—. ¡Hombres embarcados, hombres de guerra, ya vienen!

Desliza los dedos por la madera tensa de su arco y lo levanta rápidamente, apunta, envía una flecha imaginaria, brinca encantada en el lugar, luego se vuelve y reanuda su deambular hacia uno y otro lado.

—¿Por qué no pueden llegar más rápido? —se queja—. ¡Estoy tan aburrida!

Artemisa en una ocasión mató a su amigo más querido con una flecha disparada hacia el punto más lejano del horizonte. Su hermano la engañó para que lo hiciera, pues sentía celos de que Artemisa pudiera disfrutar siquiera de una amistad platónica con un hombre. Desde entonces, ella se ha mostrado un poco —solo un poco— más circunspecta respecto de cómo apunta el arco.

—¿Por qué no… cazas? ¿Para mantenerte ocupada? —sugiero.

Menea la cabeza.

—Una buena cazadora sabe esperar pacientemente a su presa.

—Acabas de decir que estás aburrida.

—¡Es que, por lo general, mi presa merodea por la isla! ¡Se desliza majestuosamente entre las sombras, con las fosas nasales dilatadas, intuyendo la presencia divina en el viento! La emoción de la persecución, la batalla de astucia, las tretas de percepción, la fuerza del cuerpo y de la voluntad… ¡una espera verdadera! No es como esto: *¡esperar a una nave!* —Brinca otra vez, sobre un pie, luego sobre el otro, antes de exclamar finalmente—: ¡Los humanos son terribles! ¡Es imposible lograr algo!

Y por fin, bajo la luna de vientre redondo en un cielo raudo, encuentro a Atenea sobre el promontorio donde a veces se sienta Kenamón, contemplando la isla como si fuera el mismísimo Zeus. Desciendo junto a ella, ligera como la luz de una estrella, y por un instante me siento casi satisfecha a su lado. Me permite permanecer allí un tiempo y dice:

—Lucharé, por supuesto.

Arqueo una ceja y la miro.

—De manera discreta —dice, y suspira ante mi expresión—. Me disfrazaré de mortal y no mataré más de lo que me corresponde. Nadie lo notará.

—Bien, mientras no mates más que los otros…

—Odiseo debe tener un reino al que retornar, es lo que corresponde. Cuando te descubrí por primera vez merodeando por mis dominios, cuestioné tu presencia. Pero percibo ahora que tus acciones son de cierta utilidad. Que existe un cierto mérito en que haya alguien que protege a las reinas.

—Hijastra, algún día aprenderás a darme las gracias.

—Lo dudo mucho, vieja madre. Pero desde un punto de vista táctico, admitiré que tu predisposición a los secretos, la manipulación y la astucia resultan, en este caso, también útiles para mi causa. Es una lección que he aprendido.

—Hubo un tiempo en el que podríamos haber sido amigas —reflexiono.

—¿Amigas? La amistad no detiene la batalla. La amistad no une el reino. La amistad está sujeta como una mariposa al vasto recorrido de la política, a la riqueza de la cosecha y al movimiento de los cielos. Los mortales crean la amistad para hacerse la ilusión de seguridad y tener una sensación de que son valiosos. Nosotras somos diosas. Deberíamos estar por encima de trivialidades como esas.

Suspiro y dejo que mi aliento agite el viento a nuestro alrededor, que mueva la hierba que nos roza las rodillas y haga bailar el polen en la brisa.

—Bien, pues entonces supongo que tendremos que soportar el parentesco que nos une.

—Qué idea tan desagradable —responde sin rencor ni remordimiento.

—Exacto.

—Un vínculo que es aún más irracional que la amistad.

—No podría estar más de acuerdo.

—Y, sin embargo, lo consideramos de carácter sagrado.

—Así es.

Atenea pone un gesto hosco; el casco cuelga de su mano.

—Hay veces en que me he preguntado qué significa realmente ser sabia. Naturalmente, soy la más sabia de todos los dioses, mi intelecto es muy superior al tuyo; y, sin embargo, el mundo gira a pesar de mis consejos. Cada ser inmortal y mortal puede decir “sí, seamos sabios”, pero luego apartan el rostro cuando se les pone delante el mejor curso de acción. Es… preocupante. ¿Cómo puede ser que sepamos cuál es la forma más inteligente de actuar y aun así elijamos no adoptarla? —Se

queda callada, y, al ver que no respondo, se vuelve finalmente hacia mí—. ¿Y bien? ¿Qué tienes que decir? —pregunta.

Me encojo de hombros.

—Tú eres la diosa de la sabiduría —respondo—. Que me parta un rayo si lo sé.

Ella suspira, pero tal vez se siente ligeramente satisfecha al saber que nadie más se ha acercado siquiera a desentrañar el misterio que su genio no puede descifrar. Luego dice:

—Odiseo regresará. Será pronto.

—¿Estás segura?

—He perfeccionado mi estrategia y he hecho un trabajo muy cuidadoso sobre mi padre. No está del todo decidido, pero la conclusión del asunto es inevitable.

—La conclusión de Odiseo puede ser inevitable —objeto—. Pero la de Ítaca no lo es.

—Me sorprende que te importe tanto Penélope, teniendo en cuenta que traicionó a tu amada reina.

—Tomó una decisión que deben tomar las reinas —respondo, y las palabras brotan de entre mis dientes cargadas de dolor—. Tomó la única decisión que podría haber tomado una reina. Una de las tres reinas de Grecia. Helena traicionó el trono al elegir amar como una mujer. Clitemnestra, que eligió ser mujer, madre, amante y reina, era la estrella más luminosa y no pudo vivir demasiado por ser tantas cosas a la vez; era demasiado bella y grandiosa para esta tierra. Pero Penélope… es la que sacrifica todo para ser reina y nada más. Aunque me hiere, aunque desearía que no fuera así…, esto también es algo que adoro.

Atenea asiente una vez, un repentino movimiento de la barbilla hacia abajo y hacia arriba. Luego dice:

—Habrá sangre. Menelao no aceptará a su sobrino en el trono de Micenas tan fácilmente como tal vez creas. Ha tenido cincuenta años para aumentar el rencor hacia su hermano y el linaje de su hermano. Troya no ha hecho más que afilar la piedra de su apetito.

—¿Te opondrás a él si busca reinar en Micenas? —le pregunto, pero ella niega de inmediato con la cabeza.

—No puedo excederme en mi influencia, menos mientras Odiseo siga en la isla de Calipso. Ares hace tiempo que le cubre la espalda a Menelao y no es bueno que dos dioses de la guerra se enfrenten de manera tan dura. Cuando se desaten las consecuencias sobre el joven Orestes, y eso sucederá, debes estar preparada.

La miro ceñuda, pero no respondo. Mi hermano envía noticias desde el inframundo —“Las Furias, las Furias, oigo sus alas”, exclama —, pero todavía no. No puedo lidiar con eso todavía.

Intuyo un movimiento por el rabillo del ojo, siento un cambio en el

aire: se espesa, es como si la tierra estuviera conteniendo el aliento, la fuerza y la potencia. Atenea se coloca el casco y, al hacerlo, su aspecto cambia, echa los hombros hacia atrás y sus brazos cobran fuerza para levantar la lanza; afloja el cuello hacia un lado y hacia el otro. Apunta hacia el agua con su arma y el aire zumba y se aleja de su contacto. La sigo hasta donde tres naves se deslizan sobre el horizonte. Con plumaje ilirio y marineros griegos, bajo la luz plateada de la luna, se dirigen a Ítaca.

CAPÍTULO 49

Bajo la luna llena, llegan los piratas.

Ya tienen una idea de adónde se dirigen; los han alertado mensajeros que esperaban en los puertos de la costa este, pero siguen —como siempre han hecho— la antorcha que Minta enciende para ellos sobre el acantilado. Él agita su hierro ardiente hacia el mar y, tras unos instantes, las naves responden y apuntan la proa hacia la costa a oscuras.

En el palacio de Odiseo, los pretendientes rugen, el vino fluye, se apuestan, se ganan y se pierden grandes sueños y pequeñas baratijas. Melanto esquiva la mano de un hombre que busca su falda; Autónoe tropieza con su lira; Penélope mira la nada, como perdida en una ensoñación. Andremón se sienta algo apartado y observa; no puede disimular la sonrisa que se le dibuja en la comisura de los labios.

El templo de Artemisa está en silencio; las puertas, cerradas. Nadie beberá en ese sitio sagrado esa noche.

El bosque que lo protege está vacío y no arden fogatas. Los árboles muestran marcas y rajaduras causadas por cientos de flechas. Sobre el suelo irregular han bailado muchos pies una danza mortal. Los animales han huido en la noche ante el paso de tantas mujeres, pero ahora el aire está quieto y las pequeñas criaturas de la noche regresan y olisquean los olores extraños que han dejado los humanos.

La casa de Sémele está vacía. No hay indicios de que alguna vez haya acogido a un huésped.

En las cenizas de Fenera, los cuervos se han aburrido de picotear.

Y bajo la luna llena llegan los piratas, navegando a gran velocidad hacia la luz de Minta; sus armas brillan bajo las estrellas.

Encallan sin ruido. Un grupo de cabras echa a correr cuando las naves se detienen en la arena.

Una gaviota pelea con su vecina, que trata de quitarle el mejor lugar; se golpean con las patas, con los picos, las plumas aletean en el

viento.

Hay pocas granjas en ese lugar, pocos caseríos, ninguna luz. Solo la antorcha de Minta brilla en la playa.

Los piratas —guerreros que alguna vez lucharon en Troya y actualmente no conocen otra cosa que el derramamiento de sangre— desembarcan de las naves a la espuma revuelta y suben a la arena. Unos pocos abrazan a Minta, lo llaman hermano, amigo. Muchos descargan cuerdas y cajones vacíos, listos para cargar el tesoro. Hasta el momento, este ataque es menos un festín de guerreros que una banda de mercaderes codiciosos que han venido a robar las pertenencias de los pobres. Minta hace un ademán hacia la oscuridad del interior de la isla. Los hombres se forman detrás de él y lo siguen; alrededor de una docena de piratas se quedan para custodiar las naves.

Las lechuzas ululan mientras ellos trepan por entre las zarzas y la áspera oscuridad de Ítaca.

Tratan de no encender demasiadas luces, de desparramar el brillo de la antorcha de Minta por entre la banda de soldados, pero el sendero es rocoso, escarpado; un hombre cree que ha pisado una serpiente que escupe y sisea y se escurre; otro cree oír el aullido de lobos. Las espinas se enganchan en las piernas desnudas o rozan las espinilleras. Los agujeros tuercen los tobillos de los hombres, que trastabillan en la retaguardia. En ocasiones me parece distinguir la forma de Artemisa que corre en las sombras junto a ellos; la tierra se eleva a su paso. A la luz de la luna, desnuda y en su elemento, es hermosa. Nadie corre por el sendero del cazador con tanta elegancia; nadie baila por las sombras de la medianoche con esa gracia que las estrellas parecen besar. Su fuerza está escrita en cada parte de ella, es irrefutablemente suya, y está inmaculada: ninguna criatura inmortal ni humana la ha tocado. Hay una cierta inocencia pintada en su salvaje sonrisa.

Y entonces desaparece con un destello en el rabillo del ojo de un hombre, un sobresalto y un movimiento en la columna: "¿Has visto algo? ¿Has oído que algo se movía?".

"No, no, nada, he oído el ulular del búho y el susurro de las hojas que se doblan en los árboles. Nada más".

"Uhuuu, uhuuu", añade Atenea, sobrevolando por encima de ellos. "Uhuuuu, uhuuu, uhu".

La línea de hombres se estrecha, tal vez sin que ellos se den cuenta de lo que hacen. Han dormido juntos, hombro con hombro en la cubierta áspera del mar. Han estado juntos delante de los muros de Troya y algunos —que se han jurado hermandad eterna— han depositado besos dulces sobre la piel herida de sus guerreros vecinos, ebrios de sangre y sal que se les pega en la piel; han jurado que

vivirán y morirán como uno, que no hay vínculo más fuerte que la hermandad que comparten. Ahora sienten la presión de una oscuridad que no debería ser más pesada que las aburridas vigilias que han pasado custodiando las naves frente a Troya y, sin embargo —y, sin embargo—, hay algo en esta noche que habla de secretos y huecas disonancias, de tretas de mujeres que pertenecen a *mi* dominio.

Llegan al sendero con zarzas que lleva a la cueva antes de que la luna haya girado demasiado hacia el horizonte y espían hacia abajo, con espadas y lanzas listas. Una única antorcha arde en la boca de la cueva de la que vieron emerger a Autónoe con un saco pesado sobre la espalda, pero no hay rastro de los guardias que deberían estar vigilando. Intercambian miradas desconcertadas ante esa ausencia, pero ¿qué importa? Los guardias eran solo dos y estos son los hombres que asesinaron sin ninguna dificultad a la así llamada milicia de Ítaca, los muchachitos vestidos de hombres. El tesoro de la isla está allí, para que se lo lleven, y piensan llevárselo.

Se acercan, cautelosos y lentos. Han sobrevivido a muchas batallas, por lo que saben que, aun cuando las cosas parecen fáciles, vale la pena algo de seguridad. Al ver que no hay señales de peligro, la mayoría se adentra en la cueva cargando baúles para llenar con el botín. Ocho permanecen fuera. Los primeros en morir están entre esos ocho.

No todas las flechas que vuelan dan en el blanco y los hieren. Aunque las mujeres se han entrenado con el arco más que con cualquier otra arma, es la primera vez que las utilizan sobre hombres, y en la emoción del momento, muchas de las cazadoras ocultas (llevan las caras pintadas con barro y sienten dolor en la espalda por el tiempo que llevan agazapadas en las sombras) yerran los disparos. Tres hombres caen inmediatamente, heridos por cuatro flechas cada uno. Uno cae instantes más tarde, cuando un disparo más lento y más pensado desde el arco de Teodora se le clava en la ingle. De los otros, dos tienen suerte y se arrojan a la oscuridad cercana y dos se salvan por la armadura que llevan, que es de material más resistente que la mezcla de cuero y metal que usan los demás. Entran corriendo en la cueva gritando: “¡Hermanos, hermanos, nos atacan!”. Ay de ellos; aunque llevan bronce, uno no se ha puesto el casco, por lo que una flecha disparada desde las sombras parte su cráneo en dos justo antes de que llegue a la boca de ese pozo oscuro.

Así, tres hombres llegan a la boca de la cueva y uno cae —sangrando con una flecha en la pantorrilla— justo cuando llega a un sitio seguro; sus voces suenan huecas y retumban en la oscuridad.

Los otros levantan a su colega herido y lo arrastran hacia adentro, resbalando sobre la roca mojada. Mientras se deslizan y reptan hacia las entrañas de la tierra, las mujeres emergen de la noche detrás de

ellos, con el cuerpo vestido de arcilla y polvo, hierbas entretejidas en el pelo y en la cintura, hojas en las aljabas y barro en el cabello. No son mujeres de ninguna especie que los hombres que huyen puedan reconocer, si se tomaran la molestia de volver la mirada hacia sus atacantes, sino más bien monstruos de la noche fétida, salidos de la misma tierra.

—¡Nos atacan! —ruge un hombre en la cámara principal de la cueva—. ¡Nos atacan!

El resto de los soldados, saqueadores de los bienes de Ítaca, están reunidos allí, pero solo hay hombres. Miran a su alrededor, confundidos; ¿acaso no les habían prometido baúles de oro? ¿Montañas de tesoros robados, las riquezas de Odiseo? Leaneira llevó a Minta y Andremón hasta allí hace menos de cinco noches; ¡vieron a Autónoe, fiel doncella de la misma Penélope, salir de allí cargada con el peso de tesoros ocultos! Oro y plata, riquezas saqueadas que todos los hombres de Grecia saben que están ocultas en la isla de Penélope. ¡Aquí es donde tienen que estar! Y, sin embargo, no hay nada, solo ánforas de aceite pegajoso apiladas por toda la cueva; el aceite chorrea y se les pega en los pies.

Los hombres que han huido de las flechas frenan, se detienen, dejan en el suelo a su compañero ensangrentado. Minta da un paso hacia ellos y en ese instante, tal vez, el líder comprende.

Ay, es un poco tarde. Es Mirene, hija de Sémele, la que arroja la antorcha encendida dentro de la cueva, pues tiene buen brazo para el lanzamiento y es sorprendentemente veloz para la huida. Dos hombres tienen un atisbo de su cara embadurnada de barro a la luz de la llama cuando arroja la antorcha que cae, se embebe del aceite derramado y, tras un instante, se enciende.

Los hombres gritan cuando la trampa se cierra y las llamas se apoderan de la cueva. Más allá, en la noche, Artemisa eleva la boca hacia el cielo y aúlla, aúlla como un lobo. Atenea merodea por el acantilado por encima de la cueva; su lanza arde con un fuego invisible. Me quedo detrás de las mujeres en la boca de la cueva; tienen los arcos en posición y esperan y cuentan cada una de las vidas que extinguen cuando los hombres, uno a uno, emergen por entre el humo y el dolor del infierno.

Dos mueren rápidamente, con los cuerpos envueltos en fuego. El resto se vuelve y lucha por salir (brazo sobre brazo, resbalando sobre la carne de sus compañeros) por el mismo sitio por el que entraron. Los que no habían visto a las arqueras corren hacia delante demasiado rápido, y cuatro mueren atravesados por las flechas que los reciben cuando llegan a la boca de la cueva. El resto retrocede al ver caer a sus camaradas, atrapados entre las flechas y las llamas. Minta ruge:

—¡Formaos! ¡Formaos! —Y brincando sobre piernas quemadas,

tosiendo y escupiendo humo negro y saliva pegajosa, los hombres se aglutinan, hombro con hombro, desenvainan las espadas y ante la orden de Minta, con el calor que les quema la piel de la espalda, se lanzan hacia la boca de la cueva.

—¡Dispersaos! —ordena Priene mientras los hombres se abalanzan hacia el aire libre, impulsados por la fuerza de sus cuerpos, con una nube de humo ante ellos.

Las mujeres se dispersan y se escurren en la noche; trepan por rocas y ramas conocidas hacia la oscuridad. Artemisa sostiene el pie de una que resbala, la empuja nuevamente hacia arriba, sopla su aliento en los pulmones jadeantes de otra que se tambalea y está a punto de caer y trina de júbilo: "¡Corred, corred, mis hermosas, mis cazadoras, corred, mis mujeres de la noche!".

Unos pocos hombres intentan seguirlas, pero una nueva lluvia de flechas desciende desde lo alto, donde Priene ha vuelto a reunir a una docena de mujeres cuyas siluetas se recortan borrosamente contra la luna; a sus espaldas está Atenea, silenciosa.

—¡Manteneos juntos! —ruge Minta, y los hombres vuelven a formarse, enmarcados por la luz que arde en la boca de la cueva detrás de ellos—. ¡Moveos juntos! —añade.

Y como un solo hombre, comienzan a regresar por el sendero, un puercoespín de espadas y sangre; se sostienen unos a otros, susurran palabras de aliento al oído del compañero. Por un instante, admito que hay algo magnífico en ellos, una unidad de propósito, un valor y una hermandad que los poetas anhelarían ver. Atenea también lo ve, pues cuando los hombres avanzan, levanta el escudo como en un saludo y me parece ver que los ojos de los hombres se vuelven hacia ella y se agrandan ante un atisbo —¡por fin, por fin!— de la diosa que se yergue por encima de ellos; tal vez comienzan a comprender. Pero la comprensión dura un instante, ya que Atenea desaparece y se pierde en las filas de mujeres que se dispersan ante los soldados. No sabrán cómo nombrarla cuando lleguen a las puertas de Hades; su comprensión será tan fugaz como su vida de mortales.

Las mujeres no tratan de luchar contra los hombres mientras trepan; corren hacia la oscuridad, huyen de las lanzas y de los dientes descubiertos. Por un instante, tal vez, Minta y sus camaradas piensan que lo peor ha pasado, que con quemaduras y heridas de flecha escaparán de ese sitio maldito. Pero, ay, el sendero que lleva hasta las naves es largo y estrecho y solo se puede avanzar en una fila angosta y lenta.

Ese fue uno de los motivos por los que Priene eligió ese sitio para su batalla, pues cuando los hombres se alinean y la fila se alarga, vuelven a caer las flechas y ahora el sendero que estaba despejado cuando llegaron está lleno de montículos de zarzas que han sido

arrastradas entre los troncos obstinados de los árboles para enganchar y herir sus piernas mientras avanzan con dificultad en la oscuridad. Unas figuras se mueven en las sombras alrededor de ellos, pero en ningún momento permanecen lo suficiente como para que ellos puedan exclamar: "¡Allí! ¡Allí! Allí está el enemigo, o tal vez no… ¡Allí! ¡Allí he visto que alguien se movía!".

Cuatro hombres más caen heridos por flechas, un quinto se retrasa, desangrándose, pálido. Sus amigos, sus hermanos, sus compañeros del corazón intentan transportarlo, pero la carga los ralentiza a un paso de tortuga y desde la oscuridad detrás de un arma más pesada vuela una jabalina arrojada por Sémele y atraviesa el corazón del que pensaba cargar a su compañero hasta un sitio seguro; ambos caen al suelo.

Artemisa gira, jubilosa, sopla furia hacia los arcos de las mujeres que se escurren como insectos en la oscuridad. Dos hombres más caen; otro más que iba muy lento oye un ruido a sus espaldas, se vuelve y solo tiene un atisbo del puñal que le abre la garganta. Se oyen gritos de dolor, pero Minta intenta mantenerlos juntos, mantenerlos en movimiento: "¡Corred si es necesario, a las naves, a las naves!".

Abandonando toda pretensión de orden, los hombres corren hacia el mar mientras las flechas caen a su alrededor. Para cuando oyen el ruido del agua contra la orilla, sienten náuseas por el esfuerzo y también porque yo les retuerzo un malestar dentro de la barriga; miran a su alrededor y ven que de todos los que fueron a la cueva del tesoro de Ítaca, solo quedan ocho.

Solo ocho.

Bajan la mirada hacia la playa y ven una docena de figuras junto a las naves; podría parecer que ignoran el desastre acaecido. Bajan corriendo; casi no tendrán hombres suficientes como para alejarse remando en una sola nave, tendrán que abandonar las otras, tal vez quemarlas para ocultar la vergüenza. Cuando descienden a la costa, unas figuras envueltas en telas grises como el bosque emergen por el acantilado a sus espaldas, arcos en posición, jabalinas a los costados, pero no atacan, no se lanzan a la carga, solo observan y esperan a que el grupo de hombres heridos y sin aliento avance a tropezones hacia las naves.

Un hombre llamado Timaios es el primero en ver los cadáveres de sus compañeros. En un tiempo fue soldado de las tropas de Néstor, un hombre con honor y dignidad; pero el honor y la dignidad no daban de comer a su esposa y a sus tres hijos mientras él estaba en la guerra, y cuando regresó, ellos habían pasado a pertenecer a otro hombre y él no podía vender su decencia. De manera que se convirtió en pirata y descubrió en esa ocupación al menos otra clase de honor entre sus compañeros marineros y amigos. Ahora ve al primero de los hombres que custodiaba las naves flotando boca arriba en la espuma debajo de

la proa
de la embarcación, con los ojos ensangrentados y ciegos. Abre la boca para gritar, pero es demasiado tarde. La docena de figuras que montaban guardia junto a las naves piratas se adelantan, desenvainan las armas y en la sombría oscuridad derriban a los guerreros tambaleantes y ensangrentados que se acercan. Atenea se mueve entre ellas, matando con elegante eficiencia, con solo una estocada si es lo que se necesita para meterse bajo la guardia de un guerrero; no hay bloqueo que no sea un viaje hacia otro ataque, no hay blanco elegido que no sea para causar el mayor dolor o terminar con la vida de su adversario. No exhibe un gozo salvaje como Artemisa, sin embargo, sus ojos relucen, reflejan un destello rojo.

Priene lucha a su lado, y aunque las armas de un mortal jamás igualarán las de una diosa, ella tampoco hace alarde de ninguna actuación, no muestra los dientes ni emite gritos de guerra. Su cometido es la muerte, nada más y nada menos; la muerte de sus enemigos es el recurso más efectivo del cual vivirá, y de ese modo, sus objetivos se concretan.

Muy pronto Minta es el último hombre que queda vivo. El último de todos sus hermanos. El último de los guerreros nobles, de los hombres que lo dieron todo por el honor, por Grecia y Troya. Observa a sus camaradas caídos, a las mujeres agitadas y ensangrentadas que lo rodean. Un hombre de menor valía podría arrojar la espada y cerrar los ojos para no ver el fin, pero Minta sigue siendo un guerrero. Elige a Priene por sus movimientos fluidos, por la facilidad con la que mueve su arma; ve en ella un enemigo que tal vez le resulta familiar —¡por fin, un enemigo conocido!— y se lanza hacia ella.

Priene no les ha enseñado a las mujeres de Ítaca a pelear con honor. Solo ha tenido dos lunas para enseñarles, no hubo tiempo para sutilezas. Minta muere antes de poder acercarse a la distancia de lucha de Priene; alguien le ha clavado un cuchillo de caza en la espalda.

Cuando cae, Priene rodea su cuerpo, aleja de un puntapié su espada, lo toma del pelo y tras levantarle la cabeza, le corta la garganta, solo para no correr riesgos.

CAPÍTULO 50

Por la mañana, los habitantes de Ítaca se despiertan bajo el sobrevolar de cuervos y el olor de carne en descomposición.

La primera que ve los cadáveres grita: "¡Que el cielo nos ayude! ¡Hera bendita, Zeus sagrado!". Me agrada que invoquen mi nombre antes que el resto en la lista de deidades adecuadas.

Ella corre a buscar a otros, que buscan a otros más, que llaman a los hombres importantes de la isla, que finalmente recuerdan informar a Penélope.

Así es como se reúnen en la bahía delante de las naves de los atacantes y contemplan la macabra escena.

Dispuestos en la cubierta de las naves se ven los cadáveres de los hombres que quisieron saquear Ítaca. Les han cerrado los ojos, pero eso no ha desanimado a las gaviotas y los cuervos más entusiastas, que se lanzan sobre el festín. No les han lavado la sangre de la cara y las moscas zumban con negro deleite alrededor de las carnes hinchadas. Muchos todavía llevan sus armas, espadas rectas de doble filo dispuestas junto a sus plumajes ilirios. Otros no. Las jabalinas ligeras, las espadas más ágiles y los puñales ya no están. Un hombre con armadura completa y la lanza apoyada contra el cuerpo como un bastón está atado a la proa de la nave más cercana; sus piernas cuelgan en ángulos extraños por entre las cuerdas que lo amarran. Tiene la garganta abierta como en una sonrisa y sus ojos miran hacia el cielo. Algunos creen conocerlo, murmuran su nombre. ¿Acaso no es Minta, el amigo de uno de los pretendientes? Sí, sí, es Minta, un amigo de Andremón. ¿Qué está haciendo aquí?

De los hombres importantes de Ítaca que se han reunido, el que se acerca al cadáver es Peisenor. Hay un brillo en los ojos del anciano, como si el hedor de la sangre lo hubiera despertado del sopor de todo un mes y ahora cierra los dedos alrededor de un cierto artículo que cuelga del cuello lacerado de Minta y con un suave tirón se lo quita.

Los otros se acercan. Egiptius y Medón se inclinan para ver de qué se trata. Penélope guarda distancia, para que el olor de la sangre y el

macabro espectáculo no afecten su delicadeza femenina; pero sus ojos están fijos en el grupo de hombres.

Es una piedra, poco más grande que el pulgar de un hombre, con un orificio en el extremo superior por el que podría pasar una tira de cuero.

“Esta pequeña piedra”, murmura alguien, “esta piedra… la he visto con anterioridad. Un curioso adorno”.

—Es una piedra de las ruinas de Troya —responde

Medón, con la frialdad de una noche de invierno. Es el mismo adorno que Andremón lleva colgado del cuello.

Los cuervos atacan los cadáveres alineados sobre las naves y las mujeres de Ítaca se agrupan en la orilla; no se oyen canciones.

Para cuando los hombres sabios de Ítaca regresan en pequeña procesión al palacio de Odiseo, ha pasado el mediodía y los pretendientes se han reunido tras oír rumores de otra masacre, otra batalla; esperan para enterarse de quién cayó, qué sitio incendiaron. Pero luego llegan noticias diferentes, un extraño susurro en el viento: masacraron a los atacantes y dispusieron sus cadáveres sobre las naves; es un milagro, un milagro terrible y profano.

Telémaco baja para encontrarse con la comitiva de dignatarios que se acerca y con sus cómplices algo desconcertados.

—¿Qué ha ocurrido? —exclama—. ¿Quién ha muerto?

—Los piratas han muerto —responde Egiptius, como en un trance —. Todos los piratas han muerto.

—¿Cómo? ¿Cómo murieron?

Egiptius se limita a mover la cabeza, pues no tiene respuesta. Telémaco se vuelve hacia Peisenor, que también niega con la cabeza. Medón se abre paso; no hay tiempo para preguntas sobre los sagrados ni sobre los sacrílegos.

Detrás de los hombres viene el cuerpo de Minta. Lo traen en un carro arrastrado por un burro, envuelto de manera precaria en un pedazo de vela ensangrentada. Lo dejan en el patio delante del gran salón de Odiseo y lentamente se reúnen los pretendientes y también sus padres, todos los que caben en ese sitio, hasta que el público se aprieta desde la pared hasta la puerta para presenciar el asunto. Penélope está en un círculo hecho por sus doncellas, con la cara cubierta por un velo, la cabeza gacha, las manos entrelazadas. Su hijo está al otro lado de la multitud; lleva la espada a la cadera y mira fijamente el resplandor del sol del desierto.

Medón tira de la tela que cubre la cara de Minta y recibe como recompensa exclamaciones ahogadas y murmullos de los pretendientes.

—Los invasores están muertos —proclama, disfrutando por una vez

de un público que parece querer escucharlo—. Este hombre fue hallado entre ellos. Muchos de vosotros lo conocéis. Está hermanado con Andremón.

Medón se ha tomado un momento para buscar a Andremón entre la multitud, para así poder hacer un movimiento con el brazo hacia él. Siento la tentación de aplaudir, pero podría considerarse descortés, tal vez también prematuro.

Andremón se adelanta. Creo que está a punto de soltar una bravuconada, de mostrarse desafiante, escupir en la cara de todos los que lo rodean, burlarse de la acusación de Medón. Pero, en cambio, se arrodilla. Se arrodilla junto a Minta y le sostiene la cara ensangrentada entre las manos, sin prestar atención a la garganta abierta. Susurra palabras al oído del muerto, palabras que solo Hades escucha, y lo abraza durante unos segundos más; luego se pone de pie. Tiene sangre en las manos, en la cara.

—Mi hermano está muerto —dice tajante—. Exijo venganza.

Sus ojos se vuelven, llameantes, hacia Penélope. Ella se muestra sumisa, humilde. Resulta evidente que los sucesos superan ampliamente su capacidad de comprensión.

—Tu amigo estaba entre los cadáveres de los piratas, lo mataron los mismísimos dioses —replica Medón.

—¡Si lo encontraron entre piratas, es porque os estaba defendiendo a vosotros! ¡A vosotros, ovejas de Ítaca! ¡Él era un guerrero y luchó!

—Nadie que haya visto su cadáver, la forma en que estaba dispuesto, puede dudar que fuera otra cosa que un villano, aliado con esos saqueadores —exclama Medón—. ¿O acaso piensas cuestionar la inteligencia de todos estos sabios servidores de Odiseo? —Hace un ademán amplio hacia los consejeros de Ítaca, y se lleva la otra mano al pecho, disfrutando de su actuación.

Andremón vacila, vuelve a mirar el cadáver de Minta, que ya apesta sobre el suelo de piedra. En su corazón pide perdón (yo no sabía que era capaz de hacerlo), pero todavía tiene trabajo para hacer. Minta lo entendería.

—Si este hombre era amigo de los enemigos de Ítaca, entonces para mí es un traidor.

—¿Un traidor que llevaba tu preciosa marca?

Medón abre el puño y allí está la pequeña piedra con su nudo de cuero, ensangrentada. De manera instintiva, Andremón se lleva la mano al cuello, pero no hay nada allí. ¿Dónde estaba cuando supo que la llevaba la última vez? ¿Cuándo fue la última vez que sintió su peso reconfortante? Vaya, cuando estaba tendido junto a Leaneira sobre sábanas pegajosas, cuando la mano de ella se cerró sobre el tótem alrededor de su cuello y ella suspiró: “Duerme, mi amor. Duerme”.

Ahora —solamente ahora— Andremón comienza a comprender.

Leaneira está entre la multitud, con Ourania a su lado.

¿Por qué no se la desterró de Ítaca?

¿Por qué siguió compartiendo su cama?

La anciana debió de haber vigilado a su cautiva traicionera y, sin embargo —sin embargo—, aquí está Leaneira, observando a Andremón desde la multitud, sin miedo, sin retroceder. Hace mucho tiempo que perdió todo sentido de dónde estaba su cuerpo, de cómo se sentía llevarlo. Pero sus ojos y las cosas que ve con ellos siguen siendo de su propiedad.

Muerte a todos los griegos.

En una ocasión, en el campo de batalla, Andremón luchó durante lo que le pareció casi una hora con un soldado de Troya. La batalla real duró unos noventa segundos, pero si se la mide con la vara de un encuentro marital, eso es mucho tiempo. Cuando Andremón finalmente vio su oportunidad y hundió la espada en el cuerpo de su enemigo, su contrincante también la vio, vio el destello de debilidad de su armadura un segundo antes de que Andremón aprovechara la oportunidad, y sonrió. No estaba feliz por morir. No se sentía impresionado ni complacido por la astucia de Andremón.

Muerte a todos los griegos.

Aquel troyano, al morir, tal vez reconoció algo que se venía gestando hace mucho mucho tiempo y lo reconoció con furia, como un padre podría recibir al hijo recalcitrante que tras años de estar perdido por fin regresa al hogar.

Así le sonríe ahora Andremón a Leaneira y por fin comprende.

Comprende.

Ella no le devuelve la sonrisa. El poco poder que tiene, lo ha tomado. Su sabor no se parece en nada al de la libertad.

—¡Cobardes pintados! —exclama Andremón, y gira, gira, gira, abarcando con sus brazos a todos los presentes—. Mezquinos aspirantes a reyes. Vendedores de pescado. Ratas de marineros.

—Andremón, has roto todos los códigos sagrados…

—¿Pensáis que seréis reyes? ¡*Ella* os matará! ¡La carne que os da de comer será carne humana, os hará comeros unos a otros, al igual que los hijos de Atreo, al igual que Clitemnestra! Jamás estaréis a salvo de ella. Jamás viviréis para ser reyes de Ítaca.

—… todos los códigos sagrados de hospitalidad: has atacado nuestras tierras, has violentado nuestra confianza, has…

El arma que saca Andremón es pequeña, un cuchillo para cortar carne, no para matar hombres. Pero servirá para matar a una mujer, y por un instante no puede decidir a cuál de ellas matará en el poco tiempo que le queda. Posa los ojos sobre Leaneira otra vez, pero extiende el brazo hacia Penélope, y como si sus pies estuvieran atraídos por la voluntad de la misma Eris, se vuelve hacia la reina y se

abalanza hacia ella.

Eos se adelanta.

No hace ningún movimiento notorio, ni grita ni da ninguna señal de miedo. Tampoco se planta directamente en el camino de Andremón ni ofrece su pecho en lugar del de su ama, sino que se queda ligeramente a un lado para que Andremón choque contra su hombro cuando se lanza al ataque. Y ciertamente, él casi no nota su presencia, tan concentrado está en su ataque asesino.

Tampoco percibe que un cuchillo se hunde en sus costillas cuando choca contra Eos y sigue su camino, pero sí se da cuenta de cuando el arma sale, pues el peso de su impulso contra el trayecto del cuchillo lo ralentiza y lo hace girar en movimiento; el cuchillo cae de su mano. Alguien sujeta el arma cuando él se tambalea, alguien le patea las rodillas para que caiga. Eos se aparta; el cuchillo que esgrimía ya ha desaparecido dentro de su túnica, dejando una franja roja en la tela.

—Se ha caído sobre su propio cuchillo —explica Penélope, y al ver que eso no parece producir una respuesta adecuada, la reina se lleva la mano a la frente, suelta un suspiro profundo de desesperación femenina y con ánimo de contribuir se desploma en el suelo en un ataque de histeria.

CAPÍTULO 51

En Ítaca, el verano tardío se convierte en otoño temprano.

Las hojas color cobre crujen y se rajan bajo los árboles torcidos, el atardecer dorado pierde brillo y se torna rojo como la sangre fresca y gris como el cuero viejo. Las tormentas cálidas de verano se convierten en chubascos violentos y las mujeres descalzas pisan olivas en las tinas grasientas.

Podríais pensar que este cambio de estación traería un cambio en el latir de los corazones de los hombres, pero no. Se han acostumbrado a la partida de la hija de Deméter, y así, en el palacio de Odiseo…

—¡Autónoe! ¿Llamas música a esto? ¡Queremos una buena canción subida de tono!

—No lo sé, Antínoo, me parece una apuesta demasiado arriesgada…

—Venga, Eurímaco, ¡no seas tan hijo de una mujer!

—Kenamón, siéntate conmigo. Has estado demasiado tiempo allí en tu rincón.

—No soy buena compañía, Anfínomo.

—Tienes que ser mejor compañía que este patético grupo. ¡Vamos, ven, siéntate conmigo! Cuéntame historias de tu patria.

En las cocinas:

—¿Le llamas cocinar a eso? A mí me daría vergüenza decir que eso es cocinar.

—Pero no eres la cocinera, ¿verdad, Euracleia?

—¡Dais vergüenza, todas vosotras! ¡Dais vergüenza!

En la casa de Pólibus, padre de Eurímaco:

—Con la muerte de Andremón tenemos una oportunidad, una buena oportunidad, de impulsar la causa de Eurímaco…

—Eurímaco intentará encontrar una abertura, pero lo atraparemos antes de que haga su jugada. Antínoo será rey…

En la granja de Laertes, que en un tiempo navegó en el Argo y ahora solo será recordado eternamente como el padre de Odiseo, el más grande de los reyes ausentes de Ítaca:

—¿No sabéis cómo cavar una letrina? ¿Acaso tengo que hacer todo yo mismo? ¡Por todos los dioses!

En el consejo de los sabios de Ítaca:

—¡Es absurdo!

—Pero útil. Nadie va a atacar nuestras costas durante una buena temporada ahora.

—¡Pero es *absurdo*! A los hombres de Andremón no puede haberlos matado un poder olímpico. ¡Los mataron hombres! ¿Cómo puedes no estar aterrado ante la idea de hombres armados e invisibles en Ítaca?

—¿Tal vez los mató Odiseo? ¿Tal vez ha regresado y se mueve en secreto entre nosotros?

—¡Calla, Telémaco, ahora no!

Y así sale la luna y se pone la luna, y aunque muchas cosas siguen igual, otras cosas son decididamente muy diferentes.

En el templo de Artemisa, Anaitis salpica vino sobre el altar y se siente, con todo, muy complacida consigo misma. La asistencia a su templo y los obsequios que le dejan allí son los mejores y más lujosos que ha recibido hasta el momento en esas islas.

—Oí que la misma Artemisa mató a los piratas —susurra una devota que lleva brazalete de cobre en la muñeca—. ¡Oí que las islas occidentales están bajo su protección!

Anaitis lo piensa. Por un lado, darle el crédito solamente a una diosa es una cierta falta de respeto a las sombras de medianoche que siguen corriendo de un lado a otro, a la luz del fuego, en el bosque que hay encima de su templo, a las mujeres con tenedores afilados y cuchillos de cocina en la cadera. Por otro, no es que el crédito pueda ir a cualquier otro lugar, y Artemisa es una protectora de grandes poderes, así que, teniendo todo en consideración…

—La cazadora ama a quienes la aman —exclama alegremente, recibe el metal que le ofrecen y lo coloca en la cesta a sus pies, que está bastante llena—. ¡Que la bendición de la dama esté contigo!

En los bosques que hay por encima del templo, Priene dice:

—Esa fue solo una batalla. Lo que necesitamos ahora es una estrategia defensiva más amplia. Necesitamos sectores de resistencia en Hiria, en Zacinto, en Cefalonia, mujeres que puedan sostener la línea de defensa hasta que llegue la noticia a las otras islas de que se necesitan refuerzos. Debemos pensar en líneas de abastecimiento y…

Teodora, la última hija de Fenera que queda con vida, dice:

—¿Te quedarás, entonces?

Priene se paraliza.

—¿Qué?

—Digo, como odias a los griegos…

—Es cierto. Por supuesto que los odio.

—¿Pero te quedarás? ¿En Ítaca?

Priene lo piensa un instante, se debate internamente con preguntas sobre sí misma que jamás se ha atrevido a hacerse, con ideas y sentimientos que nunca se ha permitido sentir. Mira a su alrededor a las mujeres, espera, expectante, bajo los árboles. Sémele se apoya sobre un hacha para cortar leña; Teodora está con los brazos cruzados y el arco
a su lado. Hay casi noventa mujeres que esperan en silencio su palabra. Tiene la terrible sensación de que ellas esperan que ella exprese… ideas que le resultan profundamente incómodas. Hay una palabra —*hogar*, tal vez, o quizás hasta *familia*— que ellas están esperando que pronuncie su líder, su capitana.

Entonces le viene a la mente una idea que ilumina todas las otras cuestiones y le permite desterrar, por el momento, cualquier pregunta mezquina, molesta, sobre quién es, cuál es el sitio al que pertenece o qué propósito tiene en su vida.

—¡Menelao es claramente la mayor amenaza a las islas occidentales! —exclama—. ¡Tenemos que pensar en cómo matarlo!

Unos golpecitos a la puerta en medio de la noche.

Penélope llama a su hijo:

—¿Telémaco? ¿Telémaco, estás allí?

Está allí, sí, pero no responde.

Telémaco, háblame.

Háblame.

Solo…

… háblame. ¡Soy tu madre! Soy… por favor, Telémaco. Sé que no nos hemos hablado como corresponde, que han sucedido muchas cosas, Andremón, los piratas, tú… pero, por favor. Háblame. Te contaré todo lo que quieras saber. ¡Telémaco, Telémaco!

Golpea la puerta con el puño, pero él la ha bloqueado con un baúl para que no se abra. Se sienta sobre el baúl mientras ella golpea a sus espaldas; afila su espada y casi no la escucha hablar, si es que la escucha. En Ítaca están sucediendo cosas…, cosas que él no comprende. Su enemigo está muerto y él no lo ha matado. Los piratas que amenazaron sus orillas están muertos y no ha sido a manos de él. No sabe bien cómo han muerto, pero sabe algo: que ningún príncipe se ha convertido jamás en héroe-rey por escuchar a su madre.

***

Más tarde, junto al arroyo fresco que corre detrás del palacio, Leaneira se lava los pies, se lava las manos, se lava la cara, se lava cada parte del cuerpo que pueda ser bendecida, hasta que por fin Penélope se sienta detrás de ella y la mujer se inmoviliza.

Finalmente, Penélope dice:

—Gracias. Por lo que has hecho… Por tu participación en esto. Sé que te he pedido mucho y fue… mucho lo que diste. El lugar que desees en esta casa es tuyo, si deseas quedarte.

Leaneira mira el reflejo quebrado de su cara en el agua que corre y responde:

—¿Y si deseara ser libre?

—¿Dónde irías?

Ella cierra los ojos y no tiene respuesta.

—Odio… —Siente que debería especificar con precisión qué es lo que odia, pero sabe que le llevaría mucho tiempo, que la lista más corta sería la de las pocas cosas que no detesta. Y lo intenta, en cambio, con—: Andremón nunca iba a liberarme.

—No. Pero te daba esperanza. Eso no es… insignificante.

—La esperanza es para los tontos y para los niños.

—Y, sin embargo, sigues viva, Leaneira. Seguimos vivas.

Leaneira se encoge de hombros, se arroja agua fresca por la espalda y esta se pega a la tela de su túnica. Penélope se queda sentada un tiempo más a su lado y el día comienza a convertirse en noche.

En los salones de Micenas, Orestes trata de no hacer caer la corona que lleva sobre la frente. Le queda algo grande y no le sienta bien, pero por lo menos tiene que llegar al final de esta absurda ceremonia sin que nadie arme alboroto. Su tío, Menelao, ha viajado desde Esparta, con Helena y sus familiares. Su presencia llena el salón como una llama. El último héroe viviente de Troya, hermano del asesinado Agamenón, no es más alto que los demás hombres ni tiene espaldas más anchas que las de un buey, y, sin embargo, solo tiene que asentir una vez, bajando el mentón al pecho, o volver la cabeza ligeramente hacia un lado, o fruncir los labios como si algo pudiera desagradarle y no quisiera mencionarlo, y todos los presentes, hombres, mujeres, guerreros y esclavos tiemblan de miedo.

Dice que se siente feliz con su reino en Esparta. “Mi señora y yo, por fin juntos”, proclama, y le da una palmada a Helena en el muslo. “Nada como quedarse en casa y ver crecer a los hijos, ¿verdad? Me alegro de dejaros el resto a vosotros, los jóvenes. Me alegro de darle la oportunidad a la siguiente generación. Por supuesto, siempre estaré a vuestra disposición si me necesitáis, no os preocupéis. El tío Menelao está siempre listo”.

Electra está de pie junto a su hermano, con la piel pintada de

plomo, pero cuando él cierra los ojos lo único que ve es el ceño fruncido de su madre y lo único que oye son los aleteos de los murciélagos y las risotadas de mujeres de dientes afilados.

Paseo la mirada por las hileras de reyes y grandes hombres de Grecia y también veo a los dioses entre ellos: Hermes se deleita con bocadillos, Ares se muestra ceñudo y apoya la espalda contra la pared. Atenea está erguida como una lanza y hasta Hestia está como osificada de aburrimiento en un rincón. Pero todos las oímos cuando sus garras arañan las puertas del palacio; todos olemos su aliento fétido en el aire. Las Furias, con mandíbulas de tiburón y ojos de sangre. Me estremezco y desaparezco discretamente del salón atestado. Hermes ya se ha ido, asustado por el primer chillido de murciélago. Ares se queda un instante más, pero ni siquiera él se atreve a interponerse entre las Furias y su presa.

Después de todo, Orestes ha matado a su madre.

Menelao sonríe cuando Orestes se coloca la pesada corona sobre la cabeza y esa sonrisa me persigue en la noche.

En Ogigia, Calipso se sienta junto a Odiseo sobre la roca preferida de él, y, por un instante, se hacen compañía al ritmo del mar que está debajo de ellos. Luego, de pronto, él la toma del cuello, aprieta los labios contra los de ella, le introduce la lengua en la boca como si quisiera partirla al medio y, con los ojos cerrados, la hacer rodar debajo de su peso.

En el sitio secreto del bosque escondido, Artemisa dice:

—¿Qué? Ah, sí, matar hombres. Fue muy bonito. Pero, en fin, ahora estoy ocupada con otras cosas, tengo otras cosas que hacer, ¿sabes?

Me esfuerzo para no mirar la silueta reclinada de mi hijastra mientras sus mujeres le peinan el pelo y, por un instante, le envidio la capacidad que tiene de no vivir ni en el mañana ni en el ayer, sino simplemente aquí, en esta arboleda iluminada por la luna.

Finalmente, de mala gana, busco a Atenea. Hay cosas de las que deberíamos hablar con discreción, ahora que la luna ha girado por el cielo.

No está en el Olimpo.

Tampoco está espiando la cama de Calipso con la oreja inclinada hacia los gemidos que se elevan de ese sitio perfumado.

Miro en sus altares sagrados, cabalgo sobre el borde de las plegarias que elevan hacia ella, pero como no la encuentro, desciendo a Ítaca.

No está ululando en algún árbol quemado ni deslizándose en los sueños del palacio. No está inhalando las dulces imprecaciones de aquellos que se inclinan delante de su altar ni merodeando por alguna orilla bañada por espuma. Entorno mis párpados de diosa, penetro en las almas de mujeres y hombres, y mi paso les trae a los labios el sabor de metal y el recuerdo de malas acciones, hasta que por fin la veo, envuelta en un disfraz de andrajosos trapos mortales ante una nave que aguarda en el puerto a que cambie la marea.

No es una embarcación que yo haya visto antes; tiene una vela gris descolorida, tocada —sospecho— por una mano bendita. Está cargada a tope con agua dulce y carne seca, y detrás de los remos se sientan los pocos amigos vivos que le quedan a Telémaco, más algunos otros de la milicia de Peisenor que, por algún motivo tal vez no propio, han elegido hacerse a la mar. El capitán es un hombre tocado por Poseidón; tiene el pelo blanco y sal en la piel, una mano confiada en que tal vez ignora aquello en lo que se ha metido; de pie sobre el muelle en vehemente conversación con la figura disfrazada de Atenea está Telémaco.

Lleva armadura y capa, una bolsa a los pies y la espada en el cinturón. Asiente y escucha atentamente lo que dice Atenea, luego carga sus pertenencias y echa a andar por el muelle hacia la nave.

Me lanzo hacia abajo de inmediato, y abro la boca para gritar: "Telémaco, en nombre de todos los dioses, ¿qué crees que estás haciendo, muchacho imbécil? Ven aquí ahora mismo o te…".

Pero Atenea levanta la mirada y casi me deja sin aliento, me hace girar como un gorrión en la tormenta. "Es mío", ruge en la voz de la marea que cambia. "Es mío".

Me tambaleo hacia atrás, lucho para controlar la caída, ardiendo de indignación. Telémaco está embarcando; Atenea sonríe y lo saluda desde su inmundo disfraz de mortal, diciéndole: "Anda, vete, ¡vete!". Escupo y maldigo por un instante en el cielo, llena de impotencia, luego me precipito hacia el palacio, entro por la ventana abierta de Penélope, le araño la cara y grito:

—¡DESPIERTA YA, IDIOTA DURMIENTE!

La oscuridad aletea y se rasga ante mi furia: ella despierta con un estremecimiento y una exclamación ahogada; su mano va directamente al cuchillo que tiene junto a la cama, mira a través de mí como en una pesadilla, luego se controla, inspira, calma los latidos de su corazón. Va hasta la ventana para respirar el aire frío y calmo de la noche y yo le hago levantar la mirada para que vea la embarcación en el muelle allí abajo; están izando la vela para apoderarse del viento. Ella frunce el ceño, sorprendida por la presencia de esa nave como lo estaría cualquier reina sensata, pero se vuelve, pues el frío de la medianoche le eriza la piel.

Esta noche, Autónoe duerme fuera de la puerta de Penélope, pero la reina no la despierta cuando camina por el palacio silencioso. Caminará hasta que sus nervios hayan vuelto a calmarse, hasta que sienta que el dulce don del sueño le pesa en los párpados. Se sentará en el pequeño jardín donde a veces las criadas cuelgan sus túnicas para que se sequen y olerá la humedad de esas labores en el aire; recuperará el aliento y se sentirá en paz. Un poco de paz…, eso es lo único que anhela. Solo un poco de paz.

No la encuentra. Oye, en cambio, un sollozo, el llanto de una anciana amplificado por mis dedos sobre la pared. Proviene de la dirección de la habitación de Anticlea, habitación que hasta hace muy poco Electra había utilizado como propia. Penélope vacila, sorprendida, y la empujo hacia allí, la empujo de la cintura, por lo que los primeros pasos que da no son de ella. Luego su curiosidad natural se activa y, siguiendo el sonido, abre la puerta torcida y ve a una anciana acurrucada junto a una lámpara que arde, tenue.

—¿Euracleia? —dice.

La cabeza de la nodriza gira un poco demasiado rápido; sentirá calambres por la mañana. Intenta levantarse y sujeta la lámpara contra el cuerpo como si fuera su única amiga.

—¡Le dije que no lo hiciera! —lloriquea—. ¡Le supliqué que no lo hiciera!

—¿A quién? ¿A quién le suplicaste?

La mujer de pocas luces cae en la cuenta de que tal vez ha dicho demasiado, pero ya no hay forma de escapar. Penélope da unas zancadas hacia ella y apoya con fuerza ambas manos sobre los hombros de la nodriza.

—¿A quién? —ruge.

—A Telémaco —llora Euracleia—. Le dije que no lo hiciera.

—¿Dónde está? ¿Dónde está Telémaco?

La respuesta llega a cuentagotas, en balbuceos vacilantes, y finalmente, cuando Penélope la sacude por los hombros, se convierte en:

—¡En el muelle! ¡Telémaco irá en busca de su padre!

El ruido no es el corazón de Penélope que se rompe.

Le ha enredado tantas cuerdas alrededor, lo ha amarrado con tanta fuerza que, aunque se parte, no se desintegra. Todavía. No es el ruido de su mundo que se hace pedazos, pues todas las mañanas se planta sobre el suelo de Ítaca y se dice a sí misma: “Estoy aquí y haré lo que haya que hacer”. El mundo no se derrumba bajo tus pies cuando has pasado tanto tiempo aprendiendo a caminar sobre él.

El sonido es, en verdad, el ruido de sus pies descalzos corriendo sobre el polvo, el de su voz gritando “¡Dejadme pasar!” mientras cruza las puertas, en camisón, una túnica sin velo; es el ruido de su aliento

agitado, del viento en sus oídos, del pelo suelto que le cae alrededor de la cabeza, del fuego que arde en su mente. Es el ruido de un corazón…

… De un corazón…

… que se raja y se raja y se raja y, sin embargo, como una reliquia de familia ensamblada con arcilla mojada, ella no dejará que se rompa, aunque ya está todo resquebrajado.

Es el ruido de Penélope que llega a la carrera al muelle, casi sin aliento, fuera de sí; es el ruido de su grito: "¡Telémaco!". Tras ella, soñolientos y confundidos, corren sus doncellas y sus guardias, preguntándose qué demencia ha afectado a su reina.

"¡Telémaco!", grita, pero el barco ya está zarpando por la bocana del puerto, con los remos batiendo firmes y lentos contra las olas, y él, de pie en la proa, no la oye. Atenea la observa desde el cielo, menea la cabeza y se da la vuelta.

"¡Telémaco!", grita Penélope, y con ese grito finalmente la fuerza abandona sus piernas y cae al suelo; al final, envuelta por los brazos de sus criadas, mientras su hijo navega hacia la noche, Penélope, esposa de Odiseo, reina de Ítaca, llora.

Vuelvo mis ojos hacia el Olimpo, busco a mis hermanos y hermanas, me pregunto cuál de ellos responderá al llanto de esta pobre mujer, pues en este momento se rompen todas las ilusiones, todos los hechizos. Ha mentido, ha estado mintiendo todo este tiempo: después de todo, Penélope era una madre, era una mujer con un corazón latiente, ¿veis cómo os engañó a todos haciéndoos creer que era solo una reina? Pero los dioses dormitan o están ebrios o juguetean en otro lado. Atenea vuela con alas de águila por encima de la sombra de Telémaco, que se aleja; Artemisa se baña en la luz de la luna. Mi esposo duerme en un sopor de ebriedad, con los brazos alrededor del trasero de alguna ninfa desgraciada. Ares espía por las puertas a la prohibida Afrodita, que se aceita la piel; Apolo toca la lira, Poseidón lame inútilmente las costas de Ogigia. Solo Hades se despierta a medias al oír el grito de Penélope; abre un ojo para ver qué desesperación mortal lo perturba, pero al no ver nada de importancia, vuelve a sumirse en la oscuridad.

Sin embargo, su voz no pasa completamente inadvertida entre los seres inmortales y divinos que se elevan por encima de la tierra.

Tres arpías de fuego ancestral, que ahora mismo revolotean encima de la cama donde duerme Orestes, oyen el grito de Penélope en el viento, se retuercen de éxtasis ante la impotencia y la furia de ella, se ríen de su desesperación y se pasan la lengua por los labios para saborear la sal de sus lágrimas y llevarla en sus lenguas.

"¡Telémaco!", se ríe una.

"¡Telémaco!", se burla otra.

“Mi dulce hijo”, susurra una tercera, y se lame la sangre debajo de las garras de sus pies. “Allí vamos, allí vamos”.

Entonces me ven.

Entonces levantan la mirada.

Ni siquiera yo, reina de los dioses, puedo desafiarlas, pues son casi tan antiguas como las mismísimas Moiras; su voluntad está grabada a fuego sobre la tierra que gira.

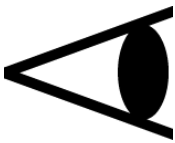
Las Furias despliegan sus alas por encima del mar y de las islas; tejen sus tapices en la sangre de las madres y los gritos de las doncellas; beben, sedientas, en los corazones rotos, en los hermanos muertos: ríen, cantan, escupen lluvia hirviente. ¡Ah, maravillosa libertad, gritan! ¡Liberadas, por fin, por la sangre de una madre derramada sobre la tierra! ¡Convocadas por la venganza, la locura y la cruel desesperación! Antes de que ellas terminen, los mares se teñirán de carmesí con la sangre de mujeres y héroes por igual.

En Micenas, Orestes grita súbitamente de miedo en sueños, se lleva la mano al lugar dorado donde debería estar la corona.

En Esparta, Menelao duerme con vino tinto sobre los labios y algo todavía más rojo en la lengua, envuelto en las togas robadas de un rey troyano muerto.

Electra cree oír a su madre cantando en los salones oscuros del palacio una canción de otro tiempo que se convierte en polvo cuando trata de alcanzarla. Odiseo contempla el mar plateado; Clitemnestra moja los dedos en las olvidadizas aguas de los ríos de los malditos.

Y en Ítaca, Penélope llora a la orilla del mar, levanta los brazos tras la nave en la que se aleja su hijo. Telémaco, de pie en la proa de su embarcación, fija la mirada en un horizonte distante, mientras que, desde lo alto, envueltas en la medianoche y las sombras, llegan las Furias.



Claire North es el seudónimo de Catherine Webb, quien ha escrito varias novelas de distintos géneros antes de publicar su primer libro importante como Claire North, *Las primeras quince vidas de Harry August*. Aclamada por la crítica, la novela se convirtió en un éxito de ventas de boca en boca. Desde entonces ha publicado varias novelas muy apreciadas tanto por los lectores como por la crítica internacional. Ha sido galardonada con el *World Fantasy Award* y el *John W. Campbell Memorial Award*, y fue preseleccionada para el *Arthur C. Clarke Award* y el *Philip K. Dick Award*.

Ítaca es su primera novela histórica.

Su sitio web es: clairenorth.com

VIDIS
HISTÓRICA

Es posible que de todo lo que despierta nuestra curiosidad, nuestro pasado sea lo más intrigante. Porque es real, aunque poco sepamos de esos hechos y esas personas que vivieron años o siglos antes que nosotros.

Nos fascinan las películas históricas porque durante dos horas somos verdaderos testigos, vemos hasta el detalle lo que pudo ser, en un auténtico viaje al pasado. Hemos visto, eso quiere decir VIDIS, nuestro sello de novela histórica.

Cada libro te transportará desde la Antigua Grecia a la Segunda Guerra Mundial. Descubrirás hechos, personajes, costumbres, tragedias y emociones que pudieron ser reales. Si te llegan como un relato imaginario, es porque *la Historia, para ser contada, debe ser imaginada.*

Cuando acabes la última página, sentirás que además de haber recorrido un viaje lleno de aventuras, emociones y puro entretenimiento, habrás descubierto un episodio de la Historia que no conocías, y estarás feliz por haberte enriquecido.

Te damos la bienvenida a VIDIS, sabemos que ocupará un importante lugar en tu biblioteca.

¡Que lo disfrutes!

Table of Contents

Portadilla
Legales
Personajes
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37

Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Claire North
Manifiesto Vidis